UN MISTERIO DE MIRANDA'S RIGHTS - LIBRO 2

DELICIOSO TORMENTO



LINSEY LANIER

DELICIOSO TORMENTO

Un misterio de Miranda's Rights - Libro 2

Linsey Lanier

Felicity Books

Derechos de autor © 2025 Felicity Books

Copyright © 2025 Linsey Lanier

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor.

La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.

Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

Felicity Books
ISBN: 978-1-966699-25-5

RESUMEN

¿Qué pasa cuando tu antiguo amor resulta ser un asesino?

Un elegante evento de carreras ecuestres.

Un terrible alboroto en uno de los establos.

Una hermosa joven criadora de caballos aparece muerta.

La nueva investigadora privada Miranda Steele sabe que no debería involucrarse. Pero cuando la hermana de la víctima le ruega que tome el caso, Miranda no puede resistir la poderosa necesidad de hacer justicia.

¿La extraña muerte de la joven fue un accidente… o un asesinato?

¿Y por qué su atractivo jefe —un investigador brillante— se muestra tan distante con el caso?

¿Está ocultando algo?

Miranda está decidida a descubrir la verdad.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Resumen
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y Dos

CAPÍTULO UNO

—¿Viste ese movimiento? —Miranda Steele apretó los dientes mientras observaba una mano masculina deslizarse por un muslo bien formado debajo de un vestido de algodón estampado a unas mesas de distancia.

—Desafortunadamente, sí —Parker fingió examinar su Dom Pérignon—. ¿Pudiste captarlo?

—Cada repugnante movimiento —sonrió con satisfacción, ajustó el ala ancha de su ondulante sombrero de seda y murmuró en voz baja—. Gracias a este equipo elegante, cortesía de la Agencia Parker.

Escondida bajo la corona de su sombrero había una minicámara de última generación, tan liviana que apenas la sentía. La cámara estaba conectada discretamente a un visor oculto en sus gafas de sol. Un juguete de vigilancia muy genial.

A Miranda le emocionaba estar sentada aquí con su atractivo jefe, el investigador estrella Wade Parker, director ejecutivo de la exitosísima Agencia Parker, en las elegantes carreras de obstáculos de Northwinds a las afueras de Atlanta, actuando como si simplemente estuvieran tomando unas copas en un pabellón al aire libre. Con sus mesas cubiertas de lino, su vista de los ondulantes campos verdes y la música de Vivaldi emanando de altavoces ocultos, nadie imaginaría que en realidad estaban recopilando evidencia sobre una pareja de descarados infieles.

—Toma uno —Parker empujó hacia ella un platillo de porcelana con aperitivos. Pimientos sazonados con chipotle y envueltos en tocino de jalapeño.

—No me vendría mal —tomó uno por su pequeño pincho y se lo metió en la boca. Picaba, pero nada que no pudiera manejar—. Suave —se encogió de hombros.

Parker se rio. Desde que ella lo había desafiado a un concurso de comer chiles en un restaurante local, él había estado poniendo a prueba su resistencia. —Me complace lo rápido que te has adaptado al manejo del equipo —se reclinó y bebió de su copa, observando a los tortolitos al otro lado—. Excelente trabajo hasta ahora —su suave murmullo sureño era tan delicado como el Jim Beam y los juleps.

Involuntariamente, la comisura del labio de Miranda se curvó hacia arriba. —Gracias.

Nunca había tenido una verdadera carrera antes, y le gustaba el trabajo de detective. Se alegraba de que Parker le hubiera pedido trabajar en este caso, aunque fuera en parte una excusa para estar con ella.

—¿Cuál es la primera regla de la vigilancia encubierta? —dijo tan suavemente que apenas lo escuchó.

Eso fue un giro rápido de ciento ochenta grados. —No dejar que te descubran —susurró—. ¿Y?

—¿Entonces por qué estás tan tensa?

—No estoy tensa —siseó entre dientes.

—Mi error —dijo secamente y dejó su copa.

Observando las burbujas subir en el líquido ámbar, exhaló y rotó sus hombros, incluso tomó su bebida y dio un sorbo. Tal vez estaba demasiado tensa. Realmente quería atrapar a este tipo.

—Eso está mejor —Parker sonrió. Luego saludó con naturalidad a un conocido que pasaba por su mesa.

Fácil para él decirlo. La tranquilidad y el encanto le venían naturalmente al astuto investigador. Especialmente esa mañana, cuando habían tenido que mantener conversaciones corteses con las mujeres de su círculo social mientras seguían a sus juguetones objetivos por todos los terrenos de la carrera de obstáculos. Mujeres que pensaban que la presencia de Miranda con Parker demostraba que ella pertenecía a la especie *goldus diggerous*. Pero al menos no había recibido tantas miradas frías como antes de parte de la gente ecuestre.

Podría ser por la cobertura en primera plana del caso de asesinato que acababa de resolver, donde había salvado la vida de

una joven. Una batalla con un monstruo que la dejó fría y entumecida, y con veinticinco puntos de sutura en el pecho.

Un medio gemido, medio risita salió de la mujer del vestido estampado. El hombre prácticamente babeaba mientras colocaba un brazo sobre el respaldo de la silla de ella.

—Sonrían para la cámara —Miranda entrecerró los ojos hacia los juguetones sujetos. Estos dos pertenecían al conjunto de "retozones".

El hombre era Anthony Lloyd Witherspoon. Joven, bien arreglado, vestido con un caro traje beige. Un tipo banquero en ascenso de CK&G. La mujer, bronceada y despreocupada, con largo cabello rubio oscuro, era Farrah Simmons, una adinerada local con conexiones en la carrera de obstáculos. Su elegante sombrero, como el de Miranda, era en deferencia al Concurso de Sombreros de Damas, algo así como un ritual en eventos ecuestres, según le había explicado Parker.

Miranda notó el emblema en el bolso de la mujer. —Canterbury Stables es el criadero de caballos de Simmons, ¿verdad? —Recordó eso del archivo.

Parker asintió imperceptiblemente. —Es copropietaria con su familia.

Miranda inclinó su cabeza. —Capturé el bolso. Buen detalle adicional de evidencia identificativa.

—Excelente.

Witherspoon levantó la mano casualmente para acariciar el cuello de Simmons. La mujer se volvió hacia él con una sonrisa de soy-toda-tuya y le dio un beso con labios carnosos y un poco de lengua. Habría sido una escena encantadora, si Witherspoon no estuviera casado con otra persona.

Miranda gruñó por lo bajo. —Eso es, amigo. Adelante. Te tengo cubierto.

—Tranquila, tigresa —la risa baja de Parker le acarició el oído—. Estás disfrutando esto, ¿verdad?

Se contuvo antes de poder sonreír, y en su lugar se encogió de hombros. —Ya sabes que no me gustan los tramposos. —

Especialmente después de seguir al bastardo en su último caso que había estado engañando a una amiga. Además de golpearla.

—Y sabes que a mí tampoco. Pero ¿estás segura de que puedes concentrarte? Quizás este ejercicio es demasiado después de...

—Puedo concentrarme perfectamente. —Jugueteó con su servilleta de papel y le lanzó una mirada cautelosa a su jefe. ¿Por qué Wade Russell Parker Tercero tenía que ser tan condenadamente sexy?

Esos ojos penetrantes, gris Magnum, que podían tanto calentarte con pasión como helarte con desaprobación. Las canas salpicadas entre su cabello oscuro que llevaba justo por encima de las orejas. Su traje azul oscuro finamente cortado. Ese rostro distinguido de mediana edad. Ese magnetismo irresistible. No era de extrañar que pudiera hacer voltear la cabeza de cada mujer disponible en Atlanta —un hecho que ella había presenciado más de unas cuantas veces. Desde la muerte de su esposa hace tres años, Parker había sido el soltero más codiciado de la ciudad.

Se inclinó un poco más cerca, esos ardientes ojos grises rebosantes de atracción cargada de testosterona. —¿Estás *segura* de que estás bien? —Dejó que un dedo recorriera su brazo.

Miranda tragó saliva mientras la piel se le ponía de gallina. Se aclaró la garganta. Ya habían hablado de esto. Después de su reciente calvario, no podía soportar más que una amistad casual, incluso si habían pasado por ese calvario juntos. Incluso si se habían acostado hace apenas unas semanas.

—Sí. Estoy perfectamente. —Se apartó y se concentró en sus objetivos—. Esta salida *es* por trabajo, ¿no?

Él se recostó nuevamente, su mirada aún penetrante. —Por supuesto. ¿Por qué sería otra cosa?

Mentiroso.

Ayer por la tarde, cuando había dejado caer el expediente en su escritorio y le había preguntado si quería trabajar este fin de semana, ella supo que tramaba algo. Esta misión no requería del investigador jefe y presidente de la Agencia Parker y su mejor aprendiz.

Esta mañana, cuando la recogió en su Lamborghini azul medianoche, le abrió la puerta, le dijo que el ajustado vestido rojo y blanco que le había dado para usar como "disfraz" se veía espectacular con su cabello oscuro, ella supo que esta excursión tenía todas las características de una cita. Parker estaba inventando una excusa para estar con ella, tratando de evitar que se quedara deprimida en su apartamento sola este fin de semana.

Mientras la cámara captaba al Chico Guapo y a Simmons mirándose fijamente otra vez, él se inclinó y exhaló contra su oreja. —Estás haciendo un excelente trabajo.

Ella se movió en su silla, ignorando la piel de gallina que le recorría la espalda debido al calor de su aliento. —Gracias, pero ya habías dicho eso.

—¿Lo dije?

Con un movimiento hábil, deslizó un brazo por el respaldo de su silla, con mucho más encanto y sutileza que Witherspoon. —Has avanzado mucho desde que empezaste en la Agencia, Miranda.

Demasiado pronto, Parker. —¿En serio? —preguntó, notando que su voz se había vuelto ronca.

—Sí, así es.

—Gracias —dijo. Otra vez. Y alcanzó su copa. La volvió a dejar.

No podía tragar ni un sorbo más de vino. Tenía la garganta demasiado apretada. Su conversación insulsa estaba demasiado cargada con el subtexto de cosas que ninguno de los dos quería hablar. La horrible pelea que habían tenido tres semanas atrás. El día en que ella había salido furiosa de su oficina, sin intención de volver jamás. El día en que él le había salvado la vida.

¿Cuánto tiempo se quedaría en Atlanta y seguiría trabajando para la Agencia Parker? El jurado aún estaba deliberando sobre eso.

Parker inhaló pacientemente y se recostó para estudiar a la mujer a su lado. Quitó su brazo del respaldo de la silla, pero le costó todo su autocontrol no tomarla en sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento allí mismo. Después de llorar la muerte de Sylvia durante tres años, finalmente se había enamorado.

Pero era demasiado pronto. Era muy consciente de su dolor. De esos sentimientos oscuros y tempestuosos que hervían justo debajo

de su superficie. Esas emociones les habían dado un comienzo decididamente turbulento. Tenía que darle espacio y tiempo para que se estableciera nuevamente. El trabajo era lo que ella necesitaba ahora. Nada peligroso, por supuesto. Todavía no. Solo un caso pequeño o dos. Algo para reconstruir su espíritu.

Anhelaba ver ese espíritu florecer nuevamente. Ella tenía enormes fortalezas. Un ojo agudo. Una mente afilada. La persistencia de un bulldog. Y tenía algunas debilidades. Con esas, él lidiaría. Una vez que terminara de entrenarla, sería una de las mejores investigadoras que la Agencia Parker hubiera tenido jamás.

En todos sus años como investigador, nunca había conocido a nadie como Miranda Steele.

Era un alma gemela. Una defensora de los indefensos, impulsada por su propia pasión ferviente de proteger a los desamparados y vengar a los inocentes. Nadie lo había conmovido tan profundamente. O lo había exasperado tan completamente.

Obstinadamente, Miranda rechazó las emociones lujuriosas que su jefe había despertado. Esto no era una cita, sin importar cuánto quisiera Parker que lo fuera. Estaba en una misión. Y Witherspoon y Simmons se estaban frotando las narices como esquimales. Inclinó la cabeza y una vez más permitió que la mini cámara "capturara el recuerdo".

Luego frunció el ceño. ¿Sería esta evidencia suficiente? —Estas fotos no son como atraparlos juntos en la cama —se quejó—. ¿Crees que serán suficientes para que la esposa de Witherspoon lo deje sin un centavo? —Pobre mujer.

Parker esperó un momento y dio un sorbo a su bebida. —¿Qué te hace pensar que nuestro cliente es mujer?

Ella lo miró desconcertada. ¿Eh? —¿Acaso Witherspoon juega para ambos equipos?

Casi imperceptiblemente, Parker negó con la cabeza. —Objetividad, Miranda. El *señor* Simmons es nuestro cliente. Es Farrah Simmons quien está siendo infiel. Witherspoon es soltero.

¿Qué? —Eso no estaba en el expediente. Lo habría visto.

—Sí, lo habrías visto. Lo omití.

Su boca se abrió de golpe. Miró furiosa a Parker. —¿Qué hiciste qué?

—Quería ver si preguntabas. No lo hiciste. Asumiste. —Hizo un gesto hacia los objetivos.

Miranda volvió la cabeza bruscamente y pensó en las páginas del expediente. Había varias referencias a "el cliente", sin nombre específico.

—"El cliente" pensaba que Witherspoon había estado saliendo con Simmons durante aproximadamente un mes. "El cliente" pensaba que habían sido novios en la universidad. "El cliente" informó que Simmons era un viejo amor. Miranda había asumido que "el cliente" era la esposa de Witherspoon.

Exhaló un bufido exasperado. —¿Estás tratando de dejarme en ridículo, Parker?

—Para nada. —Rió entre dientes, formándosele esas sexys líneas de expresión en las comisuras de sus ojos.

Ella se removió en su asiento, rechinando los dientes. —¿Ah, sí? ¿Entonces qué fue esa jugada?

—No fue una jugada. Fue una prueba.

Ella arqueó una ceja. —¿Una prueba?

—Una lección de objetividad. Sin objetividad, corres el riesgo de irte por tangentes. Pierdes tiempo valioso. —Extendió la mano y le dio una palmadita. —No te lo tomes a pecho. Todos traen sus propios prejuicios a un caso. Cada investigador debe aprender los suyos.

—Siempre el maestro, ¿no? —Apartó su mano y pasó los dedos sobre la condensación de su copa de champán casi intacta—. No tengo prejuicios.

—¿Ni siquiera un poco después de todo lo que has pasado? —Había ternura en su voz. La conocía demasiado bien.

Ella había pasado por mucho, pero eso no la hacía injusta. —Muy considerado de tu parte señalarlo.

Parker frunció el ceño, molesto porque ella no captaba el punto. —Miranda. Eres dura, aguda y tienes un instinto increíble para cortar la mierda y llegar a la cruda verdad que hay debajo. Pero... a veces

sacas conclusiones demasiado rápido. Necesitas algo de objetividad. La objetividad puede protegerte. La objetividad puede...

—No me digas. ¿Salvar mi vida?

—Sí.

Le había dicho palabras similares antes. Ella se reclinó y soltó un suspiro, con ganas de criticar al astuto investigador. —¿Entonces este caso es real? ¿O es solo una excusa para una cita?

Sus ojos brillaron ofendidos. —Por supuesto que es real. James Simmons pagó una gran suma a la Agencia para verificar sus sospechas sobre su esposa. —Las arrugas en su frente se profundizaron—. No te traería aquí con un engaño. O para una "cita", como tú dices.

—¡Ja! —resopló—. Cuéntaselo a alguien que haya nacido ayer. —Deseaba poder levantarse e irse, pero su profesionalismo imparcial mantuvo su trasero en el asiento.

Él apretó la mandíbula. —Tu reacción solo subraya mi punto.

—Oh, ¿eso crees?

—Necesitas más objetividad. Esto no es personal, Miranda.

—¿No lo es? —dijo un poco demasiado fuerte. Luego contuvo la respiración cuando vio que Witherspoon miraba en su dirección—. Ay no.

—No te veas sorprendida.

—Ya lo sé —siseó. Desvió la mirada—. ¿Nos vio?

Antes de que Parker pudiera responder, Simmons se levantó, le dio a Witherspoon un cariñoso toque en la nariz y se alejó caminando.

—¿A dónde va?

—No estoy seguro.

Con un andar decidido y de piernas largas, Simmons pasó junto a las mesas, dirigiéndose hacia el extremo más alejado de la pista cerca de los establos.

—¿Revisando los caballos de su familia antes de la carrera? —esperaba Miranda.

—Probablemente.

Ella miró de nuevo hacia la mesa. Witherspoon se puso de pie, dejó unos billetes en la mesa y comenzó a alejarse en dirección

opuesta. Mierda. —¿Nos descubrieron?

—No lo sé, pero no podemos perderlos de vista. —Parker se levantó—. Tú sigue a Simmons. Yo vigilaré a Witherspoon. Si no te llamo, nos encontraremos de nuevo en nuestros asientos cerca de la meta en una hora. Justo antes de que comiencen las carreras.

—Me encargo. —Miranda se levantó y discretamente siguió a Simmons, manteniendo una distancia prudente entre ellas.

Se sentía fatal. Si arruinaba esta misión solo porque había permitido que Parker la afectara, nunca se lo perdonaría. Tenía que concentrarse. Dejando atrás esa mala sensación, se centró en la emoción que corría por sus venas.

Ahora había una persecución real.

CAPÍTULO DOS

Miranda siguió a la apresurada Simmons por el terreno irregular, maldiciendo los tacones altos que se había puesto. Y la insolencia de Parker por hacerle esa pequeña "prueba". Y por negar que tenía motivos ocultos para traerla aquí.

De acuerdo. Había sacado conclusiones precipitadas sobre Witherspoon. El trabajo de detective sacaba el cazador que llevaba dentro. Pero no era parcial. Sabía que las mujeres podían ser tan despreciables como los hombres. ¿Acaso no se había metido en tantas peleas con un sexo como con el otro, durante sus días de juerga en bares?

Si Simmons sospechaba que la estaban siguiendo, no lo demostraba. Caminó con paso firme más allá de las carpas de prensa, saludó casualmente a un grupo de amigos que descansaban en sillas de playa, y serpenteó alrededor de las pacas de heno que marcaban los senderos hacia el paddock. Pasó junto a vallas donde jinetes y entrenadores calentaban a sus caballos, finalmente girando hacia el gran establo que albergaba a los participantes del steeplechase.

Miranda iba justo detrás de ella, todavía furiosa. Objetividad. Ella tenía objetividad.

De mente abierta. Eso es lo que era. Vale, trabajaba para el esposo de Simmons, no para la esposa de Witherspoon. El marido de Simmons era quien había contratado a la Agencia Parker. Pero ¿y si no era un buen marido? Un hombre negligente podía hacer que una esposa mirara hacia otro lado. ¿Y si era como el imbécil abusivo con el que Miranda había estado casada?

Simmons se acercaba al establo ahora. Era una estructura larga, de madera marrón con compartimentos abiertos, para que los

caballos pudieran asomar sus cabezas y recibir bastante aire. Nada lujoso, lo que la sorprendió. En su extremo más cercano había una estructura entablada, como un cobertizo, con una abertura oscura que servía de puerta. Debía ser donde guardaban los suministros.

El corazón de Miranda se hundió. Probablemente Simmons solo le daría una palmadita en el hocico a su preciado corcel y se dirigiría a las gradas, convirtiendo esta excursión en nada más que un buen paseo. Todo lo que tendrían sería la grabación de los jueguecitos en el pabellón. Tendrían que invertir más horas para pillar a Simmons y Witherspoon juntos en la cama.

Y entonces sucedió algo extraño. Al llegar al edificio, Simmons se metió en el cobertizo.

Si Miranda hubiera parpadeado, se lo habría perdido. Pero no parpadeó. Se dirigió hacia el recinto. Al alcanzarlo, un gemido sensual y bajo llegó a sus oídos.

¿Ya? Eso fue rápido. Alguien debía haber quedado de verse con Simmons allí dentro. Con el corazón acelerado, caminó casualmente más allá de la puerta, luego se detuvo y se pegó contra el lateral del cobertizo. Conteniendo la respiración, con cautela se asomó por la abertura.

Junto a unos equipos de equitación, Simmons tenía a un tipo presionado contra la pared. No era Witherspoon. Este tenía el pelo oscuro y era más bajo. ¿Otro viejo amor de la universidad? Él tenía la falda de Simmons subida hasta la cintura, y sus manos estaban por todo su trasero. Simmons le estaba desabrochando el cinturón.

¿Dos amantes? ¿Una infiel siendo infiel a otro infiel? El marido de Simmons debía no haber oído hablar nunca del Viagra.

Asegurándose de no ser vista, Miranda levantó la mano para encender el micrófono direccional de alta potencia oculto en las cintas de su sombrero.

Los pantalones del Amante-Número-Dos se deslizaron hasta sus tobillos mientras Simmons se montaba a horcajadas sobre él. *Y comienza la carrera.*

Ambos gimieron y se manosearon. Un muslo se frotó contra otro. *Y es Amante-Número-Dos por fuera.* Respirando pesadamente, Simmons atacó con su lengua. *La potranca toma la delantera.*

Continuaron así. Miranda ladeó la cabeza, reprimiendo una emoción juguetona mientras capturaba un buen medio minuto de buenas imágenes para adultos. Ambos estaban gimiendo, al borde del orgasmo. *Dirigiéndose a la recta final... cruzan la línea de meta.*

Ahí lo tienen, damas y caballeros del jurado. No tenía que ser Witherspoon. Engañar era engañar. Miranda esperaba que Farrah Simmons tuviera un buen abogado.

Complacida consigo misma, se enderezó y se apoyó contra la pared un momento para recuperar el aliento. ¿Qué te parece esa objetividad, Parker? Sin importar lo que sintiera por las personas involucradas en un caso, ella hacía su trabajo.

Estaba a punto de dirigirse a la pista cuando escuchó el sonido de un caballo.

No los típicos relinchos y bufidos que se escuchan alrededor de un steeplechase, sino un relincho feroz y frenético. Un chillido agudo atravesó el aire. Luego golpes fuertes, como una ronda de disparos. Sintió las vibraciones a través de la pared detrás de ella. Junto con la sensación de dedos helados deslizándose por sus nervios.

Algo andaba mal. Muy mal.

Un hombre gritó. La gente comenzó a correr hacia un compartimento más abajo, gritando como si el establo estuviera en llamas.

Se volvió y vio a un hombre corpulento correr hacia el caballo enfurecido. —Calma, Calypso. ¿Qué te pasa, muchacho?

Otro hombre se estiró y agarró la cuerda del animal, pero se le escapó de las manos. —¿Qué le pasa?

—Se está volviendo loco.

Miranda alcanzó a ver la cabeza de un caballo moviéndose arriba y abajo en el compartimento. Luego se levantó en el aire, como si de repente se hubiera vuelto loco. Como si el recinto de repente fuera demasiado pequeño para él y estuviera frenético por salir.

El hombre corpulento trató de alcanzar el cabestro de la bestia, pero no logró agarrarlo. —No sé qué le pasa —gritó al otro hombre —. Me fui solo un minuto para buscar una botella de agua. Nunca se ha comportado así antes.

El caballo bajó sobre sus patas delanteras. Agachó la cabeza, y el sonido seco y fuerte de sus cascos traseros golpeando el establo estremeció el aire una vez más. También hubo otro sonido, como un golpe sordo.

Una multitud comenzó a reunirse.

—¿Qué está pasando?

—¿Qué le pasa a ese animal? —gritó una mujer.

Otro hombre se atrevió a acercarse lo suficiente para echar un vistazo al recinto. Tan pronto como lo hizo, alzó las manos al aire—. ¡Hay alguien ahí dentro! Saquen a ese caballo.

—Desaten los seguros.

La puerta no tenía mucha protección. Una cuerda tipo sala de cine y un pedazo de lona cubrían la entrada.

Alguien logró abrirla, y el alazán salió de un salto, resoplando furiosamente, su hermoso pelaje brillando de sudor bajo la luz del sol. Corcoveó y pateó al aire con sus largas y elegantes patas, como si lo estuvieran atacando avispas.

La imagen era tan deslumbrante como extraña.

Tres hombres fuertes agarraron el cabestro del animal. Otro se asomó al establo—. Es la señorita Langford —gritó—. ¡Dios mío! ¿Qué hacía ahí dentro?

Se escucharon chillidos de los curiosos espectadores.

Con el pánico corriendo por sus venas, Miranda corrió hacia el establo, abriéndose paso entre la multitud. Cuando llegó al granero, miró a través del alambre que cercaba la parte superior del recinto.

La escena le quitó el aliento.

Recién destrozadas y astilladas por los cascos de Calypso, tablas sueltas colgaban de la pared trasera. La madera estaba perforada por enormes agujeros. Y allí en el heno, junto a la pared, yacía el cuerpo de una mujer.

Miranda miró fijamente a la multitud boquiabierta—. ¿Nadie va a hacer nada?

Demasiado aturdidos para hablar, los espectadores la miraron parpadeando.

RCP. Su entrenamiento tomó el control y entró al establo, fue directamente hacia el cuerpo. Pero cuando se inclinó, vio la

tonalidad azulada de la piel de la mujer. Un dedo en su garganta le confirmó a Miranda que estaba muerta.

Santo cielo.

Había visto cadáveres antes. Demasiados, recientemente. Cuerpos de niños. Pero eso no evitó que sus entrañas se retorcieran lo suficiente como para darle una punzada de dolor, que su mente diera vueltas tan rápido que la hizo tambalearse. Luchó por controlarse, se obligó a respirar mientras observaba la escena.

Un vestido veraniego juvenil con flores azules envolvía a la mujer muerta. Guantes blancos cubrían ambas manos. Rizos delicados y cortos, tan rojizos como el pelaje de Calypso, yacían enredados y apelmazados en el heno.

¿Mediados de los treinta quizá? Difícil de decir por el rostro. Los frágiles pómulos que debieron ser hermosos unos minutos antes, ahora estaban rotos y magullados en una masa lacerada de carne sangrante.

Tenía los ojos abiertos. Verde mar. Como de gato. Desfigurados por la herida, parecían mirar en dos direcciones a la vez.

Un sombrero de paja destrozado estaba boca abajo junto a su mano, como si se lo acabara de quitar. Excepto que también había sido aplastado por los cascos del animal. Había algo debajo. ¿Un papel?

Miranda se sintió mareada. De repente, el establo parecía estrecho y sofocante. Un fuerte olor a licor emanaba del cuerpo, pero también había una mezcla de olor animal, el aroma de la muerte y... ¿colonia de hombre?

—Desirée —murmuró una voz detrás de ella.

Miranda giró y vio a un hombre parado detrás de ella en el heno.

Alto y bastante delgado, vestía jeans, un saco color mandarina y una corbata verde y turquesa. Los colores festivos parecían grotescamente fuera de lugar en esta escena, como un plato de helado arcoíris en una morgue. Pero la corbata estaba torcida, su saco un poco arrugado, casi como si hubiera dormido con él puesto.

Su cabello largo hasta los hombros, de mechones rubio desteñido, era espeso y desordenado, y tenía barba incipiente bajo

el labio. Las lágrimas manchaban sus mejillas. Sus ojos ardían de shock y dolor.

Extendió la mano hacia la mujer mientras avanzaba—. Desirée querida, ¿qué has hecho?

El instinto se apoderó de Miranda y se puso de pie—. No se acerque más, señor.

El Helado Arcoíris se fijó en Miranda con una mirada vidriosa, como si no la hubiera visto hasta ahora—. Tengo que hablar con ella. Tengo que decirle algo.

Demasiado tarde para eso. El pobre tipo estaba en shock. Ella dio un paso, bloqueándolo obstinadamente.

Su rostro se contrajo de angustia—. Déjeme pasar. Tengo que hablar con ella. Tengo que decirle que la amo. —Se abalanzó hacia adelante, tratando torpemente de apartar a Miranda con sus manos de dedos largos.

—No, amigo. —Ella lo agarró del brazo, rápidamente lo retorció detrás de su espalda en un movimiento clásico que aprendió hace mucho tiempo en uno de sus cursos de artes marciales. Nunca soñó que tendría que usarlo en una situación como esta.

—Suélteme. —Forcejeó, tirando contra ella—. ¿No entiende? Esa es mi esposa la que está ahí.

Miranda aflojó su agarre, sintiendo compasión por el tipo. No podía soltarlo, aunque sabía que él no había intentado atacarla. Estaba fuera de sí por el dolor—. Lo siento, señor. Pero no puedo dejar que toque nada. Contaminará las pruebas.

Sus ojos vidriosos destellaron con terror—. ¿Pruebas?

—Sí, pruebas. —Podría haber sido un extraño accidente, pero tarde o temprano, la policía estaría aquí para investigar.

—Señor Usher —ladró una voz desde afuera—. ¿Qué demonios está haciendo ahí dentro? —Un hombre corpulento con uniforme beige se agachó bajo la cuerda que alguien había vuelto a colocar para mantener alejada a la multitud y tomó al Helado Arcoíris por el brazo.

Gracias a Dios. —¿Es usted de Seguridad? —preguntó Miranda—. Tenemos que asegurar este establo.

El hombre ignoró su comentario y le agarró del brazo. —Tú también, señora.

¿Qué demonios...? —Oye, cuidado, amigo. Trabajo para la Agencia Parker.

—Tengo órdenes de despejar el área —sin siquiera reconocer su afirmación, el hombre corpulento la empujó a ella y a Rainbow Sherbet hacia la estrecha abertura.

Afuera, un pequeño grupo de guardias uniformados contenía a la multitud de curiosos.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —exigió una voz—. ¿Qué le pasó a esa mujer?

—Todos atrás —bramó el hombre corpulento—. La policía llegará pronto para investigar.

—Investigar —dijo Miranda—. Eso es lo que estaba haciendo yo. —O empezando a hacer.

Como si tuviera cera en los oídos, el guardia las empujó a ella y al hombre fuera de la puerta y hacia la multitud. Todavía en su agarre, Rainbow Sherbet se zafó y se dirigió hacia el extremo más alejado de los establos.

—¡Oye! —gritó ella—. ¿No debería alguien interrogar a ese tipo? —Pero ya había desaparecido en el mar de gente.

Con frustración, Miranda escaneó la escena mientras metía la mano bajo su sombrero y apagaba la videocámara que acababa de darse cuenta había estado grabando todo el tiempo.

Calypso y los hombres que habían intentado controlarlo se habían ido. La masa alrededor de los establos había aumentado con entrenadores, jinetes y vendedores de puestos cercanos. Había espectadores con trajes, con vestidos brillantes y los omnipresentes sombreros. También estaba presente una multitud de reporteros hambrientos de la carpa de prensa, ansiosos por una historia. ¿Estaba todo el mundo aquí?

La bulliciosa multitud la empujaba cada vez más lejos del establo, pero Miranda tenía que volver a entrar. Estaba luchando por alcanzar a uno de los guardias cuando la multitud se apartó como el Mar Rojo.

En medio de la apertura, apareció Parker.

A su lado caminaba el Teniente Erskine, Detective Jefe de la Policía de Atlanta, y detrás de él varios oficiales que debían ser locales. No le tomó mucho tiempo a Parker localizarla. Tenían una especie de telepatía en situaciones estresantes. Le lanzó una mirada de advertencia que le decía que se quedara quieta y fuera de problemas.

¿Qué demonios? Ahora estaba furiosa. *¿Qué pasa, Parker? ¿No soy lo suficientemente "objetiva" para ayudar?* Nuevamente, comenzó a abrirse paso a empujones de regreso al establo hasta que sintió un tirón en su brazo y giró con un sobresalto.

Ojos verdemar, felinos. Rizos cortos, rubio-rojizos. Vestido veraniego con flores azules juvenil. Guantes blancos. Sombrero de paja. ¿La misma mujer que acababa de ver muerta en el establo? Inhaló, con la garganta constriñéndose.

—Dicen que mi hermana está ahí dentro —las palabras salieron con un ronco acento sureño.

¿Hermana? Miranda se enfocó en la mujer. Sus ojos estaban rojos y llenos de lágrimas. Las líneas alrededor de ellos le indicaban que probablemente tenía unos cuarenta y pocos años. Mayor que la mujer tendida en el heno en el establo. Tenía una expresión aturdida. Shock.

La mujer presionó una mano temblorosa contra su pecho. Incluso en su pánico, tenía el aire de una aristócrata sureña. —Soy Delta Langford. La hermana de Desirée.

Eso lo explicaba. —Ustedes... se parecen mucho.

Hizo un gesto torpe hacia su prenda demasiado dulzona. —Desirée y yo siempre nos vestimos igual para el Steeplechase. Es nuestra... tradición. —Miró alrededor con una mirada salvaje, luego se fijó en Miranda—. ¿Es cierto? ¿Era *Desirée* la que estaba en el establo?

Lentamente, Miranda asintió. —Desirée Langford. Ese es el nombre que escuché.

—¿Qué... qué pasó?

Miranda no creía que ella debiera ser quien le diera los detalles. —Hubo un accidente.

—Alguien dijo que fue pisoteada por uno de nuestros caballos.

—No estoy segura —Miranda realmente no sabía a quién pertenecía el caballo enloquecido.

La mujer se estremeció. —¿Está... está... realmente *muerta*?

Miranda apretó los dientes, odiando ser quien diera la noticia. Pero no podía mentir sobre eso. —Sí, señora —dijo suavemente.

Con un grito ahogado, Delta Langford se llevó un pañuelo de encaje a la boca y cerró los ojos. —¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Con delicadeza, Miranda le tomó el brazo. —Lo siento mucho por su pérdida, señora Langford. —Deseaba poder decir algo más reconfortante. Normalmente no era tan sensible con los extraños, especialmente con extraños de clase alta, pero su corazón se conmovió por la pobre mujer afligida.

De repente, Delta Langford miró a su alrededor con sus ojos felinos, como si no quisiera que la escucharan. Agarró el brazo de Miranda y la empujó hacia un lado del granero, dándoles algo de privacidad lejos de la multitud murmurante. —Usted es Miranda Steele, ¿verdad?

—Sí —respondió Miranda con cautela.

—La reconocí por su foto en el periódico.

Ella se estremeció. Su primer caso en la Agencia la había hecho semi-famosa en Atlanta. Le gustaba más cuando nadie sabía quién era.

—Trabaja para la Agencia Parker, ¿verdad?

Asintió.

Delta Langford se inclinó hacia ella. —Señorita Steele, necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? —Involuntariamente, Miranda retrocedió.

Nerviosamente, Delta Langford miró por encima de su hombro. Parecía cada vez más inestable. —No sé qué le acaba de pasar a mi hermana, pero sé que *él* tuvo algo que ver.

—¿Él?

—Ferraro Usher.

Miranda frunció el ceño.

Delta Langford sollozó en su pañuelo y señaló hacia el establo. —Te vi salir del establo con él hace un momento.

Sorbete Arcoíris. El tipo con la ropa colorida y el pelo extravagante que acababa de tener inmovilizado. El guardia de seguridad lo había llamado Usher. Delta Langford debió haber estado entre la multitud, observando el alboroto. —Así es, señora Langford. Él dijo que Desirée era su esposa.

—*Ex*-esposa —Sus ojos felinos se oscurecieron, comenzó a estrujar el pañuelo de encaje entre sus manos y murmurar, casi para sí misma—. Por cómo se comporta ese hombre, cualquiera pensaría que realmente amaba a Desirée. Pero con la misma facilidad la destruiría. Sé que tuvo algo que ver con esto. —Lloró nuevamente.

Los oídos de investigadora de Miranda se aguzaron. ¿La mujer pensaba que era un *asesinato*?

Recordó la expresión desconcertada de Usher en el puesto. Él había querido decirle a Desirée que la amaba. Parece que todavía estaba enamorado de ella. Triste. —Parecía bastante alterado —Tanto como Delta, aunque ambos le parecían un poco extraños a Miranda, incluso dadas las lúgubres circunstancias.

—Ese hombre a menudo está alterado. Es un artista temperamental, como si eso fuera una excusa —Delta Langford se burló con amargura—. La vida de Desirée siempre estaba en caos cuando estaba casada con él.

—Lo lamento mucho. —Miranda miró hacia el establo. La policía estaba bloqueando la entrada, negándose a responder las preguntas que los desesperados espectadores y reporteros les gritaban.

La mujer en el puesto había recibido una patada en la cabeza de un caballo. ¿Cómo podría haber causado eso el tipo vestido como un parfait de postre? —Me pareció un accidente extraño.

—Esto no fue un accidente —insistió Delta, sombríamente—. Desde que ese hombre entró en la vida de Desirée, no le ha causado más que dolor. Por su culpa ella bebía demasiado. Él la introdujo en las drogas. Oh, mi pobre, pobre Desirée.

Vaya. Esto era demasiada información. —¿Por qué me está contando todo esto?

—Porque usted entiende, señorita Steele.

—¿Yo?

—Esa historia en el periódico. Leí sobre su valentía. Su propio ex-marido. ¿Cómo lo enfrentó? Qué nervios tuvo.

Miranda se frotó los brazos. Sí, había enfrentado a su ex, ese desgraciado violento y abusivo. Quería decirle a la señora Langford que no había sido nada, pero eso estaba lejos de la verdad.

Había tenido pesadillas al respecto. La hoja del cuchillo atravesando el aire. El dolor del corte en su piel. El sabor de su propia sangre. Tenía un nuevo recuerdo para reemplazar el día en que él dio a su hija en adopción y echó a Miranda a la nieve. Parker la estaba presionando para que fuera a terapia, pero ella no necesitaba un psiquiatra. Sabía dónde estaba realmente Leon Groth. Acostado en una habitación de hospital con soporte vital, esperando morir.

—Mire, señora...

—Señorita Steele, la quiero en este caso —Lo dijo más como una orden que como una petición.

¿Qué caso? Miranda sacudió la cabeza. —Agradezco el cumplido, pero no acepto trabajos para la Agencia.

—¿Me está rechazando?

Miranda no estaba convencida de que fuera un asesinato. Además, no podía aceptar un caso por sí sola. Ya se había metido en suficientes problemas por actuar por su cuenta la última vez. —Si quiere la ayuda de la Agencia, debe contactar a Wade Parker —le dijo a la afligida mujer tan suavemente como pudo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Una expresión extraña apareció en su rostro mientras soltaba una extraña media risa. —Wade Parker es un hombre. Él no entendería. No como tú lo haces.

Eso era diferente. La mayoría de la gente saltaría ante la oportunidad de tener al mejor detective de Atlanta en su caso. La mayoría de las mujeres saltarían a través de un aro de fuego para estar en la misma habitación con Parker.

—Por favor, señorita Steele —Los ojos verdes felinos de la mujer le suplicaban, tirando de sus sentimientos.

—Eh —Miranda cambió de posición y miró hacia el puesto donde Parker había desaparecido. Husmear un poco era una cosa, aceptar a un cliente era un asunto diferente. Aún no era una investigadora de pleno derecho. No podía hablar en nombre de la Agencia. Parker se enfurecería.

Una vez más, Delta Langford le tocó el brazo. —Señorita Steele, necesito que lleve al asesino de Desirée ante la justicia.

Justicia. La palabra evocaba impulsos poderosos. Los mismos impulsos que había sentido en su último caso. La necesidad de actuar. De hacer algo. De poner las cosas en orden. ¿Y si Delta Langford tenía razón? ¿Si Ferraro Usher había matado a su hermana? Si fuera cierto, a Miranda le encantaría ser quien lo encerrara.

Miró de nuevo hacia el puesto, considerando la idea. En ese momento, Parker salió de la abertura. Su mirada fue directamente hacia ella. Le hizo un gesto para que se reuniera con él.

Salvada por el jefe. Se volvió hacia la mujer. —Lo siento, señora Langford. Tengo que irme —Se alejó tan rápido como pudo.

—Señorita Steele —Miranda la oyó gritar—. ¿Hay alguna forma de comunicarse con usted?

—Puede contactarme en la Agencia —respondió por encima del hombro. Luego ya no pudo oírla.

Uf, estuvo cerca. Pero en el fondo, Miranda esperaba que Delta Langford la llamara.

CAPÍTULO TRES

La extraña muerte de Desirée Langford convirtió lo que debería haber sido una tarde festiva en algo más espeluznante que una escena de una tragedia griega.

Cuando los oficiales del Steeplechase de Northwinds anunciaron que las carreras de la tarde estaban canceladas, la conmoción y la ira retumbaron entre la multitud en el campo como un terremoto inminente. Varios de los espectadores atónitos lanzaron acusaciones a ciegas, culpando a cualquiera que se les ocurriera por el terrible accidente. Los entrenadores, el comité coordinador, el personal de seguridad. La situación se puso tan tensa que Miranda se alegró de que hubiera un ejército de guardias de seguridad y policías alrededor.

Los únicos que no estaban molestos eran los reporteros. Tenían una historia jugosa para las noticias de la noche. *Acaudalada heredera muere en extraño accidente ecuestre*.

Pero, ¿realmente fue un accidente?

Miranda se recostó contra el lujoso asiento de cuero del Lamborghini de Parker, contenta de finalmente dirigirse a casa. Parker había quedado satisfecho con las pruebas que ella había reunido para el caso Simmons, especialmente cuando le contó sobre el Amante-Número-Dos, pero no había mencionado nada sobre lo que ahora era el evento principal: el cuerpo en el establo.

Mientras pasaban a toda velocidad por ondulantes campos verdes, Miranda miraba por la ventana pensando en Delta Langford. —¿Tú y Erskine tuvieron un buen reencuentro en el granero? —dijo finalmente. La relación de Parker con el Teniente de policía podía ser tensa a veces.

Parker le lanzó una mirada cautelosa. —Después de que Witherspoon se fuera, me dirigía hacia los establos para encontrarte cuando el Teniente me vio y me contó lo que había pasado. Ofrecí mi ayuda.

Ajá. —¿Por qué no querías que entrara al establo?

Suspiró, con la mirada fija en el tráfico de la Interestatal, que era más ligero de lo habitual. —Pensé que era demasiado pronto para ti. Era una imagen horrible, por decirlo suavemente.

Totalmente cierto. —¿Así que crees que soy demasiado cobarde para manejarlo?

Parker se tensó. —"Cobarde" es la última palabra que usaría para describirte, Miranda.

—Si hubiera sido cualquier otra persona de la Agencia —dijo ella, dejando ver su molestia—, incluso otro aprendiz, estarías feliz de involucrarlos. Dirías que es una buena experiencia.

Parker apretó su agarre sobre el volante. Miranda Steele era la mujer más obstinadamente desafiante que jamás había conocido. —Ya hemos hablado de esto, Miranda. No quiero que te acerques a ningún caso violento hasta que pase algún tiempo.

Con un gruñido, ella miró por la ventana. Parker podía ser tan condenadamente irritante cuando trataba de protegerla. Pero él no sabía que ella había presentado sus respetos en el establo antes de que él llegara. Si mantenía eso en secreto, tal vez esto podría convertirse en un caso, después de todo. Él no la mantendría alejada si Delta Langford llamaba a la Agencia y pedía específicamente por ella, ¿verdad?

Se aclaró la garganta y forzó un tono tranquilo en su voz. —Entonces tú y Erskine examinaron la escena. ¿Qué crees que pasó?

Él le lanzó una mirada de sospecha mientras reducía la velocidad para dejar pasar a una camioneta pickup. —A primera vista, parecía ser un accidente. La fallecida había sido pateada por su caballo. Luego notamos que el cuerpo olía fuertemente a alcohol.

Ella recordaba eso. Una pareja en un Fiat descapotable los adelantó. Parker no cambió su velocidad. El Lamborghini podía hacer picadillo a ese Fiat. Estaba alargando su tiempo juntos. Dos podían jugar a ese juego. Lo haría hablar.

—¿Alcohol? —preguntó con inocencia.

—La señorita Langford tiene un historial de abuso de alcohol y sustancias. La hinchazón alrededor de sus ojos y el color de su piel indicaban uso reciente de drogas. El forense podrá determinar más detalles. Pero ahora mismo, el Teniente Erskine cree que la causa de la muerte es suicidio.

En serio. Miranda bebió un sorbo del refresco que Parker le había comprado antes de partir. —No fue un accidente, entonces.

—No.

—¿Sigues involucrado en la investigación?

—No. Erskine simplemente quería apoyo temporal debido a la multitud. Le han pedido que trabaje con la policía local.

Ella asimiló lo que él acababa de contarle. Después de varios minutos, se acercaron a la ciudad y el paisaje se volvió denso con urbanizaciones, edificios de oficinas y centros comerciales.

Delta Langford insistía en que Usher había influenciado a su hermana para que consumiera drogas. ¿La habrían hecho querer suicidarse? —¿Erskine piensa que fue un suicidio solo porque Langford era consumidora?

Parker negó con la cabeza. —Había una nota.

La esquina blanca que había visto en el heno. Pensó que parecía un pedazo de papel. —Bajo su sombrero.

La fuerza centrífuga tiró de su estómago mientras él avanzaba por la rampa de salida de la interestatal. Estructuras de vidrio se elevaban por encima de los árboles. Él la miró con esa mirada penetrante suya. —¿Cómo sabías eso?

Ella se encogió de hombros. —Tengo mis métodos. —Su propia frase no sonaba tan elegante en sus labios—. ¿Qué decía la nota?

Él le lanzó otra mirada de sospecha. —Parecía estar escrita a mano por Desirée. Insinuaba que estaba cansada de vivir. Quería morir junto a sus amados caballos.

Ella arrugó la nariz. —Eso es extraño.

—No es tan extraño. Aunque los caballos y las carreras de obstáculos eran su pasión, Desirée Langford era propensa a la depresión.

—¿Su pasión?

—Su familia es dueña de Aquitaine Farms. Era una de las mejores criadoras de purasangres del país —cambió de carril mientras se incorporaban a Peachtree Road y se dirigían hacia el edificio de apartamentos de ella—. Su pérdida es un golpe para la comunidad hípica.

—Es aún más extraño hacerlo hoy —murmuró ella.

El tráfico se hizo intenso. Parker redujo la velocidad. —Tal vez quería hacer una declaración. La mujer era temperamental. Tenía una vida personal extraña. Era conocida por sus peculiaridades.

—¿Como cuáles?

—Fiestas salvajes, experimentación con drogas y mal genio.

Justo como Delta le había dicho. —¿Cómo sabes tanto sobre su vida personal?

Le lanzó una mirada de reojo. —Conozco a los Langford desde la infancia.

De acuerdo. Se había preguntado si Delta Langford estaba en el círculo social de Parker. Entonces, ¿por qué estaba tan indecisa en hablarle a él sobre sus sospechas? Miranda decidió no seguir con esa línea de preguntas. —Según Erskine, entonces, no fue la patada del caballo lo que mató a Desirée, sino las drogas que había tomado.

—Eso es lo que sospecha. El examen del forense lo confirmará. O no.

Miranda negó con la cabeza. —¿La mujer se inyecta, se traga algo de alcohol, escribe una nota de suicidio, luego va al establo de su caballo favorito y espera a que le dé una patada en la cabeza para terminar el trabajo? ¿El día del Steeplechase? No parecía correcto, incluso si estuviera deprimida.

Observó a Parker mirando fijamente el auto frente a él. Él tampoco se lo creía. —Según el entrenador, Calypso es un animal de espíritu fuerte. Pero algo lo provocó.

—¿Qué?

—Cualquier cosa podría alterar a un caballo nervioso. El entorno desconocido, la multitud, un niño. Las patadas podrían haber sido pura coincidencia.

—¿Por qué se paró detrás del caballo? ¿No sabría que eso es peligroso?

—Buena pregunta. Pero si las drogas eran alucinógenas, como sospecha Erskine, es posible que ni siquiera se diera cuenta de dónde estaba.

—Demasiado drogada para esquivar un casco dirigido a tu cara —si tuviera suerte, demasiado entumecida para sentir el golpe.

—Sabrán más cuando hagan la autopsia —se detuvo en un semáforo, se volvió y la miró intensamente con esos ojos grises y sexys—. No respondiste mi pregunta.

Ella inclinó la cabeza. —¿Qué pregunta?

Sus ojos se entrecerraron. —¿Cómo viste la nota de suicidio?

Se removió en su asiento.

—¿Miranda?

Vaya, era insistente. —¿Qué se suponía que debía hacer, Parker? Justo después de tomar esas fotos de Simmons y su amante número dos, comenzó el alboroto en el establo. Era natural ir a echar un vistazo. Cuando vi el cuerpo, pensé que podía reanimarla. Pero cuando entré al establo, vi que estaba muerta. Fue entonces cuando noté un pedazo de papel que sobresalía debajo del sombrero.

Parker inhaló mientras observaba a la obstinada mujer en el asiento del pasajero. Era típico de ella meterse directamente en problemas. Si no la amara tanto... no estaba seguro de qué haría con ella.

Su sombrero de vigilancia rojo y blanco descansaba en su regazo. Sus rizos oscuros se habían soltado y caían sobre sus hombros de la manera que a él le gustaba. Como siempre, sus ojos azul profundo con sus pestañas negras y espesas le decían mucho. Todavía estaba frágil después de su terrible experiencia de hace unas semanas, aunque ella no lo admitiría.

El incidente de hoy era una tragedia. Él había querido protegerla, escudarla de cualquier dolor adicional al que ya había sufrido, pero su espíritu independiente lo hacía difícil. Sin embargo, su tenacidad obstinada era uno de los rasgos que más admiraba de ella. Uno de los rasgos que hacían que la quisiera tan profundamente. Uno de los rasgos que compartían.

La estudió en silencio. —¿Qué más viste?

Miranda apretó los labios. La mirada de Parker la atravesaba. Podía sacarle cualquier cosa con esa mirada. Pero no había mucho que contar. —Vi el cuerpo —murmuró—. Como dijiste. No era una imagen agradable.

—¿Algo más?

Un bocinazo sonó detrás de ellos. Miranda señaló hacia arriba. —El semáforo está en verde.

Él se tensó. —Ya lo veo —avanzó por la intersección—. Continúa.

Ella levantó las manos con inocencia. —Un tipo de aspecto extraño. El ex marido de Desirée.

Él asintió. —Ferraro Usher. Es un artista emergente. ¿Qué estaba haciendo en el establo?

—Lo mismo que yo. Mirando el cuerpo.

Parker condujo en silencio hasta que el edificio Colonial Towers apareció frente a ellos. Entró en el estacionamiento. —¿Cómo se veía Usher?

¿Verse? ¿Cómo podía explicar esa mirada aturdida en los ojos del extraño hombre? —Confundido. Impactado. El guardia de seguridad nos sacó antes de que pudiéramos conocernos. ¿También conoces a Usher?

—Un poco. He ido a algunas de sus exposiciones en el centro —frunciendo el ceño, se estacionó y detuvo el auto—. ¿Cómo supiste su nombre?

Dios mío, era persistente. Pasó un dedo por el borde de la ventana. Mejor confesar. Se enteraría tarde o temprano. —Delta Langford me lo dijo.

Alzó una ceja. —¿La hermana de la fallecida?

—Sí. Me reconoció del periódico y se acercó a mí. En su opinión, lo que le pasó a Desirée no fue un accidente. Ella cree que Usher lo hizo.

Se inclinó hacia adelante con interés. —¿Ah sí? ¿Y por qué Delta sospecha de él?

Miranda miró fijamente su sombrero. Menos mal que había detenido la grabación después de que la echaran del cubículo. Un momento. ¿Por qué se estaba conteniendo? Si le contaba los detalles a Parker, él querría tomar el caso.

Se volvió hacia él, emocionada. —Delta dijo que su hermana no era feliz con Usher. Parecía que tenían una relación bastante turbulenta. Según Delta, era por culpa de Usher que Desirée bebía y tomaba drogas —jugueteó con el sombrero en su regazo un momento, observando de reojo cómo el rostro de Parker se tornaba pensativo—. Ella, eh, me pidió que tomara el caso.

Él inhaló sorprendido. —¿Qué le dijiste?

Miranda se mordió el labio con frustración irritada. No era una idea tan descabellada. —Le dije que contactara a la Agencia.

Él asintió secamente. —Estoy orgulloso de ti.

—Gracias —le lanzó una media sonrisa burlona, se recostó y miró hacia el césped. Un hombre delgado pasó pavoneándose con un caniche blanco con correa. Debía ser uno de sus vecinos. Esperó un momento—. Creo que vale la pena investigarlo —dijo con tensión.

Su rostro se tornó sombrío mientras apagaba el motor. —No podemos.

—¿Por qué no?

—Simple. Ella no nos ha contratado.

—De cierta forma me contrató a mí —replicó. Claro, era exagerar. No había dinero ni contrato. Ni siquiera un acuerdo verbal. Pero Miranda no era del tipo que se dejaba atar por detalles—. ¿Y si le hago una pequeña visita al señor Ferraro Usher? Ya sabes, por mi cuenta. Solo para tantearlo, y...

—A menos que Delta Langford venga a la oficina y firme el papeleo necesario, no hay caso —la profunda voz sureña de Parker era firme como Gibraltar.

Cruzándose de brazos con disgusto, Miranda observó cómo el entusiasta caniche arrastraba a su vecino por la correa hacia un camino lateral que corría detrás del edificio, con la nariz pegada al suelo. Sí, siempre hay algo que te frena. —¿Por qué no? —dijo entre dientes.

Sus anchos hombros se tensaron. —Investigar por tu cuenta no serviría de nada. Sin un cliente, nada de lo que descubrieras sería admisible en el tribunal. Sabes eso.

Ella entrecerró los ojos, suspicaz. —Es más que eso.

Él suspiró. —El padre de Delta y Desirée es Eli Langford. Es uno de los principales promotores inmobiliarios de la ciudad.

Recordó una noche cuando Parker la había llevado a cenar. Desde una vista que dominaba la ciudad, le había señalado los numerosos proyectos de su padre. Wade Parker Jr. era un magnate inmobiliario local. —¿Eli Langford es el rival de tu papá?

Él asintió. —El principal competidor de mi padre. Aunque nos conocemos de toda la vida, nuestras familias nunca han sido cercanas.

Miranda conocía el don de Parker para suavizar las cosas. "No cercanas" probablemente significaba una larga disputa entre las familias adineradas. Pero ni siquiera eso impediría que el Wade Parker que ella conocía investigara un asesinato como este. —Hay algo más, ¿verdad?

Vio cómo su mandíbula se contraía incómodamente. Un suceso raro en Parker. —Digamos que Delta Langford y yo tenemos una historia desagradable.

Una inesperada oleada de celos la invadió. Parker era un rompecorazones, después de todo. Así que por eso la mujer no quería pedirle a Parker que tomara el caso. Pero aún quería a Miranda. Los celos se convirtieron en un destello de orgullo.

—Tendremos que dejar que la policía se encargue de este —dijo Parker severamente—. Además, es demasiado pronto para ti.

—¿Qué quieres decir con demasiado pronto?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Su calvario con su ex.

Ahora estaba siendo sobreprotector. Eso era algo que ella debía decidir. ¿No había admitido Parker que ella había resuelto un asesinato de alto perfil? ¿No le había ofrecido un ascenso bajo su supervisión? Miró por la ventana. El hombre delgado y su perro eran dos pequeñas manchas bajo los árboles lejanos. Mejor que se fuera antes de abofetear a su sexy jefe. Pero no se movió.

Su mirada vagó hacia el alto edificio de ladrillo rojo que había sido su hogar durante poco más de dos meses. Si no contabas el tiempo en que Parker la había hecho enojar tanto que se había

mudado y estaba en camino a otro estado. Había tenido suerte de recuperar su apartamento.

Se volvió hacia él y captó su mirada absorbiéndola. Su mente había pasado a esas otras cosas que ocupan a un hombre como Parker. Pensamientos de alcoba. —¿Ya has concertado una cita con un terapeuta? —preguntó con ternura.

Suposición equivocada. Se crispó, luego se conmovió por la preocupación en sus ojos. Sacudió la cabeza. —Ajá, no.

Parker se reclinó, con expresión pensativa. No tenía prisa por marcharse. Tamborileó con los dedos sobre el volante. —Como te he sugerido antes, podría ayudarte a superar este momento si vieras a alguien.

Había ido a psicólogos antes. Al principio la habían ayudado. Ahora pensaba que la mayoría de ellos eran puras patrañas. Sonrió con sarcasmo. —Podría ayudar si no siguiera tropezando con cadáveres.

Inclinándose hacia ella, tomó su barbilla en su mano, con ojos llenos de preocupación. —Lamento que hayas tenido que pasar por eso hoy.

Su ternura la atravesó. No intentó escapar de su agarre. Su mirada le hizo pensar en una noche no muy lejana cuando, justo en la entrada de columnas blancas de su edificio, la había abordado con una ronda de besos sensuales. Y caricias en lugares que le hacían agua la boca.

—Estaré bien.

Extendió la mano hacia ella. Ella permitió que él la sostuviera con delicadeza. —Como tu empleador, me preocupa tu salud.

Claro. Todo negocios. Ya había intentado esa estrategia antes. —Estoy bien. Solo necesito superar este frío entumecimiento. —Excepto por la mezcla de irritación y atracción que sentía hacia Parker, y el repentino interés en este caso, había atravesado las últimas dos semanas como si su corazón estuviera envuelto en algodón.

—¿Eso todavía persiste? —preguntó Parker.

Ella asintió. Su lucha a muerte con su ex, Leon Groth, la había dejado anestesiada. Un psiquiatra que la había visto en el hospital le

dijo que era normal, pero no podía sacudirse ese estado de ánimo. —Solo desearía poder sentir algo.

Él se inclinó más cerca, el calor de su tierna sonrisa dándole un resplandor que no podía negar. —¿Y esto qué te hace sentir?

Su respiración se entrecortó cuando los labios de él capturaron los suyos. Su contacto era suave, como si temiera lastimarla.

Ella no se sentía tan frágil. Con hambre, le devolvió el beso. Como en piloto automático, sus manos se elevaron y se hundieron en su cabello. Oh, ese cabello suyo. Había extrañado su tacto. Grueso, limpio, sin una pizca de gel para peinar. El estilo del cabello de Parker era inherente, natural. El estilo de sus besos era una especie de refinada ferocidad.

Gimió mientras la boca de él se movía sobre la suya, arqueó la espalda cuando su mano hábilmente se deslizó hasta su pecho mientras su lengua jugaba sobre sus labios y enviaba sensaciones hormigueantes por todo su cuerpo.

Él tenía razón. Aún podía sentir pasión.

Era su primer beso desde el trauma. Hace dos semanas, justo después de que la dieran de alta del hospital, se había sentado en un bistró con él, con la única intención de discutir la posibilidad de volver a trabajar para él. Pero habían terminado jugando a tocarse con los pies debajo de la mesa. Ella se había retirado, se había controlado. Sus viejos demonios eran demasiado para manejarlos en ese momento.

Había pensado que él lo entendía. Habían acordado cenar juntos una vez por semana. Pero eso pronto se convirtió en dos veces por semana. Y luego estaba el Steeplechase de hoy, que él pretendía que fuera solo negocio. Con razón lo llamaban el Zorro Plateado.

Su cálido aliento le abanicó la mejilla. Su presión aumentó, luego se alivianó nuevamente, como si de repente estuviera decidiendo que incluso esto era demasiado para ella.

Se alejó, sin querer presionar demasiado, supuso ella. Dejó que su mirada vagara por la ventana. —Sabes, nunca he visto tu apartamento.

Debió haberlo malinterpretado. No estaba retrocediendo, solo calentándola lentamente para el golpe final. Ella no estaba lista para

eso.

Se rió e intentó arreglarse el cabello. —No quisiera avergonzarte, Parker. Mi choza es mucho más elegante que la tuya.

—Tampoco has estado en mi ático. —Su tono era sugerente.

—Sabes a lo que me refiero.

Su mirada se volvió cálida, al borde de abrasadora. —Lo sé. Lo recuerdo bien.

Era en la mansión de su padre donde habían dormido juntos. Donde había conocido por primera vez cómo podía ser el sexo con un hombre como Parker. Parecía hace siglos. Pero todavía sentía el escozor de la amarga pelea que habían tenido allí, donde le había dicho que nunca podría funcionar entre ellos. No tenía intención de volver a esa casa.

Se aclaró la garganta y recogió el sombrero que se había deslizado hasta el suelo. —¿Te parece bien si me lo quedo durante el fin de semana?

—Por supuesto.

Ella alcanzó la manija de la puerta.

Sus dedos trazaron su mano nuevamente. Sus ojos recorrieron su figura, su rostro. —¿Te gustaría conocer a mi padre? —dijo por fin.

¿Su padre? Ella sonrió. —¿El infame Wade Russell Parker, junior?

—Sí. Voy a visitarlo en la residencia de ancianos mañana por la tarde. Ven conmigo.

Otra excusa para estar juntos. Debería decir que no. —¿Residencia de ancianos? —Levantó una ceja. Parker le había dicho que su padre se había internado en un lugar así por una afección cardíaca hace varias semanas.

—Solo será una visita corta. Podemos cenar temprano después.

No podía permitir que siguiera inventando formas de verla. —Una residencia de ancianos suena demasiado a hospital. Ya sabes lo loca que estoy por esos lugares. —Acababa de pasar casi una semana en uno.

Él le dirigió una mirada penetrante. —No tienes que ir si te sientes incómoda.

Estaba a punto de decir que lo dejaría para otra ocasión. Entonces miró esos ojos grises estilo Magnum. Frescos y ardientes al

mismo tiempo. No muchas mujeres podían decirle que no a Parker. Ella podía, pero no quería herir sus sentimientos.

—Claro —se encogió de hombros—. Compensará el no dejarte *ver* mi apartamento.

Él rió suavemente. —Pasaré por ti mañana a las dos.

Ella asintió. —Será interesante conocer al gran y poderoso magnate inmobiliario que te engendró.

Con la risa de Parker en sus oídos, abrió la puerta del auto y salió mientras podía.

Parker observó su figura esbelta y sus piernas bien formadas bajo la falda que ondeaba hasta que llegó a la entrada. Su corazón se hinchó de deseo, ternura y puro amor por aquella mujer terca y fogosa.

Alcanzó el encendido. Solo era cuestión de tiempo, se recordó a sí mismo. Solo cuestión de tiempo.

CAPÍTULO CUATRO

Con aquellos besos apasionados y ardientes de Parker aún quemándole los labios, Miranda salió del ascensor y se apresuró hacia su pequeño apartamento. Luchando por apartar de su mente los encantos de aquel hombre, se cambió el vestido veraniego por unos cómodos jeans y una camiseta. Luego se sirvió una cerveza del refrigerador y se instaló frente a la laptop que mantenía sobre una mesa plegable que ocupaba aproximadamente un tercio de su sala de estar.

La laptop era nueva. La había comprado con la bonificación que Parker le había dado por resolver el caso Taggart. Tenía todas las últimas características y era mucho más rápida que su vieja porquería. En este momento, agradecía eso—necesitaba la actualización para ejecutar el software especial.

Con cuidado, despegó el borde de velcro de su pomposo sombrero de carreras, extrajo el receptor inalámbrico y lo conectó a un puerto USB. Encendió el software especial y después de algunos clics del ratón, las actividades del día comenzaron a reproducirse ante sus ojos.

Simmons y su Amante-Número-Uno besándose y tomando bebidas bajo las sombrillas coloridas. Simmons marchando hacia los establos. Simmons divirtiéndose con el Amante-Número-Dos. Adelantó rápidamente las imágenes.

Espera. Ahí.

El cuerpo de Desirée Langford en el heno.

Miranda había conseguido una buena toma de ella con la cámara del sombrero. Ese pobre rostro ensangrentado y desfigurado. Una vez más, su estómago se contrajo ante el tejido sangriento. Una visión desagradable, como había dicho Parker. La cámara se movió

hacia el sombrero de paja aplastado con la esquina de la nota suicida asomándose por debajo. Qué lugar tan extraño para poner una nota así, pensó.

La voz de Usher sonó rasposa a través de sus altavoces. — Desirée...— Pausó la grabación cuando el rostro de él apareció en la imagen. Alto. Pelo alborotado. Saco arrugado color mandarina y corbata color turquesa. Lentamente avanzó la película cuadro por cuadro, estudiando al hombre.

Cejas delgadas y expresivas. Ojos grandes y redondos, del color de las algas marinas, paralizados por el shock y el horror. Estaban inyectados en sangre. Pupilas dilatadas. ¿Por cocaína? ¿Marihuana? ¿O pura aflicción? Resopló y se limpió la nariz. No dejaba de abrir y cerrar la otra mano de manera agitada. No era solo dolor.

¿Qué más significaba esa mirada suya? Desconcierto por la pérdida, por supuesto. Y probablemente drogas. Pero incluso en su estupor aturdido, parecía saber algo. Algo más allá de lo evidente.

Una pequeña cicatriz, de aproximadamente un centímetro de largo, recorría su mejilla derecha. Interesante. No parecía ser del tipo peleador. Parecía del tipo arrogante y mimado. El tipo que disfrutaba de la atención y estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. ¿Y si una mujer no se lo daba?

Miranda sabía lo que un hombre cruel podía hacerle a tu psique. ¿Habría empujado Usher a Desirée Langford al suicidio? ¿O la había matado de forma más... directa? Sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

Objetividad.

Estaba interpretando demasiado.

Se recostó y exhaló. Todo lo que tenía eran especulaciones y demasiadas preguntas sin respuesta. No parecía que fuera a conseguir más información. No con la "historia desagradable" que Parker tenía con Delta Langford, sea lo que fuere que eso significara.

Sintiéndose agotada, alcanzó el ratón y cerró el programa. Tal vez Parker tenía razón. Era demasiado pronto para involucrarse en algo como esto.

Se levantó, agarró su cerveza y caminó hacia el pequeño dormitorio. Miró fijamente los sencillos muebles alquilados. Cajas sin

abrir descansaban en el suelo. No había terminado de desempacar desde que había regresado al lugar. La indecisión le había impedido guardar todo. Si no iba a quedarse, ¿cuál era el punto?

Puso la cerveza sobre la cómoda y se agachó para abrir una de las cajas. Su respiración se entrecortó al ver los paquetes envueltos para regalo que la recibieron como viejos amigos. Papel rosa, azul, amarillo. Cintas que se habían amarilleado y aplastado con los años.

Regalos para Amy. La bebé que Leon le había arrebatado hace trece años, justo después de nacer. Su única hija.

Sabía lo que había en las cajas. Un mordedor y un caballito de mar rosa para el baño, para cuando Amy tuviera uno y dos años. Un mono de peluche para cuando tuviera cuatro. Una muñeca para cuando tuviera cinco. Una Barbie para cuando tuviera diez.

A lo largo de los años, Miranda había seleccionado amorosamente cada tesoro, lo había envuelto y metido en cajas de cartón junto con los otros, arrastrándolos mientras se mudaba de un lugar a otro, de un trabajo de construcción a otro. Algún día, se decía a sí misma, podría entregárselos a su hija en persona.

Hace mes y medio, había pensado que ese día había llegado. Creyó que encontraría a su hija en Atlanta. Pensó que había estado más cerca que nunca. Pero resultó ser una mentira. Ahora encontrar a Amy parecía más imposible que nunca. Un sueño sin esperanza.

Se limpió los ojos. Hace mucho tiempo, después de que Leon la echara y ella estuviera en el sanatorio, un psiquiatra le dijo que estaba pasando por una crisis de identidad. En aquel entonces, había decidido reconstruirse a sí misma.

Y lo había hecho. Había estudiado artes marciales, se mantenía en forma, tomaba trabajos de construcción para seguir fuerte y aprender técnicas de pelea de sus compañeros en los bares locales después del trabajo. Ningún hombre volvería a lastimarla jamás. Era fuerte por dentro y por fuera.

Lo suficientemente fuerte como para haberse podido enfrentar a Leon.

En aquel entonces, también se había prometido encontrar a Amy, pero era mejor que no lo hubiera hecho. Leon quería a ambas

muertas. Con ese pensamiento, una fría insensibilidad se apoderó de ella.

Tal vez estaba pasando por otra crisis de identidad. Guardó los paquetes de nuevo y cerró la caja.

Quizás era hora de establecerse y hacer algo con su vida. Había aceptado el trabajo en la Agencia Parker para encontrar a su hija, pero se había convertido en algo más. Parker había hecho algunas averiguaciones, pero no había conseguido nada. Tal vez... era hora de abandonar la búsqueda de Amy.

Parpadeó, con lágrimas ardiendo en sus ojos. Se frotó la nariz. Mierda. Odiaba llorar, incluso cuando estaba sola.

Se levantó y tomó un trago de cerveza. Entonces, ¿debería establecerse o marcharse de nuevo? Nunca antes había sido indecisa sobre mudarse. Era la influencia de Parker. ¿Por qué no podía alejarse de ese hombre?

Él le había salvado la vida. Le había dado un trabajo interesante. Le prestó algo de dinero que aún no había terminado de devolver. Lo mínimo que podía hacer era dedicar unos meses más al entrenamiento como investigadora privada. Sí, le debía al menos eso.

Se frotó los ojos, demasiado cansada para pensar en ello. Necesitaba una siesta. Sintiéndose más apática que nunca, empujó las cajas hacia la esquina y se acostó en la cama.

Quizás algún día tendría la fuerza para deshacerse de ellas.

CAPÍTULO CINCO

Miranda nunca había sido fanática de los hospitales. Y una residencia para ancianos, su prima institucional, no era precisamente el lugar más acogedor para pasar una tarde de domingo.

Así que ¿cómo había dejado que Parker la convenciera de visitar a su padre aquí? se preguntaba mientras lo seguía por un largo pasillo hasta una puerta con el rótulo "Wade Parker, junior".

Él le abrió la puerta y ella entró, esperando encontrar a un anciano enfermizo postrado en cama.

En vez de eso, se quedó boquiabierta.

Cuadros con marcos dorados colgaban de paredes revestidas de caoba oscura. Sillones de cuero negro estaban dispuestos con buen gusto, con una alfombra persa sobre el suelo de linóleo. La cama con dosel estaba cubierta con un edredón de chinchilla. Música barroca sonaba desde algún lugar en el techo. El olor a colonia cara enmascaraba cualquier aroma a hospital. La decoración masculina parecía más la biblioteca de un hombre rico que la habitación de un inválido en su lecho de muerte.

En el extremo de la habitación, una silla de ruedas estaba orientada hacia unas ventanas del piso al techo con cortinas que se abrían a una pequeña terraza. La cabeza de su ocupante se asomaba por encima del respaldo.

—¿Padre? —murmuró Parker.

Lentamente la silla de ruedas giró. Miranda resistió el impulso de silbar. El hombre en la silla tenía una cabellera espesa de pelo blanco puro, impecablemente peinado, un bigote a juego, y ojos azul cristalino. Vestido con un fino traje gris y un pañuelo ascot rojo oscuro al cuello, era casi tan apuesto como su hijo.

Juntó las manos en forma de campanario y alzó una ceja cuidadosamente arreglada, tan blanca como el cabello de su cabeza. —¿Has venido por fin a presentar tus respetos a tu padre enfermo? —Su acento sureño, más marcado que el de Parker, rezumaba un encanto de viejo mundo.

Un gesto de irritación cruzó el rostro de Parker. Miró alrededor de la habitación. —No tan enfermo como para no redecorar por completo. ¿El personal permite que los pacientes alteren su habitación de esta manera?

El padre de Parker esbozó una sonrisa de suficiencia. —El dinero siempre persuade a los administradores a flexibilizar las reglas, hijo. —Agitó una mano en el aire como restándole importancia al tema—. Ese no es el motivo por el que te pedí que vinieras. —Se fijó en Miranda y el encanto se extendió por su rostro—. ¿Y quién es tu encantadora acompañante? —Antes de que Parker pudiera responder, alzó la mano otra vez—. Espera. Ya sé. —Se llevó la palma al corazón—. ¿Podría ser esta la audaz joven que recientemente salvó la vida de mi hijo?

Miranda cambió su peso de un pie a otro. Ya era bastante malo ser reconocida por su foto en el periódico. Solo Dios sabía lo que Parker le había contado a su padre sobre ella.

Dio un paso adelante y extendió la mano. —Encantada de conocerlo, señor.

El anciano caballero tomó su mano entre las suyas. —¿Señorita Steele, verdad? ¿Miranda Steele?

Ella asintió.

—¿Cómo podré pagarte jamás?

Vaya, estaba exagerando. Retiró su mano y se encogió de hombros. —Su hijo y yo estamos a mano. Él también me salvó la vida.

Él negó con la cabeza. —Ese es su trabajo. Siempre está salvando vidas. Es raro cuando alguien tiene que salvar la suya.

—También es mi trabajo. —Más o menos.

Él asintió. —Es cierto. Eres su empleada. La Agencia Parker es afortunada de tener a alguien con tu talento y agallas —la miró de arriba abajo—, y tu buen aspecto.

La noche que pasaron en el dormitorio de su padre, Parker le había contado lo mujeriego que era. El coqueteo del anciano caballero era algo encantador. —Gracias, señor Parker —dijo, tratando de rechazarlo con suavidad—, pero solo soy una chica común y corriente.

Él la estudió. —Debes ser especial, o mi hijo no estaría contigo hoy. ¿Verdad, Russell?

—¿Russell? —Miranda no pudo contener una sonrisa. Parker no había mencionado que su padre lo llamaba por su segundo nombre.

Parker le lanzó una mirada de desaprobación y evadió la pregunta. —Descubrirás que la señorita Steele puede ser muy testaruda cuando intentas hacerla cambiar de opinión sobre cualquier cosa, padre.

Miranda gruñó. —¿Yo testaruda? Deberías mirarte en un espejo.

El señor Parker se rió. —Veo a qué te refieres, Russell. Ambos comparten esa característica.

Parker se dirigió al pequeño refrigerador de acero inoxidable en la esquina y comenzó a inspeccionar su contenido. —¿Cómo podría ser de otra manera, con usted como mi padre?

Era de esperar que fuera un rasgo familiar.

—Un buen punto. Oh, sírvete lo que quieras, hijo. Estoy bien abastecido, como siempre.

Cargado de champán y caviar, supuso Miranda.

Parker revisó un par de estantes. —Perrier Jouet. Trufas de champán. Quesos exóticos. Pasteles. Esta no parece ser la dieta de un paciente cardíaco.

El señor Parker se rió. —Mi hijo, el perpetuo investigador.

Miranda observó a los dos hombres frente a ella. Podía sentir la silenciosa tensión bajo la charla masculina. Parker le había contado una vez que su padre lo había desheredado cuando se hizo policía. Eso había sido hace mucho tiempo, pero evidentemente aún quedaban secuelas. ¿De qué otra manera podrían llevarse dos mujeriegos testarudos tan estrechamente relacionados?

El señor Parker sonrió contagiosamente. —Tienes razón, Russell. Mis genes fueron generosos contigo. —Se volvió hacia ella y habló

casi en un susurro—. No seas demasiado testaruda, Miranda. Si lo eres, la vida puede impartirte amargas lecciones para enderezarte.

Sonaba como si lamentara las brechas entre él y su hijo. —Intentaré recordarlo —dijo Miranda.

El Sr. Parker se aclaró la garganta y movió su silla de ruedas al centro de la habitación. —Y hablando de ser terco, eso me lleva a la razón por la que están aquí hoy.

Parker cerró la puerta del refrigerador. —Estoy aquí simplemente para visitar a mi padre enfermo, aunque no parece estar enfermo después de todo.

—Tonterías. Los llamé aquí para hablar sobre la casa.

Parker se movió hacia la ventana y miró a través de ella. —Te lo dije antes, padre. No quiero la casa.

¿Qué casa?

—Debes tomarla. Mi contador me aconseja que si te regalo la casa, los beneficios fiscales serán enormes.

—Lo siento, Padre. No puedo hacer eso.

—Estás arruinando mis finanzas, Russell.

—¿Es esa la única razón, Padre? Pensaría que podrías ganar mucho más vendiendo la casa que lo que ganarías en impuestos.

—¿Qué casa? —preguntó Miranda, aunque creía que ya lo sabía.

Parker permaneció en silencio. Ella observó cómo se tensaba su mandíbula.

—La propiedad de los Parker en Mockingbird Hills, por supuesto —respondió su padre ya que él se negaba a hacerlo—. Nuestra casa familiar.

Oh, esa casa. El lugar donde habían hecho el amor. El lugar donde Parker le había pedido que se mudara con él.

Parker exhaló con frustración. —No puedo aceptar la casa, Padre. Tengo mis razones.

El Sr. Parker gruñó. —Ha estado en nuestra familia por generaciones, hijo. Es un monumento histórico.

—Entonces dónala a la sociedad histórica.

Golpeó el brazo de la silla de ruedas con su puño. —¿Cómo puedes ser tan desconsiderado? ¿Cómo puedes pedirme que regale nuestra casa familiar?

Miranda miró sus zapatos, punzada por la culpa. ¿Era ella la razón por la que Parker no quería la mansión?

Parker suspiró, con molestia en su respiración. —Pareces bastante bien, Padre. ¿Por qué no te quedas con la casa? ¿Qué haces en este asilo de ancianos, de todos modos?

Como si fuera una señal, la puerta se abrió y una enfermera entró en la habitación con una bandeja llena de pequeños vasos de plástico. —Señorr P —le regañó con un fuerte acento—. No me dijo que tendría visitas.

El rostro del anciano caballero se iluminó. —Quería sorprenderte, querida.

¿Querida? Miranda y Parker miraron a la mujer con la boca abierta.

Aunque podría estar cerca de los cincuenta, la dama parecía más una estrella de cine que una enfermera. Su uniforme azul brillante se ajustaba a su figura, con el escote bajo revelando un pecho amplio y bronceado, al estilo de Sophia Loren. Su cabello oscuro caía en mechones lujosos alrededor de sus hombros.

Se movió seductoramente hacia una mesa de café y se inclinó para dejar la bandeja. —Es hora de su píldora de la tarde, Señorr P.

Pronunciaba la inicial como "pe". Hmm. ¿Qué acento era ese? De Europa del Este, tal vez.

El padre de Parker arrugó la cara. —Oh, pero Tatty, sabes cuánto odio tragar esas cosas desagradables.

Ella chasqueó la lengua. —Vamos, vamos, Señorr P. ¿Cómo va a mejorarse si no toma su medicina? —Su tono era maternal, medio en broma.

Miranda alzó una ceja y miró a Parker. Él le devolvió la misma mirada. Sus pensamientos se reflejaban mutuamente.

El padre de Parker giró su silla de ruedas y levantó un brazo alegremente. —Russell, Srta. Steele, esta es Tatiana, mi enfermera. Es de Ucrania.

Eso explicaba el acento.

La mujer sonrió y asintió mientras diligentemente servía un vaso de agua de una jarra y le entregaba a su paciente uno de los pequeños vasos.

El padre de Parker le dio una mirada cariñosa. —¿Es necesario?

Ella le devolvió la mirada. —No queremos que nuestra presión arterial suba de nuevo, ¿verdad, Señorr P?

Él le guiñó un ojo, luego se tomó las píldoras, haciendo una mueca por el sabor. Y el agua. Estaba acostumbrado a bebidas más fuertes, sin duda, a juzgar por la reserva en el refrigerador. —Ella me cuida excelentemente.

Rodeó la cintura de la enfermera con un brazo antes de que pudiera alejarse. Ella parecía tanto avergonzada como encantada por el gesto.

El padre de Parker se volvió hacia ella y habló en palabras ininteligibles que Miranda solo podía adivinar que eran del idioma nativo de la enfermera.

La enfermera lo miró con desaprobación, su risa era como música mientras negaba con la cabeza. —Habla mi idioma muy mal, Señorr P. Su acento es pobre, y acaba de llamarme cerdo.

—Perdóname, mi querida. Mi lengua tropieza. Estaba destinada para otras cosas —Tomó su mano, la abrió y le dio un beso completo en la palma.

Tatiana contuvo la respiración mientras sus ojos se abrían con asombro. —Debo irme. Tengo otros pacientes que atender —Con eso, se liberó del agarre del caballero, asintió a la compañía, recogió su bandeja y salió de la habitación.

—Deja tal resplandor —murmuró el padre de Parker después de que la puerta se cerró.

Señor P, pensó Miranda, un apodo lindo para él.

—¿Es por eso que te internaste en este lugar, Padre? —exigió Parker—. ¿Para perseguir faldas?

El Sr. P frunció el ceño. —Qué vulgar, Russell. Era la única manera en que podría tener tiempo para conquistar a Tatiana. Mis sentimientos por ella son profundos.

—¿En serio?

—Lo digo en serio esta vez. Muy bien, sí, al principio vine aquí solo para seducirla, pero me salió el tiro por la culata. Me enamoré. Tatty y yo tenemos una conexión como no he sentido con ninguna mujer desde tu madre.

Parker lo miró fijamente, incapaz de responder.

—Vamos a casarnos.

Después de ese anuncio, le resultó aún más difícil hablar. Miranda se compadeció de él.

—Por eso tienes que quedarte con la casa, Russell. Ya no puedo vivir allí. No sería justo para Tatiana. Demasiados recuerdos para mí. Puedes entenderlo, ¿verdad? —miró a Miranda.

Ella sintió como si pudiera ver a través de ella.

Parker se dio la vuelta. Conteniendo su ira, entrelazó las manos detrás de su espalda y miró distraídamente uno de los cuadros.

Esta visita había resultado muy bien, ¿no? Quería traer a Miranda aquí para darle algo del sentido de familia que pudiera. En cambio, se había convertido en... ¿un anuncio sorpresa de boda?

Y una discusión sobre una propiedad que no hacía más que revivir malos recuerdos. No menos importante, el día en que Miranda lo había dejado.

Otras visiones perturbadoras también pasaron por su mente.

Veía la mansión en Mockingbird Hills, con sus amplias habitaciones, sus pasillos, su grandeza, y sus mismas paredes parecían resonar con antiguas peleas con su padre. Las disputas después de que la madre de Parker muriera cuando él tenía dieciséis años. Las amargas discusiones durante su último año de preparatoria, cuando comenzó a salir con Laura Turner, una joven que su padre decía que estaba por debajo de su nivel.

Laura. Su primer amor. Su primer caso.

Se la habían arrebatado demasiado pronto. Antes de que tuvieran siquiera la oportunidad de comenzar una vida juntos. Solo habían estado saliendo unos seis meses cuando, una terrible noche justo antes de su graduación de preparatoria, ella desapareció. Su cuerpo fue encontrado una semana después. Había sido brutalmente violada y asesinada. En una reacción ciega, Parker se unió a la fuerza policial, enfureciendo a su padre. Su único hijo debía seguir sus pasos y hacerse cargo de su negocio, no convertirse en un simple policía de a pie.

Parker aún podía oír sus amargos gritos, su brutal intercambio en la biblioteca. Todavía podía verse a sí mismo subiendo corriendo por

la gran escalera hasta su habitación, haciendo una maleta, saliendo furioso por la puerta principal, para no regresar nunca más.

Su padre nunca había entendido que Parker tenía que unirse a la policía para encontrar al asesino de Laura. Que se culpaba a sí mismo por lo que había sucedido esa noche. Que aparte de él mismo, solo había otra persona a quien podía culpar.

Delta Langford.

Se pasó una mano por el pelo y se obligó a volver al irritante presente. *¿Casándose?* ¿Con una enfermera inmigrante? Por supuesto, no tenía nada contra la mujer, pero ¿cuándo había cambiado Wade Parker hijo de opinión sobre el estatus social requerido para una esposa?

Forzando compostura en su tono, se volvió. —Precisamente por eso no quiero la casa, padre. También hay demasiados recuerdos para mí.

El hombre mayor sostuvo su mirada por un largo momento. Parker creyó ver remordimiento en sus ojos. Él también recordaba las discusiones. —Eso fue hace mucho tiempo, Russell.

Negó con la cabeza. —Lo siento.

Miranda observó las sombrías líneas en el rostro de Parker y sintió su dolor atravesar su propio corazón. No sabía qué causaba ese dolor, pero sabía que era profundo. Parker tenía secretos. Cosas en su pasado que solo le había insinuado. La noche que pasaron en esa casa, cuando jóvenes chicas del vecindario estaban siendo asesinadas, no podía evitar lo que sentía por el lugar. Sin mencionar su terrible ruptura en la elegante cocina. Había algo más, lo presentía. Pero aun así, no podía estar hablando en serio sobre deshacerse de la casa familiar.

Decidió sacarlo de su mal humor y forzó una risa. —Oye, tal vez yo debería quedarme con la casa.

Lo dijo como una broma para cortar la tensión en la habitación, pero el Sr. P parpadeó como si acabara de inventar la electricidad. —¿Dónde vives ahora? —preguntó.

Ella frunció el ceño. —Colonial Towers.

Él hizo una mueca. —¿Ese basurero?

—Oye, no está tan mal. Bueno, es bastante pequeño, pero es mi dulce hogar. —Por ahora.

—Russell, ¿por qué permites que viva en Colonial Towers?

Parker frunció el ceño. —Padre...

El Sr. P hizo un gesto con la mano en su dirección. —No importa. ¿Cuánto estás pagando?

—¿Perdón?

—No seas tímida. Soy un profesional de bienes raíces.

—Privada, no tímida. —Pero probablemente podría adivinarlo. Se lo dijo.

Él se frotó la barbilla pensativamente. —Un precio justo. Te venderé mi casa por el mismo pago mensual.

Miranda resopló. —¿Qué?

—Yo trato con honestidad.

¿Una mansión de diez habitaciones en uno de los mejores vecindarios de Buckhead por lo mismo que su apartamento estudio? ¿Acaso esa juguetona enfermera le había dado demasiada medicación a su paciente? Entonces Miranda vio el brillo en los astutos ojos del negociante. Ah, así que era eso. El Sr. P había captado su comentario casual y decidió aprovecharlo.

Hacer que Parker se quede con la casa fingiendo vendérsela a ella por poco dinero. Bastante astuto.

Está bien. Seguiría el juego. Le sonrió a él. —Suena como un plan.

—Esto es ridículo, Padre —gruñó Parker.

Ya estaba funcionando de maravilla. Contuvo una sonrisa mientras ponía las manos en sus caderas. —¿Qué tiene de ridículo?

Parker la fulminó con una mirada que la atravesó. —¿Estás segura de que quieres atarte de esa manera, Miranda?

Frunció los labios, sintiendo la pulla. Él sabía que ella odiaba la idea de echar raíces permanentes. Pero ¿qué importaba? El trato era solo una farsa.

Miró al Sr. P y vio otro destello en sus ojos mientras observaba las chispas entre ellos.

Se volvió para enfrentarlo. —¿Entonces qué tipo de trato tiene en mente, Sr. P?

Sus dientes blancos brillaron con deleite. —El trato típico. Tendríamos que organizar la financiación, permitirte hacer las inspecciones habituales, preparar los papeles.

¿Papeles? Miranda tragó saliva. Miró a Parker. Su expresión no había cambiado. Esto no era real, se dijo a sí misma, pero mejor hacer que pareciera convincente.

—Estaba pensando en un contrato de alquiler con opción a compra —había tenido uno de esos para una casa cerca de Cincinnati años atrás cuando jugó con la idea de establecerse allí. Por unas ocho semanas.

Lentamente, el Sr. P asintió. —Suena bien. ¿Alquilar por seis meses antes de decidir comprar?

—Con opción a prórroga.

—Por supuesto.

Parker no se tragaría que ella pretendiera quedarse por seis meses. —Y aviso de una semana si decido que no quiero comprar —añadió.

La astuta sonrisa del Sr. P brilló más. —De acuerdo. Qué negociadora tan astuta es su asociada, Russell. Señorita Steele, ¿alguna vez ha considerado una carrera en bienes raíces?

—No es lo mío, pero gracias. ¿Tenemos un trato?

Él extendió su mano. —Absolutamente. Haré que mis abogados preparen los documentos.

Documentos. Ahí estaba esa palabra otra vez, enviando un escalofrío helado por su columna. Relájate, se dijo a sí misma. Por la forma en que Parker ya estaba hirviendo de rabia, no pasaría mucho tiempo antes de que le dijera al Sr. P que cancelara este trato falso. No habría papeles.

Tomó la mano del Sr. P y se la estrecharon.

Parker se quedó observándolos, con furia oculta pintada en su apuesto rostro. Miranda nunca lo había visto tan inquieto. —Esta es una idea terrible, Padre —dijo sombríamente—. Miranda no puede vivir en la mansión Parker.

—¿Por qué no?

Se erizó. —Por razones que no quiero discutir contigo.

Miranda conocía las razones. Se refería a que ella no podía vivir allí sola. Sin él. La estaba protegiendo del trauma que había sufrido cuando se había quedado en ese lugar. Otro incentivo para no dejarla seguir adelante con la compra. La cereza del pastel.

—Está bien, Parker —le dijo secamente—. Soy una chica grande. Puedo manejarlo.

Parker rechinó los dientes y estudió a su padre y a la mujer que amaba —a pesar de lo mucho que ella continuaba exasperándolo. Necesitaba sanar. Mantenerse alejada de detonantes como la finca familiar. Después de lo que pasó cuando ella estuvo allí, el lugar solo la haría revivir su pasado. No podía permitirle vivir en esa casa, quedarse allí sola.

Estaba a punto de decirle a su padre que reconsideraría tomar el lugar, cuando los vio intercambiar miradas y sus poderes de observación finalmente se activaron.

Por supuesto. Esto era una treta. Una estratagema para conseguir que él tomara la casa. Su corazón repentinamente se calentó. Miranda Steele podría no admitirlo, pero le importaba lo suficiente como para hacer un trato que realmente no quería con su padre, para que él no perdiera su herencia. O al menos, fingir hacer un trato.

Ella no lo llevaría a cabo. Él conocía la parte de ella que quería ser fuerte, independiente, libre de otros. Pero también conocía la parte que ella negaba y escondía. La parte que era tierna y vulnerable y necesitaba a otras personas. La parte de ella que anhelaba raíces y lazos más permanentes.

Había estado sola y a la deriva durante más de una década. Necesitaba estabilidad. Acababa de darle la oportunidad que había estado buscando. Dos podían jugar a este juego. Él la desafiaría.

Cruzó los brazos y se esforzó por ocultar una sonrisa. —Te advierto, Padre, si persistes en esta empresa, tendré que ver a mi abogado.

Su padre agitó una mano y rió con alegría. —Señorita Steele, haré que *mis* abogados se pongan en contacto con usted en unos días.

Miranda miró a Parker de nuevo. Roca de Gibraltar. No había cedido ni un ápice. ¿Qué diablos? —Claro. Lo que usted diga, Sr. P.

—Es un nuevo día, Russell. Ambos estamos dando vuelta a la página en nuestros *affaires de coeur*. Es hora de algunos cambios.

Con un gesto victorioso de su barbilla, Miranda se volvió hacia Parker. Entonces captó la mirada de autosatisfacción en sus ojos. ¿Eh? ¿Había adivinado lo que ella y el Sr. P tramaban? Después de todo, era un investigador experto, bien entrenado en leer el lenguaje corporal.

Nah. Cedería tarde o temprano. Podría tomar un poco de tiempo, pero nunca le permitiría seguir adelante con la firma de ningún documento.

Eso esperaba. Y sin embargo, por la mirada astuta en su rostro, el Zorro Plateado podría tener un plan propio bajo esa manga distinguida suya.

CAPÍTULO SEIS

En lo que respecta a oficinas de investigadores privados, la Agencia Parker era una anomalía. Nada que ver con esos cuchitriles de una sola habitación que aparecían en las viejas películas de detectives de *The Late Show*. No, la compañía de Parker ocupaba varios pisos en el Edificio Imperial en el centro de Buckhead, e incluía un gran gimnasio para los empleados, salas de entrenamiento, elegantes oficinas ejecutivas y un enorme y laberíntico banco de cubículos.

Si eso no fuera suficiente para decir "rico y exitoso", todo el lugar estaba decorado con un elegante esquema azul y plateado, completo con pinturas de Art Nouveau y plantas en macetas.

Para los IET, Investigadores En Entrenamiento, las mañanas en la Agencia estaban llenas de calistenia, artes marciales y conferencias sobre temas como recolección de evidencia, redacción de informes y derecho penal, mientras que las tardes traían verificaciones de antecedentes y trabajo rutinario de seguros en sus escritorios.

Era el trabajo más cómodo que Miranda había tenido jamás. Pero para el miércoles por la mañana después de la carrera de obstáculos, mientras se servía una taza de café, encendía su computadora y revisaba sus correos electrónicos antes de clase, se preguntaba por qué seguía aferrándose a este lugar.

Tal vez era hora de otro trabajo en una cuadrilla de carreteras. Quizás en Missouri.

Distraídamente, tocó el punto en su pecho donde Leon, su ex esposo psicópata, la había cortado. Había tenido otra pesadilla anoche. Corriendo por un pasillo oscuro, jadeando por aire, desesperada por escapar de las manos sucias y codiciosas que la arañaban.

Se había despertado empapada en sudor frío.

Dejó su taza de café y miró fijamente la pantalla de su computadora, intentando alejar el oscuro recuerdo. Pero su mente solo lo reemplazó con la imagen de Desirée Langford tendida muerta en el establo de su caballo. ¿Habría sido Desirée atacada así? ¿La habría matado un ex marido enloquecido? El pensamiento hizo que Miranda sintiera un extraño vínculo con la mujer muerta.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio, revisando el esquema de la conferencia de hoy que el Detective Judd le había enviado por correo electrónico. *Métodos de Interrogación*. Sonaba interesante. Algo en lo que tenía experiencia, aunque principalmente desde el lado del interrogado.

Estaba a mitad del curso de capacitación de doce semanas requerido para los IET. Terminarlo significaría tener que hacer un compromiso real con el trabajo, con la Agencia, con Parker. Nunca había tenido la intención de quedarse tanto tiempo.

Pero ahora estaba a punto de convertirse en propietaria, gracias al maquinador Sr. P. Nah, Parker no le permitiría comprar la casa familiar justo debajo de sus narices. Simplemente no quería admitir que ella tenía la ventaja. Probablemente ya estaba trabajando en los detalles con su padre en este momento.

Luego pensó en esa mirada en los ojos de Parker. Su pequeña "prueba" sobre la objetividad. Ese beso apasionado en su auto después de la carrera de obstáculos. Podía ser tan astuto como su padre. ¿Estaría el astuto investigador tramando algo? El día que lo abandonó, que salió de esa magnífica mansión suya, él le había dicho que estaba enamorado de ella. Y sus sentimientos por él eran... demasiado confusos para pensar en ellos.

Está bien, tal vez se sentía insaciablemente atraída por Parker a nivel físico. Y quizás más que eso. Él había sido bueno con ella, la había tratado mejor que cualquier hombre en su vida. Pero una relación entre ellos nunca podría funcionar. Se lo había dejado claro. Ella tenía demasiados problemas. Tenían demasiadas diferencias. ¿Por qué Parker no veía eso?

El hombre era demasiado terco para su propio bien. Si tenía algún truco bajo la manga con este asunto de la casa... bueno,

quizás tendría que ponerse seria sobre presentar su renuncia.

—Hora de clase —la forma desgarbada de Curt Holloway apareció por encima de la pared de su cubículo.

—¿Lista, Steele? —Como siempre, Dave Becker estaba a su lado.

Sus dos mejores amigos en la Agencia, el dúo había hecho amistad con Miranda en su primer día y ella había estado secretamente agradecida con ellos desde entonces.

Según las reglas de la compañía, ambos vestían trajes y corbatas. Por supuesto, Miranda también llevaba un traje. Uno negro, ajustado, con una abertura tan alta en la falda que haría que Gen, la Jefa Administrativa de los IET e hija única de Parker, enviara un furioso correo electrónico recordando el código de vestimenta cuando la viera. Gen y Miranda no eran exactamente las mejores amigas.

—Métodos de Interrogación —Holloway rebotaba de arriba abajo sobre la punta de sus pies con entusiasmo. Alto y delgado, con un aire habitualmente sospechoso, Holloway era un ex Marine de Texas.

Su compañero puso los ojos en blanco. —Sé todo sobre eso después de mi último trabajo —el acento de Becker era nasalmente neoyorquino.

Un tipo bajito y nervioso con una nariz grande, ojos expresivos y cejas oscuras y gruesas, le recordaba a Miranda una mezcla entre Groucho Marx y Joe Pesci. Había trabajado en Cobranzas antes de llegar a la Agencia.

—Esto es diferente —Holloway dobló las rodillas para darle un codazo en las costillas a Becker—. Esto es interrogar a *criminales*. Voy a sacar una A en esta tarea.

Becker le dio un puñetazo en el brazo a su amigo. —No obtendrás una puntuación más alta que yo.

—¿Ah, sí? —Miranda cerró su correo electrónico, agarró su cuaderno, se puso de pie y pasó contoneándose junto al par—. Ya veremos quién obtiene la puntuación más alta.

* * *

—¿Me estás diciendo que fuiste directamente a tu escritorio esta mañana?

—Claro. Como hago todas las mañanas.

Miranda se inclinó hacia su sospechoso. Becker se removió inquieto.

Después de una larga y aburrida conferencia, el Detective Judd, el miembro senior del personal de cuerpo grande con una cabeza de pelo gris grueso y ondulado, había anunciado a la clase que el sándwich de pepino que había traído para el almuerzo había sido robado. Sospechaba de uno de los IET. Su tarea era encontrar al culpable.

Después de interrogar a todos sus compañeros de clase, ahora tenía a su amigo Becker en una silla al frente de la clase y procedía a acribillarlo. —¿No te detuviste en el bebedero?

—No.

—¿No te escabulliste a la sala de descanso por un café?

Sus labios temblaron. —Hoy no tenía ganas.

Caramba, era más duro de lo que pensaba. Estaba segura de sus hechos. Incluso tenía un testigo ocular.

Le dio la espalda y caminó hacia la pizarra. —¿Entonces por qué Smith de allá te vio con la cabeza dentro del refrigerador? —Lo miró severamente por encima de su hombro.

Sus grandes ojos oscuros se salieron de órbita, pero no respondió. Se frotó las palmas sobre los muslos. Ella lo estaba poniendo más nervioso de lo habitual y sintió una punzada de culpa. Judd le había advertido sobre ceder a sentimientos como ese.

Respiró profundo, puso las manos detrás de la espalda, y caminó de regreso hacia él. —¿Olvidaste traer tu propio almuerzo?

Sus gruesas cejas negras se dispararon hacia arriba. Pasó un dedo por debajo de su cuello. Sin respuesta.

Dejó de caminar justo al lado de su silla y se puso frente a él. —¿Estabas... *hambriento?*

—Para nada. —Sonrió torpemente, mordisqueando su labio inferior.

Lo tenía. Con el ceño fruncido, señaló su boca. —¿Entonces qué es ese pedazo verde atrapado entre tus dientes?

—¿Qué? —Justo en ese momento, el estómago de Becker gruñó, lo suficientemente fuerte para que todos lo escucharan. La clase estalló en risitas.

Becker levantó las manos, como si lo estuvieran arrestando. —Está bien, está bien. Saqué el almuerzo del Detective Judd del refrigerador y me lo comí. Iba a pagárselo.

Miranda exhaló un suspiro, contenta de que esta tarea hubiera terminado. Los rostros de sus compañeros eran una mezcla de admiración y celos. Especialmente Smith, quien nunca le había caído bien.

Desde la esquina, el Detective Judd asintió, con aire de complacencia. —Excelente trabajo, Steele. Tienes una A.

* * *

—De verdad me atrapaste bien, Steele —se quejó Becker de camino a sus cubículos.

—¿Qué quieres decir? Hiciste un gran trabajo interpretando al ladrón.

—Debería haber resistido más tiempo, pero simplemente no pude. —Becker era tan fácil de intimidar que ella pensó que podría hacerlo confesar el caso de O. J. Simpson, pero se había mantenido firme, a pesar de que toda la evidencia lo señalaba.

Le dio un codazo. —Vamos, presentaste una gran batalla, Becker.

Él negó con la cabeza.

—No habrías confesado si tu estómago no hubiera gruñido.

Las mejillas de Becker se tornaron de un tono rojo que contrastaba con la decoración. —O si no se me hubiera quedado pepino atascado en los dientes. —Raspó su incisivo con una uña.

—No puedo creer que realmente te comieras ese sándwich —dijo Holloway mientras doblaban la esquina donde había una palmera alta en maceta—. Qué asco.

—El Detective Judd me dijo que tenía que hacerlo, o no sería realista. Si tan solo me hubiera revisado en el espejo.

—No seas tan duro contigo mismo, amigo. —Holloway se encogió de hombros señalando a Miranda—. No hay que olvidar que ella es una profesional.

De alguna manera sus colegas habían tenido la impresión de que ella tenía años de experiencia como investigadora privada. Nunca lo

había corregido. Después de resolver el caso Taggart, tenía la sensación de que no le creerían, de todos modos. Cuando había vuelto al trabajo menos de una semana después de su pelea a cuchillo con Leon, había recibido una ovación de pie de su clase, lo cual fue a la vez humillante y vergonzoso.

—Oh, no lo digo en ese sentido, Steele —dijo Becker con su acento nasal—. Me alegra conocer a la profesional de la clase.

—Igualmente —añadió Holloway.

Se detuvo frente a su cubículo y miró dentro. La luz roja parpadeaba en su teléfono. ¿Un mensaje de Parker? Su corazón dio un vuelco. Sin duda había entrado en razón y estaba listo para decirle que el trato para la mansión se había cancelado. Sabía que cedería.

Holloway se inclinó y echó un vistazo a su teléfono con una mirada de apuesto-a-que-es-del-jefe. Becker y Holloway adoraban el suelo que pisaba Parker.

Cielos. Les sonrió torpemente a sus amigos. —Supongo que los chicos de Quantico necesitan algunos consejos.

Las mejillas de Holloway se sonrojaron, pero la mandíbula de Becker cayó. —¿Quantico?

Ella puso los ojos en blanco y le dio un puñetazo. —Dejen de hacer tanto la pelota, ustedes dos. Me están dando náuseas.

Con una tos, Holloway miró sus zapatos. Becker estudió el suelo.

Mierda. Ahora había herido sus sentimientos. No tenía nada de tacto. —Lo hiciste bien en clase, Becker —insistió—. Me hiciste dudar de la evidencia por un momento.

Él levantó la mirada otra vez, con esperanza en los ojos. —¿De verdad? ¿En serio?

—Claro. Judd no te habría escogido para interpretar al malo si pensara que cederías fácilmente.

—Sí, tienes razón. —Asintió unas cinco veces.

Tanto él como Holloway querían desempeñarse bien en la Agencia. No era su culpa que este asunto de detective le resultara fácil. Tal vez el sentirse siempre del otro lado de la ley le daba una perspectiva interna.

—¿Quieren ir a almorzar? —preguntó Holloway.

El rostro de Becker se tornó pensativo. —No. —Había una mirada distante en sus melancólicos ojos marrones—. Tengo un sándwich de mantequilla de maní en mi escritorio. Me lo comeré allí. Hablamos luego, chicos. Gracias por hacerme sentir mejor, Steele. —Metió las manos en sus bolsillos y se alejó caminando hacia su propio cubículo.

Ella lo miró alejarse. Eso fue extraño. A Becker le encantaba salir a comer en los restaurantes de Buckhead. —No estaba tratando de humillarlo, Holloway.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? —preguntó ella.

Holloway miró alrededor con esa manera sospechosa suya. —Me mataría si te lo dijera.

Miranda se encogió de hombros y se dirigió hacia su cubículo. —Como quieras. —No quería entrometerse.

Holloway le tocó el brazo. —¿Recuerdas esos ejercicios de localización de personas que hicimos en clase hace unas semanas?

Ella pensó un momento. —Sí. —Cuando recién habían conseguido computadoras.

—¿Recuerdas que intentó encontrar a una chica con la que salió en la secundaria?

Ella asintió. —Ajá.

—Bueno, desde entonces, Becker ha estado algo obsesionado con la idea.

Ella cruzó los brazos. —¿Qué idea?

—La idea de encontrar a su antigua novia. Pasa mucho tiempo buscando a esa chica en la computadora. Hace llamadas a su ciudad preguntando por ella. Incluso gastó dinero en uno de esos anuncios de "Encuentra a tus compañeros de clase".

—Por Dios. La mayoría de esos sitios son falsos. Las bases de datos de la Agencia son mucho mejores que esos anuncios en línea.

—Eso es lo que le digo, pero no escucha. Sigue diciendo que ella fue el amor de su vida. Realmente está suspirando por ella.

—¿Un viejo amor, eh?

—Sí, está muy mal. Le dije que debería enterrar esos viejos recuerdos. Pero dice que no puede. Ya sabes cómo es.

No realmente. El "viejo amor" de Miranda había intentado matarla.

—Ojalá hubiera alguna manera de distraerlo del pasado.

Distraerse del pasado. Eso sería un buen truco.

—Oye, ¿no conoces a alguien con quien podamos emparejarlo?

—¿Eh? —Holloway definitivamente estaba ladrando al árbol equivocado si quería ayuda con eso. Ella se había propuesto no involucrarse emocionalmente con nadie. No tenía amigas. —Lo siento —dijo secamente—. No soy del tipo social.

—Claro. Solo pensé en preguntar. —Miró hacia sus pies, raspando la alfombra con la punta de su largo zapato—. Entonces, ¿quieres probar la nueva tienda de delicatessen italiana que está calle abajo?

Estaba a punto de decir que sí, cuando recordó el mensaje en su teléfono. —Eh, creo que voy a estar ocupada por un rato, Holloway. Ve tú. Si el lugar es bueno, iré la próxima semana.

Parecía casi tan decepcionado como Becker. —Está bien, pero creo que te estás perdiendo un gran sándwich de pollo a la parmesana. —La culpa la pinchó mientras Holloway se encogía de hombros y avanzaba por el pasillo.

Simplemente no era buena con la gente. No cuando se trataba de ser amigos. Sacudiéndose esa sensación, se acomodó en su silla y golpeó con los dedos el escritorio junto a su teléfono. Parker querría hablar con ella. Probablemente la llevaría a almorzar y gentilmente, de esa manera suave suya, le explicaría por qué no podía dejarle tomar la casa.

Tendría que dejarlo hablar y asegurarse de actuar decepcionada. Pero no demasiado. No quería que cambiara de opinión.

Con una sonrisa ansiosa, levantó el auricular y presionó el botón. La voz grabada le dio un sobresalto.

—Señorita Steele, espero que haya reconsiderado tomar mi caso. —El familiar acento sureño tenía la misma mezcla de tristeza y exigencia que Miranda había escuchado el fin de semana pasado.

Delta Langford.

El corazón de Miranda se aceleró. —El cuerpo de mi pobre hermana apenas se ha enfriado y Usher ya está impugnando su testamento porque ella no le dejó nada. Todo lo que le importaba

era su dinero. Esa debe ser la razón por la que la mató. Era una bestia. Si tan solo hubiera visto lo cruel que fue con ella. Lo miserable que la hizo. Señorita Steele, usted es la única que comprende. Tiene que ayudarme.

La voz hizo una pausa larga, como si Delta estuviera decidiendo su próximo movimiento. —Necesito hablar con usted en persona. Venga al funeral esta tarde. Será en Saint Simon's. Por favor. —El mensaje terminó con un pitido.

Miranda se quedó mirando el teléfono y se estremeció. Usher era cruel. Hizo miserable a Desirée. Ella sabía cómo se sentía eso. Imágenes de ese tipo raro de pelo teñido de rubio con el abrigo color mandarina maltratando a Desirée Langford pasaron por su mente. Si él la había matado...

Funeral. Rápidamente, Miranda alcanzó su teclado y abrió el *Atlanta Journal-Constitution* en su computadora. Efectivamente, había una noticia sobre el servicio de Desirée Langford esa tarde. Era a la una en punto. Hizo clic en el enlace para ver un mapa de Saint Simon's. Tendría el tiempo justo para comer algo rápido y llegar allí.

—Steele.

Miranda casi se fue de espaldas hasta el techo. Giró rápidamente.

Gen.

La hija de Parker estaba a cargo de los IITs y había odiado a Miranda desde el día que comenzó en la Agencia. Especialmente despreciaba la relación de Miranda con su padre, aunque se había ablandado un poco después de que Miranda le salvara la vida.

Pero por el destello de sus ojos oscuros y el tono de su complexión que hacía que su corto cabello rubio pareciera aún más rubio, Miranda tuvo la sensación de que eso se estaba desvaneciendo.

Decidió actuar con formalidad. Se sentó erguida. —¿Sí, señorita Parker?

Los ojos de Gen se estrecharon. —Alguien quiere verte.

¿Ahora? Miró el reloj en su computadora. —¿Puede esperar? Tengo que reunirme con alguien para almorzar.

—No, no puede —respondió Gen bruscamente, irritada por no ser obedecida inmediatamente—. Tendrás que cancelar. O llegar tarde.

—Está bien. Supongo que pueden esperarme. —Apretando los dientes, se levantó y siguió a Gen por el largo pasillo.

* * *

Doblaron por una esquina y siguieron por otro pasillo, hasta que llegaron a una enorme sala de reuniones. Miranda se quedó mirando las puertas de madera cerradas. Había oído que aquí era donde se reunía la junta directiva, pero nunca había estado dentro.

Con la expresión de un sargento instructor con indigestión, Gen agarró la manija y le hizo un gesto para que entrara.

Con cautela, Miranda cruzó la entrada y notó varios hombres de traje pululando cerca del aparador al final de una larga mesa de reuniones. ¿Eran quienes ella creía? Tragó saliva, sintiendo de repente como si respirara a través de algodón. La piel se le erizó en los brazos. Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

Entonces reconoció al caballero de pelo blanco que estaba de pie en medio de los trajeados, esta vez sin la silla de ruedas.

Con una enorme sonrisa, se acercó a ella con los brazos extendidos. —Ah, señorita Steele. Qué gusto verla —ronroneó con encanto sureño mientras estrechaba ambas manos de ella, que seguían apretadas.

—Hola, señor P —su voz se quebró.

Estaba perfectamente vestido con un elegante traje de negocios de color claro, y se veía tan en forma como un veinteañero. Parece que tuvo una rápida recuperación, ahora que tenía sus... eh, asuntos arreglados.

—¿Está lista para el cierre? —canturreó.

Ella abrió la boca, pero no salió ningún sonido. —¿Cierre? —logró por fin jadear.

El señor P sonrió con suavidad. —Por supuesto, señorita Steele. Mi personal tiene todo preparado —hizo un gesto galante hacia los trajeados.

—¿Lo tienen? —¿Parker no estaba cancelando el trato?

—Sí, por supuesto —se rio—. ¿Está lista para firmar los documentos?

—¿*Documentos?* —¿Como en documentos legalmente vinculantes? ¿Qué pasó con su conspiración secreta? Con dedos helados bailándole por la columna, se inclinó hacia el señor P y susurró—: ¿Dónde está Parker?

Él hizo un gesto con la mano. —Oh, justo allí.

Ella levantó la mirada cuando uno de los abogados se hizo a un lado y vio a Parker en la esquina apoyado contra el aparador, con los brazos cruzados sobre su sexy y ancho pecho, una astuta expresión de satisfacción en su apuesto rostro.

Entrecerró los ojos mirándolo. Ese sinvergüenza. ¿Habría visto a través de su charada sobre comprar la casa? Debió haberlo hecho. Estaba poniendo a prueba su farol. No era de extrañar que pareciera tan presumido.

¿Y el señor P lo estaba permitiendo? No. Ahora lo entendía. El señor P estaba desafiando el farol de Parker. Y ella estaba atrapada en medio de una disputa familiar. Una batalla de voluntades entre dos hombres poderosos, ambos acostumbrados a salirse con la suya. ¿En qué había estado pensando? Menos mal que había pedido un contrato de arrendamiento de seis meses. Se negaba a estar atada. O a dejar que Wade Parker el Joven ganara esta vez.

Con un encogimiento de hombros despreocupado hacia su jefe, se volvió hacia el padre. —Bien, señor P. Vamos a seguir adelante. ¿Dónde están los documentos?

El señor P sonrió encantado. —¿Ansiosa, eh? —Chasqueó los dedos—. ¿Sullivan?

Mientras ella se sentaba, los abogados se reunieron alrededor de la mesa como halcones. El llamado Sullivan deslizó un grueso contrato frente a ella. Tragando saliva, lo abrió y entrecerró los ojos ante la letra pequeña.

Respiró tensamente. Esto no era real, se dijo a sí misma. Tomando el bolígrafo que uno de los trajeados había colocado frente a ella, lo agitó en dirección a Parker.

Sin moverse de la esquina, él la observó fijamente con esos ojos grises profundos, ojos del color del cañón de un Magnum, como retándola a seguir adelante.

Bah. Se volvió hacia Sullivan. —¿Dónde firmo?

—En varios lugares, de hecho —su voz era monótona, como de abogado. Señaló la primera línea.

En un minuto, estaría sudando. Miranda exhaló y se encontró con la mirada firme como Gibraltar de su jefe. —¿Estás seguro de que quieres que haga esto, Parker?

Desde el otro lado de la habitación, le lanzó una sonrisa despreocupada, fría como un iceberg. —Es completamente tu decisión, Miranda. No les digo a mis empleados cómo gastar su dinero.

Ella le devolvió la sonrisa con los dientes apretados. Qué mula tan terca era. ¿Realmente iba a hacer que siguiera con esto? ¿Y qué si firmaba papeles? Solo era un contrato de arrendamiento de seis meses. Bien. Si eso era lo que se necesitaba para que Parker entrara en razón, lo haría. Jugaría duro con él.

Miró a Sullivan. —¿Dónde está mi cláusula de escape?

Él parecía desconcertado. —¿Cláusula de escape?

El señor P se rio. —La señorita Steele es muy astuta, Sullivan —volteó una página y señaló un párrafo con el dedo—. Aquí mismo. Puede anular el contrato en cualquier momento durante los primeros seis meses con una semana de aviso.

Ella lo leyó de nuevo cuidadosamente. —¿Sin condiciones? —No parecía haberlas.

—Absolutamente ninguna.

Miró a Parker. Sin reacción. Mierda.

Con un gruñido, tomó el contrato y comenzó a examinar la jerga legal. No era la primera vez que veía un documento legal. Había leído cuidadosamente cada contrato de alquiler que había firmado, que eran bastantes, asegurándose de que ningún casero astuto se aprovechara de ella y que no le cobraran de más.

Notó varios pasajes escritos a favor del señor P. No era ningún tonto. Pero nada con lo que no pudiera vivir. Todo parecía bastante legítimo. Incluso había algo sobre el señor P proporcionando personal a tiempo parcial. Supongo que pensaba que la casa era demasiado grande para ella y quería mantenerla en buen estado. Bien. Lo que sea.

Dejó los papeles, tomó el bolígrafo y lo golpeó sobre la pulida superficie de la mesa. —¿De verdad no te importa? —Esta vez interpretó a la bella sureña y pestañeó coquetamente hacia Parker.

Era tan impropio de ella que tuvo que contener una sonrisa, pero hizo un gesto galante. —Adelante, por favor.

Escalofríos de ira recorrieron sus brazos, su espalda, y subieron nuevamente. Se las pagaría a Parker por esto. ¿Acaso no había oído que la venganza es dulce?

Bueno, no más dilaciones. Tomó un respiro profundo y se volvió hacia Sullivan. —¿Dónde quiere mi garabato?

Mientras el abogado señalaba y giraba, señalaba y giraba, señalaba y giraba, ella garabateaba su nombre, iniciales, dirección actual, lo que fuera que él le pedía.

Justo antes de que pensara que le iba a dar un calambre en la mano, llegaron a la última página. Habían terminado. Sullivan recogió los papeles mientras uno de los otros trajeados le entregaba un juego de llaves.

Con un gruñido, las metió en su bolsillo. *Toma eso, Parker*, pensó, fulminándolo con la mirada. *Sé todo lo presumido que quieras. Cuando asimiles lo que acabo de hacer, me estarás rogando que te devuelva tu casa*.

Y apostaba a que no tardaría seis meses.

Mientras los abogados recogían sus cosas y salían de la habitación, Miranda miró su reloj. Tenía unos veinte minutos para llegar a Saint Simon's. Espera... ¿no irían Parker y su padre también? Eso no sería bueno.

Observó al padre de Parker. —Terrible noticia lo de Desirée Langford, ¿no cree, Sr. P?

Él negó con la cabeza, su expresión volviéndose seria. —Espantoso. En los negocios, Eli Langford es mi peor enemigo, pero ciertamente siento pena por su pérdida.

Ella asintió hacia Parker e intentó sonar casual. —Así es. Su hijo mencionó que usted y Langford son rivales.

Resopló, arreglándose la chaqueta. —Eso es quedarse corto. Pujamos uno contra el otro por propiedades, y a veces la cosa se

pone bastante fea, pero eso es lo de menos. La verdad es que no soporto a ese hombre.

—¿En serio?

El Sr. P se estremeció, como totalmente repugnado. —Ni una pizca de finura. Tiene la civilidad de un submarino alemán. Y la manera en que ha criado a sus hijas. —Negó con la cabeza.

Ahora había despertado su curiosidad. —¿Qué quiere decir?

El Sr. P se frotó su bigote blanco con sus dedos manicurados por un momento, lanzó una mirada cautelosa a su hijo, como sopesando cuánto debería decir. —La madre de las chicas murió cuando ellas eran adolescentes. Eli inmediatamente se juntó con otra mujer con la que había estado saliendo a escondidas durante años. Después de eso, prestó poca atención a sus hijas. Mientras crecían, ignoró a las chicas, las dejó correr salvajes en su adolescencia. Cuando inevitablemente se metían en problemas, su método de disciplina era humillarlas frente a sus amigos. Las he visto a ambas llorar en público más de una vez por su culpa.

Miranda sintió que se le erizaba la piel. —Dios mío. Suena como un ogro.

Los ojos azul cristalino del Sr. P se oscurecieron, mientras todo el encanto se drenaba de su rostro, reemplazado por ira e indignación. —Eli Langford es un hombre brutal. No es sorpresa lo que le pasó a Desirée.

Miranda lanzó una mirada a Parker. Una historia así debería despertar al rescatador que llevaba dentro, pero hoy su rostro era una roca.

Se volvió hacia el Sr. P. —Leí en el periódico que el funeral es esta tarde. Supongo que usted y Parker irán.

Sus espesas cejas blancas se fruncieron mientras tiraba de nuevo de sus solapas. —Eh, no. Eli y yo no podemos estar en la misma habitación sin discutir. A diferencia de él, la familia Parker tiene algo de sensibilidad. Sería cruel hacer acto de presencia en el servicio. Hemos enviado flores y nuestras condolencias, eso sí.

Emergiendo desde la esquina, Parker finalmente rompió su silencio. —Como también lo ha hecho la Agencia —añadió—. Desafortunadamente, dada la tensión entre nosotros, sería descortés

que cualquier miembro de nuestra familia asistiera. Y para cualquiera de esta oficina. —La miró cuidadosamente.

Ella sostuvo su mirada. ¿Sospechaba que tenía planes? No importaba. Él no estaría allí y lo que Parker no supiera no le haría daño.

Pero movió su cabeza arriba y abajo, como una buena empleadita. —Claro, entiendo. Supongo que la policía concluyó su investigación. —No habrían entregado el cuerpo de otra manera.

Parker asintió severamente. —Determinaron que fue suicidio. Encontraron altos niveles de PCP en su sangre.

—¿Polvo de ángel? Así que tomó una sobredosis.

—Sí, trágicamente.

O se la dieron. Miranda se mordió el labio y miró hacia la alfombra, procesando sus palabras. ¿Parker realmente creía eso? ¿Por qué no se estaba involucrando?

—Bueno, mejor regreso al trabajo. —Recogió su copia del contrato y extendió una mano hacia el Sr. P.

Él la estrechó cordialmente. —Un placer hacer negocios con usted, Srta. Steele. —Su voz era cálida de nuevo. Genuina, y tan musicalmente sureña como la de su hijo.

Miranda le guiñó un ojo. —Igualmente.

Lanzó una sonrisa falsa a Parker. —Nos vemos luego, jefe. —Luego dio media vuelta y se dirigió a su cubículo.

Después de esperar unos minutos, miró alrededor y, viendo que no había moros en la costa, sacó silenciosamente su bolso del cajón. No había clases esta tarde. Podía terminar el rastreo del prófugo que tenía que hacer más tarde.

Después de pasar los dedos por su espeso cabello y arreglarse la ropa, se escabulló por la parte trasera sin que nadie la viera. No estaría ausente mucho tiempo. No más de un par de horas. Parker nunca se daría cuenta.

Menos mal que ya estaba vestida de negro.

CAPÍTULO SIETE

Las altas columnas góticas de la Iglesia Episcopal de San Simón resonaban con las notas de una música solemne de órgano que era interrumpida, tras una pausa, por las toses huecas y los sollozos ahogados de la multitud sentada abajo. Vestidos de negro, con ropa demasiado abrigada para esta época del año, un segmento adinerado de Atlanta lloraba la pérdida de uno de los suyos.

Alguien tan joven, tan vibrante, con tanto éxito y promesa, que este ritual ancestral solo servía para subrayar lo que estos dolientes tenían en común con el resto de la humanidad.

La muerte.

La Parca no conocía diferencias entre los acaudalados y los necesitados. Entre los glamorosos y los sencillos. Entre los mimados y los pobres. En su campo de juego, todos eran iguales.

Todos eran perdedores.

Al final de un largo pasillo, un sacerdote con sotana se erguía detrás de un altar dorado, rodeado por estatuas pálidas que se extendían hasta el techo. Frente al altar, un pequeño bosque de lirios de condolencia, coronas conmemorativas y arreglos florales descansaban sobre frágiles pedestales. Delante de la vegetación se encontraba el ataúd plateado cerrado, cubierto con un enorme arreglo de lo que debían ser cien rosas rojas. Junto con las otras flores, perfumaban el aire.

Hermosas. Silenciosas. Solitarias.

La música terminó y el ministro se trasladó a un púlpito ornamentado. Comenzó a hablar, intentando consolar a los afligidos oyentes con imágenes del más allá.

Miranda escudriñó a la multitud. Delta Langford estaba en la primera fila, con un sombrero oscuro de ala ancha, cubierto de

espeso velo negro ocultando su rostro. Levantó un pañuelo de encaje negro a sus labios para ahogar sus sollozos. A su lado, un hombre corpulento de cabello gris oscuro la rodeaba con un brazo para confortarla. Eli Langford, supuso Miranda.

Pensó en lo que el Sr. P había dicho sobre el hombre. No parecía ser el bruto que había humillado a sus hijas en público cuando eran adolescentes. ¿Habrían arreglado sus diferencias con los años? ¿O era esta tragedia la que había obligado a Eli a mostrar algo de afecto? En cualquier caso, la escena solo hacía que Miranda sintiera aún más compasión por Delta.

Al otro lado del pasillo, algunas filas más atrás, Miranda reconoció a Ferraro Usher, el ex de Desirée. Estaba sentado rígidamente, con su largo cabello rubio peinado y recogido con una cinta, su ropa oscura y sobria, como la de todos los demás, en lugar de las prendas coloridas que había llevado en la carrera de obstáculos. Sus ojos miraban fijamente hacia adelante, como si estuviera en trance.

El ministro terminó. El órgano hizo un crescendo. Aparecieron los portadores para llevarse el ataúd. La asamblea se puso de pie, se formó en filas y lo siguió por el pasillo.

Afuera, Miranda se quedó rezagada detrás de la procesión, preguntándose si debía seguirla hasta el cementerio. No había aprendido mucho todavía, así que decidió que bien podría hacerlo.

La ceremonia en la tumba fue igual de sombría. Se paró a un costado y observó a la familia, ahora sentada bajo un toldo azul erigido por la funeraria.

El llanto era más fuerte aquí afuera. El de Delta. El de Eli Langford. El de Usher. Especialmente el de Usher. Cuando el sacerdote roció el ataúd con un puñado de tierra y se despidió de la víctima, Usher se derrumbó en amargos sollozos.

Aquellos terribles sonidos hicieron que Miranda pensara en la muerte de su madre hace más de una década. Tenía apenas veinte años, casada con Leon por poco más de tres años. No había hablado con su madre en meses. Una mujer severa y distante, rara vez se comunicaba con personas de su edad, y menos aún con la hija con

quien no tenía nada en común. Un compañero de trabajo había encontrado el cuerpo y llamado a la policía.

Miranda había estado entumecida. Era la primera muerte que experimentaba en su familia. No contaba el abandono de su padre cuando era pequeña. Su padre seguía vivo, hasta donde ella sabía. En ese momento, se había sentido desconcertada, perdida. Había buscado consuelo en Leon, pero no encontró ninguno. Él tampoco le hablaba. No la abrazaba. Más tarde esa noche, recordó que le había vuelto a gritar por algo que ella había olvidado hacer.

De repente, su mente saltó a tres semanas atrás y volvió a estar en aquella bodega con él. El brillo de su cuchillo cortándola. El olor del vino añejo. El terror oprimiéndole el pecho. El dolor atravesando su espalda mientras caía al duro suelo de piedra.

Con un sobresalto, regresó al presente. El sacerdote estaba anunciando que había comida para todos en el Salón Comunitario.

Miró a su alrededor, cohibida. Quizás Parker tenía razón. Quizás sí necesitaba un psiquiatra.

Echó un vistazo a su reloj. ¿Comida? No había almorzado, y hasta ahora no había avanzado mucho. Bien podría ir a ver.

Se dio vuelta para seguir a los demás y sintió que alguien se acercaba a su lado. —Oh, Sra. Steele. Está aquí. Recibió mi mensaje. Gracias por venir.

Era Delta Langford.

Miranda asintió en silencio. *No me lo habría perdido por nada del mundo* no parecía apropiado.

—¿Esto significa que aceptará el caso de mi hermana? —preguntó, con un lastimero temblor en su voz.

Sintiendo que la culpa le remordía la conciencia, Miranda pensó en lo que Parker había dicho antes. —La policía cree que fue suicidio.

Delta dejó de caminar y la miró parpadeando. Luego, su mirada felina se clavó en Miranda con la intensidad de un leopardo al acecho. —No fue suicidio —siseó entre dientes—. Sé que fue Usher. Mi pobre hermana. Todo lo que le hizo pasar. Y ahora ya no está. —Ahogó un sollozo en su pañuelo de encaje negro—. Tiene que pagar, Sra. Steele. Alguien tiene que hacer que pague por lo que le hizo.

Solo otra mujer podría entender. Usted sabe lo que sufrimos a manos de hombres que dicen amarnos.

La mujer sabía cómo tocar sus puntos débiles. Pero era mejor ser sincera. —Mire, Sra. Langford, tengo que ser honesta con usted. No estoy autorizada a aceptar casos para la Agencia. Tengo que pasar por Parker.

Sus ojos adoptaron una mirada aún más salvaje. Casi de pánico. —¿No hay alguna forma de evitar eso? Usted es una excelente investigadora. Acaba de resolver un asesinato de alto perfil.

La mujer también sabía cómo apelar a su ego. Miranda soltó un suspiro frustrado. —¿Por qué no viene a la oficina mañana y habla con Parker al respecto?

Delta dio un paso atrás, abrazándose con fuerza. —No podría hacer eso.

—¿Por qué no?

Apartó la mirada. Luego comenzó a hablar rápidamente. —No quiero que mi padre lo sepa. He tenido dos matrimonios fallidos, Sra. Steele. El último casi me arruinó financieramente. Para protegerme, mi padre vigila mi cuenta bancaria. Sabría si hiciera un cheque a la Agencia Parker. Una investigación sería demasiado para él en este momento.

Miranda sintió un nudo en el estómago. ¿Delta Langford vivía con su padre? ¿Y él manejaba sus finanzas? Esta familia era extraña. Pero sabía que la verdadera razón por la que la mujer no quería ir con Parker era esa "historia desagradable" que él había mencionado.

—Podría hablar con uno de los otros detectives —sugirió con delicadeza. Los investigadores senior podían aceptar casos. Tal vez Judd.

Los ojos de Delta se humedecieron. —La quiero a *usted*, Sra. Steele. Es la única que realmente comprende. —Levantó el pañuelo de encaje negro en su mano como si le hablara—. Mi vida ha sido tan difícil en los últimos años. Ahora mi querida hermana se ha ido. Asesinada. Y soy la única que lo sabe. —Presionó el pañuelo contra su rostro y comenzó a sollozar de nuevo.

Miranda cambió de postura, con el corazón roto por la pobre mujer. Bueno, había venido aquí a husmear, ¿no?

—Mire, Sra. Langford, mientras esté aquí, haré una pequeña investigación preliminar.

Delta levantó la cabeza, con una expresión de esperanza extendiéndose por su rostro. —¿De verdad?

Lo intentaría. —No puedo prometerle nada, pero veré qué puedo averiguar.

—Oh, gracias, Sra. Steele. —Extendió una mano enguantada y le apretó el brazo con ese agarre aplastante y emocional.

—No me agradezca todavía. Mientras tanto, mientras esté aquí, finja que no me conoce.

—¿Perdón?

Miranda bajó la voz. —Si cierta persona piensa que somos amigas o algo así, no será bueno.

Asintió. —Por supuesto. Entiendo. —Soltó el brazo de Miranda—. Gracias de nuevo, Sra. Steele —susurró—, por favor, hágame saber lo que descubra.

Miranda asintió, luego observó a Delta Langford darse la vuelta y unirse a los otros dolientes mientras se dirigían solemnemente hacia el Salón Comunitario.

CAPÍTULO OCHO

El aroma a ajo, albahaca y pan horneado le hizo agua la boca mientras Miranda descendía los escalones de piedra hacia la frescura del salón. Dos largas mesas se extendían a ambos lados de la amplia sala, las dos repletas de manjares deliciosos. La gente ya estaba ocupada sirviéndose.

No había comido en todo el día y como tenía que mezclarse, tomó un plato y se formó en la fila.

Estaba hurgando en una bandeja llena de lasaña cubierta con espesa salsa de tomate cuando escuchó un acento igual de espeso y casi tan italiano. Italiano de Nueva York, para ser exactos.

—Vaya, pero si es la mismísima Miss Simpatía.

Miranda miró al otro lado de la mesa y se encontró con la mirada turbia de una mujer de aproximadamente un metro sesenta, con cabello oscuro y corto. Iba vestida como camarera, con una camisa negra de manga larga y un corbatín negro en el cuello.

—Fanuzzi —Miranda no la había visto en mucho tiempo. Bueno, al menos en algunas semanas.

La mujer cruzó los brazos sobre su pecho esbelto.

—Supongo que después de esa mención sobre ti en los periódicos, ya no tienes tiempo para tus viejas amigas de la cuadrilla de construcción.

Miranda hizo una mueca.

—Lo siento. Soy un desastre para las relaciones.

Sus cejas oscuras se fruncieron.

—Ya lo creo.

En aquellos tiempos —antes del trabajo de Miranda en la Agencia Parker— Joan Fanuzzi había sido la Encargada de Descargas en la cuadrilla de pavimentación de Miranda, dirigiendo las unidades de

transporte alrededor del sitio de trabajo, y Miranda había sido Obrera de Rastrillo. Era el mejor trabajo que pudo conseguir cuando recién llegó a la ciudad. Fanuzzi siempre había sido amable con ella, actuando como si quisiera ser su amiga. Especialmente cuando se enteró de que Miranda estaba trabajando para Wade Parker.

Miranda había prometido mantenerse en contacto, pero no lo había hecho.

Atrapó el queso que colgaba de su plato, lo enrolló alrededor de su tenedor de plástico y recogió algunos fideos con él.

—Qué gusto verte —rápidamente, se metió el tenedor lleno en la boca para no tener que responder preguntas. No funcionó.

Fanuzzi entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo en el funeral de los Langford, Murray? —siempre la llamaba Murray. Era un apodo que le había puesto la cuadrilla—. ¿Estás tratando de codearte con los señores y señoras de la alta sociedad?

Miranda miró alrededor, esperando que nadie hubiera escuchado a la mujer. Masticó los fideos, tragó y evadió la pregunta.

—Podría preguntarte lo mismo.

—Oye, yo tengo asuntos aquí. Soy la encargada del catering.

Miranda volvió a observar las mesas y toda la comida desplegada. Había un par de ayudantes más jóvenes vestidos con la misma camisa negra y corbatín que llevaba Fanuzzi.

—¿Encargada del catering? ¿Qué pasó con la cuadrilla? ¿Perdiste tu trabajo?

—Nah. Pero tengo cuentas que pagar. Mi ex puede ser lento con la manutención de los niños. Así que empecé este negocio por mi cuenta. Siempre quise organizar eventos elegantes.

—¿En serio? Nunca te imaginé como el tipo hogareño.

—¿De qué estás hablando? —dijo a la defensiva—. Mi madre era de Tennessee. Ella me enseñó a freír pollo. Pero mi especialidad es la lasaña. ¿Y?

—¿Y?

—¿Y qué te parece?

Parece que no estaba tan enojada como para rechazar un cumplido.

—Está buena. Deliciosa —Miranda observó la mesa—. ¿Tienes salsa picante o algo?

Fanuzzi frunció el ceño.

—¿Vas a arruinar mi lasaña con salsa picante?

—Me gusta mi comida con un toque picante.

Ahora Fanuzzi parecía herida.

—Lo siento. Está buena. De verdad. Incluso sin el toque picante —se metió otro bocado en la boca para probarlo.

Fanuzzi se puso la lengua en la mejilla y la miró cuidadosamente.

—Nunca respondiste mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo Miranda, aún masticando su último bocado.

—¿Qué estás haciendo aquí en el funeral de los Langford?

Miranda dejó el tenedor, se inclinó sobre la mesa y susurró tan bajo como pudo.

—Estoy como que trabajando en un caso.

Fanuzzi parpadeó.

—¿En serio? ¿Wade Parker está aquí?

—No.

Pareció decepcionada. Fanuzzi siempre había reaccionado como una adolescente emocionada ante la idea de que Miranda trabajara para Parker.

Miranda se limpió la boca con una servilleta de papel y observó a la multitud. A mitad de camino a través de la sala, acurrucado cerca de una columna de soporte, Eli Langford estaba hablando con un par de hombres que parecían ser socios comerciales. Eli era grande, corpulento, y vestía, como era de esperarse, un costoso traje negro liso. Se apoyaba en un bastón y tenía círculos oscuros bajo los ojos. Mientras sacudía la cabeza con aflicción, sus papadas temblaban. Parecía estar genuinamente afligido.

Detrás de Langford, se abrió una puerta, y Usher entró a grandes zancadas en la habitación. Miró alrededor, pero no habló con nadie. Finalmente, caminó sin prisa hacia la esquina más alejada y se hundió en una silla, estirando su cuerpo largo y desgarbado como si cada músculo le doliera de pena. Con la mirada perdida, contempló por la ventana.

Miranda volvió a dirigirse a su antigua compañera de trabajo. Tenía que asegurarse de que guardara silencio. —Oye Fanuzzi, ¿quieres ayudarme?

Fanuzzi de repente se animó. —Claro.

—Realmente necesito mezclarme con la gente ahora. Pero si alguien pregunta, finge que no me conoces.

Fanuzzi asintió, con sus ojos oscuros muy abiertos. —Entendido. Lo capto. Nunca te he visto antes en mi vida.

Miranda sonrió. Le caía bien Fanuzzi. Captaba rápido y parecía igual de rápida para perdonar sus defectos. —Gracias. Me alegra que entiendas. Nos mantendremos en contacto. Lo prometo. Oye, tal vez podamos salir juntas este fin de semana.

Fanuzzi sonrió con ironía. —Sí, y quizás el Conejo de Pascua me traiga una canasta de billetes de lotería premiados.

—Anímate. Te llamaré —aunque ella misma se preguntaba si cumpliría esa promesa.

—Seguro.

Mirando a través de la multitud hacia la esquina, vio que Usher seguía sentado allí contemplando por la ventana. Tiró su plato de papel a la basura, tomó un platillo de poliestireno con pastel del extremo de la mesa y se dirigió hacia él.

Hora de practicar esas técnicas de interrogatorio que había aprendido en clase.

—Mis condolencias —dijo Miranda cuando llegó a la silla de Usher.

El hombre no se movió. Como si estuviera sordo, permaneció sentado, sombrío y taciturno, con el labio inferior sobresaliendo y los ojos hinchados. El tipo sensible y artístico de luto. O dando una buena imitación de ello.

Se aclaró la garganta. —¿Señor Usher?

Salió de su trance, giró la cabeza. —Oh. Sí, gracias —dijo con un aire desdeñoso y superior. Luego entrecerró los ojos mirándola—. ¿La conozco?

—Creo que nos conocimos una vez.

La observó más de cerca. La pequeña cicatriz a lo largo de su mejilla derecha se movió mientras flexionaba la mandíbula. —Ah, sí.

La del pulso en el Steeplechase —No hizo ademán de ofrecerle asiento, a diferencia de la mayoría de los hombres de clase alta. Miranda decidió que prefería quedarse de pie. Sus ojos se estrecharon con sospecha—. ¿Es usted amiga de los Langford?

Miranda cambió su peso de un pie al otro. —Los conozco de lejos. Vi la noticia en el periódico y pensé en pasar para ofrecer mis condolencias. Fue trágico.

—Trágico —repitió, mirando al frente. Sorbió y se limpió la nariz. Luego comenzó a murmurar, como si hablara consigo mismo—. Trágico es quedarse corto. Una vida hermosa y vibrante truncada en su mejor momento. Desirée tenía tanto por qué vivir, tanto que ofrecer —Su voz era suave, casi femenina en la superficie, pero tenía un matiz áspero y cortante. Se balanceaba ligeramente mientras hablaba, clavando sus largos dedos en la tela de sus costosos pantalones, su aire arrogante fusionándose con su agitada pena.

—¿Pero no se lo ofreció a usted? —preguntó Miranda en voz baja, permitiendo que se filtrara apenas la suficiente simpatía en sus palabras.

Él se volvió, intentó enfocarse en ella. —¿Qué?

—Escuché que se habían separado —hizo una pausa—. Lo siento.

Sus hombros se hundieron. —Ella me dejó. Pero yo seguía amándola.

—¿Ella no sentía lo mismo? —mantuvo un tono suave.

De repente, la miró con fiereza. —No deseo discutir esto con usted...

—Steele. Miranda Steele.

Irguió su largo cuerpo en la silla como si intentara controlarse. Le dirigió una mirada condescendiente. —Señorita Steele, no quiero ser grosero, pero estoy fuera de mí hoy, como seguramente puede entender.

Oh, no lo harás. No iba a permitir que se escabullera de ser interrogado. Podría parecer genuino, pero todo ese dolor podría ser solo lágrimas de cocodrilo. *Objetividad*. Podía escuchar la voz de Parker resonando en sus oídos. —Quizás ayudaría hablar de ello —dijo con toda la suavidad que pudo—. ¿Cómo era su relación con Desirée?

Con un suspiro, miró por la ventana nuevamente. —No teníamos relación. Ella se divorció de mí. El proceso finalizó hace tres meses.

—Pero seguía viéndola, ¿no es así?

No preguntó cómo lo sabía. Simplemente se encogió de hombros otra vez. —Cuando podía. Cuando ella me dejaba.

Cuando te imponías sobre ella, pensó Miranda. Ahora las cosas empezaban a encajar. Usher maltrataba a su esposa, la introdujo en las drogas, y cuando ella intentó dejarlo y arreglar su vida, la acosó, trató de que volviera con él. Cuando ella se negó, él decidió que nadie más podría tenerla tampoco.

Sería un caso cerrado si tuviera alguna prueba. —¿Le pidió que volviera con usted? —Se le hacía cada vez más difícil sonar tranquilizadora y comprensiva.

—Mil veces.

Tal como pensaba. —¿Y cuando ella se negó, eso te enfureció lo suficiente como para matarla?

Lentamente Usher giró la cabeza. Sus grandes ojos redondos color alga marina ardían de indignación. —La policía concluyó que la muerte de mi esposa fue un suicidio.

—Claro. Por una sobredosis de PCP. ¿Es así como lo ves, considerando que su vida era tan hermosa y vibrante? ¿Crees que ella se habría hecho eso a sí misma? —Su voz había perdido ese tono maternal.

Él inhaló con un corto y ultrajado respiro. —Esto es terriblemente descortés de su parte, señorita Steele. ¿Está investigando su muerte?

Ella se inclinó sobre él. —Solo tengo curiosidad por su opinión, señor Usher. ¿No fue usted quien la introdujo al PCP?

Su boca se abrió, sus mejillas se encendieron con lo que parecía puro pavor. Culpable.

Le tomó un minuto recuperarse. —No uso sustancias ilegales, señorita Steele —escupió, acomodándose el saco. Se levantó y comenzó a moverse entre la multitud, con sus ojos inyectados en sangre aún lanzando rayos láser hacia ella. A sus costados, seguía abriendo y cerrando los puños. Luego se detuvo y volvió. —Si cree

que la muerte de Desirée no fue un accidente, debería empezar con el Dr. Kennicot.

—¿Quién?

—El Dr. Gabriel Kennicot —gruñó—. El veterinario favorito de Desirée. Un hombre diecisiete años mayor que ella a quien adoraba desde que era adolescente. Su "vieja llama", por así decirlo. Es por quien me dejó. Y es quien tiene acceso al PCP.

Ella puso una mano en su cadera, resistiendo el impulso de agarrar al altanero artista por las solapas y sacudirlo. En su lugar, se acercó a él y bajó la voz. —¿Y qué razón tendría el veterinario de Desirée Langford —alias "vieja llama"— para matarla con PCP?

Una extraña expresión cruzó el rostro de Usher, lo más cercano a una sonrisa que le había visto. —Una razón antigua, señorita Steele —susurró—. Celos. Desirée estaba a punto de dejarlo y volver conmigo.

* * *

El sol de Georgia se estaba acomodando para la noche, esparciendo un glorioso rociado de colores pastel por el cielo sobre las siluetas de edificios y copas de árboles, cuando Miranda entró al estacionamiento de Colonial Towers. Con un cansado resoplido, salió de su auto y se dirigió por la acera.

Desde el funeral de esa tarde, había tratado de disipar la persistente frustración de su encuentro con Ferraro Usher corriendo vueltas en el gimnasio de la Agencia Parker y haciendo búsquedas de personas desde su escritorio, pero las inquietantes preguntas seguían zumbando en su cerebro.

¿Desirée Langford dejó a Usher por un veterinario del que estaba enamorada desde que era adolescente? Seguramente Delta sabía sobre este pequeño triángulo amoroso. ¿Por qué no lo había mencionado? ¿Quién era este veterinario de todos modos? ¿Cómo sabía Usher que tenía acceso al PCP? Miranda había investigado un poco antes de salir de la oficina. Los veterinarios sí usaban PCP, pero era raro debido a los malos efectos secundarios.

Lo más importante, ¿realmente Desirée iba a dejar al veterinario y volver con Usher? ¿O eso era producto de la salvaje imaginación

del artista? Si Usher estaba diciendo la verdad, entonces ambos hombres tenían un motivo para matarla.

Necesitaba hablar con ese veterinario, pero eso sería realmente excederse. Tenía que hablar con Parker sobre tomar este caso. A primera hora de la mañana, decidió.

Llegó a la puerta de su apartamento, buscó en su bolsillo las llaves y sintió algo extraño. ¿Qué era esto? Sacó la masa metálica y la miró fijamente.

Ah, sí.

Las llaves de la mansión Parker.

Había estado tan absorta en su investigación que había olvidado que ahora era propietaria de una casa. Sus hombros se hundieron ante la idea.

Ignorando el impulso de hacer pucheros, abrió su puerta y entró. Arrojó las llaves sobre el mostrador, y luego miró alrededor de su pequeño espacio. Puso las manos en sus caderas y golpeó el pie contra el suelo.

La mansión Parker tenía armarios de este tamaño. Todo su apartamento cabría dentro de su cocina. Tenía varias duchas de lujo que nunca tuvo la oportunidad de probar.

Miró fijamente las llaves que brillaban sobre la barata superficie laminada y recordó la mirada presumida de Parker cuando firmó los papeles en la sala de juntas. La irritación burbujeó dentro de ella. Si no se mudaba tarde o temprano, él sabría que estaba faroleando. Tenía que hacer que el trato pareciera bueno. Y seguramente no podía mantener el alquiler de dos lugares.

Entró en su dormitorio y estudió la ropa y las cajas en su armario. Nunca había guardado demasiadas cosas. Hacía más fácil recoger e irse cuando la urgencia la golpeaba. Aunque ahora tenía más de lo habitual, después de trabajar en la Agencia con su elegante código de vestimenta, seguía siendo una carga manejable.

Sí, si iba a hacer que Parker recuperara su casa, tenía que hacer real la amenaza de vivir allí.

Alcanzó debajo de la cama su bolsa de lona y comenzó a empacar. Llamaría a su arrendador por la mañana y cancelaría su contrato de alquiler.

CAPÍTULO NUEVE

Era pasadas las once cuando Miranda finalmente arrastró la última de sus maletas por la gran escalera hasta la habitación principal de la mansión Parker. Dejó caer el último bolso junto a las cajas de regalos de Amy y se desplomó sobre el lujoso colchón. A pesar de su agotamiento, se sonrojó al recordar su textura. Aquí era donde ella y Parker habían hecho el amor.

La decoración azul y ciruela de la habitación parecía más suntuosa de lo que recordaba, las altas ventanas con sus etéreas cortinas de gasa, más elegantes. Las estatuas griegas desnudas, el acogedor rincón con sillones, la fuente de bambú de latón que gorgoteaba en la otra esquina, todo más sensual y seductor.

La mansión tenía una cantidad de dormitorios, todos bien arreglados y limpios por el personal de tiempo parcial. ¿Por qué había elegido esta habitación? Pasó la mano por el sedoso edredón blanco puro debajo de ella y recordó el olor de la piel de Parker, la textura de su cabello mientras sus dedos se hundían en su cuero cabelludo, el salvaje empuje de su cuerpo dentro del suyo, sus caricias más suaves más tarde esa noche.

Tal vez este lugar era demasiado para ella. Pero no en el sentido que Parker había querido decir.

Con un gruñido, se obligó a levantarse. Hora de ir a la camita. Bien podría probar una de esas elegantes duchas que el padre de Parker había instalado. Marchó hacia el baño principal.

Sí, casi del tamaño de su apartamento. La habitación era un laberinto de cerámica azul y dorada y granito, acentuado con un bosque de espejos. El suelo parecía estar calefaccionado y gruesas toallas blancas estaban apiladas por todas partes.

Abrió la puerta de la ducha y la vista le quitó el aliento. Más cerámica reluciente, con más de una docena de cabezales de ducha resplandecientes. Un panel de control montado en la pared. El área era lo suficientemente grande para un equipo de béisbol.

Se quitó la ropa, entró y estudió la pantalla táctil. Zonas corporales. Presión y temperatura ajustables. Necesitabas un manual para encenderla. Presionó un botón.

Agua caliente salió disparada de uno de los cabezales de la ducha, golpeándola en el costado con toda su fuerza. —¡Vaya! —rió tontamente—. Demasiado. —Tocó el botón y se apagó. Probó uno diferente. Agua fría salió disparada desde otra dirección—. Espera un momento, brrr. —Esto era como luchar con un pulpo. Lo apagó y volvió a intentarlo. Algo pulsó justo entre sus piernas—. Ahora te estás pasando de fresco. —Apostaba a que el Sr. P había diseñado esa función él mismo.

Detuvo el chorro y miró fijamente los controles. *Rutina-de-lujo-spa*. Eso sonaba bien. Mordiéndose el labio, lo tocó.

Una agradable y cálida lluvia salió danzando desde todas las direcciones con la presión perfecta. Suspiró. —Eso está mucho mejor.

Se autoajustó, comenzó a trabajar los músculos entre sus hombros. Mmm, agradable. Después de unos minutos, se ajustó nuevamente, comenzó a bajar por su espalda, sus caderas, sus piernas. Vaya. Nunca había sentido algo tan bueno. Bueno, no estando sola. Ricitos de Oro no lo habría tenido tan bueno.

Alcanzó el dispensador de jabón y un delicioso aroma de lilas y azucenas de montaña llenó el aire vaporoso.

Después de aproximadamente media hora de éxtasis, el chorro se detuvo. Relajada y tranquila, Miranda consideró un segundo intento, pero ya se sentía como una pasa. Mejor guardar algo para la próxima vez.

Gracias, Sr. P. Aunque no se quedara en la mansión para siempre, esta era una experiencia de ducha que nunca olvidaría.

Salió, se secó con una toalla tan gruesa que parecía una alfombra, levantó una lujosa bata de felpa de un gancho y se envolvió en ella. Esta era la vida.

—No puedo acostumbrarme a esto —se recordó mientras caminaba al enorme dormitorio y hurgaba en una de sus maletas buscando una camiseta y un par de bragas—. Parker recuperará el sentido pronto. Recuperará la casa en menos de una semana, apostaba.

Y tan pronto como Parker se mudara, ella se iría. Había dejado claro que no viviría con él. Eso solo podría conducir a la miseria para ambos.

Una gran lámpara de araña colgaba del alto techo del dormitorio, pero Miranda optó por la luz tenue de la lámpara Tiffany en la mesita de noche.

Con un gran bostezo, se dejó caer en la cama, hundió la cabeza en las gruesas almohadas cubiertas de satén. Mmm. Agradable. —¿Ves, Parker? Estoy perfectamente bien en esta casa grande y aterradora. —Levantó el edredón y estiró la mano para apagar la luz. Espera. Tal vez la dejaría encendida por esta noche.

Se dio la vuelta, cerró los ojos, dejó que su mente quedara en blanco.

La casa silenciosa pareció gemir.

Abrió los ojos de golpe. *¿Fue eso un crujido? ¿Una pisada?* Se sentó y escuchó con atención. Podía oír los latidos de su corazón. Su mente le estaba jugando una mala pasada. Después de todo, su última noche aquí había sido bastante horrible.

Obstinadamente, se recostó de nuevo y cerró los ojos. La mañana llegaba temprano. Dejó que su mente divagara hacia el rostro demacrado y afligido de Usher esa tarde. "El Dr. Gabriel Kennicot es quien tiene acceso a PCP". La vieja llama de Desirée, el veterinario. ¿Habría estado jugando con el artista y el veterinario uno contra el otro, como Farrah Simmons jugaba con sus amantes? Las imágenes de la carrera de obstáculos bailaban en su cabeza, comenzaban a difuminarse. Se quedó dormida.

¿Qué fue eso? Se incorporó sobresaltada. ¿Era eso... agua corriendo?

Con un gruñido, apartó las mantas, se levantó y fue al baño. ¿Acaso la lujosa ducha había iniciado una rutina por sí sola? No, todo

estaba tranquilo aquí. Seco como un hueso. Quizás era hora de ver a ese psiquiatra. Espera, sabía lo que era.

Esa condenada fuente de bronce.

Regresó arrastrando los pies al dormitorio, cruzó el piso y manipuló el artilugio hasta encontrar un interruptor en la parte posterior. Lo apagó. Listo.

Un escalofrío recorrió su espalda. Seguía escuchando agua corriendo.

Con el corazón acelerado, fue hacia una de sus cajas en el suelo y la abrió. ¿Dónde estaba? No en esa caja. Tomó otra y rebuscó en ella. Ahí estaba. Sus dedos se cerraron alrededor de la madera dura y sacó a *Defender*. El bate de béisbol de arce macizo Old Hickory de ochenta y seis centímetros con el que solía dormir cuando vivía en Nueva York.

Se volvió hacia la puerta y lo golpeó contra la palma de su mano. Se encargaría de ese bandido del agua.

Salió al pasillo.

Las suaves luces nocturnas brillaban a lo largo de las paredes, pero no había señal de vida. Esto no podía ser una de sus pesadillas. Era demasiado real. La frescura de la madera dura bajo sus pies descalzos era física. Y también lo era el persistente sonido del agua corriendo.

Apretando los dientes, avanzó por el pasillo. El sonido del agua se hizo más fuerte.

A mitad del pasillo, notó luz bajo una de las puertas. Dudó frente a ella, ajustó su agarre en Defender y repasó mentalmente algunos movimientos de karate. Tragándose los nervios, alcanzó la manija y lentamente abrió la puerta.

Dentro había otro baño palaciego, revestido de azulejos. Este tenía un estilo oriental sensual con acentos en ciruela y lavanda y molduras negras brillantes. Era incluso más grande que el que tenía la ducha pulpo.

Una enorme bañera hundida ocupaba el centro del piso. Estaba llena de un burbujeante y fragante baño, con espuma elevándose como el merengue de un pastel de limón. Cerca del grifo había una

bandeja plateada. Sobre ella, una licorera de cristal con una botella de champán, dos copas en forma de tulipán y un montón de fresas.

¿Acaso el Sr. P había olvidado que vendió la casa?

A lo largo de una pared había una abertura hacia otra habitación. De allí provenía el sonido del agua corriendo. Rodeó la división de azulejos y encontró una puerta de vidrio opaco con inscripciones chinas, con vapor elevándose por encima.

Otra ducha. Y alguien estaba en ella.

La figura oscura se movía detrás del panel, enjabonándose. Demasiado alto para ser el Sr. P, pero la forma se veía terriblemente familiar. Miranda apretó su agarre sobre Defender, sigilosamente se acercó a la puerta de la ducha. Su garganta se contrajo mientras alcanzaba la manija. Era ahora o nunca.

La abrió de golpe. Y jadeó.

—Parker.

Él se dio la vuelta, quedándose allí mirándola con la ducha cayendo sobre él, el vapor caliente elevándose desde el chorro, su sonrisa tan astuta y arrogante como siempre. —Buenas noches.

Sin aliento, balbuceó palabras incoherentes de enojo hasta que finalmente salieron palabras coherentes. —Parker, ¿qué demonios estás haciendo aquí? Juraste que no te quedarías en este lugar.

Se quedó boquiabierta ante el cabello mojado, sal y pimienta, sus músculos firmes brillando con gotas de agua, el pelo negro y húmedo pegado a su pecho. Tenía el cuerpo fuerte y en forma de un artista marcial, un luchador, un caballero sureño. Completamente vestido, era un elegante hombre de mundo. Completamente desnudo, era... irresistible.

—No podía dejarte aquí sola esta noche —dijo con esa sonrisa coqueta y despreocupada.

—Casi te golpeo.

Parker contempló la iracunda visión frente a él. Su cabello oscuro, salvaje y enmarañado, sus ojos azul profundo centelleando con furia. Estaba tentadoramente vestida sólo con bragas y una camiseta gris de algodón que acariciaba sus senos y revelaba sus deliciosas formas. Había alterado un poco su sincronización, pero por lo demás, el plan de ataque que había tramado en la habitación de

su padre en la residencia de ancianos estaba funcionando maravillosamente.

Negó con la cabeza y se rió. —No lo creo.

Miranda no pudo evitar mirar hacia abajo. Claramente, lo había excitado. Estaba a punto de decir "Parece que te alegras de verme", cuando él se estiró, la agarró por debajo de los brazos y la levantó del suelo.

Defender repiqueteó en el suelo. —¿Qué crees que estás haciendo?

—Me gustaría tener una compañera.

Ella escupió agua cuando él la dejó en la bañera y el chorro golpeó su cabeza, empapándola por completo, incluida su camiseta y sus bragas. —Ya me he bañado. En la ducha pulpo.

—Tengo debilidad por las mujeres limpias. —Inclinó la cabeza y capturó sus labios, mientras el agua salpicaba ambos rostros.

¿Debilidad? Debe ser la misma que ella tenía. Por un momento, se rindió al delicioso sabor de sus labios trabajando sobre su boca. Esa poderosa atracción física comenzó a deslizar sus codiciosos dedos a lo largo de los nervios de su plexo solar. Pero este no era el plan.

Ella se liberó. —De verdad no quiero otra ducha, Parker. Además, me gustó más la del baño principal. La de los múltiples cabezales.

Él se rio, la atrajo hacia sí y presionó sus labios contra su mejilla. —Si te gustaron los múltiples cabezales, ¿qué hay de malo con múltiples duchas? ¿O con otras cosas que vienen en múltiplos?

—Yo realmente... no...

Él tomó su cabeza con ambas manos, su mirada inflexible. —Creo que ya hemos conversado suficiente sobre esto. —Presionó firmemente sus labios sobre los de ella, para que no pudiera discutir. Su boca era fuerte, exigente. Ella se abrió a él, rindiéndose a su poderosa seducción. Una parte de ella aún lo resistía.

¿Qué estaba haciendo él en *su* casa? La había asustado muchísimo. Debería echarlo a patadas. En cambio, se estremeció de deseo mientras una excitación exótica pulsaba dentro de ella. Diablos, tenía debilidad por él.

Por fin, liberó sus labios y comenzó a bajar por su cuello. Su método de persuasión estaba funcionando bastante bien. Ella no podía obligarse a protestar. Con un gemido de placer, echó la cabeza hacia atrás, dejó que el agua le corriera por el cuello mientras la boca de Parker atacaba su hombro y clavícula.

Él levantó la cabeza, su mirada llena de deseo. Sus manos se movieron provocativamente sobre ella un momento, luego alcanzaron los bordes de su camisa mojada. Antes de que pudiera protestar, él ya la había levantado por encima de su cabeza. —No necesitas esto.

—¿Qué estás...? —Ella abrió la boca sorprendida, pero él devoró su respuesta con la suya propia, apasionada y sin palabras. Con los labios aún unidos, la sacó de la ducha, cerró el agua con el pie y se dirigió hacia el baño de burbujas, sus cuerpos mojados goteando por el piso de baldosas hasta la bañera hundida al otro lado de la partición.

—¿Para qué es esta lujosa tina que está a la vuelta? —murmuró ella, casi sin aliento—. ¿Planeabas entretener a alguien?

—Alteraste mi sincronización, pero sí. —Besándola de nuevo, entró en el agua.

Flotando sobre la espuma, Miranda liberó sus labios otra vez, intentó zafarse de su agarre. —Escucha, Parker. Esto es divertido y todo, pero quiero saber qué estás haciendo aquí... ahh.

Cayó al agua, y el líquido tibio acarició su cuerpo, reconfortante como los brazos de una madre, oliendo a flores silvestres. Él realmente sabía cómo llegarle, ¿no?

Extendió la mano sobre su cabeza para tomar una fresa y la metió en su boca abierta. —¿Te gustaría una bebida con eso?

—No, no quiero una bebida —gruñó ella con la boca llena.

—Muy bien. Entonces iremos directo al grano. —Sus manos desaparecieron bajo el agua y al momento siguiente sus bragas habían desaparecido—. Tampoco necesitas estas. —Lanzó la tela mojada al piso.

—Mira, tú. No puedes entrar a la fuerza en mi casa y... oh.

Él se acercó a su lado en la bañera, volvió a trabajar en su cuello, dejó que sus manos flotaran hasta sus pechos, dándole la

bienvenida a casa que sin duda había planeado cuando tramó este plan.

No debería hacerlo, no debería dejarse llevar, se dijo a sí misma mientras se hundía en la espuma. Pero dejó que sus hábiles manos se deslizaran sobre su piel húmeda. Él la provocaba, acariciaba con sus dedos su vientre. Esto era un error. Un muy mal error. Pero mientras pasaba sus manos por los músculos de sus brazos, absorbía su aroma limpio, su corazón se apretó en su pecho.

Al diablo con todo. ¿Qué opción tenía? No podía resistirse al embriagador hombre con sus embriagadores métodos, su embriagador aroma, su embriagador tacto. La cautivaba, la hipnotizaba como ningún hombre lo había hecho jamás. Estaba indefensa. Perdida. Preguntándose si alguna vez podría liberarse de su hechizo de mago, se abrió a él y a sus mágicas manos.

Él las deslizó a su alrededor, levantó su pecho hacia su boca, lo tomó. Ella se mareó mientras sensaciones delirantes bailaban por todo su cuerpo. Luego sonrió para sí misma. Él podría estar conquistando su cuerpo, pero ella había ganado la batalla por la casa.

Sintiéndose victoriosa, presionó sus labios contra él con fuerza, lo volteó con un chapoteo.

—Ahí está mi tigresa —se rio él.

—Siente mis dientes. —Lo mordió en el hombro. Suavemente, pero lo suficientemente fuerte para excitarlo, como si necesitara eso.

—Eres una diablilla. —Sus ojos brillaron y la hizo girar, se acomodó encima de ella, los dos chapoteando en el agua como salmones desovando.

Su mirada se encontró con la de él y se llenó de un deseo tan intenso que pensó que la bañera podría empezar a hervir. —No me hagas esperar.

—No pienso hacerlo.

Entró en ella suavemente, como una pastilla de jabón sobre piel mojada. Luego se movió lentamente dentro de ella, deliciosamente. La sensación la hizo temblar y estremecerse y sentirse demasiado femenina.

Los recuerdos de la noche que habían compartido en esta casa la bombardearon. No los feos, los hermosos. Su toque gentil, sus tiernos besos que se habían vuelto fuertes y exigentes con la necesidad que ambos sentían. Sus cuerpos fusionándose, agitándose apasionadamente en las sábanas sedosas de su cama. Se había sentido tan cerca de él esa noche. Por unas horas, se había sentido amada, protegida. Como si nada malo pudiera pasarle nunca más. Como si nada malvado existiera.

Pero así había sido. Hacer el amor con Parker era solo una cura temporal. Tal vez saber eso era lo que la hacía incapaz de resistirse a él.

Él tenía los ojos cerrados, su rostro estaba tenso, lleno de un sentimiento indescriptible mientras llegaba al clímax. Ella se estremeció, uniéndose a él. Respiraban al unísono. Nunca había conocido un placer tan intenso como el que Parker le daba. Él la hacía desear más. Exactamente lo que no debería desear.

Él abrió los ojos, observó las últimas oleadas de éxtasis de ella, disfrutando de su placer. Y del hecho de que él había sido el autor del mismo.

—Orgulloso de ti mismo, ¿verdad?

—¿Orgulloso?

—¿No se sienten viriles los hombres cuando conquistan a una mujer?

—La conquista no tiene nada que ver. Cuando me dejas hacerte el amor, me siento muy vivo.

—Porque has ganado.

—Porque estoy cerca de ti. Se trata más de conexión que de dominación —su mirada se volvió intensa—. Pero si necesitas más pruebas... —sus labios revolotearon por su cuello nuevamente.

Mantén la cabeza despejada. Esto podría continuar hasta el amanecer. Se aclaró la garganta. —Por cierto, Parker, ¿dónde vas a pasar la noche?

—Justo aquí —murmuró él, atacando su garganta.

—¿Así que tomarás la casa después de todo?

—No.

Ahora la estaba irritando. Se apartó de sus labios. —¿Entonces qué estás haciendo aquí?

Un labio se curvó en una expresión que definitivamente era la de un conquistador. —Actuando como tu guardaespaldas personal.

—¿Guardaespaldas? —Él estaba haciendo mucho más que protegerlo.

—La Agencia ofrece esos servicios.

—No puedo pagarlos. Y no necesito protección.

—Podríamos llegar a un acuerdo —era bueno con los acuerdos—. Mis pagos serían razonables —fue por su cuello nuevamente.

Ella se apartó, furiosa. —Hablando de la Agencia, ¿no tenemos que estar allí por la mañana?

—Tienes razón. Necesito llevarte a la cama —con eso, la levantó y la sacó de la bañera, poniéndola de pie. Luego agarró una toalla gruesa y comenzó a secarla.

—Oye, no soy una niña.

—Definitivamente no —se rio entre dientes.

Pero su atención se sentía demasiado bien para detenerlo. Mientras él frotaba, su mente regresó a lo que había descubierto sobre Desirée Langford esa tarde. Era un buen momento para mencionarlo. Este era el momento más vulnerable de Parker. —Sabes, he estado pensando en el caso Langford.

Él dejó de frotar. —¿Caso?

Por supuesto, le recordaría que no había caso. Todavía. —Su muerte —corrigió—. Tal vez no fue Usher quien quería que muriera. Tal vez fue alguien más.

—¿Ah? —su tono era inexpresivo. Comenzó a secarla nuevamente.

—Desirée conocía a mucha gente en la industria equina. Cualquiera podría haber estado celoso de ella.

Él puso la toalla alrededor de su trasero y la movió de un lado a otro vigorosamente. —¿Tienes alguna idea?

Se encogió de hombros. —Podría ser cualquiera. Su veterinario, por ejemplo.

—Su veterinario —continuó frotando—. ¿Es eso lo que Usher te dijo cuando hablaste con él en el funeral hoy?

Ella agarró la toalla y se la arrancó de las manos. —¿Cómo supiste...?

Entrecerró los ojos y le dio esa sonrisa penetrante. —Reconocí esa mirada en tus ojos cuando te dije que no fueras. Sabía que irías, a pesar de mi orden. Así que te seguí.

Tomó la toalla nuevamente, extendiéndola hacia ella. Ella se la arrebató de las manos y la arrojó al suelo. Estaba lo suficientemente seca. —¿Me *seguiste*? No te vi en el funeral.

Con una expresión arrogante y satisfecha, alcanzó otra toalla y comenzó a secarse. —Me quedé afuera en el auto. Te vi hablando con Usher a través de la ventana del Salón de Hermandad.

Ella cruzó los brazos bajo sus pechos desnudos. —Oh, ¿de verdad? Bueno, pensé que hice un buen trabajo interrogándolo.

Él asintió. —Por lo que vi, hiciste un excelente trabajo. Pero eso es irrelevante. No tenemos un caso.

Apretó los dientes. —Parece que un detective experto podría encontrar una manera de solucionar eso.

Con una mirada oscura, se envolvió la toalla alrededor de la cintura, la alcanzó y la levantó. En ese momento, ella casi quería hacer un movimiento de karate y tirarlo al suelo.

—Lo discutiremos por la mañana —dijo él, dirigiéndose a la puerta.

—¿Qué tiene de malo ahora?

—Es tarde —la llevó por el pasillo, pasando por las pinturas, los apliques decorativos en las paredes, las ornamentadas puertas que conducían a una miríada de otras habitaciones.

—No es tarde para juguetear.

Ella sintió que su pecho se agitaba. —Miranda, no quiero hablar de eso.

Se retorció en sus brazos, girando para mirarlo. —¿Por qué no? ¿Qué pasa entre tú y Delta Langford? ¿Cuál es esa "historia desagradable" entre ustedes?

—Miranda, por favor.

—Dímelo.

—No hay nada que contar —Aquellos profundos ojos grises parecían cansados mientras cruzaban la puerta del dormitorio

principal hacia las suaves luces.

Mentiroso, estaba a punto de decir. Pero él se había detenido y miraba fijamente las cajas que ella tenía alineadas al pie de la cama.

—¿Qué es esto? —preguntó, con tono de sospecha.

—Nada. No he terminado de desempacar —Ahora era ella quien tenía algo que esconder. Se liberó de sus brazos y agarró la gruesa bata que había dejado sobre la cama.

—Te ayudaré a guardar estas cosas —Él alcanzó una caja.

Una oleada de pánico la atravesó. —No. Yo me encargaré —Tomó la caja que él había agarrado—. Suéltala.

—¿Por qué?

—No importa —Tal vez era más vergüenza que pánico, pero no podía dejar que viera estas cosas. Dio un tirón a la caja, pero su movimiento tuvo demasiada fuerza. La tapa se cayó y varios paquetes se deslizaron al suelo—. Mierda —murmuró.

—¿Era frágil? —Se inclinó y levantó uno de los paquetes. Estaba envuelto en papel brillante rojo y azul, atado con un lazo plateado aplastado—. ¿Qué son estos?

Miranda se arrodilló con la intención de meter los paquetes de vuelta en la caja. En cambio, enterró la cabeza entre las manos. Mejor confesar. —Son regalos.

—Para Amy —dijo él en un suave susurro.

Lentamente ella asintió, recogiendo los paquetes. —Cumpleaños, Navidades, Pascuas. Los fui coleccionando a lo largo de los años. Pensé que podría dárselos cuando la encontrara —Sorbió, se frotó la nariz, pero continuó metiendo todo de vuelta en la caja—. Aunque no creo que necesite el sonajero que le compré cuando tenía un año. Tal vez aún le gustaría el osito de peluche que le compré cuando tenía cinco —Amy tendría trece años ahora. Una niña a punto de convertirse en una mujer joven.

—Oh, Miranda —Los brazos de Parker la rodearon con tal sentimiento y ternura, que no pudo apartarlos. Era la primera vez en su vida que tenía a alguien con quien compartir su dolor.

—Querida.

Su corazón dio un salto al escuchar esa palabra. Nadie la había llamado "querida" jamás. Ni León. Ni su madre. Tal vez su padre,

hace mucho tiempo, pero no podía recordarlo.

Parker la mantuvo cerca, besó la aspereza de su cabello grueso y salvaje, tocó el contorno de sus firmes músculos en los hombros, la suavidad de su piel traicionando la suavidad interior. Le encantaba ese contraste. Pero su corazón se rompía por el dolor de ella, la pérdida de su única hija que la había atormentado durante tanto tiempo. Haría cualquier cosa en su poder para quitárselo. Pero todo lo que podía hacer era distraerla, como lo estaba haciendo con esta mansión. Viviría en esta casa con ella, incluso con sus recuerdos manchados de su propio pasado. No eran nada comparados con los de ella.

Le tomó el mentón, giró su rostro hacia él. —¿No considerarías ver a un terapeuta? Podría ayudar.

Ahora era ella quien no quería hablar del tema. Negó con la cabeza. —Nunca ayudan.

—No has encontrado al adecuado.

Obstinadamente, se frotó los ojos. —Como dijiste, es tarde. Estoy cansada.

Él presionó sus labios contra su frente. —Por supuesto. Hablaremos de ello por la mañana.

—Claro. Así como discutiremos el caso Langford —Se levantó y cruzó hacia la cama.

Él hizo una pausa, estudiándola por un largo momento. Ella podía ver cómo giraban los engranajes en su cabeza. —Te... propongo un trato.

Ella se volvió para mirarlo, cruzando los brazos. —¿Un trato?

Él asintió. —Si haces una cita con un terapeuta, consideraré encontrar una manera de tomar el caso Langford.

Ella resopló. —*¿Considerarás encontrar una manera?* Ese trato me parece un poco desigual.

Su profundo suspiro era más como el gruñido de un león, pero miró hacia las cajas y cedió. —Comenzaré a hacer una investigación preliminar mañana.

Su corazón dio un pequeño vuelco. —¿Lo dices en serio?

—Absolutamente.

Sospechosa, ladeó la cabeza hacia él. Pero era la mejor oportunidad que tenía. La tomaría. Extendió su mano. —Trato hecho.

Él estrechó su palma y la atrajo hacia la cama, haciéndola reír mientras besaba sus mejillas. Esta iba a ser una noche larga.

Qué manera de sellar un trato.

CAPÍTULO DIEZ

Es tarde.

El hielo tintinea y el whisky resplandece en mi vaso mientras bebo. La tinta del periódico del desgastado obituario mancha mis dedos.

¿Por qué tuvo que irse? ¿Por qué? Era tan parecida a mí. Éramos almas gemelas. No, no se parecía a mí en absoluto. Era hermosa. Adorada. Y ahora esa belleza ha desaparecido de este mundo y todo lo que queda son corazones rotos por la pérdida. Qué tragedia. Qué desperdicio.

Pero tenía que irse. Tenía que hacerlo.

Esa belleza, esa grácil hermosura, tenía que ser destruida. Causaba demasiado sufrimiento. Demasiado dolor. *Mi* dolor. Tenía que morir. Era lo justo. Era demasiado altiva, demasiado egoísta, demasiado arrogante para su propio bien.

Como esa detective. Entrometiéndose, indagando, husmeando desde el primer momento en que ella murió. Como su famoso jefe.

Los odio tanto a ambos. Tanto. ¿Tanto como la odiaba a ella? Tal vez.

Tomo otro sorbo de whisky para calmar mis nervios. Sí, los odio tanto como a ella. Mi odio crece día a día. Pronto será demasiado para soportar.

No podré contenerlo. Tendré que actuar.

Necesito un plan. Algo que nadie pueda sospechar jamás. Algo que nadie verá hasta que sea demasiado tarde. Algo rápido. No indoloro, pero rápido. Y definitivo. Y entonces la entrometida detective y su egocéntrico jefe no serán... más.

Igual que Desirée.

CAPÍTULO ONCE

Acostarse con el jefe en una noche de semana definitivamente convertía el día siguiente en un infierno.

Miranda quería arrojar el despertador contra la pared cuando sonó a la mañana siguiente. Pero cuando levantó la cabeza de la almohada de satén y descubrió la cama vacía, en su lugar bajó las escaleras y encontró a su nuevo guardaespaldas.

Parker estaba afuera, sentado en una enorme terraza de secoya construida junto a la cocina, que daba a un magnífico jardín trasero lleno de exuberantes robles y pinos verdes y una paleta de colores digna de un pintor en las flores.

Él se levantó cuando ella se acercó. Dulce como la melaza sureña, con un toque de hacendado aristocrático para completar, señaló una mesa de azulejos bajo un enrejado cubierto de enredaderas, donde café y croissants la esperaban en fina porcelana.

—Buenos días —sonrió, vertiendo el rico líquido caliente en una taza grabada con un elegante diseño dorado. Señaló una de las sillas Adirondack—. ¿Me acompañas?

Ella frunció los labios, con la boca haciéndose agua.

—¿Sigues "jugando a la casita", Parker?

Esos ojos grises estilo Magnum se fijaron en los suyos.

—En cierto modo.

Era demasiado tentador para resistirse.

—Está bien —con cautela, se acercó a la mesa, se sentó y dejó que él la besara en la mejilla. Ahora que tenía la mente clara, no iba a caer en más de sus jugarretas.

—Toma uno —colocó un delicado platillo frente a ella con lo que parecía un croissant que se derretiría en la boca.

Le dio un mordisco, y lo encontró ligero, hojaldrado y relleno de un queso suave y dulce. Tan bueno que sintió que volvía a caer bajo su hechizo. Recupérate. Ahora. Tomó un sorbo del café intenso y se aclaró la garganta.

—Hablando de jugar a la casita, supongo que ahora que estás aquí en tu mansión, puedo mudarme.

Creyó escuchar un retumbar en su pecho, como un terremoto, pero él simplemente se reclinó y bebió de su taza.

—Si tú te mudas, Miranda, yo me mudaré también. Creo que dejé muy claro que no quiero vivir aquí.

—Pero vivirás aquí si yo estoy aquí.

—Solo estoy aquí por mis funciones de guardaespaldas.

Qué mula terca.

—Yo no contraté un guardaespaldas.

—El servicio viene con la casa.

—¿Como el personal de limpieza? —sonrió con sarcasmo.

—Algo así. Estoy seguro de que mi padre estaría de acuerdo —su aire era el mismo que usaba cuando interrogaba a un sospechoso del que tenía pruebas.

Si intentara explicar esta situación, probablemente el Sr. P se reiría. Así que tendría que darle un buen giro.

—Ya veremos —le dio otro mordisco al pastel, bebió un último sorbo de café y se puso de pie—. Bueno, tengo que irme.

Sus oscuras cejas se juntaron.

—¿El desayuno demasiado dulce para tu gusto? Me disculpo por no tener jalapeños en rodajas para los croissants.

Ella apretó los dientes en una sonrisa forzada.

—Los croissants están deliciosos. Pero no hay manera de que tú y yo vayamos juntos a la oficina.

Él miró hacia el jardín.

—Ah, así que tienes miedo de los chismes.

—Por supuesto que sí —con Becker y Holloway a la cabeza. Se dio la vuelta y se apresuró a cruzar la terraza hacia la puerta de la cocina.

—No debes preocuparte. Sé ser discreto.

Ella no pudo evitar reírse.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crees que diría Gen sobre nosotros viviendo aquí?

La confusión irritada en su apuesto rostro ante la mención de su hija le dio una pequeña victoria, pero solo duró un momento.

—Por cierto...

Ella puso la mano en el pomo, contuvo la respiración.

—¿Qué?

—No olvides hacer una cita con un terapeuta esta mañana.

Ella se volvió, resistiendo el impulso de dar golpecitos con el pie en el suelo de cedro.

—No he olvidado nuestro trato. No olvides tú lo que prometiste.

Parker mantuvo la mirada en el jardín mientras jugueteaba con la taza de café en su mano.

—Y si quieres participar en la investigación Langford...

Su corazón se encogió.

—¿Qué?

—Agenda más de una sesión con el doctor.

Con el gruñido de un rinoceronte embistiendo, giró sobre sus talones y abrió la puerta de un tirón. Mientras la atravesaba pisando fuerte, la risa confiada de Parker resonó en sus oídos.

* * *

Durante el trayecto a la oficina, Miranda mantuvo una buena charla consigo misma. ¿En qué se estaba metiendo con Parker y este asunto de la casa? A pesar del fantástico sexo, estaba furiosa con él por aparecerse como lo había hecho anoche. Esta era exactamente la situación que le había dicho que no quería. No podía manejarlo. ¿Por qué no escuchaba?

¿Quizás por sus señales contradictorias?

Le había permitido usar todos los trucos astutos del manual con ella anoche. ¿Cómo se salía con la suya? ¿Cómo permitió que él presionara justamente los botones que la harían sucumbir ante él? Ella sabía cómo. Le importaba ese hombre. Demasiado. Y él lo sabía. Pero eso no cambiaba el hecho de que ella era pésima en las relaciones. Que no podía creer que el amor pudiera durar. ¿Acaso Parker no entendía eso?

Oh, claro que lo entendía. El sensual entrometido sabía exactamente lo que estaba haciendo. Quería vivir juntos para demostrar que ella estaba equivocada, y estaba usando la casa para lograrlo. Eso explicaba su mirada presumida y satisfecha en el asilo cuando ella cerró el trato con el Sr. P.

Tenía toda la intención de echarlo a patadas. Lo habría hecho anoche, pero ¿qué puede hacer una chica cuando encuentra a un hombre sexy y desnudo en su ducha?

¿Y qué hay de la maldita casa? Le pertenecía a él. Seguramente Parker no había pensado en que ella fuera dueña del lugar cuando le pidió por primera vez que se mudara con él. ¿Cuándo se iba a dignar a admitirlo?

Podría esperar a que cediera, pero siendo tan terco como era, eso podría llevar mucho tiempo. Podría hacer las maletas e irse, pero eso dejaría sin resolver el asesinato de Desirée Langford.

En su mente, vio la inquietante imagen de la joven mujer tendida muerta en el establo de Calypso. Ese pobre rostro desfigurado.

¿Quién se haría eso a sí mismo? Una mujer como Desirée Langford no destruiría su propio rostro. No le importaba a qué conclusión había llegado la policía. Eso no era suicidio. Eso no era autodestrucción. Era odio. Una burbujeante y furiosa celos. Como los celos que vio en Usher ayer por la tarde en el funeral. ¿O tal vez como los celos del Dr. Kennicot, el veterinario, como afirmaba Usher? Si Desirée tenía a dos hombres peleando por ella, cualquiera de ellos podría haberla matado. Miranda estaba decidida a descubrir cuál de los dos había sido.

Tenía que resolver el caso. No sería correcto abandonarlo ahora. Pero cuando descubriera quién había asesinado a Desirée Langford, se mudaría de esa mansión para siempre. Mientras tanto, tendría que pensar en algo para mantener a raya al persistente y cachondo investigador-guardaespaldas.

* * *

Llegó temprano al Edificio Imperial, antes que la mayoría de los otros IITs, se escabulló por la puerta trasera, e incluso logró llegar a la cafetera para tragarse otra taza de jugo despertador antes de que alguien la viera.

Murmuró para sí misma mientras se dirigía a su escritorio. —Está bien, Sr. Listillo-As-Investigador. Ganaste esta vez, pero más te vale hacer lo que dijiste.

Tan pronto como llegó a su cubículo, sacó una guía telefónica del estante y buscó en la sección amarilla bajo la "P". Había un montón de nombres. Dr. Alton en East Paces Ferry. Dr. Alexander en Peachtree Dunwoody. Dr. Brown en Lenox Road.

Gimió. Había más psiquiatras en Atlanta que neurosis a las que sacudir.

Cerrando los ojos, dejó caer el dedo sobre la página. Dr. Berkoff en Peachtree. Justo a la vuelta de la esquina. Suficientemente bueno. Marcó el número.

La cita más próxima era en seis semanas. Mierda.

Intentó de nuevo. Dr. Campbell. Reservado hasta agosto.

Bien, iría más abajo en el alfabeto. Dr. Lindstrum. Doce años de experiencia clínica. Depresión, Trastornos Alimenticios, Hipnosis. Lo que sea. Marcó de nuevo. Este tipo estaba reservado hasta septiembre. La ansiedad debía estar descontrolada en Buckhead.

Probó con las M.

Seis llamadas después, había llegado a las Z y no había conseguido nada. Todos los psicólogos, psiquiatras y clínicas de orientación estaban reservados por al menos un mes. ¿Acaso todos en Atlanta eran fóbicos? El periódico matutino que asomaba de su bandeja de entrada captó su atención. Lo agarró y comenzó a hojearlo. Bingo.

Un gran anuncio de media página en la sección Metro. "¿Se siente estresado? ¿Solo? ¿Deprimido? Podemos ayudar." El Dr. Theodore Theophilus, Trabajador Social Licenciado y Psicoterapeuta, estaba realizando una sesión de terapia grupal abierta al público a la una de la tarde de hoy. Y lo mejor de todo, era gratis. Marcó el número en su teléfono.

Quedaba un lugar. Lo agarró.

Suficientemente bueno. Se recostó con una sonrisa victoriosa. Eso debería satisfacer a Parker, especialmente si el Dr. T tenía sesiones regulares. Cuando regresara de la consulta del psiquiatra, el caso Langford sería lo primero en su lista de pendientes.

CAPÍTULO DOCE

El espacio alquilado por el Dr. Theodore Theophilus en la planta baja de un edificio de oficinas en Piedmont Road era agradable, de una manera medicinal y aséptica. La gran sala de reuniones, con su piso de linóleo, avisos colocados en las paredes y techo alto y resonante, tenía la sensación de un pequeño gimnasio. Sin el olor a vestuario, por supuesto. Eso no serviría para Buckhead.

En cambio, cuando Miranda atravesó la puerta, creyó percibir un aroma a... ¿sándalo? El tipo debía estar metido en la aromaterapia.

El tráfico la había hecho llegar tarde y un círculo de víctimas surtidas, eh, pacientes, ya estaban reunidos en círculo.

Al acercarse al grupo, divisó a un hombre bajito y rechoncho con un chándal celeste y una calva en la coronilla. El resto de su cabello rojizo se disparaba en todas direcciones, como si hubiera estado jugando con un enchufe.

—Bienvenida —le hizo un gesto con la mano, sus brillantes ojos azules bailando de emoción—. Únase a nosotros. Estamos a punto de comenzar.

Dos de los clientes se movieron y Miranda tomó un lugar en el círculo.

—Como estaba explicando, estamos a punto de tener nuestro "Momento Feliz".

¿Momento Feliz? Miró alrededor del grupo. Estaba compuesto principalmente por mujeres de entre veinte y treinta años, vestidas con jeans y ropa deportiva. Parecían un surtido de mamás futboleras acomodadas de Buckhead con mucho por lo que estar felices ya. Pero los trastornos de ansiedad no conocían fronteras monetarias.

Aun así, Miranda se sentía un poco fuera de lugar con sus pantalones de vestir azul marino y la sencilla blusa blanca que había

comprado para reemplazar la que León había rebanado. Excepto por el joven delgado con traje formal al otro lado del círculo, que tampoco parecía pertenecer aquí.

¿Y quién estaba junto a él? Miranda miró dos veces al observar a la joven vestida con jeans y una camiseta verde sencilla. *¿Era quien ella creía que era?*

El Dr. Theophilus se aclaró la garganta. —¿Qué es el "Momento Feliz", se estarán preguntando? —soltó una risita, apretándose las manos en un gesto nervioso—. Bueno, es un momento en el que pueden regresar a un lugar de su infancia cuando la vida era alegre y despreocupada.

Sonaba como lo que había oído llamar tu "Lugar Feliz". La frase debía estar registrada.

Un surtido de pelotas plásticas de colores de varios tamaños descansaba en el suelo. Theophilus tomó una azul que parecía una pequeña pelota de Pilates y la sostuvo en alto. —Así que cierren los ojos, piensen en ese momento. Y ahora, vamos a jugar a atrapar la pelota, justo como lo hacían en el patio de juegos cuando eran niños.

La mirada de Miranda vagó de nuevo hacia la joven. *¿No podía ser ella, verdad?*

De repente, la pelota azul voló hacia su cabeza. El instinto tomó el control, su brazo se disparó y la golpeó fuertemente con el puño.

—¡Oye! —Una de las pacientes se agachó mientras el proyectil volaba sobre su cabeza y rebotaba contra la pared con un golpe seco. Rebotó de regreso y golpeó al doctor justo en su calva.

—¡Oh, cielos! —chilló Theophilus, frotándose el cuero cabelludo, su mano libre agitándose mientras perseguía la pelota—. Tenemos mucha agresión reprimida, ¿no es así?

—Lo siento —Miranda se encogió de hombros—. Fue un reflejo.

La joven al otro lado del círculo soltó una risita.

Miranda reconoció ese sonido. La miró fijamente otra vez. *Sí era* ella. Wendy Van Aarle. La chica cuya vida había salvado. Pero con un aspecto muy diferente. No era de extrañar que no la hubiera reconocido al principio.

Se había ido el look gótico con el maquillaje oscuro y la ropa negra. Su cabello era más claro, más liso y cortado en un estilo adulto a la altura de los hombros. Su maquillaje había sido aplicado con un toque ligero. Su tez tenía color, en lugar del tono pálido que siempre había tenido antes. Parecía una nueva persona. Miranda sintió que se le derretía el corazón.

El Dr. Theophilus regresó al centro del círculo con su pelota. —Una vez más, voy a lanzársela a cada uno de ustedes —Giró lentamente, dirigiéndose a todos, como si realmente fueran niños en un patio de juegos—. Atrapen la pelota y devuélvanmela.

Parece que se había perdido las instrucciones. El doctor le lanzó la pelota. Esta vez la atrapó y se la devolvió.

—Así es —asintió y sonrió, lanzando la pelota al paciente junto a ella—. No lo tomen tan en serio. Este es el "Momento Feliz". Es un juego —Continuó alrededor del círculo.

Cuando Wendy atrapó la pelota, soltó otra risita. Una de las mamás futboleras se unió a ella.

—Eso es —dijo el Dr. Theophilus—. Ríanse. Este juego debe hacerlos relajarse, liberar sus ansiedades. La risa limpia el alma.

¿Limpia el alma? Lo siento, no traje mi jabón psíquico, pensó Miranda, atrapando la pelota por segunda vez mientras daba otra vuelta. Si hubiera querido hacer ejercicio, podría haber dado vueltas en el gimnasio de Parker. Bueno, obtienes lo que pagas.

—Muy bien —Theophilus atrapó la pelota y la sostuvo en alto—. Esta vez, cuando les lance la pelota, aplaudan. Recuerden, está bien reírse de uno mismo. Vamos, todos. Aplaudan.

La habitación comenzó a llenarse con el sonido de aplausos y risas. Esto era extraño. Parker debería estar trabajando en el caso Langford ahora mismo.

—Doctor —preguntó una de las mamás futboleras—, ¿esto realmente va a curar mi ansiedad?

Él pareció pensativo. —Es un comienzo, pero si realmente quiere progresar, puede llamar a mi consultorio y hacer una cita. Tengo espacios disponibles la próxima semana.

Miranda sonrió. Acababa de conocer a su nuevo terapeuta.

—¿Utiliza terapia conductual o un enfoque freudiano?

—Solo me concentro en llevarte a tu Lugar Feliz.

La mamá futbolera al lado de Miranda frunció el ceño. —¿Qué hay sobre tratar el TOC? ¿Trabajar a través del trauma infantil?

Theophilus negó con la cabeza. —Todo lo que necesita es encontrar su Lugar Feliz. Estoy escribiendo un libro sobre eso. Tanya Terrance me entrevistará en la radio la próxima semana.

Así que esa era su estrategia. Bueno, el Dr. Phil no tenía nada de qué preocuparse.

Aunque era tentador cumplir con el trato de Parker con los espacios disponibles de este tipo, Miranda no creía poder soportar sesiones semanales con el Sr. Lugar Feliz.

Aplaudiendo y esperando su próximo turno, miró al otro lado del círculo y captó la mirada de Wendy. La chica le lanzó una sonrisa de reconocimiento.

Cuando Theophilus dio la espalda, Wendy hizo una mueca dirigida a él. Miranda asintió y puso los ojos en blanco.

Se le ocurrió una idea. Cuando la pelota llegó a ella, le dio otro golpe fuerte y la envió volando por toda la habitación.

—Oh, cielos —Theophilus se puso las manos en las caderas y negó con la cabeza—. Tenemos que deshacernos de esa agresión —luego se dio la vuelta y fue trotando tras la pelota.

Miranda se salió del círculo y se acercó rápidamente a Wendy. —¿Qué te parece si nos largamos de aquí? Esto es demasiado extraño para mí.

—Para mí también —asintió ella—. Buena idea.

Antes de que alguien se diera cuenta, estaban fuera de la puerta y en la acera. Miranda vio una heladería al otro lado de la calle. —¿Te gustaría un helado? Yo invito.

Wendy se iluminó. —Claro.

* * *

Ver a Wendy Van Aarle devorar un banana split en un reservado de colores del arcoíris en el Palacio de Helados de Dilbert era cualquier cosa menos terapéutico, decidió Miranda. La última vez que había visto a la chica fue cuando Leon le había cortado el pecho.

—¿Y cómo van las cosas con, eh, tu familia? —preguntó con cautela.

—Mejor desde que vamos a terapia —Wendy arrastró su cuchara pulcramente por el borde del plato para capturar el helado derretido y el jarabe, luego lo lamió con la lengua—. El doctor nos ordenó pasar más tiempo juntos.

—Eso escuché —Parker la había puesto al tanto de los detalles después de que saliera del hospital—. ¿Qué hacías en la hora de "Tiempo Feliz" del Dr. Theophilus? —hizo un círculo en el aire con el dedo.

Wendy sonrió con sarcasmo. —Fue idea de mi madre. Quería arreglarse el cabello y necesitaba un lugar donde, como, dejarme —puso los ojos en blanco y tomó un bocado del helado de fresa—. Ese doctor era un completo idiota.

—Exactamente lo que yo pensaba —Miranda sintió un retorcijón en el estómago. *¿Como, "dejarla"?* ¿Iris Van Aarle estaba descuidando a su hija otra vez?

Observó a Wendy hacer una hendidura en la bola de helado de chocolate. Su cara era más bonita sin el maquillaje pesado que solía usar. Su cabello con mechas le caía justo a la altura de los hombros. Miranda imaginó a Iris dándole un cambio de imagen a su hija, las dos creando un vínculo entre lápices labiales y sombras de ojos. —¿Cómo se llevan tú y tu madre?

Wendy arrugó la nariz. —Bueno, es verano, así que me está enseñando su negocio de cosméticos. Ella lo llama 'educación en casa' —Iris Van Aarle era dueña y CEO de la fabulosamente exitosa compañía Iris Rose Cosmetics. Una parte de Miranda admiraba a esa mujer—. Estoy aprendiendo contabilidad.

—¿Te gusta eso?

Wendy levantó un hombro. —Está bien. Tal vez tengamos que hacer educación en casa de verdad en el otoño, si no puedo entrar a una escuela normal.

—Es una lástima —apestaba que Wendy estuviera en la lista negra debido a lo que le había sucedido, pero quizás quedarse fuera de la escuela por un tiempo era lo que necesitaba después de lo que había pasado—. ¿Y qué hay de tu papá?

Recogió un poco de crema batida y se la puso en la boca. —Me lleva al campo de golf una o dos veces por semana para practicar mi

swing. Es bastante genial —El padre de Wendy era Shelby Van Aarle, el famoso golfista profesional. Era quedarse corto decir que la mamá y el papá de Wendy tenían muchísimo dinero. Pero hasta hace poco, habían quedado cortos en cosas como apoyo, afecto y prestar atención a su propia hija. Miranda todavía sentía mucho resentimiento por eso.

—Así que tú y tus padres se están llevando mucho mejor.

—Claro. Cenamos juntos al menos tres veces a la semana.

—Ya veo —sonaba muy íntimo.

Miranda estudió el rostro de Wendy. ¿Realmente era más feliz? ¿Estaba mejor ahora que sus padres le prestaban más atención? Al menos estaba viva.

Este pensamiento casi le hizo llorar. Rayos, no podía creer cuánto le importaba esta niña. Aunque, no hace mucho tiempo que pensaba que esta chica era su propia hija.

—¿Y tú? ¿Tienes amigos de tu edad?

Wendy lamió la cuchara y la observó un momento. —Ya no me dejan usar computadoras. Nunca tuve muchos amigos. Lo sabes.

—Sí. —Era algo que tenían en común. Se parecían bastante, ambas con una visión amarga y hastiada de la vida. La de Miranda había comenzado a formarse cuando tenía más o menos la edad de Wendy, supuso. Cuando se dio cuenta de lo poco que su propia madre se preocupaba por ella. Nunca lo había superado. La vida podía ser una verdadera porquería a veces.

—¿Qué estás haciendo estos días? —preguntó Wendy—. ¿Sigues trabajando para el señor Parker?

—Sí, sigo —dijo Miranda, sorprendida por el interés de Wendy—. Estoy investigando la muerte ocurrida en la carrera de obstáculos de Northwinds el fin de semana pasado.

—Escuché sobre eso.

—¿De verdad?

Soltó una risa breve. —Mi madre escondió el periódico cuando sucedió. Pensó que me asustaría si lo veía. Pero le eché un vistazo a escondidas. La escuché hablando por teléfono con la señora Taggart sobre el tema. Estaba muy alterada.

Miranda apostaba a que lo estaba. Cloris Taggart era la coordinadora de la carrera y una de las mujeres que había perdido a su propia hija el mes pasado. —Fue terrible.

Wendy se inclinó sobre la mesa con casi una sonrisa. —¿Y qué has descubierto hasta ahora?

¿Estaba interesada en el caso? Miranda se encogió de hombros. —No mucho.

—¿No dijo la policía que fue un suicidio? ¿Por sobredosis de PCP?

Los jóvenes sabían demasiado estos días. —Sí, pero no estamos seguros.

Wendy se encogió de hombros de nuevo, ahora actuando como si fuera el tema más aburrido del mundo. Poca capacidad de atención, supuso Miranda. Luego la chica recogió con la cuchara un poco del postre ya medio derretido y observó cómo goteaba. —¿No tienes que conseguir drogas así de alguien criminal? ¿Tal vez de un pandillero o algo así?

Se había concentrado más de lo que Miranda pensaba. —Tal vez.

Lamió la cuchara. —¿Entonces de dónde sacó la señorita Langford sus drogas?

—Buena pregunta. —La niña era inteligente. Tenía un punto válido. Si Usher consumía drogas, como había dicho Delta Langford, quién sabe dónde las conseguía—. ¿No sabrás algo sobre eso, verdad? —Leon la había drogado con Ketamina. Tal vez ella sabía dónde conseguía sus cosas.

—Solo por lo que he visto en la televisión y en las películas.

Podría indagar, pero no quería remover esos malos recuerdos. Wendy estaba tratando de recuperarse del mismo trauma que ella. Decidió cambiar de tema. —Oye, ¿adivina qué? Soy tu nueva vecina.

Arrugó la nariz. —¿Eh?

—Me estoy quedando en la propiedad de Parker. Está a la vuelta de la esquina de tu casa.

—Ah. Qué bien. —Terminó el último poco de crema batida.

Su indiferencia dolió, pero Miranda se alegró de que no hiciera preguntas indiscretas como "¿te estás quedando allí con el señor Parker?" —Así que tal vez nos encontremos de nuevo.

—Tal vez. Gracias por el banana split. —Apartó el plato medio comido. Parece que había terminado.

—¿Necesitas que te lleve a casa?

Negó con la cabeza. —Mi mamá me recogerá en cuanto termine en la peluquería. —Miró por la ventana—. Ahí está ahora. —Se levantó—. Mejor me voy.

Miranda pagó la cuenta y salieron. Desde la acera, vio cómo el BMW azul oscuro de Iris Van Aarle se detenía en la esquina. La mujer no se bajó.

Se volvió hacia Wendy. —Supongo que nos veremos por ahí alguna vez.

—Supongo que sí. —Se dio la vuelta para irse, luego se detuvo y volvió a girarse—. Sabes, nunca tuve la oportunidad de agradecerte. —No en persona, al menos.

Miranda la miró fijamente. —¿Agradecerme?

—Me salvaste la vida.

—Sí, lo hice, ¿verdad?

Wendy le había escrito una nota, que Miranda guardaba en su billetera, como los padres guardan fotos de sus hijos. Al parecer, Wendy pensaba que eso no era suficiente. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. —Gracias. —Su voz se quebró. Era más afecto del que jamás había visto expresar a la niña hacia nadie. Luego se apartó y corrió hacia el auto.

—No hay de qué. —Con el corazón rebosante de emoción, Miranda miró fijamente el auto mientras Wendy abría la puerta del pasajero y subía.

Iris ajustó su espejo retrovisor. Miranda se preguntó si podía verla y qué pensaría de que llevara a su hija a comer helado. Pero si a la mujer no le gustaba, no lo demostró. Simplemente se inclinó y le dio a su hija un beso en la mejilla.

Mientras el auto se alejaba, Miranda sintió una punzada de vacío. Pero ya estaba acostumbrada. Esa sensación de vacío era algo con lo que había vivido durante trece años.

CAPÍTULO TRECE

Para cuando Miranda regresó a la oficina, ya había decidido sacar a Wendy Van Aarle de su mente. Ver a la chica nuevamente solo le había roto el corazón. Y la había hecho pensar en Leon. Y en lo inútil que era su búsqueda de Amy.

Tanto para la sesión de terapia.

Pero Miranda había cumplido su palabra y había ido al psicólogo. Parker debería cumplir con su parte del trato.

Cuando las puertas plateadas del ascensor sonaron al abrirse en el piso quince, pasó directamente frente a la arrogante recepcionista, atravesó las puertas dobles, giró a la izquierda y se dirigió directamente a la oficina de Parker en la esquina.

Su alta puerta de arce estaba abierta, y ella golpeó en el marco cuando llegó. —Paga lo que debes, Parker —dijo, entrando en el amplio y elegante espacio.

La luz de la tarde entraba a raudales por las ventanas del suelo al techo y brillaba sobre la credenza de cristal a lo largo de la pared. La luz se reflejaba en las computadoras y en los tonos azul y plateado etéreos de las paredes y las sillas. El color del paraíso. Miranda siempre sentía que estaba pisando una nube cuando entraba a este lugar.

Impecablemente vestido con un traje gris carbón y una corbata de seda roja que resaltaba su sexy cabello sal y pimienta, Parker estaba sentado en su escritorio de cristal, revisando tranquilamente algunos papeles en una carpeta manila. No levantó la mirada, aunque sabía que ella estaba allí.

—¿Pagar? Eso suena interesante.

La mirada de Miranda se dirigió hacia la esquina. El Sr. P estaba desparramado en una de las sillas azules, con los pies sobre la mesa

de café de cristal, sonriendo como el gato de Cheshire. Llevaba un clásico traje de rayas azul marino que parecía recién llegado de Italia. ¿Acaso los hombres Parker nunca se dignaban a ponerse un par de jeans?

—Hola, Sr. P —Miranda asintió—. Es bueno verlo de nuevo.

Como el caballero sureño que era, el Sr. P se levantó y cruzó la habitación para estrecharle la mano. —Un placer verla, Srta. Steele, como siempre.

Esta era la segunda vez que lo veía en dos días. Se preguntó si siempre andaba por la oficina antes de haberse internado en el asilo. —¿Estaba, eh, por el vecindario?

Él sonrió como si entendiera perfectamente la intención de su pregunta. —A menudo vengo sin avisar. Soy miembro de la junta directiva, ¿sabes?

Ella no lo sabía, pero asintió.

—Pero trato de no interferir en los negocios de Russell. Justo ahora pasé para contarle a mi hijo sobre mis planes de boda.

Parker no se movió. Miranda sintió esa familiar tensión en la habitación.

—¿Cómo está disfrutando de su nueva casa? —preguntó el Sr. P.

—Es genial. Realmente me gusta esa ducha pulpo.

Él levantó una ceja.

—¿La que tiene todos esos cabezales de ducha?

Asintió con una risita. —Sí. A la mayoría de las damas les encanta.

Ella cambió de posición y miró a Parker. Él no reaccionó. Por suerte, no quería dar ni la más mínima pista a su padre de que habían tenido un encuentro apasionado en el *otro* baño anoche, al igual que ella.

El aire se estaba volviendo sofocante. —Quizás debería volver más tarde.

—Tonterías —dijo Parker sin quitar los ojos de sus papeles—. ¿A qué te referías antes, Miranda? —preguntó con tono neutro.

Ella puso las manos en sus caderas. —Sabes perfectamente a qué me refería. Yo, eh, hice lo que me pediste. Así que ahora es tu turno.

Lentamente su ceja se alzó mientras levantaba la barbilla y la miraba con esa penetrante mirada suya. —¿Fue exitoso?

Ella miró al Sr. P, sintiéndose cohibida. —Estuvo bien.

—¿Volverás? —Al menos estaba usando términos vagos. Ella lo agradecía. Y el hecho de que el Sr. P parecía estar respetando su privacidad y no hacer preguntas.

Pero volver no era parte del trato original. Eso lo había agregado esta mañana. —No hasta que pagues lo que debes. ¿Has empezado a investigar ya-sabes-qué?

—¿Pagar? —preguntó el Sr. P de nuevo. Parece que iba a elegir en qué asuntos personales entrometerse—. ¿Es este un trato de negocios? Ya se me hace agua la boca.

Miranda decidió jugar sus cartas. —Se trata de lo que le pasó a Desirée Langford en el Steeplechase el fin de semana pasado, Sr. P.

—¿Oh? —Sus cejas blancas se elevaron con sorpresa. No era la respuesta que esperaba.

—Delta Langford piensa que la muerte de Desirée no fue un suicidio. Cree que alguien mató a su hermana.

—¿En serio? —Su voz reflejó auténtica conmoción—. ¿Quién querría matar a una joven tan hermosa?

—Eso es lo que quiero averiguar. Delta quiere que investigue.

Inhalando lentamente de ese modo que le indicaba a Miranda que estaba agotando su paciencia, Parker cerró el archivo que había estado mirando y rodeó su escritorio. Con ese aire elegante tan suyo, se apoyó contra el mueble y cruzó los brazos. —Aún está el asunto del cliente.

—¿Cliente? —preguntó el Sr. P—. Pensé que Delta era la cliente.

Parker negó con la cabeza. —No ha contratado a la Agencia, padre. Y sabemos que no lo hará.

Hubo una comunicación silenciosa entre ellos que Miranda no pudo descifrar, pero sabía que tenía que ver con ese secreto que Parker ocultaba. Esa "historia desagradable" entre él y Delta Langford. Por supuesto, el Sr. P estaría al tanto.

Después de un momento, el anciano caballero se volvió, caminó lentamente hacia la ventana. Miró al vacío y se rascó la barbilla pensativamente. —¿Por qué no puedo ser yo el cliente?

Parker se tensó. —¿Disculpe?

Debía ser la forma elegante sureña de decir "¿QUÉ CARAJO?"

La voz del Sr. P perdió repentinamente su tono alegre y se volvió sombría. —Eli Langford es mi más acérrimo enemigo. Tanto en los negocios como en su vida personal, es un hombre brutal. Pero si una de sus hijas fuera asesinada, querría saber quién lo hizo. Y yo también. —Se volvió y le dirigió a Miranda una mirada solemne—. Te contrataré para que descubras la verdad.

La mandíbula de Parker se tensó mientras se ponía de pie. —Padre, no puedes hablar en serio.

—¿Por qué no puedo?

—No tienes idea de lo que estás pidiendo.

—Por supuesto que sí, Russell. ¿No te salvó la vida la señorita Steele recientemente?

Parker abrió la boca, pero tardó un momento en articular palabras. —Padre, Miranda es...

El Sr. P levantó una mano, negando con la cabeza y sonriendo. —No te preocupes, hijo. Puedo ver que la señorita Steele es demasiado obstinada como para dejarse matar. Sé cómo opera tu negocio.

El rostro de Parker se endureció. Sus manos se cerraron en puños a los costados. —Hay muchas diferencias entre tu negocio y el mío. Un civil no puede comprenderlas todas.

—Puede que yo sea un "civil", como dices, pero la señorita Steele no lo es. Es tu empleada. Hará un excelente trabajo. —Metió la mano dentro de su chaqueta—. Ahora, ¿por cuánto debo hacer el cheque?

Miranda sonrió radiante. Realmente empezaba a agradarle este viejo. —Parece que tenemos un caso después de todo, ¿eh? —le dijo a Parker.

Una ira feroz ardía en sus hermosos ojos grises tipo Magnum. Ella quiso darle una patada.

Suavemente tomó su brazo, la alejó de su padre y murmuró con aspereza en su oído. —Lo discutiremos más a fondo esta noche.

Ella rechinó los dientes como un boxeador ajustando su protector bucal. —Claro. Encantada.

* * *

Miranda pasó el resto de la tarde poniéndose al día nerviosamente con sus apuntes de clase, incluso investigó más en su computadora sobre el PCP. A las cinco en punto bajó al gimnasio, dio cinco vueltas alrededor del perímetro, y luego le dio una paliza a uno de los sacos de boxeo. Se sintió bien dar unos buenos golpes a algo.

El Dr. Theophilus tenía razón. Tenía mucha agresión reprimida. No se había dado cuenta de cuánta hasta que comenzó a aporrear el saco. Esto sí que era terapia, pensó, golpeando con fuerza el cuero.

Pero no necesitaba hurgar en su psique. La reacción de Parker esa tarde era la razón por la que tenía tanta adrenalina corriendo por sus venas. No le gustaba que su padre la contratara para resolver el asesinato de Langford. ¿Quería "discutirlo", no? Pues lo discutirían. Si no iba a dejarla trabajar en un caso como este, bien podría decirle dónde meterse su trabajo.

Y ya que estaba en ello, también podría decirle que la única razón por la que había seguido la idea del Sr. P sobre la mansión era para hacer que él la aceptara. Si realmente no quería el maldito montón de piedras, ella tampoco.

La idea de que podría quedarse sin trabajo y sin hogar esa noche la hizo golpear el saco de boxeo con más fuerza.

Se soltó y dio todo lo que tenía.

CAPÍTULO CATORCE

Para cuando se duchó, condujo hasta Mockingbird Hills y subía por los escalones de piedra hacia el majestuoso porche delantero de la mansión Parker, con su barandilla de filigrana de hierro y altas columnas griegas blancas, Miranda estaba lista para un enfrentamiento.

La puerta del garaje para tres autos estaba cerrada. Se preguntó si el Mazda plateado de Parker estaría estacionado dentro. Probablemente.

Sacó su nueva llave y abrió la enorme puerta principal. Tan pronto como se abrió, un delicioso aroma la recibió.

Lo siguió hacia el amplio y elaborado vestíbulo de la mansión, pasando la escalera de caoba, y a través de un portal arqueado. Allí, una mesa ricamente tallada de madera pesada descansaba sobre una alfombra persa en el centro de una gran habitación pintada en un azul oscuro y apagado.

Una vitrina a juego se encontraba a lo largo de una pared, con baratijas plateadas, platos finamente grabados y cajas bordadas en exhibición en su interior que despertaban la curiosidad sobre lo que contenían. En la pared opuesta había una credenza junto a una estatua de bronce de pájaros exóticos posados en un cerezo.

En lo alto, una discreta araña de cristal brillaba, mientras que a lo largo de la moldura, Cupidos estarcidos sonreían a los ocupantes de la habitación. Otro recuerdo de la libido del Sr. P.

La mesa estaba puesta con un candelabro y flores. Había dos juegos de mesa de fina porcelana y cristal.

Después de un momento, Parker apareció por una pequeña puerta al otro extremo de la habitación, sosteniendo una botella de vino. Se había duchado y cambiado a un traje oscuro y corbata con

una camisa a rayas azul oscuro a juego. Bastante formal para estar en casa, pero así era Parker.

Mientras la estudiaba con esa mirada penetrante suya, su expresión parecía cautelosa. Todavía estaba molesto por lo de su padre y el caso Langford.

—Cariño, ya llegué —dijo ella con tono plano, enfrentando su mirada intensa.

—Ya veo. —Cruzó la habitación y aprovechó la excusa para besarla en la mejilla.

Ella hizo un gesto hacia la mesa. —No sabía que los servicios de chef venían incluidos con el guardaespaldas.

No pudo interpretar su media sonrisa. —Tienes un cocinero.

—¿Lo tengo?

—Era parte de tu acuerdo con mi padre.

Ah, cierto. —¿El personal de medio tiempo?

Él asintió. —El personal está aquí desde el mediodía hasta después de la hora de la cena durante la semana. Simplemente hice arreglos con el cocinero en anticipación a tu llegada.

Considerado de su parte. ¿Sería esto para ablandarla antes de darle la mala noticia de que no tomarían el caso Langford, después de todo? Evitando el tema, hizo un gesto hacia la mesa, luego hacia su traje. —Vaya, qué formales estamos.

Sus labios se curvaron con ironía. —Perdóname. Es mi herencia.

—Claro.

—¿Nos sentamos? —Señaló hacia una silla.

Ella había planeado una bolsa de papas fritas y salsa para la cena, pero su boca había estado salivando desde que entró por la puerta principal. Después de todo, se había saltado el almuerzo para ir a la sesión de "Tiempo Feliz" del Dr. Theophilus.

—¿Por qué no? —se encogió de hombros.

Él tomó su brazo y la sentó a la mesa, luego abrió la botella de vino y sirvió un poco en su copa. —Tenemos salmón para cenar. Pensé que un buen Goisot Sauvignon combinaría bien.

A ella no le iba mucho el vino. Budweiser era su aperitivo habitual. Era Samuel Adams Black Lager cuando realmente quería darse un lujo, lo que no ocurría muy a menudo, pero dio un sorbo.

Estaba bueno. Muy seco. Con un sabor muy intenso. —Parece que vienen muchas comodidades junto con el servicio de guardaespaldas.

—Nos esforzamos por complacer. —Tomó asiento frente a ella, alcanzó una pequeña campana plateada y la hizo sonar ligeramente. Después de un momento, apareció una criada vestida completamente de negro, llevando dos grandes platos llenos de ensalada reluciente. Colocó los platos frente a ellos.

Miranda parpadeó cuando la mujer abandonó la habitación. Así que ahora, no solo tenía una mansión, también tenía sirvientes. No. Parker tenía una mansión. Parker tenía sirvientes. Ella solo era una inquilina temporal.

—Cuéntame sobre tu día. —Parker levantó su tenedor y educadamente esperó a que ella comenzara.

Miranda tomó un bocado de la ensalada. Exquisita. La lechuga romana estaba tan fresca como si acabara de salir del jardín trasero. Y el aderezo era francamente exótico. Vino, vinagre y especias estallaban en su boca. No podía imaginar cómo lo habían preparado. Por lo que sabía, Parker podría haber hecho traer los ingredientes desde Estambul esa misma tarde.

—¿Mi día en la *oficina*? —Pinchó una hoja de lechuga con su tenedor, girándola en el sabroso aderezo.

—Con el terapeuta. —Su tono era tan seco como el Sauvignon.

Ella dejó de masticar. Estar cerca de Parker era un poco como estar con un psíquico. Podía leer sus pensamientos y sabía que su sesión había sido un fracaso, tan seguro como si él hubiera estado allí. O tal vez la había seguido de nuevo.

Tragó su comida y le lanzó una sonrisa hueca. —Fue maravilloso.

Ahora él dejó de masticar. —¿Exactamente qué parte fue "maravillosa"? —preguntó con esa voz baja e intimidante suya.

Ella jugó con la lechuga romana y encontró una aceituna negra, que hizo rodar por su plato con el tenedor. —Fue una sesión de grupo. Muy relajante. Lanzamos una pelota. El psiquiatra lo llamó nuestro "Tiempo Feliz". —Algo así.

—Ya veo. —Su timbre era como un trueno oscuro.

Terminaron sus ensaladas en silencio, luego Parker tocó la campanilla nuevamente y el sirviente vino, recogió los platos vacíos y los reemplazó con el plato principal.

Salmón Rey Salvaje bañado en una salsa cremosa picante con sabor a ajo, tomillo y extra de cayena. El plato estaba bordeado por un colorido arreglo de mitades de aguacate rellenas de una salsa de mango picante y papas asadas con cebolla salpicadas de ramitas de cilantro. Era casi demasiado bonito para comerlo, pero ella estaba demasiado hambrienta como para no hacerlo.

Decidiendo concentrarse en la comida, empezó a comer. La discusión que inevitablemente vendría podía esperar hasta después de la cena. No quería perder el apetito antes de probar esta comida. Era como algo de un restaurante de cinco estrellas.

Cuando casi había terminado, tomó otro sorbo de vino y se preparó mentalmente. —Entonces, Parker —dijo con un suspiro—. ¿Vas a cancelar nuestro trato porque mi sesión de terapia no funcionó?

Él se limpió la boca y dejó la servilleta sobre la mesa. —Al contrario. Como prometí, ya comencé a reunir información. —Se levantó y sacó una carpeta de un cajón del aparador—. Échale un vistazo. —La colocó junto a ella.

Sorprendida por su gesto, ella también dejó su servilleta. —¿Qué es?

—Compruébalo tú misma. —Regresó a su asiento.

Con cuidado, abrió la carpeta y hojeó su contenido. Se quedó sin aliento. Informes. Entrevistas. Fotos. Un informe toxicológico. La autopsia. Era una copia del expediente policial sobre el accidente de Desirée Langford.

Lo miró asombrada. —Cumpliste tu palabra.

—Siempre cumplo mi palabra.

—¿De dónde sacaste todo esto?

Su labio se curvó en una media sonrisa irónica. —Mis contactos habituales en el departamento de policía.

—Genial.

Parker la observaba atentamente, percibiendo su entusiasmo mientras pasaba las páginas. Su reacción lo satisfizo profundamente.

No había querido tener nada que ver con el caso de Desirée Langford, pero si eso hacía que Miranda se sintiera viva de nuevo, la dejaría tenerlo. Bajo su supervisión, por supuesto. Y si eso la llevaba a la tan necesaria terapia, incluso arriesgaría entrar en contacto con Delta Langford.

No era que no le importara la muerte de Desirée. Le importaba más de lo que Miranda podría imaginar. Pero era un asunto que la policía podía manejar. Él creía que la mujer era suicida, pero su muerte probablemente fue un extraño accidente en el que Ferraro Usher había tenido algo que ver. Por venganza, Delta estaba arremetiendo contra el artista de esa manera histérica tan suya. Pero Miranda no creería que Usher era culpable de asesinato si la evidencia no lo justificaba. Delta no sabía con quién estaba tratando.

Miranda entrecerró los ojos mirando a Parker. ¿Del departamento de policía? Tenía fuertes vínculos con los policías. No pudo evitar preguntarse quién le habría pasado este expediente. Mientras el sirviente entraba nuevamente para retirar los platos y servir café, repasó mentalmente la lista de posibles informantes.

El esposo del detective Tan era policía. Estaba el teniente Erskine, pero él y Parker no siempre se hablaban. ¿Alguien con quien el Sr. P se había codeado? Podría ser cualquiera. El alcalde. El gobernador. Parker era la persona con más contactos que jamás había conocido.

Pero no importaba cómo había conseguido la información. Estaba aquí.

La emoción bailaba en su estómago mientras tomaba uno de los informes y lo estudiaba. —Los testigos en el Steeplechase dijeron que vieron a Ferraro Usher y Desirée bebiendo juntos en una mesa cerca de los establos. No era el conjunto de mesas donde seguimos a Simmons y Witherspoon.

—No. Era una disposición similar en el lado opuesto del campo.

—Y no tan lejos de los establos, según este diagrama. —Un oficial en la escena había hecho un bosquejo—. Delta también estaba allí. También el Dr. Kennicot y algunos otros amigos. Otro testigo escuchó al grupo discutiendo. No estaba segura sobre qué.

—Había una tensión definitiva entre el grupo.

Tomó la autopsia. —Causa de muerte: paro cardíaco causado por sobredosis de fenciclidina. Se encontraron cien miligramos de PCP en su torrente sanguíneo.

—Junto con alcohol y cocaína.

Volvió una página atrás. —Un testigo diferente creyó ver a Desirée y Usher aspirando coca. —Dios mío, había niños allí—. Así que Delta tenía razón sobre las drogas.

—Pero el testigo no dice cuál de ellos le estaba dando la sustancia ilegal al otro.

Cierto, pero ¿no tenía que ser Usher? Pasó otra página. —El informe toxicológico dice que se encontró un frasco vacío en el suelo cerca de esa mesa. Tenía rastros de PCP. ¿El "arma homicida"?

—Por así decirlo. De ahí vino la dosis letal. Desirée tuvo que ingerirlo en forma líquida para tomar tanto. Aunque el informe del forense indica que el PCP fue la causa de la muerte, lo más probable es que fuera CDI.

—¿CDI?

—Intoxicación Combinada de Drogas. La interacción de sustancias en su sistema se volvió venenosa.

—Pero cien miligramos no podría haber sido recreativo. Así que no fue un accidente. Fue intencional.

—Estaría de acuerdo. La pregunta es si Desirée se envenenó a sí misma con el PCP.

—Alguien podría haberlo deslizado en su bebida.

—Pero ¿no habría sido esa persona más cuidadosa que dejar el frasco en el suelo?

—Tal vez esa persona estaba intoxicada o angustiada y lo dejó caer accidentalmente. —Aunque eso parecía terriblemente descuidado para un asesino. Pasó otra página y siguió leyendo—. No había huellas digitales en el frasco. Así que el asesino fue lo suficientemente cuidadoso. —Pensó un momento—. Desirée llevaba guantes ese día.

Él asintió, bebió lentamente su bebida, mirando fijamente el líquido dorado. —Ese detalle apoya la teoría de que Desirée se suicidó.

Pasó otra página y contuvo la respiración. —La nota de suicidio.

—Sí.

Un dedo helado se deslizó por la espina dorsal de Miranda mientras leía las palabras.

Ha habido tanto dolor en mi vida. Tanto tormento. Estoy tan cansada. No puedo seguir más. Quiero morir junto a mis amados caballos. Este es el adiós. Mi último adiós.

Con la garganta repentinamente seca, alcanzó su vaso de agua. —Suena bastante definitivo.

Parker hizo una pausa para evaluar su reacción, luego habló. —Menos de un tercio de las personas que se suicidan dejan una nota.

Ella dejó la página. —¿Entonces esto podría ser falso?

—Posiblemente.

Miranda se reclinó y cruzó los brazos. ¿Cómo podría el asesino falsificar una nota de suicidio? ¿Era una carta que Desirée había escrito en un contexto diferente? ¿Tenía un significado distinto? Sonaba bastante definitivo. ¿Alguien la obligó a escribirla? Como siempre, había muchas más preguntas que respuestas.

Parker se levantó. —Ven aquí, vamos a ver algo.

Curiosa, Miranda cerró la carpeta y la colocó bajo su brazo. Tomó la copa de vino que todavía estaba bebiendo y siguió a Parker por el pasillo hasta una habitación con paneles oscuros que contenía un gran sofá de cuero negro muy mullido frente a una enorme pantalla plana.

—Toma asiento —Parker alcanzó los controles.

Ella se hundió en el cuero de alta gama suave y acolchado, suspirando por el grueso relleno. Luego dejó su bebida en un posavasos sobre una mesa lateral junto a la carpeta y subió los pies en uno de los tentadores otomanes. Esta era la vida.

El piso era de parqué pulido, con un intrincado patrón en espiga. Una alfombra de piel de cebra yacía cerca de una chimenea en el rincón más alejado. Parecía algún tipo de sala de entretenimiento.

Parker se sentó junto a ella y astutamente deslizó su brazo alrededor de sus hombros, como un adolescente en una cita al cine. Ella supuso qué tipo de entretenimiento tenía en mente. Se rindió y dejó que su cabeza descansara contra él. Su pecho era tan fuerte, tan musculoso.

Él presionó un botón en el control remoto.

El televisor se encendió, pero no era *The Late Show* o una película romántica. Imágenes del Northwinds Steeplechase aparecieron en la pantalla. En particular, Farrah Simmons rozándose y contoneándose con el Amante-Número-Dos.

Miranda se incorporó. —Mi grabación.

—Sí —murmuró Parker.

La gran pantalla del televisor mostraba muchos más detalles de los que había visto en su pequeño portátil LCD. La imagen ampliada de Farrah Simmons y los gemidos que fluían por el sistema de sonido envolvente no hacían que el estómago de Miranda se sintiera muy cómodo después de esa gran comida.

Luego, los golpes similares a disparos de escopeta sonaron por los altavoces. El alboroto de la multitud. Las imágenes de Miranda mostrando a Calypso encabritándose y resoplando fuera de la celda mientras los mozos de cuadra intentaban controlarlo.

El suelo se sacudió mientras la cámara seguía su movimiento hacia el establo.

Miranda frunció los labios. Era mejor confesar. —Eh, ya he visto esto.

—Por supuesto que lo has visto. Lo reprodujiste en tu computadora esa tarde.

Ella puso los ojos en blanco. —Por Dios, Parker. ¿Quién eres, Nostradamus?

Él sonrió y la miró con ojos entrecerrados. —Es mi trabajo.

Rindiéndose, se reclinó y observó la escena desarrollarse. Captó los detalles, pero todo lo que veía era el mismo vestido estampado azul con flores, el sombrero de paja aplastado con la nota debajo, los guantes blancos y ese pobre rostro ensangrentado y destrozado.

Ferraro Usher parecía extraño, pero no podía ver ninguna evidencia que fuera incriminatoria. Había un pequeño tic en su mano.

—¿Qué hacía Usher tan cerca del establo? —preguntó, sumida en sus pensamientos.

—No estoy seguro —Parker detuvo la película y se reclinó. Sus ojos recorrieron su cuerpo.

Ella podía adivinar qué harían esta noche. ¿Sería un baño de burbujas esta vez o simplemente sábanas de seda enredadas?

—¿Cómo ves la película después de lo que has leído en el informe?

Ella alcanzó la carpeta y la hojeó de nuevo. —Hay muchas actividades sospechosas aquí. ¿Por qué Desirée estaba consumiendo drogas con Usher cuando ya se había divorciado de él? ¿Por qué estaban discutiendo? —Cerró la carpeta y la colocó sobre el otomán —. Demasiadas preguntas sin respuesta —dijo tajantemente.

—Entonces tu conclusión es que el caso merece más investigación.

—Sí —Sonrió—. ¿No estás contento de que tu padre nos haya contratado?

Su sonrisa desapareció. —Todavía no he dado mi aprobación para eso.

Ella se tensó. —¿Qué quieres decir? —Después de toda esta evidencia tentadora, ¿no iría a quitarle el caso ahora, verdad? Podría llegar a golpearlo si lo hacía.

Sus ojos grises como cañones de pistola la taladraron. —Te dejaré llevar este caso bajo tres condiciones.

Ella respiró hondo. —¿Cuáles son?

—Una, tienes que continuar con la terapia.

Ella hizo una mueca. —¿Y la otra?

—No trabajarás en este caso a menos que yo esté contigo.

Resistió el impulso de escupir. Había progresado mucho por su cuenta durante el último caso. De hecho, lo había resuelto actuando por su cuenta. —¿Y la tercera?

—Si en algún momento durante la investigación siento que el caso es demasiado para ti, me reservo el derecho de retirarte. ¿Está claro?

—Cristal —dijo ella poniéndose de pie—. Esto es una mierda.

—No te lo estoy preguntando, Miranda. Como tu empleador, te lo estoy exigiendo.

Ella cruzó la habitación hacia una estantería. Con los brazos cruzados firmemente sobre su cintura, caminó de un lado a otro frente al mueble. —Así que estoy completamente bajo tu control.

—No —dijo él con calma—. Serás la líder del caso.

Ella dejó de caminar. —¿La líder? ¿Quieres decir que yo tomo las decisiones?

—Exactamente.

La idea la hizo sentir mareada. *¿La líder?* No sabía qué pensar de sus señales contradictorias, excepto que estaba siendo su típico yo sobreprotector.

Él metió la mano en el bolsillo de su abrigo. —Espero que encuentres tu propio terapeuta. Uno un poco más respetable que el Dr. Theodore Theophilus.

Ahí iba de nuevo. Wade Parker, detective estrella, clarividente y entrometido.

—Pero mientras tanto, me tomé la libertad de hacerte una cita con este para mañana por la tarde.

Sacó una tarjeta y se la entregó.

Irritada, la tomó. —Dr. Arnold Chaffee. —Su consultorio estaba en Piedmont—. ¿Qué tiene de especial este?

—Algo que te va a gustar. Era el terapeuta de Desirée Langford.

Ella exhaló con exasperación. Él sabía cómo tentarla.

Él se acercó, tomó su barbilla en su mano y la estudió. —¿Entonces estamos de acuerdo?

Ella no sabía por qué quería tanto este caso. Tal vez por la forma en que Delta Langford le había suplicado. O porque el extraño comportamiento de Usher le había molestado. Quizás simplemente porque quería respuestas. Pero no podía dejarlo pasar. Y Parker la estaba asignando como líder. Era demasiado bueno para rechazarlo, incluso con todas sus "condiciones". En el fondo, sabía que él había insistido en ellas solo porque se preocupaba por ella.

Lentamente asintió. —De acuerdo.

—¿Entonces por dónde quieres empezar?

Ella miró la carpeta y pensó en Usher en el funeral de Desirée. —Me gustaría hablar con el Dr. Kennicot.

—Muy bien. Iremos allí mañana por la mañana.

—¿No hay clases?

—Puedes recuperarlas.

Ella bailoteó de un pie a otro. —¡Qué bien!

Parker observó el entusiasmo en esos profundos ojos azules, su corazón resplandeciente de amor. Era evidente que el trabajo de campo hacía feliz a Miranda. Él quería que ella fuera feliz, pero la mantendría a raya por su propio bien. El trabajo de campo también podía ser peligroso. Leon Groth la había lastimado tanto. Él se negaba a permitir que alguien más la lastimara de nuevo.

Aun así, sería saludable para ella tomar el control de este caso. Disfrutaría viéndola crecer, ayudándola a perfeccionar esa aguda intuición, ese abundante talento suyo. Su entusiasmo por el trabajo de investigación le hacía pensar en sus años más jóvenes. Encontró ese pensamiento intensamente excitante.

Inclinó su cabeza.

—¿Sellando el trato con un beso? —suspiró Miranda, mientras los labios de él alcanzaban los suyos.

—¿De qué otra manera lo haríamos? —Su murmullo sureño, bajo y sexy, le envió una emoción a la entrepierna.

Más que un beso seguiría. ¿Qué tipo de hechizo mágico tenía él sobre ella para excitarla tanto, tan repentinamente? Era el magnetismo crudo y sensual de Parker. Emanaba de él como el sutil aroma de su colonia cara. No podía resistirlo.

Sus manos se deslizaron por su espalda, hacia abajo en dirección a sus glúteos, luego invirtieron el curso y fueron hacia sus hombros. Comenzó a masajearla entre los omóplatos. Justo donde estaba más adolorida por su sesión con el saco de boxeo de antes. Sus deliciosos movimientos completaron el hechizo.

—Estás tensa. Necesitas relajarte.

—Suenas como el Dr. Theophilus.

Él se rio entre dientes. —Deberíamos ir a la cama.

—Muy lejos —murmuró ella. Él era un hombre poderoso, un amante viril. La hacía desearlo demasiado.

—¿Ah sí?

De repente envalentonada, lo agarró por la corbata de seda y lo arrastró a través de la habitación hasta la alfombra de piel de cebra. Comenzó a aflojarle la corbata mientras él se quitaba la chaqueta y la arrojaba a un lado.

Su camisa y la blusa de ella fueron lo siguiente. Luego, el único sonido en la habitación fue el de las cremalleras de sus pantalones bajando y sus respiraciones entrecortadas.

Pareció que solo pasó otro minuto antes de que él la tuviera tendida sobre la alfombra.

Ella gimió, más intoxicada que nunca.

¿Por qué dejaba que él la afectara así? ¿Realmente tenía opción? Su tacto era tan potente como un whisky fuerte. Embriagador, seductor, irresistible.

Su mano se deslizó deliciosamente por su muslo. Cuando llegó a su objetivo, sus dedos la provocaron durante un largo momento.

Ella jadeó.

Él inclinó la cabeza hacia sus labios, riéndose entre dientes, disfrutando de sus gemidos. Sabía que la tenía enganchada.

Hábilmente, se colocó encima de ella, se deslizó dentro y suavemente comenzó a excitarla aún más. Ella se sintió caer. Abajo, abajo, luego arriba de nuevo. Una montaña rusa sensual de pasión. Mientras se elevaba hacia la cresta otra vez, de repente recordó que había tenido la intención de aclarar las cosas con Parker sobre la casa. Si él no estaba de acuerdo, ella se iría. Mmmm.

Su mente se nubló mientras la lengua de él se hundía en su boca, inflamándola hasta un estupor salvaje, mientras sus cuerpos trabajaban juntos.

Supuso que dejaría el tema de la casa para otra noche.

CAPÍTULO QUINCE

A la mañana siguiente, Miranda se levantó temprano y radiante. Rebosante de entusiasmo, se vistió con pantalones caqui, una alegre blusa blanca de algodón y un par de botas negras que pensó podrían ayudarla a mezclarse con la gente de los caballos.

Abajo, en la amplia terraza de secoya con vista al jardín exuberantemente paisajístico, Parker ya tenía el café y el desayuno habitual esperándola. Junto con el número del consultorio veterinario del Dr. Gabriel Kennicot.

Le dio un beso de agradecimiento en la mejilla, sacó su teléfono celular y marcó el número.

—Lo siento —le informó una empleada—. El Dr. Kennicot está en el campo esta mañana.

—¿En serio? ¿Dónde cree que estará? Es que realmente necesito hablar con él sobre mi perro, Scruffy —Parker le sonrió con complicidad. Conocía bien su tendencia a inventar historias sobre perros que no tenía.

—Realmente no conozco su horario exacto, señora, pero creo que estará en Aquitaine Farms toda la mañana. ¿Desea programar una cita para la próxima semana?

—Eh, no estoy segura. Tendré que llamar más tarde. Gracias —colgó—. El veterinario está en Aquitaine Farms —le dijo a Parker—. La granja de caballos de los Langford.

—¿Y?

—¿Y? —Parpadeó mirándolo.

Con naturalidad, él tomó su taza de café—. ¿Y qué deberíamos hacer ahora? —preguntó inocentemente.

Realmente la estaba dejando tomar las decisiones, ¿verdad? Se preguntó si solo quería que ella se sacara del sistema la necesidad

de resolver este caso, si la estaba poniendo a prueba, o si realmente confiaba en ella. Si no lo hacía, decidió, para cuando terminara, lo haría creer en ella—. ¿Hay alguna razón por la que no podamos ir ahora mismo?

—Ninguna —dio un último sorbo a su café y se levantó.

Una emoción le atravesó el estómago—. Entonces, pongámonos en marcha.

* * *

Salieron por una puerta lateral que conducía al amplio garaje de tres coches, donde Parker la ayudó a subir a su Mazda plateado.

—Sabía que habías escondido tu coche aquí anoche —dijo mientras él se deslizaba hábilmente en el asiento del conductor.

—Hay espacio para dos coches aquí —dijo con tanta naturalidad como si estuviera comentando sobre el clima—. Después de todo, es *tu* casa.

Ella inhaló. Otra vez con eso. ¿Acaso pensaba que la vista de su destartalado Chevy azul desmerecería el vecindario?—. Nunca antes tuve un garaje. No le veo la necesidad.

—Es tu decisión. Sin embargo, si cambias de opinión —alcanzó una bandeja y le entregó un pequeño dispositivo electrónico—. Aquí tienes un abridor automático extra.

Ella lo tomó y lo miró fijamente—. Hogar dulce hogar.

Él encendió el coche—. ¿Te gustaría probarlo?

Ella le lanzó una mirada penetrante, luego presionó uno de los botones. La puerta se abrió detrás de ellos. Él puso el coche en reversa y se deslizó por el camino. Mientras pasaban junto a su viejo cacharro azul, ella presionó otro botón y la puerta bajó.

Guardó el artefacto en su bolso, pero no tenía intención de usarlo. Se negaba a sentirse demasiado cómoda con las comodidades. Había decidido que solo serían temporales.

* * *

Aceleraron por la 400 hasta la I-85, pasando edificios de oficinas, hoteles y restaurantes. Acababan de evitar la hora pico, por lo que el tráfico era ligero para Atlanta, lo que hacía felices los nervios de Miranda. Al sur de Five Points, tomaron la rampa hacia la I-20 y se dirigieron al este. Aquí los edificios se volvieron más dispersos, más

planos, y los omnipresentes árboles tomaron su lugar. Era una vista bastante monótona de concreto y verde mientras conducían por Lithonia, Conyers y Covington. Aquí los edificios desaparecieron, y la carretera quedó bordeada por filas de altos pinos de Georgia.

Llevaban más de una hora conduciendo cuando Parker tomó una salida hacia el norte.

Miranda levantó la cabeza del cojín, donde había estado medio adormilada—. ¿Ya llegamos, papá?

—Casi.

Viajaron varias millas más, hasta que Parker giró hacia un camino rural. Aquí el paisaje se volvió aún más campestre, si eso era posible, aún más denso con árboles. Después de otra milla, Miranda divisó un gran letrero blanco de madera sombreado por las hojas susurrantes de un roble enorme.

Las palabras "Aquitaine Farms" estaban grabadas en él con una elegante caligrafía. Casi esperaba escuchar la melodía de *Lo que el viento se llevó*.

—Supongo que este es el lugar.

Parker miró por la ventana, con el cuerpo tenso—. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí, pero el paisaje no ha cambiado mucho.

Ese comentario la hizo preguntarse nuevamente sobre su pasado con Delta Langford.

Él giró a la derecha y el Mazda avanzó retumbando por un largo camino de tierra. Lentamente, la enorme estructura apareció ante su vista.

El lugar era espléndido. Una majestuosa y extensa casa de plantación blanca de estilo griego de antes de la guerra, con docenas de columnas que se elevaban hasta pisos altos y filas de altas ventanas palladianas. Enmarcada por follaje, pastos verdes y hectáreas de árboles, tenía un aspecto fresco y saludable. ¿Dónde estaba esa melodía de *Lo que el viento se llevó*?

A lo lejos, detrás de la casa, Miranda podía ver graneros y corrales. Varios caballos estaban afuera—. Kennicot estará en los establos, sin duda.

—Vamos a la casa —dijo Miranda—. Quiero hablar primero con Delta. —Sentía que le debía decirle que había tomado el caso, aunque no mencionaría al cliente.

—Muy bien. —Parker se dio la vuelta y se dirigió hacia allá.

—¿Sin protestar?

—No cuestiono a quien dirige un caso.

Hasta que no estuviera de acuerdo con ella. Y siempre que pudiera imponer condiciones. Pero no era tan terrible que insistiera en quedarse con ella. Había mucho que aprender de Parker. Profesionalmente. En cuanto a la parte personal, suponía que también estaba aprendiendo a ser igual de astuta. ¿Qué iba a hacer con esos acuerdos de convivencia de fingir-que-todo-es-normal? Tarde o temprano, tendría que hacer algo al respecto. Ya averiguaría exactamente qué más adelante.

Mientras Parker conducía el auto por la entrada circular, la extensa mansión sureña se alzaba frente a ellos, con sus columnas blancas como gigantescos soldados vigilantes. El aroma de las magnolias se colaba por las ventanillas del auto.

Estacionó justo detrás de una hilera de arbustos de azaleas, para que el Mazda no fuera visible desde las grandes ventanas paladianas.

Miranda contempló el amplio portal. Era el doble de grande que el porche de la mansión Parker, y eso no era poca cosa.

Pestañeó coquetamente a Parker y adoptó un acento falso. —Vaya, Ashley. Estamos en casa.

Él torció el labio. —Pensé que me verías más como un Rhett.

—Sí, a veces te importa un bledo.

Ignoró su comentario. —¿Por qué no vas a tocar el timbre?

—¿Yo sola?

Él asintió.

Ella inclinó la cabeza y sonrió con coquetería. —¿Estás seguro?

Él inhaló lentamente. —Si Delta está en casa, mi presencia no la hará muy comunicativa.

Debía ser esa historia desagradable otra vez. —¿Estás seguro de que puedo manejarlo? ¿Yo sola quiero decir? —Después de todo, él

había dicho que no debía trabajar en este caso sin él. No podía resistirse a restregárselo.

Él se inclinó y le dio unas palmaditas en la mano. —Tengo la máxima confianza en ti.

Con una sonrisa satisfecha, Miranda salió del auto y subió tranquilamente las escaleras. En la puerta, respiró hondo y tocó el timbre.

No hubo respuesta.

Esperó un minuto y volvió a tocar el timbre.

Nada.

Miró hacia la enorme residencia y tuvo la sensación de que la observaban desde una de las ventanas superiores. Tocó el timbre una vez más. —Servicio de agua —gritó con impaciencia.

—¿Sí? —Una joven negra vestida con un uniforme oscuro y almidonado abrió la puerta—. ¿En qué puedo ayudarle? —Su acento sonaba británico.

—Eh, vengo a ver a Delta Langford.

—Lo siento, la señorita Langford no está en casa en este momento.

Miranda pensó rápido. —¿Está el señor Langford en casa?

La mujer arqueó una fina ceja oscura. —¿El señor Eli Langford? No. Está en la ciudad. ¿Tiene una cita con los Langford, señora?

La rígida formalidad la estaba matando. —Eh, no. Solo estaba en la zona y quería pasar a presentar mis respetos. Tengo entendido que la señorita Langford perdió a su hermana recientemente.

La mujer asintió solemnemente. —Sí, así es. ¿Debo decirle a la señorita Langford que vino, señorita...?

—Oh, no se moleste. Llamaré. Gracias. —Dio un paso atrás, dirigiéndose hacia el auto, pero luego se volvió—. Pensándolo bien, dígale a la señorita Langford que Miranda Steele pasó por aquí. Dígale, eh, que el asunto que discutimos está siendo investigado.

La mujer asintió y cerró la puerta. Miranda regresó hacia Parker.

—Sin suerte. —Se deslizó dentro del auto—. No hay nadie en casa excepto el personal. Probemos en los establos.

* * *

El granero era una estructura alta y rústica de madera tratada con un techo elevado y grandes puertas rojas, entrecruzadas con tablones amarillos. Estaba completamente abierto, como brazos acogedores.

En los corrales cercanos, jinetes ejercitaban algunos de los caballos. Más allá, otros animales pastaban en un prado.

Miranda salió del auto y se dirigió hacia la puerta abierta, sus botas levantando la tierra roja y seca del camino. Esta vez, Parker la acompañó. No le molestaba la compañía.

Dentro, estaba luminoso y limpio, con el sol filtrándose por las ventanas altas. El aire estaba impregnado con el olor a heno fresco. Podía oír cómo lo lanzaban en algún lugar, pero no veía a ningún trabajador. De vez en cuando escuchaba un suave relincho.

Luego dobló una esquina y divisó a un hombre corpulento en cuclillas. En sus manos sostenía el casco de un caballo castaño atado a un poste.

—Disculpe —le dijo Miranda.

Con el ceño fruncido por la sorpresa, él giró la cabeza, luego bajó suavemente la pata del caballo y se levantó. —¿Puedo ayudarle?

Parecía tener unos cincuenta años. Alto y de hombros anchos, tenía un aspecto rudo, con profundas líneas de expresión en su rostro curtido y cabello ondulado y canoso, cortado corto. Vestía pantalones caqui y una camisa a cuadros verde. Incluso con ropa informal, tenía un aire profesional.

Ella se acercó a él. —¿Es usted el Dr. Gabriel Kennicot?

—Sí. ¿Quién es usted? —Así que este era el famoso veterinario, el antiguo amor de Desirée. Según Ferraro Usher. Tenía ojos verdes muy separados que le daban un aspecto inquisitivo. O tal vez era el científico que llevaba dentro.

—Mi nombre es Miranda Steele. Estoy investigando la muerte de Desirée Langford.

Sus espesas cejas grises se juntaron, haciendo que las arrugas de su rostro se profundizaran. Y pareciera más a la defensiva. —¿Está usted con la policía?

Miranda negó con la cabeza. —No, somos privados.

Kennicot señaló hacia Parker. —¿Quién es él?

—Wade Parker de la Agencia Parker —dijo Parker con soltura mientras sacaba una tarjeta de presentación de su chaqueta y se la entregaba a Kennicot.

El doctor la miró fijamente por un momento. —¿Detectives? ¿Por qué están investigando la muerte de Desirée? Fue un suicidio.

—Algunas personas no lo creen así —dijo ella cruzando los brazos.

Él los miró parpadeando, pareciendo genuinamente impactado. Luego se acercó a un compartimento y se apoyó contra la puerta de madera para sostenerse. —Dios mío.

Miranda miró a Parker. Él levantó una ceja y asintió hacia Kennicot. Le iba a dejar manejar el interrogatorio. Bueno, para eso se había estado entrenando.

Respiró profundamente y se acercó al veterinario. —Dr. Kennicot, según el informe del médico forense, la Srta. Langford murió por una sobredosis de fenciclidina. PCP. Polvo de ángel, en la calle.

—Sí —dijo en voz baja—. Lo sé.

—Cien miligramos de PCP fueron encontrados en su sangre —intentó en vano sonar gentil.

Él cerró los ojos y asintió. Las palabras eran dolorosas para él. —Sí.

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, con una mirada aturdida, el hombre corpulento se sentó en un fardo de heno y puso la cabeza entre sus manos.

—Mi hermosa Desirée. La amaba tanto. ¿Cómo puede haberse ido? —Levantó la mirada hacia Miranda con ojos suplicantes—. Srta. Steele, ¿realmente cree que alguien la mató?

—Aún no lo sabemos —su corazón se compadecía del hombre afligido, pero tenía que presionar. Tomó otro respiro—. Como veterinario, usted tendría acceso a grandes dosis de PCP, ¿no es así?

Su boca se abrió por la impresión. Miró a Parker por un momento, luego de vuelta a ella. —¿Se refiere al Sernylan? Ese medicamento se descontinuó hace años debido a sus efectos secundarios.

Ella asintió reconociéndolo. —Es raro, pero algunos veterinarios todavía lo usan —había notado eso durante su investigación hace un

par de días.

El Dr. Kennicot se puso de pie, se enderezó y la miró con furia. —El Sernylan puede causar delirio, desorientación, alucinaciones. No es el tipo de efecto que mis clientes querrían en un reproductor de premio o un corredor. No es el tipo de efecto que quiero inducir en los animales que trato.

Miranda bajó la mirada hacia sus uñas. —Escuché que Desirée Langford a menudo estaba desorientada y alucinando.

—¿Qué está insinuando, Srta. Steele? ¿Que *yo* tuve algo que ver con la muerte de Desirée?

Ella permaneció callada, observando cómo se encendían sus ojos.

—No uso PCP —sus palabras fueron cortantes—. Puede revisar mi consultorio si no me cree —sacó un teléfono celular, sus dedos temblando de emoción—. Haré que mi asistente le permita acceso a mis gabinetes. Puede registrar todo el lugar, si lo desea. No tengo nada que ocultar.

Miranda levantó una mano. —Eso no será necesario —el doctor podría estar protestando demasiado, pero parecía genuinamente ofendido por su insinuación. Aun así, si tenía PCP, habría sido inteligente retirarlo de su consultorio. Por ahora, sin embargo, se inclinaba a creerle.

Lentamente guardó su celular en el bolsillo y se hundió de nuevo en el fardo de heno. —No tuve nada que ver con su muerte, Srta. Steele, si es lo que está tratando de insinuar. Dios es mi testigo, yo la amaba.

Miranda divisó otro fardo frente al siguiente compartimento. Mientras Parker observaba, ella se acercó y se sentó. Tratando de simular una conversación íntima con este hombre, decidió hacerse la tonta.

—¿La amaba? —dijo suavemente—. ¿Cuál era exactamente su relación con Desirée Langford, Doctor?

Sus ojos se entrecerraron. —Éramos cercanos. Trabajábamos juntos aquí en Aquitaine.

Esperó un momento. —¿Cercanos?

Él dejó escapar un largo suspiro. —Todo el mundo sabe que dejó a ese parásito con el que estaba casada por mí.

—Ferraro Usher.

—Sí.

—¿Usher era un parásito?

—Desirée lo mantuvo por años mientras él perseguía su carrera como artista. No hubiera sobrevivido sin ella. Ni se habría vuelto tan exitoso como lo es ahora.

Interesante. —¿Entonces usted animó a Desirée a dejarlo?

Su mandíbula se crispó con ira. —Él era malo para ella. Vi lo que ese bastardo le estaba haciendo. Le dije que lo dejara muchas veces. Le dije que dejara de consumir. Finalmente lo abandonó la Navidad pasada. El divorcio se finalizó hace tres meses.

¿Navidad? Santa Claus no fue muy bueno con el melancólico artista el año pasado. Esa escena de separación no podría haber sido agradable. Las dos veces que Miranda había visto a Usher, él actuaba como si todavía estuviera enamorado de Desirée. Desesperadamente enamorado. En su funeral, dijo que todavía la veía y le rogaba que volviera con él. Acosándola, quizás.

¿Qué sabría Kennicot sobre eso? Se inclinó hacia él. —¿Usher intentó ver a Desirée después de su ruptura?

Él se puso rígido. —No con mi consentimiento.

—Pero sí la veía.

Asintió.

—¿Con qué frecuencia?

Sacudió la cabeza, como negándolo. —No lo sé. Me lo ocultaba.

Pero él seguía sabiéndolo. —¿Usher estaba amenazando a Desirée, Dr. Kennicot?

La miró con expresión vacía.

El Dr. Kennicot no le parecía el tipo de hombre que permitiría que alguien como Usher amenazara a la mujer que amaba. Tal vez estaba siguiendo el camino equivocado. Objetividad. ¿Podría Desirée haber estado jugando con los dos hombres que estaban enamorados de ella, enfrentándolos entre sí? ¿Acostándose con ambos al mismo tiempo? ¿Como Farrah Simmons y sus dos amantes secretos?

Se humedeció los labios y tragó saliva. —¿Crees que Desirée se acostaba con Usher?

Su mirada se volvió aún más inexpresiva.

Ella respiró hondo y decidió jugar su carta de triunfo. —Usher dijo que Desirée estaba a punto de dejarte y volver con él.

Él la miró fijamente un momento, luego dejó escapar una risa angustiada. —Imposible. Desirée me amaba desde que era adolescente.

Usher había dicho eso.

Con una mirada perdida en sus ojos muy separados, Kennicot continuó. —Tenía dieciséis años cuando llegué a Georgia y comencé mi práctica. Eli Langford fue uno de mis primeros clientes. Ella adoraba los caballos y siempre estaba en el establo cuando yo venía a hacer los exámenes. No llevaba ni un mes aquí cuando me sorprendió a solas en un compartimento.

Un joven mozo de cuadra vino y desató el caballo que el doctor había estado examinando. Miró a los tres. —¿Terminó con Horizon, Dr. Kennicot? —preguntó con voz aguda.

El doctor le hizo un gesto afirmativo. —Sí. Está listo para su entrenamiento.

El mozo sacó al caballo del establo.

Cuando se fueron, Miranda volvió hacia Kennicot. —¿Te sorprendió? —preguntó.

Él agachó la cabeza, como avergonzado. —Me echó los brazos al cuello y comenzó a besarme. Dijo que estaba locamente enamorada de mí.

—Y tú le devolviste el beso.

Él levantó la mirada, con los ojos brillantes. —No. La detuve. Tenía treinta y tres años y estaba casado, por el amor de Dios. Tenía dos hijos que casi tenían su edad. —Se pasó una mano por el pelo —. Lo descarté como algún tipo de obsesión adolescente. Asumí que me veía como una figura paterna. No se llevaba bien con su propio padre. A menudo los escuchaba discutir en la casa.

Como había dicho el Sr. P, Eli Langford no trataba muy bien a sus hijas.

—Le dije que era demasiado joven y yo demasiado viejo. Intenté todo lo que pude para desalentarla.

—Pero no funcionó.

Se encogió de hombros. —Creció, fue a la universidad y volvió a casa para criar caballos. Para entonces mi esposa había muerto. Ataque cardíaco.

—Lo siento. —El hombre lo había pasado mal.

Tomó aire y continuó. —Empezamos a trabajar juntos aquí en la Granja. Después de un tiempo, Desirée me dijo que todavía me amaba. Pero yo estaba demasiado de luto por mi esposa para considerar una relación entonces. Y seguía pensando que era demasiado joven. Ella tenía veintitrés años. Yo cuarenta.

Rechazada dos veces por quien creías que era el amor de tu vida. Eso podría provocar una depresión. —¿Y entonces?

—Empezó a salir con un grupo de gente alocada. Se unió a un grupo local de artistas. Ahí fue donde conoció a Usher. Solían hacer fiestas aquí cuando su padre estaba en la ciudad. Todo era por despecho. Se lanzó a los brazos de Usher para vengarse de mí.

Dios mío. —¿Cómo supiste eso?

—Ella me lo dijo. Muchas veces. Se casó con Usher hace unos siete años. La noche antes de la boda me llamó y me dijo que nunca podría ser feliz, pero que era demasiado tarde para nosotros, así que no tenía otra opción.

¿Desirée se había casado con Usher pero había anhelado a Kennicot durante todos esos años? Miranda supuso que era posible. Pensó en su colega Dave Becker, que seguía suspirando por su amor de la infancia. Puedes quemarte gravemente con una vieja llama.

—Mis hijos habían crecido y se habían ido de casa. A medida que pasaban los años, vi a Desirée convertirse en una criadora de caballos de primera. Cada vez más, su trabajo nos unía. La admiraba. Todos lo hacían. Con el tiempo, me enamoré de ella tanto como ella lo había estado de mí al principio. El invierno pasado, finalmente tuve el valor de decírselo. Le tomó dos meses completos decirle a Usher que todo había terminado y dejarlo. Planeábamos casarnos este otoño.

—Pero ella seguía viendo a Usher.

Él asintió. —No podía evitarlo.

Miranda hizo una pausa para asimilar lo que le había contado. Luego respiró profundamente. —Hay testigos que los vieron juntos

en el Steeplechase antes de su accidente.

—Es cierto. Intenté alejar a Usher, pero Desirée no me dejó. Me enojé con ella. Si pudiera recuperar ese momento...

Debió ser la discusión que algunos de los entrevistados habían reportado.

Miranda se levantó del fardo de heno y se sacudió los pantalones. Miró al pobre hombre destrozado que tenía delante, con el corazón doliéndole por él. Estaba en un dolor genuino, en un amargo luto por alguien a quien había amado profundamente. Se sentía terrible por tener que bombardearlo con preguntas dolorosas. Pero necesitaba un poco más de información.

Tomó otro respiro y disparó. —Un testigo dijo que Usher y Desirée estaban esnifando cocaína en el Steeplechase.

El Dr. Kennicot volvió a poner la cabeza entre las manos, luciendo cansado y más desconcertado que nunca. Asintió. —Ella tenía un problema con las drogas. Era adicta. Estaba en terapia por eso y por sus recurrentes episodios de depresión. Quería que fuera a una clínica. Ella se negó.

—Así que veía a Usher por las drogas.

Una vez más, asintió. —Hasta donde yo sé, él era su proveedor. Él fue quien le dio esa dosis letal de PCP. —Luego levantó la mirada y fijó a Miranda con una mirada profunda y penetrante—. Pero fue Desirée quien la tomó.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Miranda se deslizó en el asiento del copiloto del Mazda plateado de Parker y se recostó. Mientras él avanzaba por el camino de tierra, ella miraba con expresión ausente los altos árboles. Tantos tonos de verde en su exuberante belleza veraniega.

Exhaló un largo suspiro. —Eso fue difícil.

Parker condujo en silencio hasta que llegaron a la carretera pavimentada. Antes de incorporarse a ella, se detuvo y le dirigió una larga mirada. —Debo recordar darle un buen aumento al Detective Judd.

—¿El Detective Judd?

—Su entrenamiento en técnicas de interrogatorio ha producido excelentes resultados.

Ella le dedicó una sonrisa triste. —Gracias.

Él asintió con aprobación. —El talento natural también ayuda.

—¿Crees que tengo talento natural?

—Lo creo. —Giró hacia la carretera y arrancó.

Miranda se frotó los ojos. La aprobación de Parker se sentía bien. Pero estaba agotada, y se sentía destrozada después de haber puesto al doctor en duelo contra las cuerdas. —No estoy tan segura de eso. Odié tener que someter a Kennicot a esas preguntas.

—Una reacción natural. Desafortunadamente, es nuestro trabajo. A veces es necesario para obtener la información que necesitamos. A mí tampoco me gusta. Pero hiciste un buen trabajo.

Ella asintió, sonrió.

Parker tomó otro camino secundario y se dirigió de regreso a la Interestatal.

—Qué historia tan triste. Se amaron durante décadas, y menos de seis meses después de que finalmente están juntos, Desirée

muere.

—Lamentable.

Miranda observó la expresión en el rostro de Parker. Él estaba haciendo un buen trabajo ocultándolo, pero ella podía ver que se identificaba fuertemente con Kennicot. Él también había perdido a su esposa. Y a una joven llamada Laura, hace mucho tiempo cuando era joven. Ahora querría encontrar al asesino de Desirée.

—¿Entonces qué piensas? —le preguntó.

Él la miró de reojo. —¿Qué piensas *tú*?

Realmente se estaba tomando en serio esto de dejarla liderar. Ella pensó un momento. —Creo que Kennicot está diciendo la verdad.

—Yo también lo creo.

—Y eso nos devuelve a Usher. ¿Cuál es el siguiente paso?

Él se rio suavemente, con un matiz de tristeza en su risa. —Eso es para que tú lo averigües.

Bueno, ella lo había pedido. Gruñó en voz alta. —¿Ninguna ayuda del gurú, eh?

—Solo soy el asistente.

Ella le dio una palmada en el brazo. —Y el guardaespaldas. No lo olvides.

Con los ojos casi sonrientes de nuevo, Parker miró el reloj digital en el tablero. —Puedes reflexionar sobre tu próximo movimiento durante el almuerzo. Tendremos justo el tiempo suficiente para comer algo antes de tu sesión con el Dr. Chaffee.

—Oh, sí. —Se había olvidado de eso. Justo ahora, sentía que podría necesitar una sesión de terapia. O una siesta.

* * *

La idea de Parker de comer un bocado fue un lugar llamado French American Brasserie, también conocido como FAB, en la rama noreste de Peachtree Road cerca de Lenox Square.

La decoración del comedor era elegantemente sencilla, con sillas negras, manteles blancos y ventanas altas que debían medir al menos veinte pies de altura. Estaban equipadas con gruesas cortinas de terciopelo rojo, recogidas para ofrecer una vista al soleado y sofisticado barrio de Buckhead.

Parker pidió una mesa cerca de la ventana.

Mientras él conversaba con el mesero y seleccionaba del menú, Miranda observaba al pequeño ejército de camareros con camisas blancas y corbatas negras que se apresuraban a atender a la clientela del almuerzo.

Unos minutos después, terminó con *Pâté de Campagne* como entrada, seguido de *Coq au Vin* como plato principal, que resultó ser pollo asado en una suntuosa salsa gourmet de vino con cebollas perla, guisantes ingleses y fideos.

Sabía que Parker intentaba mimarla con todos estos cuidados para que nunca quisiera dejarlo a él o a su casa, pero estaba decidida a no dejarse llevar por el tratamiento real. Si Parker se saliera con la suya, ella sentiría por él lo mismo que Desirée Langford sentía por el Dr. Kennicot cuando tenía dieciséis años.

Le importaba Parker. Más de lo que le convenía. A veces, él la hacía sentir como una adolescente aturdida.

Era una bonita fantasía, pero ambos eran demasiado adultos para no saber que lo que fuera que había entre ellos no podría durar. Ambos tenían demasiadas cicatrices. Ella ciertamente tenía demasiado equipaje emocional.

Y sin embargo, sus sentimientos por Parker se intensificaban cuanto más tiempo lo conocía. ¿Quién podría resistirse a sus maneras suaves y distinguidas? ¿A su habilidad de primera categoría en su oficio? ¿Su fuerza, su amabilidad? Había sido bueno con ella. Para colmo, nunca había sabido lo que podía ser un gran sexo antes de conocerlo. Probablemente nunca lo sabría con nadie más. Y sin embargo, cuando pensaba en cualquier cosa que se pareciera a un compromiso con Parker, todo lo que sentía era... puro terror.

Arrastró un jugoso trozo de pollo por su plato para absorber la deliciosa salsa, se lo llevó a la boca y obligó a sus pensamientos a volver al trabajo y a su conversación con Kennicot.

Él era la verdadera víctima de este crimen, si es que era un crimen. Todavía tenía clara en su mente la mirada de dolor del doctor cuando le contó sobre Desirée y Usher. De repente, se le ocurrió algo y casi deja caer el tenedor.

Parker arqueó las cejas. —Lamento que el pollo no esté tan picante como te gusta.

Ella parpadeó y negó con la cabeza. —Acabo de recordar algo.

—¿Qué?

—El día del funeral de Desirée, Delta Langford dejó un mensaje en mi teléfono. Dijo que Usher estaba impugnando el testamento de Desirée. Insistió en que a él solo le importaba el dinero —bajó la voz —. Si eso es cierto, establecería un motivo sólido.

Parker masticó pensativamente por un momento. —Eso es muy interesante. ¿Qué piensas hacer con ese dato?

Un poco irritada con esta actitud distante, tamborileó los dedos sobre la mesa. No podía preguntarle a Usher, por supuesto, él lo negaría. Ya había mentido sobre el regreso de Desirée, después de todo. O quizás solo era un deseo ilusorio de su parte. O tal vez Desirée lo había estado ilusionando. De cualquier manera, él no admitiría haber impugnado el testamento si fuera el asesino.

Tomó su vaso de agua y bebió pensativamente. —Sería bueno si pudiera hablar con el abogado de Desirée.

—¿El que redactó su testamento?

Ella asintió. —O quizás con el albacea —dejó el vaso y levantó las manos exasperada—. Ni siquiera sé a quién preguntar. No alguien en quien pueda confiar, de todos modos.

Parker la observó un momento, como si estuviera debatiendo si hacer un movimiento. Luego sacó su celular. —Antonio podría ayudar —presionó un botón para buscar su número y le entregó el teléfono.

Ella miró el teléfono y sonrió. Parker siempre la respaldaba. Tomó el teléfono y presionó "Llamar".

Después de un momento, ese suave acento latino resonó en sus oídos. —¿Qué puedo hacer por usted, Señor Parker?

Antonio Estavez era como un hijo adoptivo para Parker. Cuando Antonio era un niño, Parker lo había recogido de las calles, lo sacó de las pandillas latinas con las que andaba, lo llevó a su casa y lo crió. Ahora Antonio era uno de los mejores abogados penalistas de la ciudad, trabajando en el bufete Chatham, Grayson y McFee. Parker estaba muy orgulloso de él.

—Hola, Antonio —dijo ella al teléfono de Parker—. Soy yo, Miranda.

—Ah, Sra. Steele. Qué agradable escuchar su voz —la naturaleza coqueta de Antonio era un reflejo involuntario.

—Me preguntaba si podrías ayudarme con algo.

—Puedo intentarlo.

—Supongo que oíste sobre el, eh, accidente de Desirée Langford en el Steeplechase de Northwinds la semana pasada.

—Por supuesto. Lo leí en el periódico. Qué tragedia. La policía lo declaró suicidio, ¿no es así?

—Sí. Bueno, podría no haber sido un suicidio. Estoy investigándolo.

—¿Oh? —sonaba genuinamente impresionado—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Alguien me dijo que el ex esposo de la Sra. Langford podría estar impugnando su testamento. Su nombre es Ferraro Usher. ¿Cómo puedo averiguar si eso es cierto?

—Así que estás buscando un motivo, Sra. Steele?

—Algo así.

—Has acudido al lugar correcto. Creo que nuestro socio principal, Charles Grayson, maneja el patrimonio de los Langford. Déjame ver si ya regresó de almorzar.

La puso en espera y una suave música ambiental salió por el teléfono. Ella picoteó su pollo mientras Parker observaba, satisfecho consigo mismo. Estaba demasiado emocionada para seguir comiendo. Después de un momento, Antonio volvió a la línea.

—Estás de suerte, Sra. Steele. El Sr. Grayson me dice que Eli Langford fue nombrado albacea. Desirée Langford tiene un gran fideicomiso. También tenía algunos ingresos de su trabajo como criadora de caballos. No poseía propiedades. Tras su muerte, todos sus bienes revertían al patrimonio Langford.

—Entonces Eli Langford es también su beneficiario.

—Correcto. El Sr. Grayson también dijo que nadie ha impugnado el testamento en absoluto.

—¿Está seguro de eso?

—Sí. El tribunal le habría informado si alguien lo hubiera hecho.

—Gracias, Antonio. Eso ayuda mucho.

—Un placer. Dale mis saludos a tu jefe.

—Lo haré —desconectó y le devolvió el teléfono a Parker—. Todo va para Eli Langford. Usher no impugnó el testamento en absoluto. Delta me mintió —comenzaba a preguntarse si había alguien relacionado con los Langford en quien pudiera confiar.

—Quizás esa fue su impresión —dijo Parker—. Tal vez Usher tenía intención de impugnar, pero luego desistió. Delta Langford tiende a exagerar.

Hmm. Parker conocía a Delta Langford mucho mejor que ella. —Quizás debería entrevistarte a ti.

Él tomó su copa de vino y dio un sorbo. —Adelante.

Ella lo miró a los ojos, observando profundamente ese rostro que parecía saberlo todo. Le encantaría descubrir sus secretos, averiguar exactamente de qué se trataba esa "historia desagradable". Pero temía encontrar solo dolor.

—Quizás más tarde —dijo al fin—. Tengo una cita con un terapeuta que cumplir.

CAPÍTULO DIECISIETE

Extraño.

Era la única palabra que Miranda podía pensar mientras estaba sentada en el sofá del consultorio del Dr. Arnold Chaffee en el undécimo piso de un edificio en la calle Piedmont aquella tarde, con el ardiente sol de principios de junio brillando intensamente a través de su alta ventana.

El Dr. Chaffee era un hombre grande y fornido, cuya complexión robusta y espeso cabello negro hasta los hombros lo hacían parecer más un campeón de la Federación Mundial de Lucha Libre que un psiquiatra. Vestido con un traje negro sólido y una corbata negra, estaba sentado murmurando para sí mismo en voz baja y áspera, con el aire de un director de funeraria.

Por fin, consultó la carpeta en su regazo. —Así que está aquí por un problema con su ex esposo, Sra., eh, Steele?

Miranda se tensó ante la pregunta, incómoda con la mirada oscura y penetrante del doctor. Evitándola, miró hacia los pesados estantes de caoba, cargados de gruesos libros de texto. Había un escritorio a juego en la esquina, cubierto de chucherías. Un pequeño globo terráqueo, un elegante juego de plumas, una campana de plata que ella supuso que el doctor podría usar para indicar cuando sus sesiones terminaban.

Tomó aire. —Algo así.

Él se frotó la barbilla. —¿Es usted una paciente reacia, Sra. Steele?

Miranda recordó la razón principal por la que no le gustaban los psiquiatras. Siempre se volvían demasiado personales. Se encogió de hombros. —Estoy aquí, ¿no?

Sonrió y asintió mecánicamente. —Es un comienzo. —Tomó una página de la carpeta—. Deduzco de su expediente que no valora mucho la psicoterapia.

La había atrapado ahí. Cuando llegó, la recepcionista le hizo llenar papeles durante veinte minutos, incluyendo un largo cuestionario.

Se había molestado con las repetitivas preguntas y se volvió un poco creativa. En vez de marcar Verdadero o Falso para "Pienso en mis problemas todo el tiempo", había garabateado en el margen, "Solo cuando mi cheque de pago rebota".

"A menudo me preocupo por lo que la gente piensa de mí". Había escrito, "Solo cuando estoy en una playa nudista".

El sentido del humor era señal de salud mental, ¿verdad?

Pero como quería obtener información de este psiquiatra sobre Desirée Langford, decidió que no sería buena idea hacerlo enojar en los primeros diez minutos. —Lo siento. —Sonrió tímidamente al doctor—. Es solo que creo que hay otras personas que necesitan terapia más que yo.

Eso pareció interesarle. Se inclinó hacia adelante. —¿Como quiénes?

Se encogió de hombros. Esta probablemente sería la mejor oportunidad que tendría para introducir su tema. —Desirée Langford, por ejemplo —dijo, tratando de sonar casual—. ¿Cuáles eran algunos de sus traumas?

Él se echó hacia atrás con rigidez. —¿La desafortunada joven que se suicidó el fin de semana pasado? ¿Qué le hizo pensar en ella?

—Ha estado en mi mente últimamente.

Golpeó ligeramente su pluma contra los papeles en su regazo. —¿Piensa a menudo en el suicidio, Sra. Steele?

Esa pregunta había estado en el formulario. Ella había escrito "Solo cuando escucho la canción tema de M*A*S*H". Frunció los labios. —No realmente. Solo me preguntaba qué podría haber llevado a Desirée Langford a suicidarse.

—Pero no estamos aquí para hablar de ella.

—Pero podríamos. ¿Por qué no? Usted era su terapeuta, ¿verdad?

Se aclaró la garganta. —Existe algo llamado confidencialidad del paciente, Sra. Steele.

Ella se levantó sobre un codo y lo miró a los ojos. —La mujer está muerta.

Él pareció meditar sobre eso un momento, y luego asintió lentamente. —En efecto.

Miranda sabía que la confidencialidad del paciente se extendía más allá de la tumba, pero si podía hacer que se tratara sobre ella misma, tal vez podría hacer que este tipo hablara. Algunos psiquiatras sabían cómo racionalizar la ética. —Yo estaba en la Carrera de Obstáculos Northwinds cuando sucedió. —Puso un tono angustiado en su voz, que solo era parcialmente falso—. Podría ayudarme a superar eso, y mi encuentro con mi ex, si entendiera por qué ella decidió quitarse la vida.

El Dr. Chaffee tomó otro papel de su expediente, lo examinó y frunció el ceño. —Usted trabaja para la Agencia Parker, ¿no es así, Sra. Steele?

—Sí.

—¿Está investigando la muerte de la señorita Langford?

Atrapada. Este doctor no había conseguido su diploma haciendo trampa en los exámenes. —Algo así —admitió.

Él suspiró. —Le diré lo que pueda, solo lo que ya es de conocimiento público. Todos saben que Desirée Langford era una joven problemática. Parecía exitosa por fuera, pero por dentro, había mucha turbulencia.

Se había quebrado. Debería haber sido honesta desde el principio. Emocionada, se inclinó hacia adelante. —Tengo entendido que Desirée tenía problemas con su padre.

Con una mirada de tristeza, asintió. —Sí. Tanto ella como su hermana los tuvieron.

Como había dicho el señor P y había insinuado el Dr. Kennicot. Nada confidencial en eso. —¿Y su relación con Ferraro Usher? ¿Cómo era?

Negó con la cabeza. —Tumultuosa.

—¿Peleaban mucho?

—Constantemente.

—Consumían drogas.

Suspiró en voz alta. —Sí. El uso de estimulantes y otras sustancias recreativas no ayudaba. Ambos tendían al narcisismo. Definitivamente era lo que yo llamaría una relación tóxica.

Narcisismo. Jerga de psiquiatra que significa que ambos estaban obsesionados consigo mismos. Usher le había dado esa impresión a Miranda. —¿Usher fue alguna vez violento con Desirée?

Pareció sorprendido por la pregunta. —Tenían peleas ruidosas y rompían cosas, pero no creo que él jamás la haya tocado. De hecho, era más bien al contrario.

Ella se inclinó hacia adelante. —¿Al contrario?

—Durante una de las exposiciones de Ferraro, Desirée se disculpó públicamente por haber destrozado uno de sus cuadros con un cuchillo. En otra ocasión, le arañó la cara tan gravemente que tuvo que ir a urgencias para que le dieran puntos.

Miranda recordó la cicatriz de medio centímetro que había visto en la mejilla derecha de Usher. ¿Se la habría hecho Desirée? ¿Usher la habría matado para vengarse por haberlo humillado? Ella solía querer matar a Leon por las cosas que le hacía.

El Dr. Chaffee se aclaró la garganta. —Volvamos a sus problemas, señorita Steele. Siento haber hablado demasiado sobre mi difunta clienta.

Bien. Había obtenido alguna información, toda información pública que no metería al doctor en problemas. Probablemente no conseguiría mucho más, y sería mejor que le diera una oportunidad a esta sesión, o Parker la despellejaría viva.

—Claro —se recostó, tomó aire—. Adelante.

—¿Cómo fue su infancia?

—¿Mi infancia? —reprimió un gemido. ¿Cuántas veces tendría que contarle a un psiquiatra sobre su infancia? Pero lo haría una vez más o Parker podría sacarla del caso—. No muy buena —dijo—. Mi padre se fue cuando era pequeña. Creo que tenía unos cinco años.

Le contó lo que podía recordar de su padre, un hombre jovial con mejillas y nariz rojas, que siempre la hacía rebotar en su rodilla y la hacía reír. Un hombre que le prometió una casa de muñecas para Navidad, pero que, cuando llegó la Navidad, se había ido. Más tarde,

se dio cuenta de que su color rojizo probablemente se debía a que bebía demasiado.

Describió a su madre, una mujer fría e insensible que trabajaba como limpiadora en un hospital del suburbio de Chicago donde Miranda había crecido.

Para cuando llegó a su relación abusiva con Leon, había decidido que el Dr. Chaffee debía ser un freudiano. Hacer una pregunta y dejar que el paciente hable sin mucho comentario. Ese enfoque siempre le había parecido irritante.

Entonces escuchó un zumbido bajo.

Abrió los ojos y giró la cabeza. Los ojos del Dr. Chaffee estaban cerrados, su barbilla apoyada contra su pecho. Estaba profundamente dormido.

Sin hacer ruido, se levantó, cogió su bolso y se dirigió a la puerta. Tenía una clase que recuperar en la oficina. Luego se volvió.

Caminó de puntillas hasta el gran escritorio del Dr. Chaffee, tomó la campanilla de plata y la sacudió con fuerza. El agudo tintineo interrumpió los ronquidos del doctor y le hizo levantar la cabeza en confusa aturdimiento. Antes de que volviera en sí, ella ya había salido por la puerta.

Psiquiatras, pensó, mientras caminaba por el pasillo, ignorando la súplica de la recepcionista para que programara otra cita. Las personas que van a ellos deberían hacerse examinar la cabeza.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando Miranda entró al comedor decorado con plantillas de Cupido esa noche, pensó que alguien podría estar abriendo una delicatessen ahí. —¿Qué es todo esto?

Parker caminó hasta el extremo de la mesa y examinó lo que había. —Embutidos gourmet, quesos europeos, panecillos de masa fermentada y multigrano recién horneados.

—¿Tú lo pediste?

—Le pedí al personal que nos sirviera algo más ligero esta noche. —Tomó una cafetera de plata y comenzó a servir parte de ese maravilloso café que el Sr. P conseguía de Santa Elena en una pesada taza.

—¿Comida "más ligera"?

Le entregó la taza y levantó las manos. Ella la tomó y dio un sorbo. Bueno, era más ligero que el abundante almuerzo que él le había invitado. Pero Miranda estaba ansiosa por ponerse a trabajar.

Rápidamente, armaron un par de sándwiches, trasladaron el resto a la credenza y extendieron toda la información sobre el caso de Desirée Langford: el contenido del archivo policial de Parker y las notas que ella había escrito en la oficina después de su sesión de terapia.

Informes. Fotografías. Entrevistas.

Masticando su sándwich de jamón y queso en pan de centeno, Miranda se quedó mirando todo aquello, con una mano en la cadera.

—Esto es lo que sabemos. Usher y Desirée tenían una relación hostil. Tal vez una relación de amor-odio. Se drogaban juntos. Desirée podía ser físicamente violenta a veces. Kennicot era el verdadero amor de su vida. Había estado enamorada del veterinario

desde que era adolescente. Se casó con Usher para vengarse de él. Después de siete años, dejó a Usher por Kennicot.

—Pero Usher seguía enamorado de Desirée —añadió Parker.

—Exacto. Siendo el artista narcisista que era, debió estar furioso como un avispón por la forma en que ella lo había tratado, por la manera en que lo había abandonado. En Navidad.

Pensó en el artista solitario y melancólico sentado solo cerca de un árbol decorado en alguna parte, bebiendo, drogándose. Y tramando un plan para vengarse. Se jaló el cabello y se sentó al borde de su silla otra vez.

Parker bebió el último sorbo de su taza de café y se recostó para estudiar a la mujer que examinaba las pilas de papeles.

Algunos podrían decir que Miranda Steele era simplemente bonita. Para un observador objetivo, su apariencia podría parecer apenas por encima del promedio. Pero para Parker, era una de las mujeres más hermosas que jamás había conocido. Le encantaba ver cómo sus ojos brillaban cuando las ideas estallaban dentro de su mente vibrante. Amaba la pasión por su trabajo que ahora florecía plenamente. Compartían esa pasión por la justicia. En su esencia, eran parecidos. Sentía una conexión más fuerte con Miranda Steele que con cualquier otra persona que hubiera conocido.

La amaba. Si tan solo pudiera decírselo sin asustarla. Si tan solo pudiera persuadirla de pensar en un futuro con él.

Lo haría. Lenta pero seguramente, cambiaría su opinión. ¿Y entonces? Sonrió para sí mismo. No podía esperar para casarse con ella. Para verla caminar hacia él por el pasillo, adornada con algún elaborado vestido de diseñador, en una catedral llena de todos sus conocidos. Pero si eso iba a suceder, su momento tenía que ser impecable. Había presionado demasiado la última vez, avanzado demasiado rápido. No podía arriesgarse a hacer eso de nuevo.

—¿Entonces qué piensas? —preguntó con suavidad, ansioso por escuchar su análisis.

Miranda levantó la mirada, sonrió con ironía ante esa penetrante mirada suya. Le gustaba ver cómo giraban las ruedas en su cabeza, ¿no? —Creo que Usher lo hizo. —Dio una palmada en la mesa—.

Creo que tenía una rabia latente bajo la superficie que lo llevó a poner PCP en la bebida de Desirée en la carrera de obstáculos.

—¿Y tus razones?

—Él tenía motivo, un temperamento explosivo.

—Pero...

—Pero no puedo probarlo.

—No, no puedes.

—¿Te contó el Dr. Chaffee sobre el carácter de Usher? —Dejó su plato a un lado y se levantó para acercarse a ella.

—Sí. Dijo que tenían una "relación tóxica". Usher y Desirée discutían fuerte y a menudo. Pero era Desirée quien atacaba a Usher. Una vez destrozó una de sus pinturas. Y le arañó la cara muy mal.

—Y entonces estás pensando...

Ella asintió. —Venganza.

Él miró los papeles y se acarició la barbilla. —Esa es una forma de verlo.

Eso le quitó impulso. —¿Ves otra?

—Todavía existe la posibilidad de que realmente haya sido un suicidio, como concluyó la policía. —Tomó uno de los informes, lo estudió un momento y lo volvió a dejar—. O podría haber otro escenario para el que aún no hemos encontrado evidencia.

Ella frunció los labios. Paciente Parker. Por una vez, se alegraba de tenerlo para mantenerla a raya. Si esto hubiera sido hace un mes, podría haber buscado a Usher, haberlo encontrado y golpeado. Ya no. Era bueno tener pruebas sólidas antes de hacer algo así.

Él la observó por un largo momento, luego se colocó detrás de ella y comenzó a masajearle los hombros.

Oh, eso se sentía bien.

—¿Y qué hizo el Dr. Chaffee por ti?

Ella inclinó la cabeza con exasperación. —No mucho, Parker. Te lo dije. No me llevo bien con los psiquiatras. —Se pasó una mano por el pelo. Estaba enredado, como siempre—. No ayudan mucho.

Suavemente, él le apartó el cabello de la cara. —Aún no has encontrado al adecuado. —Con delicadeza, rozó sus labios contra su mejilla.

Su contacto la derretía, pero no podía cambiar su opinión.

Parker acarició con su boca el cuello dulce de ella, deseando colmarla de placer. Hacerla sentir cosas que nunca había experimentado. Hacerla sentir amada. —Probemos una habitación diferente esta noche —murmuró contra su deliciosa piel.

Ella inhaló, rindiéndose involuntariamente a su magia. —¿Qué tiene de malo la que hemos, eh, estado usando?

—Me gustaría un cambio. Algo exótico, creo. —Sus dientes apenas rozaron la línea de su mandíbula.

—¿Exótico? —Tragó saliva mientras un hormigueo plumoso bajaba por su columna.

Él le quitó el papel que sostenía y lo puso sobre la mesa. —¿Por qué no guardamos todo esto y pasamos un buen fin de semana juntos?

—¿Fin de semana? —Era viernes por la noche. No había pensado en cómo serían sus fines de semana. Además, no podía dejar este caso ahora mismo. Miró fijamente los papeles sobre la mesa—. Vaya, iba a preguntarte qué opinas de trabajar mañana.

Él dejó de besarla. —¿En sábado?

Ella se dio vuelta y le dio una dulce sonrisa. —Mi jefe paga bien. El doble.

Él levantó una ceja. —Parece que he creado una adicta al trabajo.

Ella levantó su dedo índice. —Otro tema para terapia.

—Muy bien. ¿Qué tienes en mente?

—La escena del crimen. ¿Crees que nos dejarían entrar a los terrenos de Steeplechase?

Él pensó un momento. —En realidad es una granja privada. Veré qué puedo arreglar. —Tomó su mano y la atrajo de nuevo, frotó su nariz contra la de ella, luego pasó su lengua por sus labios—. Pero esta noche, pensemos en otras cosas.

Con escalofríos bailando detrás de sus rodillas, ella cedió. —Está bien. —Dejó que él tomara su mano y la guiara hacia la escalera—. Pero solo esta noche.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Camino de un lado a otro de la habitación, mis sienes palpitando de temor.

Se están acercando. ¿Y si descubren mis secretos?

El miedo me ha mantenido despierto toda la noche. El sol está saliendo en el horizonte. Pronto sus rayos inundarán mi ventana con luz. Luz cegadora.

Paso mi mano por el damasco de la silla donde Desirée una vez se sentó. Es de un bonito azul lavanda. Ella amaba el color azul. Su cepillo de pelo descansa sobre el tocador. Lo recojo, lo acuno en mis manos como a un bebé. Somos uno ahora. Yo soy tú, Desirée.

Pero, ¿qué hay de Wade Parker? El solo nombre despierta en mí deseos de asesinato.

Y su asociada, Miranda Steele. Es demasiado audaz. Demasiado inteligente. Hace apenas unas semanas, salvó a esa niñita de ser asesinada. Si tan solo aquel bruto de su exesposo la hubiera matado.

Ella lo descubrirá todo pronto. Tengo que actuar antes de que lo haga. He pensado en un plan, pero ¿podré ejecutarlo? Nadie entenderá por qué lo hice. Si tan solo la gente me entendiera. Si tan solo me amaran.

Dejo el cepillo de nuevo sobre el tocador y me miro fijamente en el espejo. Sé lo que debo hacer. No será fácil. La última vez tampoco fue fácil. Sin embargo, lo hice. Y lo haré de nuevo. Haré lo que debo hacer. Lo haré.

A veces, es necesario que algunas personas mueran.

Y si soy cuidadoso, si mi plan funciona, Wade Parker y Miranda Steele estarán muertos antes de que puedan detenerme.

CAPÍTULO VEINTE

Increíble, las cosas que se podían hacer con una antigua mansión sureña —o dentro de una.

A la mañana siguiente, Miranda despertó mucho más tarde de lo que hubiera querido y se encontró recostada sobre un montón de coloridos cojines donde se había quedado dormida, demasiado exhausta para moverse.

La idea de "exótico" para Parker había sido una habitación grande de techos altos que parecía haber sido una alcoba del Taj Mahal. Un festín sensual en rojo y negro con madera de teca, llena del aroma de velas y flores de loto. El techo abovedado estaba pintado a mano con figuras sugestivas a lo largo de la cornisa dorada. Patrones decorativos de piel de tigre en rojo y dorado se extendían por las paredes, se repetían en la colcha roja y negra y en las pilas de cojines con borlas doradas sobre la enorme cama redonda.

El Sr. P y su decorador tenían una imaginación bastante traviesa. Y su hijo aprovechaba cada detalle.

Ah, lo que Parker podía hacer con esos cojines.

El talentoso hombre había inundado su cuerpo con deliciosas sensaciones durante horas. En un momento de la noche, ella había decidido que debió haber estudiado el Kama Sutra, y lo habría preguntado, pero había sido incapaz de hablar.

No recuperó completamente su capacidad vocal hasta que iban por la I-75 hacia el Condado de Bartow en camino a los terrenos del Steeplechase.

Mientras sorbía del vaso de café portátil que él le había dado, lo observaba por el rabillo del ojo y decidió permanecer en silencio un rato más.

Ahora despierta, a plena luz del día, tenía una pregunta diferente en mente. ¿Cómo demonios se había permitido sucumbir a los encantos de Parker anoche... otra vez? Desde que se había mudado a su casa ancestral, había pasado cada maldita noche con él. No había tenido tanto sexo desde... Nunca había tenido tanto sexo. Se estaba convirtiendo en una mala costumbre.

Bueno, no del todo mala, pensó, recordando los deliciosos escalofríos que podía provocarle solo con su lengua. Su boca se humedeció con el recuerdo. Mmm. ¿Cómo lo hacía? Se sacudió el pensamiento. No era su culpa que Wade Parker fuera el hombre más sexy y deseable que jamás había conocido.

Estar con Parker era un hábito divertido. Un buen hábito. Pero no uno prudente. Ni inteligente.

Lo que ella y Parker tenían juntos ciertamente no era como esas ocasionales aventuras sin sentido de una noche en las que solía dejarse llevar con un conocido de un sitio de trabajo o un compañero de tragos.

Lo que ella y Parker tenían no era solo sexo. Era una cálida cercanía. Un vínculo tierno. Una verdadera intimidad. Y sentimientos. Sentimientos intensos que te vuelan la cabeza. El tipo de sentimientos que venían con... compromiso.

Compromiso a largo plazo.

Supuso que era más tradicional de lo que creía. Pero sabía que esa cercanía, ese vínculo, esa intimidad, esos sentimientos —todas esas cálidas sensaciones— solo podían conducir a lo único que nunca podría permitir que sucediera.

Tarde o temprano, por más difícil que fuera, tendría que armarse de valor y terminar con Parker.

Cómo o cuándo, no tenía ni idea.

* * *

El cálido sol y el fresco aroma de los campos de hierba se sentían como un lugar de picnic de verano cuando llegaron a la extensa granja donde se había celebrado el Northwinds Steeplechase. Ya no estaban las multitudes, las carpas, los entrenadores con sus caballos. Excepto por algunos jinetes practicando saltos a lo largo de la pista y un par de personas observándolos, todo lo que quedaba

era el paisaje ondulado que parecía extenderse para siempre. Era como estar en otro mundo. Uno casi desierto.

¿Realmente habría algo aquí que incriminara a Usher en el asesinato de Desirée Langford? Si era así, Miranda estaba determinada a encontrarlo.

Parker subió a la pendiente herbosa que había servido como estacionamiento para el Steeplechase y miró a través del parabrisas. —Aquí estamos —dijo sin ceremonias.

Había estado inusualmente callado durante el viaje y Miranda se preguntó si sus pensamientos privados sobre la noche anterior habían estado emitiendo vibraciones indeseadas. Descartó la idea. Tenían trabajo que hacer.

—Parece que no necesitamos una escolta especial para entrar a los terrenos después de todo.

—El propietario me dijo que somos libres de ir donde queramos —Parker había llamado antes de salir.

Ella tomó los papeles que había traído y alcanzó la manija de su puerta. —Vamos.

—Yo me encargo —Parker apagó el auto y caminó para ayudarla a salir del coche. Ser un caballero era un reflejo automático para él. Como demasiadas cosas de Parker, ella estaba empezando a acostumbrarse. Y a que le gustara.

Sacó su maletín plateado de investigador del asiento trasero y se dirigieron al establo.

Miranda se alegró de haber dejado en casa su vestido y tacones esta vez. Hoy llevaba tenis, jeans y una camiseta. Se había recogido su rebelde cabello bajo una gorra.

Parker vestía pantalones de vestir color gris oscuro y una camisa gris claro que resaltaba atractivamente su tez, pero sin corbata ni saco. Supuso que para él eso era vestir informal.

El cálido aire de principios de verano se convirtió en brisa mientras se acercaban a los establos y los recibía el olor terroso de los caballos. Miranda había aprendido que los días soleados y brillantes eran la norma en Atlanta. Este no era la excepción.

Al acercarse a los refugios, se detuvo para mirar alrededor.

—¿Por dónde empezamos? —le preguntó Parker, como si no tuviera opinión al respecto.

Nuevamente le estaba cediendo el mando. Otra cosa que comenzaba a gustarle. La hacía sentirse inteligente, competente. Tomar el control de un caso se sentía natural. Como algo para lo que había nacido.

Abrió su carpeta y estudió una entrevista con uno de los entrenadores de Aquitaine Farms.

—La mañana del Steeplechase —leyó en voz alta—, Desirée Langford y el grupo de Aquitaine Farms llegaron al recinto alrededor de las diez para instalarse. La señorita Langford parecía estar de buen humor, riendo y bromeando con su equipo. El Dr. Kennicot llegó aproximadamente media hora después. —Bajó la carpeta—. Este testigo vio a Desirée y al veterinario tomados de la mano, conversando juntos, cepillando a los caballos.

Parker asintió mientras examinaba los establos ahora vacíos.

Miranda pasó la página y resumió: —Calypso estaba programado para la primera carrera. El equipo lo instaló a él y a los otros caballos inscritos en sus compartimentos. Luego, aproximadamente una hora antes de la carrera, Desirée y Kennicot fueron a comer algo en uno de los puestos.

Sacó el boceto del área. Siguiéndolo, caminó hacia el extremo opuesto del establo, luego midió unos cincuenta metros. Parker la siguió, observando atentamente.

—Aquí es más o menos donde estaba instalado el restaurante improvisado —dijo, señalando vagamente cuando llegó al área. Estudió el suelo. Ahora no había nada más que hierba—. Parece que el equipo de limpieza hizo un buen trabajo.

—Aún podría encontrarse algo. —Parker comenzó a moverse sobre el terreno, mirando hacia abajo como si examinara cada brizna de hierba individualmente.

Miranda consultó su carpeta nuevamente. Dio un paso, se dio la vuelta y se plantó en un lugar frente a los establos—. Si aquí es donde Desirée y Kennicot se sentaron, entonces el frasco vacío de PCP se encontró justo por aquí. —Señaló hacia abajo.

Parker se movió al lugar, se inclinó y examinó la hierba. Luego pasó su mano por encima—. Nada.

Como si nunca hubiera estado allí. Tal vez no estaba en el lugar exacto. Era solo una aproximación. Sacó otro informe de la carpeta —. Esta entrevista al camarero es la más detallada. —Leyó del documento—. Kennicot estaba bebiendo Bacardi, Desirée un daiquiri. Después de un rato, apareció Delta. El camarero escuchó a las dos mujeres discutiendo. Desirée le dijo a Delta que llegaba tarde. Y que sería la última vez que usaría un estúpido conjunto idéntico para el Steeplechase.

—Recuerdo que las dos hermanas se vestían igual todos los años.

Miranda pensó un momento—. Delta me dijo que era su tradición. Eso lo confirma. Parece que a Desirée no le gustaba el ritual. Pero su comentario no suena como si pretendiera que este fuera su último steeplechase.

—Quizás aún no había tomado la decisión final.

Miranda frunció el ceño—. ¿De suicidarse? ¿Y la nota de suicidio? Ya debería haberla escrito. Si es que fue ella quien la escribió.

—Cierto. —Suspiró, sumido en sus pensamientos—. El suicidio puede ser un grito de ayuda o una expresión de desesperación. Desirée podría haber estado jugando con la idea.

—¿En el límite?

Asintió—. Insegura hasta que algo la provocó.

—Algo que la empujó al abismo.

—Pudo haber sido así.

Miranda negó con la cabeza. Parker era el paradigma de la *Objetividad*, jugando al abogado del diablo, pero ella no lo creía. Tenía que haber una pista que señalara claramente a Usher. Estaba decidida a encontrarla.

Volvió a las páginas en su mano—. Las hermanas intercambiaron algunas palabras más afiladas, luego Delta se alejó y se sentó sola en otra mesa. Después de unos quince minutos, apareció Usher y se unió a Kennicot y Desirée. Kennicot le dijo que se fuera. Usher se negó. Los dos hombres se gritaron, luego Desirée le pidió a Kennicot

que les diera un momento. Él se levantó enfadado. Llamando a Usher sanguijuela, regresó a los establos.

—El mismo término que usó para referirse a él el otro día —observó Parker.

Buen punto. —Porque Desirée apoyaba su carrera artística —pasó una página—. Después de que Kennicot se fue, el mesero dice que Usher y Desirée "se pusieron cariñosos". Acercaron sus sillas y hasta comenzaron a besarse —Miranda resopló—. Para mí suena como una mujer que juega a dos puntas.

Parker esbozó una media sonrisa burlona. —Las hermanas Langford no son conocidas precisamente por sus escrúpulos.

Ella lo miró fijamente. En vez de algo sobre Desirée, ¿había encontrado una pista sobre la "historia desagradable" de Parker con Delta? Quería saberlo. —¿Tuviste alguna relación personal con Delta Langford?

Era raro ver sorpresa en el rostro de Parker, pero la vio ahora, la escuchó en su respuesta sarcástica. —Para nada.

—¿Y por qué odias tanto a esa mujer?

Con el viento jugueteando con las mangas de su camisa, su silueta adoptó ese aspecto imponente como el peñón de Gibraltar. No iba a darle una respuesta. —¿Ya terminaste con tu investigación?

—Para nada —repitió ella. Bueno, no lo presionaría ahora. Guardaría esa pregunta para más tarde.

Miró nuevamente sus papeles. —Desirée y Usher pidieron más bebidas. Desirée cambió a gin tonic. Usher pidió lo mismo. Varias rondas después, le pidieron un popote al mesero. Después de entregárselo, el mesero vio que Usher sacaba un espejo.

—Insuflación —dijo Parker con severidad.

Miranda asintió. —Estaban inhalando cocaína, aunque el mesero finge que no sabía lo que hacían. ¿Acaso creía que Desirée necesitaba el espejo porque tenía algo en el ojo? Otro testigo confirma que Usher y Desirée estaban haciendo rayas, pero otros lo negaron. No hubo suficiente corroboración para acusar a Usher de posesión de drogas.

Hizo una pausa para contemplar los extensos campos verdes, respirar el aire fresco y saludable. Todo parecía tan sereno y pacífico

aquí arriba. Vaya lugar para aspirar coca. Sonrió con sarcasmo. —Oye, ¿crees que nos encontremos con algún traficante en esta granja? ¿Tal vez uno o dos pandilleros?

—Altamente improbable.

Pasó otra página. —Después de "jugar" con el espejo un rato, Delta se acercó de nuevo. El mesero dijo que discutió con Desirée otra vez. Un segundo mesero dice que Delta estaba tratando de disculparse.

—Los testigos oculares pueden ser imprecisos.

—Claro, pero si Desirée se giró para hablar con Delta —Miranda torció su cuerpo para simularlo—, fue el momento perfecto para que Usher deslizara el PCP en su bebida.

Parker estudió su postura. —Posible.

—Muy posible.

—Ningún testigo vio el frasco.

—Cierto, pero la policía lo encontró. Y tenía rastros de polvo de ángel —volvió a mirar sus notas—. Delta parecía muy alterada. Se alejó de Desirée, corrió hacia el granero y desapareció entre la multitud —Miranda miró en esa dirección—. Así que la última vez que Delta habló con su hermana, habían discutido —sintió lástima por la mujer.

Parker no hizo comentarios.

Continuó. —Desirée y Usher se quedaron en su mesa y pidieron más bebidas, pero Desirée estaba de muy mal humor. Su conversación se volvió acalorada y emocional. Para entonces, ambos estaban bastante borrachos.

—Y drogados.

—Era hora de prepararse para la primera carrera, pero Desirée estaba llorando. El mesero la escuchó decir algo como: "Solo piensas en tu carrera". En ese momento, Desirée se levantó, llamó a Usher "maldito hijo de puta", se acabó su bebida de un trago y se fue a los establos para revisar a Calypso.

—Esa fue la bebida con PCP —dijo Parker solemnemente.

—Tenía que serlo. Entonces, ¿qué fue lo que la llevó a decidir suicidarse vertiendo PCP en su bebida? ¿Su pelea con Usher?

—Es una posibilidad.

—Patrañas —Miranda empezó a caminar hacia los graneros, como si fuera Desirée ese día—. Desirée se perdió entre la multitud, como Delta. Nadie la vio entrar al puesto de Calypso. Nadie volvió a ver a Usher hasta después del incidente. Yo fui la primera en verlo.

Parker hizo un gesto desde donde estaba parado. —Pudo haberse quedado en la mesa hasta que empezó el alboroto.

—O —gritó ella por encima del hombro—, pudo haberla seguido cuando dejó la mesa.

Parker se unió a ella en la entrada del granero. Miranda caminó hasta el puesto que había pertenecido a Calypso ese día. Miró dentro. Los tablones traseros habían sido reparados y parecía nuevo y limpio, como si nunca hubiera ocurrido nada grotesco y bizarro allí.

Miró el camino de tierra frente al edificio y señaló hacia la derecha. —Yo estaba allá, al otro extremo del granero, cuando Calypso tuvo su ataque. Dos hombres sacaron al caballo arrastrándolo de este puesto. Estaba coceando y relinchando furiosamente. Una multitud comenzó a formarse. Corrí hacia acá —se movió hacia el centro del granero—. Una mujer gritó, un hombre dijo que Desirée estaba en el puesto.

—Fue entonces cuando entraste.

—Sí. Vi el cuerpo e intenté ayudar, pero ella ya estaba muerta —Se estremeció ante el recuerdo.

—Y Usher apareció detrás de ti.

Ella asintió.

—Tiempo suficiente para llegar desde la mesa del restaurante.

Miró hacia el lugar. —No prueba que viniera de allí.

—O que no lo hiciera.

Ella hizo una mueca. —Sí, tienes razón. Usher podría haberse sentado allí, observándola con satisfacción. Después de haberle dado ese PCP, era solo cuestión de tiempo antes de que cayera muerta.

—Entonces no podría haber plantado la nota de suicidio.

Cambió su peso, incómoda con la implicación de Parker. —Podría habérsela dado antes. Y haberle dicho que no la abriera.

—Es posible.

El abogado del diablo comenzaba a ceder. —Bien, entonces llegó un guardia de seguridad y nos sacó a Usher y a mí del establo. Yo me moví hacia aquí —dio un paso en esa dirección—. La multitud había aumentado para entonces. Usher se abrió paso entre los curiosos y se marchó por ahí —señaló—. De regreso hacia las mesas del restaurante —Se preguntó adónde habría ido.

—De todas formas, fue más o menos aquí donde Delta me detuvo y me pidió ayuda —se detuvo en el lugar y exhaló con frustración—. Nada de esto es algo que no supiéramos ya.

Parker se acarició la barbilla. —Cierto —El sol estaba subiendo en el cielo y el calor aumentaba. Vio cómo le brotaban gotas de sudor en la frente.

—¿Quién se suicida en medio de una multitud? ¿Haciendo algo que amas? —comenzó a caminar junto al establo, tratando de imaginar la muchedumbre que había estado allí aquel día. Parker se quedó atrás para reexaminar el establo de Calypso.

Miró los establos contiguos donde habían estado los otros caballos. El heno cubría el suelo. Frente a los establos, el sendero de arcilla roja estaba endurecido por el tránsito de personas. Sin huellas de zapatos.

Llegó a la esquina donde comenzaba nuevamente el césped. Allí, una fila de arbustos había sido plantada a lo largo del lateral del establo. Algún decorador embelleciendo el lugar, o intentando mantener alejados a los niños. Miró fijamente las brillantes hojas verdes.

Contuvo la respiración. Algo ahí no era verde. No era una hoja. Se agachó y escudriñó el arbusto. Parecía un trozo de cuero. Color canela, caoba.

Miró más profundamente en la espesura sin tocar el arbusto. Una forma larga y delgada, como un palo con un extremo nudoso, estaba metida allí. Inclinó la cabeza y distinguió las elegantes letras doradas grabadas en la punta. "FJU". El informe policial decía que el segundo nombre de Usher era James. Menos mal, o sus iniciales serían "FU". Pero no. Eran "FJU".

—¡Parker! —gritó, con el corazón acelerado—. Creo que encontré algo.

Él trotó hacia ella. —¿Qué es?

Señaló hacia el arbusto. —Mira.

Él se inclinó, entrecerró los ojos mirando el seto. Luego sonrió. —Una fusta.

Exactamente lo que alguien podría haber usado para hacer que Calypso enloqueciera después de que Desirée, algo ebria, entrara al establo. —Mira el extremo.

Sus ojos grises brillaron bajo la luz del sol. —Excelente trabajo —Rápidamente, depositó su maletín plateado de investigador y lo abrió—. No la toques.

Ella puso los ojos en blanco. —Lo sé. He pasado Dactiloscopia 101, ¿sabes?

—En efecto. Con honores —Sacó una cámara digital de su estuche—. ¿Te gustaría hacer los honores?

—Claro —Tomó la cámara de él, la ajustó, y tomó fotos desde varios ángulos.

Le devolvió la cámara a Parker y él la cambió por un par de guantes de goma. Él ya tenía los suyos puestos.

Miranda se puso los guantes y lenta y cuidadosamente, retiró las hojas del arbusto y sacó el látigo de su escondite. Medía aproximadamente dos pies y medio de largo, hecho de cuero de primera calidad.

—La tengo —Sonrió radiante mientras deslizaba la fusta dentro de la bolsa de plástico larga que Parker sostenía abierta para ella.

La expresión de orgullo en su rostro la hizo hincharse de satisfacción. ¿Había atrapado a Usher? A ella le parecía que sí.

—Llevaremos esto de vuelta a la casa y le sacaremos las huellas —dijo él.

Ella sonrió victoriosa. —¿Qué estamos esperando?

CAPÍTULO VEINTIUNO

El Mazda gris plateado de Parker atravesó Kennesaw y bajó por la I-75 con la velocidad de un Aston Martin de James Bond. A medio camino de regreso a Buckhead, tomó su celular y ordenó una pizza para llevar de Mellow Mushroom. No había tiempo para restaurantes elegantes esa tarde. Recogieron su pedido, atravesaron el tráfico a toda velocidad y casi se pasaron algunos semáforos en rojo por el camino.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Parker entró al garaje lujoso de la mansión. Miranda agarró la pizza y se apresuraron a entrar por la puerta que conducía a la cocina. Ella dejó la caja sobre la estufa, mientras Parker llegaba detrás de ella y colocaba su maletín plateado de investigador sobre la gran isla de piedra en el centro de la habitación.

Él señaló hacia el maletín. —Adelante.

—¿De verdad te estás tomando en serio esto de dejarme al mando, verdad?

—Lo estás haciendo tan bien, ¿por qué parar ahora?

Ella no podía estar más emocionada. —Dame un par de guantes.

Él obedeció y con una sonrisa ansiosa, ella se los puso y sacó cuidadosamente la fusta de su bolsa de plástico, teniendo cuidado de no tocar el mango.

Mirando dentro del maletín de Parker, seleccionó un polvo fino y gris claro y esparció un poco sobre el mango del látigo. Sopló sobre la superficie y apareció una buena muestra. Genial.

Parker sostuvo la fusta firmemente mientras ella tomaba la cinta y levantaba una huella bastante clara del pulgar del mango. A solo una pulgada de distancia había una buena huella del índice. Esas

eran las únicas legibles, pero podía notar a simple vista que las formaciones de las crestas eran similares.

Sacó una tarjeta de respaldo negra del maletín, completó la sección de información con la fecha, hora y una breve descripción, y colocó cuidadosamente la cinta sobre ella. Levantó la mirada hacia Parker. Él llevaba esa expresión de orgullo que se estaba volviendo tan familiar. La emoción de esa mirada le llegó hasta los dedos de los pies.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella—. No tenemos un lugar para procesar las huellas.

Él tomó la tarjeta de respaldo que contenía su trabajo. —Ahora las pasamos por la base de datos.

—¿Base de datos? ¿Aquí?

Sonriendo astutamente, se dirigió al refrigerador y tomó un par de cervezas con su mano libre, señalando hacia la puerta del pasillo. —Sígueme.

Miranda agarró la pizza y lo siguió mientras cruzaba el pasillo de la planta baja, subía por la escalera tallada de caoba, recorría el pasillo superior y entraba en una habitación grande y abierta.

Sintió ganas de silbar cuando entró.

El espacio estaba acondicionado como una oficina. Una oficina muy elegante. Principalmente en blanco y negro, con elegantes acentos plateados, no tenía ventanas, pero contaba con iluminación de riel a lo largo del techo, junto con algunas lámparas de pie y de mesa con bases de color peltre y hojas onduladas. Contra las paredes había aparadores y estanterías de laca negra que exhibían libros, revistas y adornos decorativos. En un estante había un reloj de escritorio plateado, del tipo con números romanos y todos los engranajes internos visibles. Más cerca de la puerta había una mesa de café y un gran sofá de gamuza blanca, un acogedor rinconcito para descansar.

Pero lo que realmente llamaba la atención eran los tres escritorios de laca negra, cada uno con un enorme monitor de computadora de pantalla plana sobre él, con protectores de pantalla bailando alegremente.

Esto no parecía del gusto del señor P. Era todo muy elegante, muy sexy, muy típico de Parker.

Parker dejó las botellas de cerveza sobre posavasos de cuero en la mesa de café de laca negra. —Me tomé la libertad de hacer traer parte de mi equipo personal el otro día. Espero que no te importe.

—¿Importarme? —Miranda sonrió con ironía.

—Ya que esta es tu casa. —Señaló hacia una de las sillas giratorias de gamuza blanca en el escritorio más cercano a él.

—Ah, claro. ¿Qué guardaespaldas que se respete no necesita algunas computadoras de última generación a su disposición? —Colocó la caja de pizza junto a las cervezas en la mesa de café y se hundió en el asiento suave y mullido. No había pensado en lo que él había hecho con las cosas de su penthouse. Al parecer se estaba instalando. Eso era bueno.

Sus ojos brillaron. —Me alegra que lo veas así.

Ella miró la tarjeta de respaldo en su mano. —¿Y qué hacemos con esas huellas?

—Las procesamos. —Parker se acercó a una máquina escáner en el aparador y pasó la tarjeta por ella. Luego se sentó en el escritorio del medio, tecleó algo, y las huellas dactilares aparecieron en las tres pantallas. Presionó algunos botones más. Un nanosegundo después, los datos comenzaron a destellar y parpadear.

Se volvió hacia ella. —Tomará un tiempo encontrar una coincidencia, si es que hay alguna en la base de datos.

—Me parece bien. Las huellas de un consumidor de drogas tienen que estar ahí. Oye, esta pizza se está enfriando y me muero de hambre. —Abrió la caja y agarró una porción. Había querido pollo jerk, pero se conformó con la especialidad de la casa con todos los ingredientes cuando Parker hizo una mueca. Le dio un mordisco y gimió de placer. En este momento, sabía como filete mignon. No había comido desde que salieron de la casa esa mañana.

Parker tomó una botella de cerveza, la abrió y se la entregó. Le dirigió una sonrisa irónica. —¿Te he mencionado que te estás convirtiendo en una excelente investigadora, Miranda? Creo que naciste para este trabajo.

Su cumplido la hizo sentir un poco mareada, pero fingió ignorarlo. —Olvidaste el vaso —bromeó.

—¿Quieres uno?

—No —tomó la botella y dio un trago.

Parker abrió la segunda cerveza e hizo lo mismo.

Ella sonrió con picardía. —Nunca pensé que te vería bebiendo cerveza directamente de la botella.

—Es una habilidad difícil, pero creo que la he dominado.

Ella ladeó la cabeza mirándolo. —Así que no eres cien por ciento refinado, después de todo.

Él le dio una mirada de fingida incredulidad. —¿Qué te dio la impresión de que era refinado?

Ella se rio y dio otro trago. El líquido frío sabía maravilloso, especialmente después de horas caminando bajo el caliente sol de Georgia. Era espesa y oscura, con el punto justo de amargor. Miró la botella. —¿Qué es esta cosa?

Parker alcanzó una rebanada de pizza. —Stone Imperial Russian Stout —respondió mientras ella leía la etiqueta.

—Suena cara.

—Moderadamente. Unos nueve dólares la botella.

¿No era *cien* por ciento refinado? Beber cerveza cara directamente de la botella solo contaba quizás como un cinco por ciento. El otro noventa y cinco por ciento de Wade Parker era pura clase y sofisticación. Todo pulido y elegante, con un estilo irresistible. Aunque nunca era arrogante o pretencioso. Sorprendentemente, nunca la había hecho sentir menos que su igual, excepto las pocas veces que había impuesto su autoridad. Pero eso era en su capacidad profesional, así que lo perdonaba por ello. Más o menos.

Se limpió la boca. —Está buena. Mucho mejor que las marcas que yo bebo.

—¿Están cambiando tus gustos, Miranda? —preguntó con voz baja y provocadora.

Probablemente no estaba hablando solo de cerveza.

Ella se encogió de hombros, dio otro mordisco a la pizza y estudió la pantalla con atención. —Es genial tener un laboratorio

forense en tu propia casa —excepto que realmente no era su casa.

Levantó la mirada. Parker la estaba observando. —¿Qué?

Su sonrisa fue evasiva. —Tienes una línea fascinante entre tus ojos cuando te concentras.

Una extraña sensación, tan intensa como el picor de la rica y espesa cerveza, la recorrió. Se levantó y se trasladó al sofá, tomando otra rebanada de pizza. —El detective Judd solo nos enseñó métodos manuales de análisis de huellas.

—Los métodos manuales suelen ser demasiado lentos. Este es un software de reconocimiento de huellas que accede a un servicio nacional al que la Agencia está suscrita.

—AFIS. Servicio Automatizado de Identificación de Huellas Dactilares —no lo había usado en el trabajo, pero lo conocía por la televisión.

—Exactamente. Si Usher tiene antecedentes, encontrará una coincidencia. Si es que realmente son sus huellas.

—¿Sigues siendo escéptico, eh? Usher es un usuario. Tiene algún tipo de antecedente.

—Es lo que espero.

Miranda se recostó contra el suave ante del sofá, dio otro sorbo a la deliciosa cerveza y observó el parpadeo de las pantallas. Era realmente genial estar con Parker. Pero todo esto eran sus cosas. Igual que esta era realmente la casa de Parker. Quizás era hora de sincerarse sobre eso.

Pasó el dedo por el borde de su botella. —Eh, ¿sabes lo que dijiste sobre traer todo esto? —hizo un gesto vago hacia los muebles.

—¿Qué dije? —se movió desde la computadora y se sentó cerca de ella. La fijó con esa firme mirada gris suya.

Ella respiró hondo. Siempre era más difícil respirar cuando Parker se acercaba tanto. —Bueno, dijiste que era mi casa. ¿Cómo te sientes respecto a eso?

Él se inclinó más cerca, mirándola más profundamente, más sensualmente. —Tienes un poco de salsa de tomate en la comisura de la boca.

Antes de que pudiera hacer algo al respecto, él se inclinó hacia adelante y lo limpió con su lengua. Su respiración se cortó. De repente se sintió abrumada por el gesto erótico.

Sus labios cubrieron los de ella y el fuego se encendió. Ella se estiró y logró dejar su cerveza en la mesa de café sin derramarla. Luego, como si tuvieran mente propia, sus brazos se deslizaron alrededor del cuello de Parker y ambos quedaron tendidos en el sofá.

Mientras él comenzaba a tirar de su camiseta, levantó la cabeza, y ese breve respiro aclaró su mente lo suficiente para recordar lo que había estado tratando de decirle. —Eh, Parker.

—¿Sí? —murmuró, trabajando con su boca sobre su cabello—. Me encanta el olor de tu cabello. Fresco, como al aire libre.

—Necesito hacer una confesión.

—¿Ah, sí? —sintió que sonreía en su oreja mientras su boca se movía por sus pliegues.

Se estaba sintiendo mareada y sin pensamientos coherentes otra vez. Mejor soltarlo mientras aún pudiera hablar. —No lo decía en serio cuando le dije a tu padre que quería esta casa.

—¿No? —su voz resonó con fingida sorpresa. Obstinadamente, sus labios se movieron suavemente sobre su sien, a través de su línea de cabello.

Ella frunció el ceño. —No, no lo decía en serio. Fue como una estrategia.

—¿Una estrategia? —su respiración se volvió pesada mientras sus manos se deslizaban bajo su camiseta.

—Sí —tragó saliva, luchando por pronunciar palabras coherentes —. Una maniobra para hacerte volver aquí.

—Estoy impactado —sus labios le hicieron cosquillas en la mejilla y luego se movieron hacia su cuello.

—Tú lo sabías. Eso pensé.

Su boca fue a su hombro, enviándole pequeñas emociones por todo el cuerpo. —Nunca hubiera pensado que caerías tan bajo.

—Oye, amigo —dijo en un susurro ronco—. Lo hice por ti.

—¿Por mí?

—No podía verte perder la mansión familiar, tu herencia, solo por ese orgullo impulsado por testosterona entre tu padre y tú.

Él se rio mientras una de sus manos finalmente alcanzaba su pecho. Lentamente pasó las yemas de los dedos sobre ella. —Me alegro que lo hayas hecho.

Ella gimió con el intenso placer de su tacto. Parker era como un delicioso trozo de chocolate al que no podía resistirse. Intentó decir que no. Sabía que arruinaría su dieta, pero era simplemente demasiado tentador.

—¿Alegre? —balbuceó.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos. —Significa que te importo. Genuinamente.

—¿Entonces lo del guardaespaldas...?

Él se rio con oscuridad. —...fue mi estratagema.

Pero ella nunca había caído realmente. —Bastante transparente para un detective experimentado.

—Funcionó, ¿no? —Él le levantó la camisa completamente, bajó hasta sus pechos e hizo cosas con su lengua que hicieron que su mente girara totalmente fuera de control. Suavemente, bajó el cierre de sus jeans, alcanzó entre sus piernas y tocó su punto sensible.

Ella gimió aún más indefensa esta vez. Sí, la estratagema funcionó. Consiguió lo que quería. No era justo. No la dejaba pensar con claridad. Pero él había dicho que ella se preocupaba, y supuso que tenía razón. Sí le importaba. Si tan solo pudiera permitirse admitirlo. Pero ya no podía pensar más. No podía hablar. Parker la estaba inundando con sensaciones demasiado deliciosas para describirlas con palabras. Sus ojos revolotearon mientras el alivio la recorría. Fuerte, largo, como si nunca terminara. Pero entonces sí terminó, y mientras la sensación disminuía y ella respiraba profundamente, escuchó un sonido extraño. Un pitido.

Giró la cabeza y abrió los ojos. El monitor de la computadora estaba parpadeando.

Con un beso en su mejilla, Parker se retiró y se levantó. —Tenemos un resultado.

—Simultáneo —débilmente se subió la ropa interior y se puso de pie.

Parker se sentó en el escritorio y miró la pantalla. —Usher fue arrestado en el Condado de DeKalb hace seis años por posesión de marihuana.

Ella se sentó en una silla junto a él. —¿Eso es todo? Ha consumido desde entonces. Ha usado cocaína. Debe tener contactos con traficantes.

—Probablemente se ha vuelto más cuidadoso con los años.

—¿Entonces esas son sus huellas en la fusta de montar?

—Lo son.

—¿Y son las únicas en ella?

—Correcto.

Se quedó mirando los datos en la pantalla. Para ella, esta fusta probaba que Usher era quien había provocado tanto a Calypso. Después de haber servido bebidas a su ex esposa, darle una línea de cocaína y una dosis fatal de PCP, no pudo resistirse a terminar con ella mediante un ataque vicioso.

—Así que Usher estuvo allí mientras Desirée estaba en el establo y azuzó a Calypso con esa fusta hasta ponerla frenética. Que usara su caballo favorito para hacerlo solo subraya sus sentimientos hacia su relación con Kennicot. Y probablemente también hacia su carrera.

—Objetividad, Miranda —murmuró Parker en esa voz baja—. Esta evidencia sigue siendo circunstancial. No prueba el escenario que acabas de describir.

Ella alcanzó el expediente del caso de Desirée, hojeó furiosamente los papeles. —Los entrenadores no mencionaron ninguna marca de látigo en Calypso. Nadie pensó en preguntar al respecto tampoco —Con un gruñido, se levantó y comenzó a caminar. Se pasó las manos por el pelo. Era un desastre—. ¿Qué hacemos ahora? Hemos hablado con Kennicot, estudiado a fondo este archivo policial, incluso hemos estado en la escena del crimen —Volvió a la pantalla de la computadora, tratando de extraer más información de ella—. Si tan solo hubiera habido huellas en ese frasco de PCP. O marcas en Calypso. Si tan solo supiéramos quién era el proveedor de Usher —Comenzó a caminar de nuevo, luego se detuvo—. ¿De dónde sacó Usher el dinero para comprar tanto PCP?

—Desirée todavía lo mantenía.

—¿Así que usó su propio dinero para matarla? Ese bastardo enfermo.

Parker tenía una mirada distante en sus ojos. —Una confesión del artista sería nuestra mejor apuesta en este momento.

Ella resopló. —¿Y cómo diablos vamos a conseguir eso?

Parker se levantó y fue al escritorio de la derecha. Abrió un cajón, sacó algo de él y se lo entregó.

Miranda miró hacia abajo y vio dos tarjetas rectangulares con un diseño naranja rojizo y letras elegantes. "La Galería Brentwood presenta 'Un Momento en el Tiempo' de Ferraro Usher, en memoria de la difunta Desirée Langford. Diez en punto." Levantó la mirada hacia Parker. —¿Entradas?

Él sonrió con su más sofisticada sonrisa. —¿Te sientes con ánimo para una exposición de arte esta noche?

—¿Una exposición de arte? ¿Esta noche? —Parker realmente era algo especial. Ella movió la cabeza de arriba a abajo en un gesto exagerado—. ¡Genial!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Tenían que ir de compras nuevamente. Según Parker, nada en el armario de Miranda era adecuado para una pretenciosa exposición de arte, así que fueron a Phipps Plaza. Miranda detestaba buscar ropa, pero a Parker parecía gustarle elegir cosas para ella. Sus opciones eran tan numerosas, tan ultra-glamorosas, tan poco-ella, que después de una hora, estaba lista para escupir y maldecir.

Divertido por su reacción, Parker finalmente seleccionó un corto vestido de cóctel de gasa negra con escote redondo y espalda descubierta.

—Ahora sí me gusta —suspiró ella, a pesar de su irritación.

—Es de muy buen gusto, ¿no crees?

—Sí, ese es el indicado. ¿Ya terminamos?

Parker le dio esa mirada de autosuficiencia. —¿Y los zapatos?

—Ay, no —qué difícil era ir de compras con un hombre sofisticado.

Estudiándose en el espejo de cuerpo entero en la habitación principal después de volver a casa, Miranda pensó que había hecho la elección correcta —de los cinco nuevos atuendos en colores variados que Parker le había comprado. Le gustaba el efecto de este pequeño vestido negro, aunque tuviera que usar los zapatos Zanotti de ocho centímetros. Excepto por las cicatrices que marcaban el área justo encima de su escote.

Gruñó mientras aplicaba otra capa de maquillaje sobre las heridas en proceso de curación. —Todo el aceite de vitamina E y la manteca de cacao del mundo no borrarán estas.

Parker se acercó por detrás y le besó el cuello. —El detective Judd dice que las cicatrices son una marca de honor.

Ella siseó entre dientes, a pesar de los escalofríos que su boca le enviaba por la piel. —El detective Judd no tiene que llevar un vestido escotado a la exposición de Usher esta noche —aunque suponía que Judd tenía su buena cantidad de cicatrices y heridas. Y sabía que Parker también las tenía. Las había visto, tocado cuando hacían el amor. Una en la parte inferior del abdomen, otra a lo largo de su omóplato derecho. No había preguntado quién se las había hecho.

Riendo, Parker la estudió en el espejo un momento. —Quizás esto ayude a cubrirlas —extendió la mano y le colocó algo alrededor del cuello.

Miranda tragó con dificultad. ¿Perlas? Nadie le había regalado perlas antes.

Un hilo rosado, el otro de un azul verdoso que resaltaba el color de sus ojos. Preciosas. Atónita, levantó una mano para tocarlas. —¿Qué son estas? Y no digas "perlas". Eso ya lo veo.

Sus ágiles dedos abrocharon el cierre. —Perlas *tahitianas*. Pertenecieron a mi madre.

—¿A tu madre? —susurró Miranda. No conocía los detalles, pero la madre de Parker había fallecido hace algún tiempo. Este collar debía ser muy especial para él. La vergüenza le erizó la piel. Ciertamente no podía quedárselas—. Entonces, es un préstamo para esta noche. ¿Verdad?

Vio un destello de dolor cruzar su rostro, luego él se puso tenso. —Por supuesto. Un préstamo para esta noche —retiró sus manos y se alejó de ella—. Aunque como asisto a muchas galas benéficas, puede que no sea la última vez que las uses.

Fue un momento incómodo. Ella esperaba que se enojara, pero no lo hizo. Rara vez se enojaba con ella, a menos que lo provocara. Todo lo que había recibido de Parker era comprensión y compasión. Sabía que él se preocupaba profundamente por ella.

No era justo para él. Ella no podía corresponder sus sentimientos. No podía sentir algo tan profundo por otra persona después de lo que León le había hecho. No era capaz de hacerlo. Las intensas emociones que Parker despertaba en ella eran solo una emoción temporal. Como el enamoramiento adolescente por una estrella de rock. No real. No duradero.

No quería compromiso. No quería un hombre en su vida. Y sin embargo, aquí estaba, viviendo con Parker en su mansión. Quién lo diría.

Miró el reloj. —Mejor nos vamos.

Él asintió y la escoltó en silencio hasta el auto.

* * *

La Galería Brentwood resplandecía con farolas y reflectores cuando Parker se detuvo en su ardiente Lamborghini azul medianoche y entregó sus llaves a un valet. El lugar en sí parecía modesto. Un edificio moderno de tres pisos en una calle residencial que salía de Peachtree Road.

Pero evidentemente, el personal sabía cómo montar un gran espectáculo, pensó Miranda, mientras un segundo valet abría su puerta, y ella salía y tomaba el brazo que Parker le ofrecía.

Un escalofrío se anudó en su estómago mientras subían los ásperos escalones de piedra hacia la entrada y entraban. Tenía que admitir que estaba emocionada de estar en este elegante evento. No por el arte contemporáneo, sino porque esta noche podrían atrapar a este egoísta artista.

En el interior encontró un laberinto de paredes blancas, con cuadros bien iluminados colgados cada metro y medio más o menos. Una suave música de guitarra sonaba de fondo. El aire olía a entremeses elegantes y al perfume costoso de los asistentes. En las numerosas esquinas, extrañas esculturas se exhibían en pedestales. La mayoría eran formas amorfas y brillantes de colores vivos, que hacían pensar a Miranda que el arte trataba más sobre conexiones que sobre talento.

Había una multitud moderada de personas paseando, estudiando las pinturas. No reconoció a nadie, aunque Parker saludó brevemente a algunos. Jóvenes de edad universitaria vestidos con uniformes negros de seda de estilo oriental con ribetes rojos, se movían por las salas llevando bebidas y aperitivos en bandejas plateadas.

—No veo a Usher por ningún lado —murmuró a Parker en voz baja cuando estaban en la tercera fila de pinturas.

Él dejó de pasear y se frotó la barbilla. Con su cabello entrecano, su corbata de seda azul y su traje negro, que ella había descubierto esa noche que era Ralph Lauren, se veía exquisitamente elegante. —Separémonos —dijo—. Nos encontraremos de nuevo en esa estatua en media hora.

—Buena idea. —Echó un vistazo casual a su reloj, luego señaló hacia una esquina—. ¿La mancha azul brillante que parece un gran frijol de dulce?

Él sonrió. —Esa misma.

—Entendido. —Se dirigió hacia la derecha, mientras Parker volvía en la dirección por donde habían venido.

Tocándose distraídamente las perlas del cuello, examinó los abstractos mientras avanzaba, tratando de obtener alguna perspectiva sobre la mente de Usher. Sus pinturas eran extrañas y salvajes, sus lienzos llenos de violentos remolinos de rojos intensos, dorados y azules. Todo en un estilo agitado e inquieto. Los caballos y las mujeres parecían ser sus temas favoritos, todos en los mismos colores feroces.

Dobló una esquina y escuchó a un hombre hablando español. Por un momento pensó que podría ser Antonio Estavez, el hijo sustituto de Parker, pero luego se dio cuenta de que la voz no era tan refinada. Se quedó quieta, observando a un hombre con ojos penetrantes, cabellos negros, brillantes con gel para peinar, apilados sobre su cabeza, y vello facial oscuro que rodeaba su boca y daba a su barbilla un aspecto afilado y amenazador. Como el diablo.

Llevaba pantalones negros y una chaqueta. Su camisa, también negra, estaba abierta en el cuello y llevaba varias cadenas de oro de aspecto pesado alrededor del cuello. Estaba hablando en voz baja con otros dos hombres hispanos.

Uno delgado y de aspecto llamativo con una camisa dorada de paisley, el otro, vestido con ropa oscura, con un labio prominente y un cuerpo grueso y pesado, que lucía una gorra negra de lana.

No parecían conocedores de arte. Parecían... miembros de una pandilla. ¿Qué estaban haciendo en una galería de arte?

El tipo de la perilla parecía ser el líder. ¿Sería... el traficante de drogas de Usher? Parecían concentrados en algún negocio que tenía

poco que ver con el arte. Tal vez habían venido a hacer un intercambio. Tal vez habían venido a cobrar. El líder echó hacia atrás su abrigo un poco y ella creyó ver la empuñadura de una pistola. Un escalofrío recorrió su espalda.

Por suerte, no la vieron. Después de un momento, el líder asintió, y el grupo se dirigió hacia la puerta. Si estaban aquí por negocios turbios, se lo había perdido.

Quería seguirlos hasta la salida, pero entonces nunca encontraría a Usher. ¿Dónde estaba el artista melancólico?

Frustrada, se dio la vuelta y se dirigió al siguiente pasillo. Dio unos pasos y se detuvo.

Al final de la pared había un cuadro grande, de unos tres metros de alto. Era todo naranjas ardientes y rojos flamígeros, como llamas tan abrasadoras que casi podía sentir su calor. Se acercó para examinar el rostro. Era horroroso. Una mujer envuelta en un vestido ardiente. Esos ojos. Esa expresión, a medio camino entre la lujuria y el odio, parecía casi... despiadada.

Pero ese rostro, esos ojos eran inconfundibles. Desirée Langford.

—No la tomaba por el tipo de persona interesada en arte, señorita Steele.

Se dio la vuelta, reprimiendo un grito al ver a Usher de pie detrás de ella, perfectamente vestido, engreído y lleno de sí mismo. Nada de luto ahora.

Su objetivo para la noche llevaba un traje azul oscuro de aspecto conservador. Su cabello rubio platino hasta los hombros estaba cuidadosamente peinado. Esta noche, su barbilla no mostraba rastro de barba.

Sostenía una copa de champán en sus largos y finos dedos. Jugueteando con ella, la miraba con esos grandes ojos color alga marina que habían estado tan llenos de conmoción y dolor el día que murió Desirée.

Se ordenó a sí misma relajarse y sonrió. —Me interesan todo tipo de cosas, señor Usher. Escuché que tenía una exposición y pensé en venir a ver su trabajo.

Él asintió con altivez, como si acabara de hacerle un gran cumplido.

Por el rabillo del ojo, vio a Parker en la fila siguiente, fingiendo examinar una escultura que se parecía a una gran muela con manchas verdes. Había estado siguiendo a Usher. Se moría por saber si había visto al artista con los tres hombres que parecían pandilleros.

En su mano tenía un folleto que había recogido al entrar. Le dio una idea. —De hecho, me pregunto si podría conseguir su autógrafo.

Inclinó la cabeza y la miró detenidamente, como si estuviera considerando si podía confiar en ella, pero su ego ganó la partida. —Por supuesto —sacó un bolígrafo de su bolsillo de la camisa, tomó el folleto y se acercó a una pequeña mesa junto a la pared cercana. Garabateó algo en él y se lo devolvió.

Miranda examinó el folleto. *Para la Srta. Steele. Que sus días estén llenos de belleza. Ferraro Usher.* Perfecto. —Gracias.

Él miró la pintura que ella había estado contemplando. —¿Estaba admirando mi Medea, señorita Steele?

—¿Su *Medea*?

Con naturalidad, Parker se colocó entre ellos. —¿Medea de la mitología griega? —preguntó—. No pude evitar escuchar.

Usher se veía inquieto, le lanzó una mirada de sospecha a Miranda y volvió a mirar a Parker. —Buenas noches, señor Parker. Son dos personas que nunca esperé ver en mi exposición esta noche.

Parker le dio una sonrisa relajada, como si pensara que eso era un cumplido. —¿Decía usted? ¿Sobre su pintura?

—Ella fue mi inspiración, la Medea de las leyendas griegas. Esposa de Jasón.

Miranda recordaba vagamente la historia de la clase de literatura en la secundaria o quizás de alguna película antigua. —¿Jasón? ¿El tipo que fue tras el Vellocino de Oro?

—Así es —asintió Usher—. Pero nunca lo habría conseguido sin la ayuda de Medea.

—Era una bruja —Parker observó la pintura.

—Ah, puedo ver que mis nuevos patrocinadores son muy astutos —Con su copa de champán, Usher señaló hacia la obra con hambre en sus ojos. Su voz adquirió un tono soñador—. Tenía poderes

místicos, mágicos, y cuando el dios Eros hizo que se enamorara perdidamente de Jasón, usó esos poderes para ayudarlo a conseguir lo que quería.

Como Desirée había ayudado a Usher a conseguir lo que él quería.

—Pero Jasón traicionó a Medea —dijo Parker secamente.

La historia le iba volviendo a la memoria. —Se casó con otra persona, ¿no es así?

Usher miraba fijamente el cuadro, como si estuviera en un trance autoinfligido. —Abandonó a su verdadero amor por un matrimonio político.

Como Desirée había abandonado a Usher por Kennicot.

—No tenía corazón —dijo Usher—. Medea se arrojó a los pies de Jasón, suplicándole que volviera con ella. Pero él se negó.

Como Desirée se había negado a volver con Usher cuando él se lo suplicó. —El muy desalmado.

—Según cuenta la historia, Medea enloqueció. Al final, su única opción fue la venganza.

—¿Venganza? —Aquel ardiente resplandor rojo ciertamente parecía una revancha.

El pecho de Usher casi jadeaba. —Medea envió a la prometida de Jasón un hermoso vestido como regalo de bodas. Pero la prenda tenía un hechizo. Cuando la novia se puso el vestido, este estalló en llamas y la consumió, quemándola hasta la muerte.

Miranda miró hacia arriba, al cuadro. ¿Un caso de vida imitando al arte? Daba un nuevo significado a la frase *vieja llama*. —En su cuadro, parece que es Medea quien lleva el vestido de fuego.

Usher esbozó una sonrisa corta y autosatisfecha. —Es mi pequeño giro en la historia.

Ajá. —¿Es así como veía a su difunta esposa, Usher?

Usher se erizó. —¿Qué quiere decir?

Él había estado furioso con Desirée por dejarlo. Las pasiones desatadas en esa pintura parecían suficientes para matarla. Ella inclinó la cabeza y se llevó un dedo a la barbilla. —El rostro es muy reconocible. Es un buen retrato de ella. Después de todo, esta exposición es en su memoria, ¿no?

Usher se giró lentamente y miró a Miranda con una extraña expresión. —El rostro de Desirée tenía rasgos interesantes. Usé su imagen en muchas de mis obras. Ella siempre me alentaba a interpretar las cosas a mi manera. Libertad artística, ya sabe.

—¿Ah, sí? —Y él había destruido ese interesante rostro en el Steeplechase para que Kennicot no pudiera tenerlo—. ¿Esa libertad incluye inhalar cocaína y consumir polvo de ángel?

Usher hizo un lento sonido sibilante como una tetera. Parecía que estaba a punto de morderla. —No tengo por qué escuchar esto.

Parker se acercó al hombre y habló en un tono bajo y peligroso. —Quizás le interese saber que en nuestra investigación sobre la muerte de su ex esposa, hemos encontrado evidencia incriminatoria.

Usher se llevó una mano al pecho. —¿Evidencia que me incrimina a *mí*?

Parker simplemente le dio un sombrío asentimiento.

Usher apretó las manos, las abrió y cerró como si estuvieran demasiado húmedas para soportarlo. Miró frenéticamente alrededor de la sala. —Por favor, mis patrocinadores —señaló hacia la distancia —. Vamos a un lugar donde podamos hablar en privado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Los condujo a una escalera que los llevó tres pisos arriba, a un espacioso loft escasamente amueblado y desordenado con lienzos y caballetes. El área grande y abierta parecía servir tanto de vivienda como de estudio. Un escritorio gastado en la esquina estaba cubierto de pinceles, paletas y tubos de pintura. Un único sofá se encontraba al fondo, detrás de una mesa de centro llena de comida rápida a medio comer, todavía en sus envolturas.

Mientras cruzaban la habitación, con sus tacones resonando contra el piso de madera, Miranda olfateó, solo para ver si podía captar algún aroma de marihuana. Pero los únicos olores eran de pinturas al óleo, trementina y whisky rancio.

Bajo el desorden general, el lugar era elegante. Pisos de madera. Chimenea. Una pequeña cocina con detalles de pizarra y piedra caliza. El alquiler debía costar una fortuna. Dinero de Desirée, apostaba ella.

Pero lo que más destacaba eran las imágenes de Desirée Langford.

Estaban por todas partes. Desirée montando a caballo. En un campo de margaritas. Desnuda en una gran cama con dosel. Los retratos de diversos tamaños ocupaban la mayor parte del espacio. Parecía bastante una obsesión.

—Bastantes pinturas de la señorita Langford —observó Parker cuando llegaron a la cocineta al fondo de la vivienda.

Usher hizo un gesto con la mano, señalando grandiosamente hacia los lienzos—. Mi difunta esposa inspiró gran parte de mi trabajo. Para mí, era más que una mujer. Era una hechicera. Mi Medea, como intenté explicar abajo. Tentadora, seductora.

¿Bruja vengativa? se preguntó Miranda, considerando las obras. La expresión de Desirée en estas imágenes era decidida, pero no tan intensa como en la pintura de Medea de abajo. La mujer en aquel cuadro tenía maldad en los ojos. Estos eran más dóciles, más dulces. Quizás Usher los había pintado antes de que ella lo dejara por Kennicot.

El artista tomó una botella de bourbon de Kentucky del mostrador de granito—. ¿Alguno de ustedes desea tomar algo?

Miranda negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo Parker.

—¿Usted y Desirée vivían aquí? —preguntó ella.

Usher sacó un vaso bajo del gabinete, algo de hielo del refrigerador, y se sirvió un poco de whisky. Tomó un trago—. Nos mudamos hace unos tres años cuando abrió la galería. He tenido muchas horas productivas aquí.

Ella caminó hacia la imagen más cercana. Una de Desirée en un caballo castaño. ¿Podría ser Calypso?—. ¿Posaba para usted?

—Oh, sí —sus labios se crisparon, pero había orgullo en su tono.

—¿Incluso después de que ella, eh —agitó la mano, como si buscara la palabra correcta—, comenzara a *quedarse* con Kennicot?

Él se presionó los dedos en la sien, el nombre de Kennicot debió haberle provocado una migraña instantánea—. Desirée estaba interesada en mi trabajo. No importaba cuán turbulenta se volviera nuestra relación, ella siempre estaba dispuesta a posar para mí.

Miranda jugueteó con las perlas en su cuello—. Pero su trabajo estaba en Aquitaine Farms.

Él se pasó una mano por su largo cabello, tomó un trago de bourbon y asintió—. Incluso cuando estábamos casados, ella vivía allí parte de la semana.

Y desarrolló su relación con Kennicot allí. Miranda se volvió para enfrentarlo, balanceándose sobre la punta de sus pies—. ¿Vivieron ustedes en Aquitaine Farms el resto del tiempo que estuvieron casados? ¿Antes de mudarse aquí?

Los ojos verde alga de Usher se volvieron sombríos—. Comenzamos allí, pero no funcionó para nosotros. Nos quedamos

solo unos pocos años. Unos años difíciles —tomó otro trago de su bebida, luego la dejó con un profundo suspiro.

Miranda dio un paso hacia el mostrador—. ¿Por causa de Kennicot?

Él se concentró en ella, reprimiendo una mueca de desprecio—. Por causa de los Langford. Nunca me llevé bien con ellos. Su hermana me detestaba. Su padre pensaba que yo estaba por debajo de ella. Me llamaba su "debilidad". Me veía como un pasatiempo de la hermosa heredera. Ella se divertía manteniendo al pobre artista hambriento.

Usher rodeó el mostrador, comenzó a caminar por el suelo, su mano libre cerrándose y abriéndose en ese gesto agitado que Miranda había visto antes. Estaba mintiendo sobre algo.

—Pero Desirée me entendía. Ella creía en mí. Cuando nos mudamos aquí, la gente comenzó a reconocer mi talento. No podría haber tenido éxito sin ella.

Lo mismo que pensaba Delta—. Así que era su fuente de ingresos.

Su labio se curvó—. ¿Cómo se atreve a decir algo así? Yo amaba a Desirée. Ella era mi vida.

O su obsesión.

Usher tomó su bebida y caminó hacia una pared donde había cinco o seis retratos de su difunta esposa, de veinte por veinticinco centímetros. Se pasó una mano por el cabello y miró fijamente las imágenes.

—Desirée era una maravilla —susurró las palabras como si acabara de ver una aparición del Cielo—. Estoy seguro de que ambos saben que era una de las mejores criadoras de caballos del país. Ella no creía en estudiar genética, genomas, marcadores y todo eso. Era tan intuitiva, tan fluida. Era un desafío capturar su esencia. Entendía a los caballos. Sus peculiaridades, sus rasgos. Podía mirar a un semental y una yegua y predecir si su potro sería un ganador. Y cuál potro. La mayoría de las veces, acertaba.

Parker se quedó observando a Usher, con los brazos cruzados. Una vez más, le dejaba el interrogatorio a ella. Pero Miranda podía notar que estaba listo para saltar si las cosas se ponían difíciles.

—Lástima que Desirée no fuera tan buena prediciendo a las personas.

Usher salió de su ensimismamiento y miró con furia a Miranda. —¿Qué quieres decir? Tenía muchos amigos.

—¿Es por eso que terminó muerta en el Steeplechase?

Usher apretó los dientes, regresó a la cocina y se sirvió más bourbon en su vaso. —La policía dijo que fue suicidio, señorita Steele. ¿Por qué eso no es suficiente para usted?

Miranda pasó la mano por la encimera, observó los gabinetes, el refrigerador de acero inoxidable. —Suicidio por sobredosis de PCP. ¿De dónde lo sacó?

Él la miró fijamente, incapaz de responder por un momento. —No tengo idea —levantó el vaso a sus labios.

—Testigos la vieron llenando de tragos a Desirée y aspirando cocaína con ella media hora antes de que muriera.

Él bajó su vaso, con el rostro enrojecido. —Usted no es de la policía. No tengo que decirle nada —su tono goteaba desdén.

Miranda dio un paso hacia él. —No, pero podemos compartir lo que sabemos con la policía.

Usher soltó una risa arrogante. —¿Qué saben ustedes?

Todavía no, pensó Miranda. —Sabemos que tanto usted como Desirée eran consumidores.

Con un resoplido, Usher tomó su bebida nuevamente y se dirigió al área del estudio. —Desirée era quien siempre quería experimentar —se detuvo en medio de la habitación y se llevó una mano a la cabeza. Sabía que ella lo tenía acorralado en este punto—. Decía que las drogas la ayudaban. Tenía un historial de depresión. Estaba en terapia. Debería hablar con su terapeuta, el doctor Chaffee.

—Ya lo hice.

Él giró para enfrentarla, sus ojos brillando de ira. —Entonces debería entender por qué se quitó la vida.

Ella cruzó los brazos. —¿Pero por qué con PCP? ¿De dónde lo consiguió?

Su labio superior se curvó con irritación. —De Kennicot. Se lo dije en su funeral.

Miranda avanzó hacia él. —También hablamos con Kennicot, Usher. Él no consume PCP. Pero nos dijo que Desirée lo dejó a usted por él. Que ella estaba enamorada de él desde que era adolescente. Eso le da un motivo. Celos.

—¿Qué? —jadeó.

—Ya sabe. ¿El viejo "si no puedo tenerla, nadie más la tendrá"?

Agitado, Usher comenzó a recorrer la habitación otra vez. De un lado a otro. Al escritorio. Al sofá. Hacia otra hilera de caballetes que sostenían lienzos más grandes con la imagen de Desirée.

Miranda decidió plantarse junto al escritorio. Mientras se acercaba, miró hacia la superficie desordenada llena de materiales de arte y vio que uno de los cajones estaba entreabierto. Dentro, relucía la empuñadura de una pistola. Su pulso se aceleró.

Parker se acercó por detrás, también la vio. Sus ojos se agrandaron por un instante, pero no mostró otra señal de alarma. Estaba tan tranquilo como si estuviera observando nubes flotar por el cielo.

Usher se ponía más tenso cada minuto. Inquieto, cambiaba su peso de un pie a otro. —No sé por qué hizo lo que hizo, señorita Steele. Desirée tenía toda una vida por delante. Pero como dije, tenía problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Por Dios, debería saberlo si habló con Chaffee —ahora estaba gritando—. Problemas con su padre. Con su hermana, Delta.

Miranda fingió ignorancia. —¿Qué tipo de problemas?

—El tipo que tienen las hermanas. En serio, señorita Steele —su voz se quebró con emoción—. ¿Cómo puede ser tan insensible en un momento como este? Solo ha pasado una semana desde que se fue.

Por un instante, una punzada de culpa la atravesó. ¿Estaría Usher diciendo la verdad? ¿Sería solo un amante desconsolado y rechazado que había quedado atrapado en un extraño triángulo amoroso? No, aunque fuera circunstancial, tenían evidencia. Si alguien debía sentirse culpable, era este tipo.

Inhaló para calmar sus nervios. —Y sin embargo está listo para realizar una exhibición.

Su boca se abrió de golpe. —Estaba planeada desde antes de su muerte. Yo quería... esperaba...

—¿Que volviera con usted? —Como si centrarse en sí mismo y en su trabajo fuera a resultarle irresistible a ella. Qué imbécil arrogante. Se aventuró a dar otro paso hacia él—. ¿Es eso sobre lo que discutían en el Steeplechase?

Un temblor recorrió todo su cuerpo. —Usted no es policía. Ni siquiera debería estar hablando con usted.

—Desirée se negó, ¿verdad? Incluso con esta exposición de arte, lo rechazó. Usted estaba devastado. Herido. Furioso, lo suficiente como para matarla.

—¿Cómo puede hacerme esto? ¿Cómo puede ser tan cruel? —los miró con furia, primero a ella, luego a Parker—. Salgan de aquí.

Nadie se movió.

Con un movimiento repentino, Usher se lanzó hacia el escritorio. El corazón de Miranda se disparó hasta su garganta. Iba por la pistola.

Pero en lugar de eso, con un violento barrido de ambos brazos, arrojó todos los materiales de arte del escritorio. Tubos, paletas, pinceles, todo cayó estrepitosamente al suelo. La pintura se derramó sobre la madera. El olor a óleo se intensificó. —Yo no maté a Desirée —gritó Usher, como si estuviera al borde de un colapso—. La amaba. La adoraba. Déjenme en paz. Salgan de mi estudio.

Comenzó a llorar.

Lágrimas de cocodrilo. Miranda se abalanzó, acercándose a su cara, bloqueándole el acceso al cajón. —Visitamos los terrenos del Steeplechase esta mañana, Usher. ¿Adivine qué encontramos?

Su mirada recorrió la habitación, y finalmente se enfocó en ella. —No tengo idea.

—Una fusta con sus huellas digitales.

Parpadeó, abrió la boca, retrocedió confundido, negando con la cabeza. —No.

—Sí. La que usaste para provocar a Calypso. No fue suficiente con que emborracharas a Desirée y la llenaras de cocaína para luego mezclar PCP en su bebida. Tenías que hacerla sufrir. Usaste ese

látigo para hacer que su caballo favorito la pateara hasta matarla. Todo porque te dejó por Kennicot.

—No. No —Usher se jalaba el cabello alborotado, gritando como un loco—. ¿No está ya mi vida lo suficientemente arruinada? ¿Por qué intentas destruirme? —Miró hacia el cajón abierto del escritorio donde estaba el arma. Estaba demasiado lejos. De repente, extendió sus huesudos dedos, dirigiéndose al cuello de Miranda.

—Oye, imbécil —Ella retrocedió y estaba a punto de darle una patada voladora en la entrepierna cuando Parker pasó rápidamente junto a ella. Con una sola mano, agarró al artista trastornado por la garganta y lo levantó sobre las puntas de sus pies.

—Ferraro Usher —gruñó con una voz oscura y amenazante que le provocó un escalofrío a Miranda—. Si le pones una mano encima a mi asociada, me aseguraré de que lo lamentes por mucho tiempo. Y recuerda, no soy la policía. No tengo que seguir las reglas.

* * *

Era pasada la medianoche cuando entraron al enorme garaje de la mansión. Exhausta, Miranda recostó la cabeza en el asiento. No podía esperar para quitarse el ajustado vestido de gasa y meterse en la ducha de pulpo.

Parker apagó el Lamborghini y se quedó sentado un momento, mirando el espacio vacío. —Hay lugar aquí para otro vehículo —murmuró.

Ella seguía estacionando su viejo y destartalado Lumina en la entrada. Y allí se quedaría. Ignorando su insinuación, negó con la cabeza. —Vaya confesión que obtuvimos de nuestro principal sospechoso esta noche.

Él exhaló lentamente. —Fue menos que satisfactoria —Parker era el rey de la moderación.

—Ese tipo es culpable como el pecado y no podemos hacer que confiese.

Él sonrió a medias. —Lo pusiste de manera sucinta. Lleva tiempo.

Ella hizo una mueca. ¿Cómo podía ser siempre tan paciente? —Estaba lista para llamar a Erskine para que viniera a arrestar a ese imbécil.

—Todas nuestras pruebas son circunstanciales. Usher tenía motivo, oportunidad y medios, pero no podemos probar concluyentemente que mató a Desirée —Su voz plana, sonaba tan agotado como ella.

—Lo sé —Con un gemido, se llevó la mano a la frente. Le dolía la cabeza—. ¿Entonces, cuál es nuestro siguiente paso?

Él se acercó y le masajeó la sien. Se sentía bien. Oh, cómo amaba su contacto.

Después de un momento, tomó un respiro profundo. —Por ahora, este caso tendrá que quedar en pausa.

Ella levantó la cabeza de golpe. —¿Por qué?

—Tengo que salir de la ciudad por unos días.

—¿Qué? —Apartó la mano masajeadora de él.

Su rostro se enrojeció de irritación. —Tengo otro asunto que atender. Es urgente.

—¿Adónde vas?

—Al estado de Washington.

¿La estaba abandonando? ¿Ahora?

Parker levantó la mano para tocarle la mejilla, pero lo pensó mejor. Las líneas de enojo que se formaban en su frente le molestaban, pero la oleada de admiración, de alegría, que había sentido al verla trabajar esta noche persistía en su corazón. Ese espíritu vengador suyo había estado en pleno apogeo. Motivada por lo que había visto en ese establo, no había vacilado, no había retrocedido ni un momento.

Miranda Steele dedicaría todo su ser a defender a los indefensos, a los heridos, a los muertos. Por fuera, eran tan diferentes como podían ser dos personas. Pero en el fondo, eran iguales. Dios, cómo amaba a esta mujer.

Pero el dolor que ella había sufrido en su pasado la hacía más vulnerable de lo que ella se daba cuenta. No era una buena característica en esta profesión. Él juró que haría todo lo posible para tratar de sanarla. Ese era el propósito de este viaje, aunque detestaba dejarla.

En un esfuerzo que consideraba un ejercicio de futilidad, había enviado correos electrónicos a sus antiguos empleados en todo el

país, preguntando si conocían a alguna chica joven que se ajustara a la escasa descripción que tenía de la hija de Miranda, Amy. Bill Malone, uno de sus primeros aprendices, había respondido la semana pasada. Bill dirigía su propia oficina en Tacoma, Washington en estos días, y tenía una cliente con una hija de la edad de Amy. La niña era adoptada, tenía una marca de nacimiento en el cuello, como la tenía la bebé de Miranda. El momento era malo, pero Parker tenía que investigarlo.

Se negó a decirle a Miranda por qué se iba a Washington, sin importar cuánto quisiera hacerlo. Sin importar cuánto ella quisiera saberlo. No tenía garantías, y solo le daría falsas esperanzas.

—¿Recuerdas mis reglas? —preguntó en voz baja.

A su lado, ella se tensó. —¿Tus... estipulaciones?

—Sí.

Lentamente, Miranda giró la cabeza, miró fijamente sus ojos, ese profundo abismo gris se había vuelto frío como el acero. —Tengo que ver a un psiquiatra.

—Correcto.

Había ido a dos. —Puedes sacarme del caso cuando quieras.

—Cuando sienta que hay demasiado peligro —corrigió.

Eso no podía ser, con todos los cumplidos que le había estado haciendo. Sus ojos se agrandaron. —No puedo trabajar en el caso por mi cuenta. Es decir, mientras estés fuera de la ciudad.

Él le dio su sonrisa de cóctel. —Me alegra que lo recuerdes.

Con la sangre empezando a latirle en la cabeza, gruñó y se cruzó de brazos. —¿Qué pasa con el impulso?

—¿Impulso? Yo diría que acabamos de chocar contra un muro.

Él no podía esperar que ella simplemente se detuviera en seco. —No haría nada estúpido, Parker. He aprendido una cosa o dos en la Agencia y, como recordarás, puedo defenderme bastante bien en una pelea.

Él le dio unas palmaditas en la mano. —De todos modos.

—¿Qué hay de toda esa basura de "te estás convirtiendo en una gran investigadora"?

Él frunció el ceño. —No es basura. Y no es pertinente a este asunto.

¿Cómo podía hacerle esto después de lo que acababa de pasar? Apretó los dientes, con el pecho agitado y los ojos comenzando a escocer. Así que volvería a las clases. ¿Cuál era el punto de ellas si Parker iba a sofocarla de esta manera?

—Supongo que no —bufó, salió del auto, azotó la puerta y entró pisoteando hasta la cocina.

Parker la siguió con un andar tan casual como si estuvieran dando un paseo juntos por el parque. —Por cierto, nunca me contaste sobre tu visita al Dr. Chaffee.

Ella se dio la vuelta, mirándolo con furia. —¿Quieres hablar del *loquero*?

—Sí.

Se quitó los infernales tacones altos, se dirigió pesadamente al refrigerador y buscó una cerveza normal, común. No había ninguna. Agarró un refresco en su lugar. Sin ofrecerle nada a Parker, cerró la puerta con fuerza, le arrancó la tapa y dio un trago. —Ya te dije todo lo que comentó sobre Desirée.

—¿Qué dijo sobre ti? —Extendió la mano hacia ella.

Ella se deslizó hacia el otro lado de la isla. Ah, sí. Esa otra "condición" suya. Le dio una gran sonrisa falsa, levantó los brazos. —Fue simplemente genial. Estoy curada de todo. Creo que incluso me curó la uña encarnada.

Parker se quedó inmóvil, todo su cuerpo quieto, su mirada penetrándola con una frialdad glacial.

Ella dejó escapar su propio gruñido de enojo, colocó la bebida en la isla y se agarró el pelo. —Los loqueros no funcionan para mí, Parker. El venerable Dr. Chaffee se quedó dormido mientras yo revivía mi pasado.

Sus ojos ardían. —¿Tu matrimonio con Groth?

—No llegué tan lejos. Solo mi infancia.

Su rostro se arrugó con decepción. Suspiró en voz alta y metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Sacó otra tarjeta de presentación y la deslizó por la isla hacia ella. —Toma. Esta es la mejor psicóloga que conozco. Yo mismo he ido con ella.

A regañadientes, recogió la tarjeta. —¿*Tú* has ido a un loquero?

—Sí.

Por un momento se preguntó por qué, luego se dio cuenta de la respuesta. —¿Te refieres a después de...? —Ni siquiera podía decirlo.

—Después de que Sylvia falleciera. Y cuando he estado involucrado en un caso particularmente estresante.

Bueno, eso le quitó el viento de las velas. No sabía qué decir. "Particularmente estresante" era otro eufemismo. Había escuchado a Becker y Holloway hablar sobre algunos de los tipos duros con los que Parker se había enfrentado a lo largo de su carrera.

Él caminó sin prisa hacia el refrigerador, sacó una botella de su cerveza elegante, rebuscó en el cajón un abridor y le quitó la tapa. —A mí tampoco me gusta todo sobre la terapia. Pero ayuda.

—¿Qué es lo que no te gusta?

Tomó un trago de su botella y miró a la distancia. —Remover el pasado puede ser doloroso. Prefiero dejarlo descansar, como tú.

Eso era sin duda otro eufemismo. Él era más reservado sobre su pasado que ella. Miró la tarjeta. Dra. Valerie Wingate.

—Menciona la Agencia y te dará una cita cuando quieras.

—¿Esta vez me dejas la cita a mí? ¿Qué es esto? ¿Psicología inversa?

Se apoyó contra la encimera y estudió su botella. —Pensé que valía la pena intentarlo.

Ella frunció los labios y entrecerró los ojos mirando la tarjeta de nuevo. El nombre le sonaba familiar. Abrió la boca. —La conozco. Es la psicóloga que vino a verme cuando estaba en el hospital. Después de... ya sabes. —Se llevó la mano a las perlas que cubrían sus cicatrices—. La pelea con Leon.

—Sí, lo sé.

—¿Qué? Pensé que era del personal. —Parpadeó hacia él—. Tú la enviaste a verme, ¿no es así?

Con esa sonrisa presumida a medias, terminó su cerveza y tiró la botella en el contenedor de reciclaje. —Mientras no estoy, haré que Judd vigile la casa.

Ese comentario despertó su rabia, haciéndola bailar sobre su piel nuevamente, como hormigas furiosas. ¿Por qué la trataba como a una niña? —Soy una mujer adulta, Parker —espetó—. No necesito que Judd me cuide.

—De todos modos, dado que hemos molestado a un artista temperamental con un arma que quizás ya haya matado.

Resopló. —No le tengo miedo a Ferraro Usher.

—Lo sé.

—Puedo cuidarme sola.

—Sé que puedes. Pero ni siquiera notarás que Judd está aquí. —Se inclinó para besarla en la mejilla.

Ella se apartó, giró hacia la puerta. Dejando sus elegantes tacones altos en el suelo, subió las escaleras. Se desvistieron, se ducharon por separado. Dejó las perlas tahitianas de la madre de él en su lado de la cómoda, se metió en la cama sin siquiera decir "buenas noches".

Fue la primera noche desde que se mudó a la mansión Parker que no tuvieron relaciones.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ferraro Usher estaba sentado en el sofá de su loft, con el whisky brillante temblando contra el vaso en su mano. Contemplaba el cuadro de Medea que había colocado en su caballete más grande al otro lado de la habitación, después de que lo hubieran traído aquí hace aproximadamente una hora.

Estudió los colores, las pinceladas que había utilizado. Tan vívidas. Tan apasionadas. Tan llenas de vida. Jamás podría volver a crear tanta vibración. Esta era su obra maestra.

Sintiendo de repente un escalofrío, se frotó el brazo. La soledad era insoportable esta noche. Una cueva oscura y hueca. Vacía, resonando con recuerdos que nunca volverían. Desirée.... Oh, querida. ¿Por qué?

Alzó la mirada hacia el rostro que lo observaba desde arriba, con burla cruel en sus ojos. Era un retrato genuino. Había pintado lo que había visto. Y, irónicamente, había producido algo... exquisito.

Otros lo reconocían. Esta noche había recibido una oferta por la obra. Una excelente oferta. Dios sabía que necesitaba el dinero, pero había rechazado al comprador. No podía vender esta pintura. Especialmente después de esos dos "visitantes" que había tenido.

Era demasiado arriesgado. Ese retrato guardaba demasiados secretos. Si algún investigador brillante los desentrañaba, estaría acabado. ¿Por qué los había dejado entrar a su loft? ¿Por qué había hablado siquiera con esa astuta y descarada de Miranda Steele? Porque parecería culpable si no lo hacía.

La rabia palpitaba en su pecho. ¿Cómo se atrevían a hacerle esto?

¿Y ahora Wade Parker también estaba involucrado? Parker era el mejor investigador del sureste. Hace apenas unas semanas, Steele

había resuelto un asesinato serial de alto perfil. Debió haberla estrangulado cuando tuvo la oportunidad.

Los nervios le erizaban la piel, volviéndola tan sensible como si hubiera contraído una erupción por sus pinturas. Ya había perdido tanto. ¿Perdería también su carrera? ¿Su vida?

Bebió el resto de su trago, se levantó y se dirigió pesadamente hacia su escritorio. Se quedó mirando la pistola en el cajón. Miranda Steele había visto esa arma. ¿Usaría ese conocimiento para intentar incriminarlo por el asesinato de Desirée? Quizás debería usar el arma contra Steele. No podría identificarla si estuviera muerta.

Extendió la mano y tocó suavemente la empuñadura. La levantó y se la colocó en la sien. Tan simple.

Solo jalar el gatillo. Bang. Y todos sus problemas desaparecerían para siempre.

La devolvió al cajón y lo cerró, pasándose los dedos por el pelo. No era el tipo de hombre para las armas.

Ahora agitado, se apresuró a ir a la cocina, sacó un paquete de su bolsillo y lo colocó sobre la encimera. Cuidadosamente extrajo una hoja de afeitar y trabajó la sustancia hasta darle la forma correcta. Era como esculpir, siempre se había dicho a sí mismo. La forma de la línea reflejaba las emociones del que cortaba. Sacó un popote de un cajón, lo recortó a la mitad con unas tijeras y se lo llevó a la nariz.

Pasándolo sobre la forma que había creado, inhaló profundamente. Sí. Sí. Eso estaba mejor. Sintió los efectos inmediatamente. El champán de las drogas. Aspiró, se frotó la nariz, contento de haber hecho la compra esta noche, aunque fuera arriesgado hacerlo aquí.

No, no era el tipo para las armas.

Pero sus contactos sí. La gente que le suministraba sus sustancias recreativas. Tal vez podría hacer un trato con ellos respecto a Steele.

Pero eso costaría dinero.

Con un gruñido, se giró y miró fijamente el cuadro de Medea nuevamente. Corales, azafranes, dorados y carmesíes flameantes. Sus colores característicos. Fuego. Rojo sangre y blanco ardiente.

Los colores de un infierno hirviente. Esos ojos. Brillantes. Ardientes. Abrasadores.

Y ese rostro. Ese rostro ineludible.

Parecía ridiculizarlo, compadecerlo, despreciarlo.

El miedo lo desgarró. Vendrían por él. Se lo quitarían todo, ¿no es cierto? Ya le habían quitado tanto. Pronto, se lo llevarían todo. Su arte, su ser, su vida.

¿Qué había hecho para merecer tal desgracia? Solo se había enamorado de una hermosa mujer. Una mujer altiva y despiadada que no lo amaba. Que lo había traicionado con otro.

Secretos. Nadie podía descubrir jamás sus secretos. Esa sería la humillación definitiva. No lo permitiría. Si se acercaban demasiado a la verdad, si aprendían demasiado, no tendría otra opción. Tendría que hacer... algo.

Quizás la mejor estrategia era actuar y dejar que las cosas siguieran su curso. Si lo intentaba con suficiente empeño, podría encontrar el valor. Además, ahora que Desirée se había ido, ¿realmente importaba si otra mujer moría?

No, realmente no. Nada importaba ahora. Nada en absoluto.

Agarró la botella de bourbon, regresó tranquilamente al sofá y sirvió más en el vaso sobre la mesa de centro. Recostándose, sintió que la droga hacía efecto. Era una sensación agradable.

Entonces, ¿qué hacer? No tenía idea. Tomó la bebida, pasó su dedo alrededor del borde del vaso, contempló el líquido ámbar reluciente. Desirée lo habría llamado un indeciso. Un cobarde.

Miró furioso el cuadro. Ese rostro exquisito, tan marcado y roto. Estaba mal que ella muriera de esa manera. Y sin embargo, al mismo tiempo, era apropiado.

Su mente se nubló. Esos ojos ardientes parecían penetrarlo desde el otro lado de la habitación, quemarlo con su fuego. El vaso en su mano goteaba condensación, como sangre. Lo dejó sobre la mesa de centro.

Me ves, ¿verdad? Me estás observando, esperando poseer mi alma. ¿Nunca podré liberarme de tu hechizo?

Su pulso martilleaba en su cabeza. Todo su cuerpo estaba bañado en sudor. Se puso de pie, se quitó el saco. No era suficiente.

Tomó la bebida nuevamente, desesperado por refrescar su garganta seca. De repente, el vaso se sintió como un carbón ardiente. Era la pintura. Era Medea, prendiéndole fuego.

—¿Nunca me dejarás en paz? ¿Siempre me perseguirás? — gritando con pura agonía, lanzó el vaso contra el lienzo.

Golpeó el rostro con un ruido sordo. El vaso cayó al suelo y se hizo añicos. El bourbon se escurría silenciosamente por el rostro de la imagen. Se hundió en el sofá, enterró la cabeza entre sus manos.

Nunca se libraría de ella.

CAPÍTULO VEINTICINCO

La mañana del domingo, Miranda despertó sola en el dormitorio principal decorado en azul y ciruela, con su araña de luces y el sol filtrándose por las cortinas gris gasa. Vagamente recordaba a Parker besándola y diciéndole que se iba al aeropuerto.

—Sí, claro —había gruñido antes de darse la vuelta y seguir durmiendo.

Se quitó las sábanas de encima y se sentó para contemplar los cuadros, la disposición de las sillas en la esquina, la fuente de bambú de cobre. Podrían alquilar toda la habitación como un apartamento.

—Demasiado grande, maldita sea —murmuró mientras se levantaba, pasaba los dedos por su rebelde cabellera y se ponía unos jeans y una camiseta. Con un bufido, se calzó un par de tenis y bajó las escaleras.

En la cocina encontró café recién hecho, preparado con un temporizador que Parker había programado, anticipando la hora en que ella se despertaría. En el refrigerador encontró un plato fresco de *huevos rancheros* junto a una botella de salsa extra picante, con una nota pegada.

El cocinero tiene libre hoy. La cena está en el congelador.

Sacudiendo la cabeza, metió el plato en el microondas y se sirvió una taza de café.

Parker era una muy buena esposa, pensó, golpeando el suelo con el pie mientras el microondas zumbaba. Estaba llegando a conocerla demasiado bien. Mucho mejor de lo que ella jamás había querido.

Después de un minuto, el microondas emitió un pitido, y ella agarró un guante y llevó el plato humeante, la botella de salsa picante y su taza de café a la gran terraza de secoya con vista al

jardín trasero. Dejó su desayuno en la mesa de azulejos, se acomodó en una silla Adirondack, tomó su tenedor y dio un bocado.

Divino. Los *huevos* estaban bañados en una deliciosa salsa, con queso jack derretido, y tenían una gran patada de picante, incluso sin el Tabasco.

Está bien. Podía estar furiosa con el hombre, pero debía admitir que Parker conocía la buena comida. Eso no lo hacía menos terco. No puede trabajar en el caso sin él. ¿No veía que la estaba asfixiando? ¿Qué demonios se suponía que debía hacer consigo misma?

Se recostó y tomó un sorbo del café pecaminosamente delicioso de Parker y pensó en aquel inquietante retrato de Desirée Langford. ¿Medea, eh?

Una mujer rencorosa envuelta en las rojas llamas ardientes de su propia venganza. Un emblema bizarro de su relación de amor-odio con Usher. Ese rostro era más cruel que cualquiera de las fotos que Miranda había visto de Desirée en el expediente del caso. Parecía mayor, más altivo. ¿Qué había llevado a Usher a pintarla así? ¿Su dedicación a su propia carrera? ¿Su tormentosa relación? ¿Porque lo dejó por Kennicot? Probablemente todo eso. Pero una cosa estaba clara.

Usher estaba furioso como el demonio con su ex esposa.

Y luego estaba la pistola en el cajón. ¿Qué hacía un artista emergente con un arma de fuego? Ni siquiera podía imaginarlo sosteniéndola con sus dedos temblorosos.

Sin embargo, un usuario de drogas volátil e inestable emocionalmente podría ser capaz de cualquier cosa. Usher había estado viendo a Desirée antes del Steeplechase. Ella iba a su loft para posar, probablemente con regularidad. Si Desirée lo hubiera hecho enojar durante una de esas sesiones, y la pistola estaba en un cajón cercano, Usher la habría sacado y le habría disparado allí mismo.

Entonces la muerte de Desirée habría sido un crimen pasional. Una respuesta violenta provocada por... quién sabe qué. El tipo de arrebatos espontáneos que solía tener Leon.

Pero Usher no había usado la pistola. Había usado PCP. Eso era mucho más calculador. Un arrebato de pasión podía entenderlo. ¿Pero calculador? Usher no parecía el tipo de persona calculadora. Parecía medio loco.

Y la nota de suicidio también era calculadora. ¿Podría Usher haber obligado a Desirée a escribirla? No, habría tenido que hacerlo en el steeplechase y no había suficiente tiempo, según los informes. ¿Era una nota que Desirée había escrito que tenía algún tipo de doble sentido? ¿Cómo podría Usher haber sabido sobre ella si estaban separados?

Eso dejaba la falsificación. ¿Y si Desirée no había escrito esa nota? Podría valer la pena investigar la caligrafía.

Contempló el magnífico paisaje y pensó en lo que podría hacer sin despertar las sospechas del sigiloso Judd.

Los pájaros trinaban en los árboles. Alrededor de un jardín de rocas, lirios blancos y rosas rojas se mecían suavemente en sus perfectamente bordeados lechos. Árboles floreciendo con capullos púrpura bordeaban el patio, junto con altos robles, abetos y pinos, dándole al lugar una sensación de aislamiento.

El verde exuberante era el color de Atlanta. Así como el azul pizarra era el color de Portland, Maine, donde había trabajado en un barco pesquero durante algunos meses. O el color tostado era el de Denton, Texas, donde había sido obrera en una plataforma petrolera por un tiempo. Donde Leon la había encontrado.

Hacía mucho tiempo que se había propuesto no permanecer en un lugar más de un año.

Pensó en la tarjeta de la Dra. Valerie Wingate que había dejado en el mostrador de la cocina. Parker la estaba mimando, tratando de ayudarla a superar su pasado. Él quería que estuviera emocionalmente sana para poder tener una relación permanente con él, supuso. Pero le esperaba un duro despertar. Ella nunca superaría su pasado sin importar a cuántos psicólogos visitara. No importaba lo buenos que fueran.

Se habían confesado sus "estrategias" el uno al otro sobre esta casa, y no había cambiado nada. Si él quería ser tan terco con esta

propiedad, entonces no había nada que ella pudiera hacer. Solo le había dejado una opción.

Después de que este caso terminara, se iría de aquí.

Alcanzó la salsa picante y la sacudió sobre los huevos, que se habían enfriado.

Una cerca enrejada entrelazada con enredaderas corría a lo largo de los setos que bordeaban el jardín del vecino. Por el rabillo del ojo, Miranda vio movimiento detrás de las hojas, cerca del suelo.

Se le cortó la respiración. Un leve ruido resonó en sus oídos. Tragó saliva y se puso de pie. Tenía que ser Judd, ¿verdad? ¿O acaso Usher había deducido que vivía en la mansión Parker y había venido a visitarla con su arma?

Entonces escuchó una voz de niña.

—Vamos, Inky. ¿Dónde estás? —Vestida con shorts blancos y una blusa tejida azul, Wendy Van Aarle salió de entre los arbustos, luciendo completamente exasperada. Cubriéndose los ojos con la mano, examinó el jardín y luego vio a Miranda.

Miranda soltó un suspiro de alivio y caminó hacia la baranda. —Buenos días.

Wendy entrecerró los ojos mirando hacia la terraza. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Te lo dije. Soy tu vecina. ¿Recuerdas? ¿Después de que vimos a esa terapeuta loca? —Los Van Aarle vivían a pocas casas de distancia.

Wendy se encogió de hombros. —Ah sí, claro.

Una punzada de decepción la atravesó. ¿Por qué debería sentirse desilusionada porque la niña no recordara su viaje a la heladería? —¿Y tú qué estás haciendo aquí?

Ella miró por todo el jardín. —Perdí a mi gata.

—No sabía que tenías una gata. —Ese debió ser el movimiento que había visto bajo la cerca.

—No la he tenido por mucho tiempo. A veces se escapa.

—Inky, ¿eh?

Wendy asintió, dirigiéndose hacia el jardín de rocas. —Iba a llamarla Mefisto, pero mi madre no me dejó. Así que la llamé Inky.

—Supongo que es negra.

Wendy puso los ojos en blanco. —Obviamente.

Mala suerte. Supongo que les quedaba bien a las dos. —Probablemente sea mejor dejar que ella venga a ti.

Wendy le frunció el ceño desde el medio del jardín. —¿Qué quieres decir?

—Te mostraré. Espera un momento. —Fue a la cocina, encontró un platillo en el gabinete y un cartón de leche en la nevera. Los llevó de vuelta a la terraza y bajó por la larga escalera de madera que conducía al césped.

Colocó el platillo en el segundo escalón y vertió un poco de leche en él. —Listo. Eso debería atraerla. Ven aquí arriba para darle algo de espacio.

Wendy la siguió escaleras arriba y se sentaron juntas en un banco de madera junto a la baranda.

—¿Quieres algo de comer?

—No, gracias. Ya desayuné. —Miró ansiosamente hacia el jardín —. Tengo que encontrar a Inky pronto. Mi madre y yo nos vamos a París esta tarde. Tenemos que llevarla a un veterinario para dejarla.

—¿París?

Los ojos de Wendy se elevaron nuevamente. —Mamá dice que no puedes conocer realmente el negocio hasta que llegas a París.

—Ya veo. —Miranda recordó que Iris Van Aarle tenía una oficina para su empresa de cosméticos allí. Donde había mantenido una aventura a espaldas de su esposo. Un amorío que supuestamente había terminado.

—Mi papá viene también. Está jugando en el Abierto de Saint-Omer.

Eso era bueno. —Me alegra que vayan a estar juntos.

—Sí. Oye, ¿han tenido suerte atrapando a ese tipo?

—¿Qué tipo?

—El tipo que mató a Desirée Langford. O el que le vendió PCP.

Así que sí se acordaba. —Seguimos trabajando en ello.

—Toma mucho tiempo, ¿eh?

—Sí.

—¿Te gusta ser detective?

—A veces.

Wendy se quedó callada un momento. Su cabello oscuro, con sus nuevos reflejos, estaba recogido con una banda que hacía juego con su blusa azul. Incluso sin la abundante máscara de pestañas que solía usar, sus ojos oscuros eran intensos. —He estado pensando.

—¿En qué?

Le dio un empujón impulsivo a la rodilla de Miranda. —En Desirée Langford. Era rica, como mis padres. Así que si quien la mató estaba en su círculo, no lo hizo por dinero ni nada de eso. —Wendy se inquietó y miró por encima de la barandilla—. Así que tuvo que ser por amor. ¿No crees?

—Esa es una deducción interesante. —Pequeña Nancy Drew.

—Ojalá Inky dejara de jugar conmigo.

—Yo tenía un gato cuando tenía más o menos tu edad —dijo Miranda—. Mi madre me obligó a deshacerme de él.

—A mi madre tampoco le gustó la idea. Pero le dije a mi psiquiatra que quería uno y ella les dijo a mis padres que deberían conseguirme uno. Supongo que los psiquiatras sirven para algo de vez en cuando.

—Tal vez.

—Me gusta la mía. Es buena.

Debe serlo. Miranda vio un cambio definitivo para mejor en la niña. —¿Quién es?

—La Dra. Valerie Wingate.

Miranda se sobresaltó. —¿En serio? —¿La misma que Parker recomendó? Debe ser buena. Espera un momento—. Pero ella no se especializa en niños, ¿verdad?

—No. TEPT.

—Ya veo. —Trastorno de estrés postraumático. Eso tenía más sentido. Tal vez le daría una llamada.

Un suave maullido vino desde abajo. Estiraron el cuello y vieron a Inky lamiendo del platillo.

—Funcionó. —Wendy se levantó de un salto y bajó rápidamente las escaleras.

—No la asustes —advirtió Miranda.

Pero Inky debía tener hambre. Se quedó perfectamente quieta y dejó que Wendy la rodeara con ambos brazos mientras su lengua

rosada recogía la leche tan rápido como podía.

—Mala chica, Inky. No vuelvas a escaparte así. —Acarició su espalda.

Miranda luchó contra el repentino surgimiento de tiernas emociones que brotaban dentro de ella.

Demonios, no quería sentirse así. Pero lo único que podía pensar era en cómo sería ver a Amy jugando con un gato de esa manera. ¿Cómo habría sido verla partir en su primer día de escuela? ¿Vendarle la rodilla cuando se cayera de su primera bicicleta? ¿Sentir el orgullo de un padre cuando sacara una A en su boleta de calificaciones?

¿Cómo habría sido si Wendy hubiera resultado ser Amy? Para empezar, habría significado una lucha a muerte con los Van Aarle. Quizás una vez habían descuidado a su hija, pero ahora se preocupaban lo suficiente por ella como para remendar su matrimonio roto.

Era un pensamiento ridículo. Además, había abandonado la búsqueda de su hija por ahora.

De repente, sintió una sacudida. Amy. ¿Era eso lo que Parker estaba haciendo en Washington? Sería muy típico de él. Eso explicaría su secretismo. ¿Estaría cerca de encontrarla? Oh, ni siquiera podía permitirse pensarlo. No podía hacerse ilusiones.

Inky terminó la leche y comenzó a lamerse los bigotes.

Wendy la levantó. —Mejor me voy a casa. Tengo que hacer las maletas.

—Claro —la voz de Miranda se había vuelto ronca.

—Gracias por atraparla.

—No hay problema.

Wendy dio media vuelta y comenzó a cruzar el jardín, con la cola negra enroscándose alrededor de sus piernas.

—¡Que te diviertas en París! —gritó Miranda, pero la chica ya estaba fuera del alcance de su voz.

* * *

Después de lavar los platos, cambiar canales en el televisor de pantalla grande de Parker en la sala, y ver algunas horas de mujeres demasiado entusiastas vendiendo joyería de turquesa y moldes para

pasteles en forma de rosa en el Home Shopping Network, Miranda no pudo soportarlo más.

Se levantó y rebuscó en los cajones de las mesas auxiliares, luego en el centro de entretenimiento, hasta que encontró una guía telefónica. La abrió y comenzó a buscar un experto en caligrafía.

Iba a averiguar si Usher había falsificado la nota de suicidio de Desirée Langford, aunque Parker la matara por ello. Bueno, no la *mataría*. Podría sacarla del caso. Pero no si encontraba algo bueno.

Había aprendido en la Agencia que lo que realmente necesitaba era un perito en documentos forenses, pero ninguno estaría disponible un domingo por la tarde. Así que se conformó con una grafóloga llamada Madame Napier.

Sacando su celular, hizo una llamada y descubrió que la señora atendía hasta las seis. ¡Genial! Con cautela, miró a través de las cortinas de la sala. Ningún rastro de Judd. Subió corriendo, tomó su bolso y se dirigió a la puerta principal.

Mientras salía a la calle en su Lumina, notó un Audi beige varios metros atrás. —Bueno, agente Judd —se rio mirando al espejo retrovisor—, tendrás que ir de compras conmigo.

Condujo por un rato, fingiendo interés en algunas tiendas de ropa, y luego se dirigió directamente a la colorida tiendita cerca de East Paces Ferry. El edificio era una casa de armazón con toldos rosados y llamativos carteles en el frente que anunciaban una variedad de productos. Esperaba que Judd asumiera que estaba buscando un collar extravagante o una nueva bebida energética. Encontró un lugar para estacionar en la calle y entró.

Definitivamente no era convencional, pensó, entrando al acogedor espacio. Cortinas rojas en las ventanas, símbolos del Zodiaco en las paredes y algo que olía a regaliz en el aire. Miranda examinó las estanterías de vidrio llenas de suplementos para el crecimiento del cabello y la pérdida de peso. Estaba examinando un trozo de cristal azul cuando escuchó un acento sureño detrás de ella.

—Lo siento mucho, señora. No escuché la campanilla.

Una mujer robusta de mediana edad con cabello rojo llameante, cejas dibujadas y penetrantes ojos oscuros, entró del fondo, vestida

con una capa de gasa multicolor sobre un conjunto color durazno. Podría haber sido la abuela excéntrica de alguien.

—¿Es usted Madame Napier?

La mujer sonrió ampliamente con una boca pintada de lápiz labial. —Lo soy.

—Tiene muchas cosas inusuales aquí.

—Siempre hay un buen mercado para los enfoques alternativos. —Su acento era un rico acento sureño que hablaba del antiguo dinero de Atlanta. Miranda se preguntó si Parker la conocería—. ¿Está interesada en algo en particular?

Miranda dejó la piedra y negó con la cabeza. Se quedaría con su propia marca de vitaminas. —Necesito un análisis de escritura.

Las cejas dibujadas de la mujer se arquearon hasta su frente. —Cobro cien dólares por eso.

¡Ay! Miranda tuvo que contenerse para no hacer una mueca, pero era pagar o esperar a que Parker regresara de Washington. Asintió.

—Muy bien, señorita...

—Steele.

—Señorita Steele —repitió—. Sentémonos por aquí. —Madame Napier la guió hacia un rincón trasero y detrás de una cortina de cuentas donde había una pequeña mesa redonda y dos sillas de alambre que podrían haber venido de una antigua heladería—. ¿Le gustaría un té? Tengo manzanilla, menta, hierba gatera...

—No, gracias. —Preguntándose si la propietaria iba a sacar una bola de cristal, Miranda respiró con inquietud y se acomodó en el asiento.

—Parece incómoda, señorita Steele.

Miranda le dio una sonrisa tensa. —Es solo que esperaba algo más...

—¿Clínico?

—Tal vez. —La grafología era considerada una pseudociencia, pero al menos había esperado algo que no la hiciera sentir como si estuviera a punto de que le leyeran la palma de la mano.

Madame Napier le lanzó una mirada que le indicó a Miranda que no era la primera vez que cuestionaban sus métodos. —Llevo

dieciocho años haciendo esto, querida. Me gusta trabajar en esta atmósfera. ¿Te gustaría cambiar de opinión al respecto?

Miranda abrió su bolso, deslizó los cinco billetes de veinte dólares que había retirado del cajero automático sobre la mesa. Esto tenía que valer la pena. —Hagámoslo.

Madame Napier guardó el dinero. —Muy bien. Ahora, por favor. Muéstrame lo que tienes —extendió su mano.

Miranda volvió a meter la mano en su bolso, sacó el folleto de la exposición de arte de Usher y lo puso sobre la mesa.

Los ojos de Madame Napier se agrandaron. —¿Uno de nuestros artistas locales?

Sin responder, Miranda sacó la copia de la carta de Desirée del expediente y la colocó junto al folleto.

La mujer echó un vistazo al papel y frunció el ceño. —Oh, Dios mío. ¿Es esto una nota de suicidio?

—Algo así.

Se llevó las manos al pecho. —Ay, Dios mío. ¿Es esa heredera que se suicidó en la carrera de obstáculos la semana pasada? ¿Desirée Langford?

Todo el mundo en Atlanta había oído la historia. Miranda dio un golpecito con el dedo sobre la nota. —Solo dime lo que ves.

Madame Napier levantó el folleto. —Y este es el artista con quien estaba casada, ¿verdad? Lo escuché en la radio. ¿Estás diciendo que *no fue* un suicidio? —Tanya Terrance había hecho un excelente trabajo divulgando la vida personal de Desirée Langford por las ondas.

—Digamos que estoy haciendo mi propia pequeña investigación sobre ese asunto.

Madame Napier entrecerró los ojos. —Mi familia formaba parte de la alta sociedad de Atlanta. Hasta que mi padre perdió su fortuna en un negocio inmobiliario con Eli Langford. —Inhaló lentamente mientras miraba la colorida hoja en su mano—. Pero nos las hemos arreglado bastante bien desde entonces. Y ciertamente no tengo nada contra su hija. Especialmente después de lo que le sucedió. —Dejó el folleto.

—Me alegra que pienses así. —Miranda sintió una repentina admiración por aquella mujer que había perdido su herencia y había tenido que vivir de su propio ingenio.

—Muy bien, muy bien. —Madame Napier levantó las manos, moviéndolas en el aire como mariposas mientras se inclinaba para examinar los escritos. Sus uñas eran largas y estaban pintadas con un diseño naranja, rosa y azul que de alguna manera combinaba con su capa de gasa.

Con cuidado, colocó los dos documentos hasta que quedaron uno junto al otro sobre la mesa. Cambió su postura, entrecerró los ojos, tosió, frunció el ceño. Luego buscó detrás de ella en una caja de mimbre rosa y sacó una lupa. Tomó el folleto nuevamente, esta vez estudiándolo como Sherlock Holmes.

Recogió la nota, la sostuvo cerca, la volvió a dejar. Levantó el folleto otra vez. —Hmmm. Interesante.

Miranda resistió el impulso de dar golpecitos con el pie. —¿Qué ves?

Pasó una llamativa uña por debajo de las líneas que Usher había escrito. —El adorno de la *T* mayúscula en este folleto muestra una inclinación artística.

Eso sería obvio.

—Pero el trazo descendente de las *d* muestra mucha agitación. Mucha ansiedad.

—¿En ambos documentos?

Frunciendo el ceño, asintió. —Sí. Y los bucles de las *l* muestran una particular, bueno, arrogancia. También en ambas copias.

Ahora estaban llegando a algún lado. Inclinándose hacia delante, Miranda recordó el comentario del Dr. Chaffee. —¿Narcisismo?

—Podrías llamarlo así.

—Entonces, ¿dirías que la escritura es similar?

—En algunos aspectos. Pero en esta —dio un golpecito en la nota de suicidio—, las vocales son redondeadas. Mientras que en esta —señaló el folleto—, son afiladas y puntiagudas. Esta persona estaba angustiada.

Por supuesto. Usher estaba alterado anoche cuando Miranda apareció en la exposición.

—Madame Napier. Lo que necesito saber es si estos documentos fueron escritos por la misma persona. ¿Puedes decírmelo?

La mujer frunció el ceño. —Es muy difícil hacer tal determinación. Algunas personas pueden disfrazar su escritura fácilmente, aunque sus estados de ánimo pueden afectar la forma en que escriben. Y luego están las personas que se dedican a hacer falsificaciones.

—Por supuesto. Pero ¿no te ganas *tú* la vida viendo a través de eso?

La boca de Madame Napier se convirtió en una línea severa. —Generalmente limito mi análisis a rasgos de personalidad.

—Ajá. —Un fracaso. Había desperdiciado cien dólares. Miranda se puso de pie, alcanzó los papeles—. Bueno, gracias de todos modos.

La mujer levantó una mano. —Señorita Steele, un momento.

—¿Sí? —Esperó mientras Madame Napier retorcía sus labios de un lado a otro, como si tratara de decidir entre un helado de chocolate o de vainilla.

—Yo diría...

—¿Qué?

Recogió los documentos, se levantó y continuó estudiándolos mientras conducía a Miranda hacia la puerta. —Esto es solo una opinión. Pero por las muchas muestras de escritura que he visto a lo largo de los años...

—¿Sí? —dijo Miranda, recuperando los papeles mientras la mujer se los entregaba.

—Mi experiencia, mi intuición me dice...

Miranda dudó en la puerta, se volvió hacia Madame Napier. —¿Que...?

—Yo diría que estos dos documentos no fueron escritos por la misma persona.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

¿La nota de suicidio y la firma en el folleto *no* fueron escritas por la misma persona? ¿Qué demonios significaba eso? Miranda caminaba de un lado a otro por el piso de madera del estudio de Parker, con las manos en las caderas.

¿Se suponía que debía creer que Usher era inocente? Imposible. Tenían sus huellas dactilares en esa fusta.

Con un gruñido, se dejó caer en el mullido sofá de cuero y giró los dos trozos de papel sobre la mesa de centro en diferentes direcciones. Entrecerró los ojos para examinar el trazo descendente de las *d*, escudriñó el lazo de las *l*.

Nada.

¿Tendría razón Madame Napier? ¿O habría gastado cien dólares en un acto de feria sin el algodón de azúcar? ¿Cómo podría saberlo? Con una segunda muestra de la escritura de Desirée, así es cómo.

Sacó su celular y marcó el número de Delta. Sonó y sonó, finalmente contestó la máquina.

—Los Langford no están disponibles en este momento —dijo la voz tajante de un hombre con acento británico.

Lo único que podía hacer era dejar un mensaje. —Habla Miranda Steele. Por favor dígale a la señorita Langford que estoy avanzando en nuestro... acuerdo.

Disgustada, colgó y fue a la cocina a meter la cena congelada de Parker en el microondas.

* * *

Eran más de las nueve cuando terminó otra ronda con la ducha pulpo y se metió en la cama. Acababa de apoyar la cabeza en la almohada de satén cuando sonó su celular. Lo tomó de la mesita de

noche donde lo estaba cargando —un hábito que había aprendido a adquirir después de su último caso.

—¿Sí?

—Qué saludo tan encantadoramente cálido —el suave tono sureño de Parker le acarició el oído.

—Oh, hola —se recostó, un poco aturdida, un poco sin palabras.

—Estoy bien. ¿Y tú?

Ella puso los ojos en blanco. Así que no era muy afecta al protocolo. Especialmente cuando estaba enfadada con el protocolario. —Estoy bien —se subió las sábanas de satén negro hasta la barbilla.

—Me alegra oír eso. ¿Encontraste la comida que te dejé?

—Sí. Estaba deliciosa. Gracias.

—De nada. ¿Lograste encontrar algo que hacer?

Entrecerró un ojo mirando el teléfono. ¿Acaso el escurridizo de Judd le había ido con el chisme? Fingió un bostezo. —Principalmente holgazanear por la casa.

Él hizo una pausa y ella se preparó para una reprimenda. Y no del tipo que le había estado dando en esta gran cama últimamente. En cambio, su tono se volvió sombrío. —Me temo que tendrás que depender del personal por unos días más.

Ella se incorporó. —¿Qué quieres decir?

—Este caso en Washington está tomando más tiempo del que esperaba.

—¿Ah sí? —Se sorprendió por la decepción que la invadió.

—No creo que regrese a casa esta semana —inhaló—. Posiblemente no hasta el lunes —sonaba triste por eso.

¿Una semana entera sin Parker mirándola por encima del hombro? Seguramente podría resolver el caso Langford para entonces. Debería estar eufórica. Pero en su lugar, sintió una especie de vacío interior.

—¿Estarás bien hasta entonces?

Ella entrecerró un ojo mirando el teléfono. —Creo que puedo recordar el camino a McDonald's.

—Estoy seguro de que puedes —por un largo momento guardó silencio. ¿Habría percibido que ella había adivinado que el verdadero

propósito de su viaje tenía algo que ver con Amy? Hablar con Parker podía ser una experiencia casi telepática, como nunca había tenido con otro ser humano. Tal vez porque ambos eran un poco escurridizos por naturaleza.

—Sé que debes estar decepcionada, pero retomaremos el caso Langford cuando regrese.

—Claro —abrió la boca, a punto de soltar los detalles sobre Madame Napier. Luego la cerró de nuevo. No podía arriesgarse a provocar su ira. Y no había necesidad. Tendría un avance en este caso antes de que él regresara. Le mostraría lo que podía hacer por su cuenta.

—Bueno, será mejor que te deje descansar —hubo otra larga pausa, hasta que murmuró en su oído tan bajo que apenas lo escuchó—. Te extraño, Miranda.

Por voluntad propia, su corazón dio un vuelco en su pecho. *Yo también te extraño*, quería decir. Pero nada salió de su boca.

—Buenas noches, entonces. Estaré en casa en unos días —su corazón dolía de culpa por el dolor en su voz.

—No puedo esperar —logró responder justo cuando él colgaba. Esperaba que él supiera que lo decía en serio.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—¿Qué creen que es esto, un asilo de ancianos? Muévanse. —La estridente voz asiática atravesó el cerebro de Miranda con la potencia de una ametralladora.

Equipados con tenis para correr, sudaderas y bandanas de varios colores, la clase de IITs tronaba alrededor del perímetro del gimnasio de la Agencia Parker.

—Dije que se apuren.

Junto a Miranda, Holloway resoplaba y gruñía. —Esta mujer es una sádica.

Al otro lado, los puños de Becker golpeaban el aire, como si llevara el ritmo de *We Will Rock You*, mientras intentaba mantener el paso. Escupió palabras entre jadeos. —Me gustaría... decirle... dónde puede... metérselo.

—Sí, a mí también. —Pero Miranda sintió la punzada de la culpa. Era por ella que la maníaca Detective Tan había aparecido en lugar de Judd esta mañana y decidido captar la atención de todos con una dura carrera. Judd, por supuesto, había estado despierto toda la noche vigilando al pájaro enjaulado en la dorada mansión Parker.

—¿Qué demonios les pasa, traseros gordos? ¡Muévanse!

Tan debía ser la reencarnación de una profesora de gimnasia que Miranda tuvo en la preparatoria, que hacía que todas las chicas quisieran declarar que tenían su período cada dos clases para evitar la tortura. Pero eso fue antes de casarse con Leon y aprender cuánta desventaja podía significar la falta de fuerza física.

A su lado, Holloway gruñó y Becker gimió.

Odiaba ser la causa de su miseria. Odiaba el insulto de ser vigilada por Judd. Sobre todo, odiaba que la llamaran trasero gordo.

Aceleró el ritmo, dejó atrás a sus compañeros y alcanzó al que iba a la cabeza. Cuando, por fin, Tan tocó el silbato para detenerse, ella estaba seis metros por delante del grupo.

Tan la miró fijamente mientras ella permanecía con los demás, inclinada, con las manos sobre las rodillas, jadeando. —Bastante bien, Steele. Veamos cómo te va con los sacos.

Se enderezó como si no estuviera agotada en absoluto. —Claro, Detective Tan. —Con un andar descarado, agarró un par de guantes de los ganchos y se movió hacia el saco pesado que colgaba en la esquina. Le dio un par de patadas fuertes y aterrizó un jab derecho contra el cuero rojo con un golpe seco.

—No tan violenta, Steele —advirtió Tan—. Te agotarás.

¿No era ese el punto? Tan le recordaba a una jefa que tuvo cuando trabajaba como limadora de uñas en Syracuse. El tipo que pensaba que insultar a los empleados los haría trabajar más duro.

Pero asintió y redujo su ritmo, trabajando en sus movimientos laterales, alternando patadas y puñetazos. El resto de la clase ya estaba en los otros sacos, y Tan se movió para darles su cariñosa atención.

Mientras golpeaba y pateaba, Miranda pensaba en la nota de suicidio de Desirée Langford.

No escrita por la misma persona que firmó ese folleto, había dicho Madame Napier. ¿Había estado ladrando al árbol equivocado todo este tiempo? Tal vez la muerte de la heredera había sido un suicidio, después de todo, como concluyó la policía. Tal vez Delta había estado demasiado emocional, angustiada después de la horrible muerte de su hermana, enojada con Usher por lo que le había hecho durante su matrimonio. Así que lo culpó por la muerte de Desirée.

Pero, ¿qué hay de esa fusta?

Se le escapaba algo, pero ¿qué? Sus pensamientos se dirigieron a Parker y su estilo elegante cuando trabajaba en un caso. Ignorando el tirón en su corazón, tan parecido a lo que había sentido anoche cuando él llamó, se concentró en la estrategia.

Siendo el hombre elegante y sociable que era, Parker a menudo asistía a recaudaciones de fondos y eventos de gala. Ese hábito

podía jugar a su favor cuando sabía que un sospechoso estaba allí. Le había dicho que la gente a menudo revela información en un entorno social que no revelaría cara a cara. Con tus colegas alrededor, la presión de mantener en orden todas las mentiras que has contado puede quebrar a una persona.

Si tan solo pudiera acorralar a Usher en algún evento elegante como ese. Le anunciaría a toda la multitud que había encontrado su fusta fuera del establo donde Desirée Langford había muerto. Que Usher había escrito su nota de suicidio. Que guardaba una pistola en su loft. Aumentaría la presión hasta que ese bastardo cantara.

Pero no podía asistir a una fiesta elegante sin Parker. Ni siquiera sabía dónde buscar una. No conocía el calendario social de Atlanta más que el calendario de béisbol.

El silbido de Tan atravesó sus pensamientos. —Es todo por hoy, clase. A las duchas.

Miranda terminó su asalto al saco y se acercó a Becker. Él estaba masacrando una pera loca, con el rostro contraído en un nudo de rabia. Le sorprendió lo rápidas que eran sus manos. Y se alegró de no estar en el extremo receptor de esos golpes.

Todos dejaron de golpear, pero Becker continuó, como si quisiera matar a esa pobre e indefensa pera loca. Y luego decían que ella tenía agresión reprimida.

—Ya basta, Becker —ladró Tan.

Becker salió de su trance, dejó de golpear y miró alrededor, avergonzado. —Lo siento. Me dejé llevar —Con la cabeza gacha, se alejó solo.

La clase se dirigió hacia los vestidores y Miranda alcanzó a Holloway. —Oye, ¿qué le pasa a Becker?

Holloway sacudió la cabeza. —Todavía suspira por esa chica de la que te hablé.

—¿La que conoció en la preparatoria?

—Sí. Sigue hecho un lío por una mala mujer. Perdona la expresión.

Miranda sonrió con sarcasmo ante su disculpa. —El amor puede ser una mierda, ¿no? —Se alegraba de estar inmunizada contra enamorarse tan intensamente.

—Ella lo dejó plantado. Le rompió el corazón en dos como un palito de pretzel y él todavía quiere recuperarla.

—Necesita superarla y seguir adelante.

—Es lo que le digo constantemente, pero no escucha. Le digo que debería salir y conocer gente. ¿No conoces a nadie? Quiero decir *a nadie* con quien pueda salir?

Holloway ya le había preguntado eso antes. La respuesta era la misma. Tal vez debería recomendarle un terapeuta, ya que se estaba familiarizando tanto con los psicólogos de la zona. En su lugar, negó con la cabeza. —Lo siento.

—Ojalá alguien conociera a alguien. Becker se está quedando atrás en su trabajo. Si no mejora, la Agencia podría despedirlo.

Ella se detuvo en seco. —¿Hablas en serio?

—Dice que no puede estudiar. No puede pensar con claridad. También tiene problemas para dormir.

—Eso es terrible. —Sabía cómo las pesadillas podían jugar con tu mente. No quería ver a Becker fracasar. —Ser parte de la Agencia Parker significa mucho para él.

—Por eso estoy tan preocupado.

Ella se rascó la cabeza. Becker y Holloway eran sus amigos. Los primeros en este trabajo que la habían acogido. Pero eso no significaba que pudiera hacer aparecer una novia de la nada. —No sé qué puedo hacer, Holloway.

—Casi cualquier cosa podría ayudar.

Asintió. —Dame algo de tiempo. Quizás pueda pensar en algo.

Le dio un puñetazo amistoso en el brazo y se dirigió a la ducha de mujeres.

* * *

Bajo el martilleo del agua, Miranda se preguntó qué demonios podría hacer por Becker. ¿Quién era ella para meterse en asuntos románticos? Su propia vida amorosa, si es que se le podía llamar así, era un enredo tan complicado que ni los psicólogos podían desenmarañarlo. Además, no se juntaba con chicas femeninas. Trabajaba principalmente con hombres.

Pero odiaría ver a Becker perder este trabajo. Le encantaba trabajar para la Agencia Parker. ¿Cómo podía dejarse afectar tanto

por alguien que lo había dejado en Brooklyn? Tal vez simplemente lo llevaría a tomar una cerveza y le diría que reaccionara, o si no... Además, tenía un caso que resolver, y solo tenía hasta el próximo fin de semana para hacerlo.

Salió de la ducha, agarró una toalla y frotó vigorosamente la áspera tela sobre su piel. Al terminar, arrojó la toalla en un cesto, se puso la ropa interior y luego se metió en el pantalón negro de vestir con piernas entalladas que había usado hoy.

Dos de las otras IITs —las únicas otras mujeres en la clase— estaban de pie junto a los lavabos, arreglándose. La rubia alta y delgada con pelo corto y rizado era Smith. La pelirroja alta y delgada con pelo largo y liso era Wesson. Sus nombres habían sido una broma constante entre los IITs desde el primer día, pero a estas dos les encantaba la atención. Especialmente cuando alejaban los reflectores de Miranda.

¿Por qué Becker no había invitado a salir a una de ellas? Probablemente pensarían que era demasiado bajo.

—Date prisa, Steele —Smith le lanzó una mirada burlona mientras se ponía un blazer turquesa sobre unos pantalones grises de corte urbano, y luego se esponjaba el cabello frente al espejo—. Llegaremos tarde de regreso.

—No voy a esperar a Steele —Wesson se alisó la falda corta y abrochó su blusa color caramelo, dejando los dos botones superiores abiertos para deleite de los IITs masculinos—. Si volvemos a clase antes que ella, tal vez podamos ganarle en algo —se dirigió hacia la puerta.

Smith la siguió con pasos cortos sobre sus tacones de diez centímetros—. Solo espero que nos dejen salir temprano. Tengo una fiesta que planear.

Perras envidiosas. —Hagan lo que quieran —gritó Miranda mientras se iban sin ella. Se puso un suéter negro de manga corta con tachuelas plateadas que solo había conseguido que Gen rodara los ojos cuando entró. Con un brazo en la manga, se quedó paralizada.

¿Fiesta? ¿Por qué no podía organizar *ella misma* una fiesta elegante? Después de todo, era dueña de una mansión lujosa, el

lugar perfecto. ¿No acababa de mudarse al vecindario? Podría hacer una fiesta de inauguración. ¿Por qué no? Invitar a algunos vecinos. Algunas otras personas selectas. Les diría que había recibido una herencia y que acababa de comprar la mansión Parker. *Vengan a celebrar conmigo.*

¿Y el invitado de honor de la fiesta?

Nada menos que el célebre artista, Ferraro Usher. Aunque él no lo sabría.

Invitaría a Delta. Y a Kennicot. Presión de grupo. Presión psicológica. Verlos en un entorno social haría que el sensible artista rompiera a sudar frío. Lo haría confesar.

Entusiasmada, se puso los zapatos y salió al pasillo rumbo a su cubículo.

No dejaría nada al azar. Colocaría algunos de esos dispositivos de vigilancia sobre los que Judd había dado clase para grabar la confesión de Usher. No le diría exactamente a Delta lo que planeaba, solo insinuaría algo. Estaba segura de que la mujer estaría de acuerdo con la idea.

Pero, ¿podría hacer que confesara? Había puesto todo su empeño en interrogarlo en su galería de arte y no se había quebrado.

Necesitaba una declaración. Algo claramente incriminatorio. Sin insinuaciones. Sin dobles sentidos. Algo que la policía pudiera usar para encerrar al tipo.

La verdad.

Espera un momento. ¿No sería *Delta* la presión definitiva? Si Miranda no podía sacarle una confesión sólida a Usher, Delta Langford seguro que podría. Con esos ojos felinos tan parecidos a los de Desirée acusándolo de asesinato, se quebraría como una nuez. Todo lo que Miranda tendría que hacer era grabarlo. Y preparar la escena.

Sonriendo, llegó a su escritorio, se sentó y miró el calendario. Parker no volvería hasta dentro de otra semana. El sábado sería el mejor día. Eso le daba cinco días para tener todo listo. *¿Listo?*

Su estómago dio un vuelco enfermizo.

¿Miranda Steele organizando una fiesta elegante? Su idea de una fiesta era un paquete de seis cervezas y un par de pizzas grandes. Tenía una cocinera en casa, pero no tenía la más remota idea de qué decirle que preparara. Podría fingir, pero ¿y si alguien lo notaba? El diablo está en los detalles, dicen. Mierda.

Necesitaba ayuda, pero ¿de quién? ¿A quién conocía que no estuviera conectado con Parker y supiera de fiestas elegantes?

Se llevó la mano a la cabeza y cerró los ojos. Piensa, maldita sea, piensa.

El recuerdo de una deliciosa comida italiana se materializó en su cabeza. El funeral de Desirée Langford. Su viejo amigo de la cuadrilla de construcción que trabajaba como proveedor de banquetes en su tiempo libre.

Dio una palmada y alcanzó el teléfono. No, estaría trabajando. Miranda tendría que llamarle esta noche. Perfecto. Tarareando una pequeña melodía, se puso a trabajar en la pila de archivos sobre su escritorio.

No podía esperar a llegar a casa esta noche y llamar a Fanuzzi.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—Vaya, si no es mi mejor amiga. Debe ser mi noche de suerte —el sarcasmo de Fanuzzi goteaba a través del auricular.

Hurgando en el refrigerador de acero inoxidable de Parker en busca de sobras, Miranda hizo una mueca. Se había olvidado de decirle a la cocinera lo que quería, y la mujer se había ido sin preparar nada. No podía creer que Parker no hubiera llamado para planear una semana completa de comidas para ella. Debía estar trabajando en un caso realmente interesante.

—Oye, te llamé, ¿no? —En el armario, encontró una bolsa de chips y un frasco de salsa. Lo de siempre. La salsa era extra picante. Parker debió haber hecho que la cocinera la comprara para ella. Los puso sobre la encimera y abrió la bolsa.

—Me parece recordar que mencionaste que saldríamos juntas el fin de semana pasado, ¿que me llamarías?

Miranda abrió el frasco de salsa, sumergió un chip y se lo metió en la boca. Efectivamente estaba muy picante. Le encantaba. —Rayos, Fanuzzi —crujió en el auricular—, actúas como si fuera un tipo guapo que te dejó plantada.

La mujer permaneció en silencio un momento, luego suspiró profundamente. —No estuviste mucho tiempo en el equipo de construcción, Murray, pero solíamos hablar. Eras la única otra mujer. Pensé que éramos amigas.

Miranda dejó de masticar. Lo habían sido, en cierto modo. —¿Y qué hay de Mamá Gorda? —ofreció, esperando arrancarle una risa. Mamá Gorda había sido una de las peores jefas para las que había trabajado. Aterrorizaba a todo el equipo hasta que Miranda le dio una cucharada de su propia medicina.

Fanuzzi exhaló. —Todo el mundo tiene dudas sobre si Mamá Gorda era realmente mujer.

—Tampoco era hombre. Yo diría que era un extraterrestre.

Ahora Fanuzzi sí se rio. Se estaba ablandando.

Miranda regresó al refrigerador por algo de beber. —¿Y si te compenso por no haberte llamado?

—La única forma de hacerlo sería organizarme una noche con Wade Parker.

Se tensó con un repentino ataque de celos. ¿Qué le pasaba? La mujer tenía tres hijos. —No puedo hacer eso. —Agarró una de las cervezas de Parker—. ¿Qué tal una botella de Stone Imperial Russian Stout?

—¿Qué dices? ¿Estás tratando de sobornarme con cerveza de lujo?

Conocía la marca. Fanuzzi era definitivamente la indicada para este trabajo. —Necesito tu ayuda.

Miranda casi pudo sentir su mueca a través del teléfono. —Déjame ver si entiendo. ¿Quieres compensarme por haberme ignorado con cerveza que no me gusta y pidiéndome ayuda?

Estudió la botella. —Es la marca de Parker.

Hubo una pausa. —¿Cómo sabes qué marca de cerveza bebe Wade Parker?

Miranda cambió el peso de un pie al otro.

Un fuerte quejido sonó en el fondo. —Mamá, Charlie me está pegando otra vez.

Fanuzzi amortiguó el auricular. —Ya basta, ustedes dos. Estoy al teléfono. —Luego volvió—. Está bien, Murray. Me rindo. ¿Qué quieres?

Guardó la cerveza e hizo un pequeño baile de victoria sobre el piso pulido. —¿Qué tal si me ayudas a organizar una fiesta? Necesito una persona que se encargue del catering.

—¿Qué tan grande será la fiesta? No hago trabajos pequeños.

—Oh, lo suficientemente grande como para llenar la mansión de Parker.

Oyó toser a Fanuzzi. —¿Dijiste la mansión de Parker?

—Sí. La de Mockingbird Hills.

Mientras alcanzaba otro chip, Miranda escuchó a Fanuzzi tragar saliva. Evidentemente, conocía la lujosa zona. —Espera un momento. ¿Por qué estás organizando una fiesta en la mansión de Wade Parker en Mockingbird Hills?

Miranda suspiró. Su antigua compañera de trabajo no iba a hacérselo fácil, ¿verdad? —Estoy como que, eh, quedándome aquí.

—¿Con Parker? —Su acento de Brooklyn adquirió un tono entrecortado—. ¿Estás *durmiendo* con Wade Parker?

Esto se estaba volviendo demasiado personal. Tal vez debería haber buscado a alguien de catering en la guía telefónica. Miranda volvió a meter el chip en la bolsa. —¿Te interesa el negocio o no?

Hubo una pausa mientras Fanuzzi sopesaba sus opciones. —Claro. ¿Cuándo es la fiesta?

—Este sábado por la noche. —Necesitaría todo el día para preparar las cosas.

—Es un aviso bastante corto. ¿Cuántas personas?

—Tal vez una docena más o menos. ¿Puedes venir esta noche para que empecemos a planear?

—¿Esta noche? ¿A la mansión?

—¿Dónde más? —Miranda sonrió con astucia.

Fanuzzi no tardó mucho en decidirse. —Déjame ver si puedo conseguir una niñera.

* * *

Sintiéndose triunfante, una hora después Miranda abrió la ornamentada puerta principal de Parker y sonrió a la mujer bajita de pelo oscuro con una camisa roja y pantalones color canela que estaba en el porche con un cuaderno, un maletín y una canasta.

Miranda fingió un acento británico y estiró el brazo en un gesto grandioso. —Me complace tanto que hayas venido.

—Bueno verte, Murray. —Con el mismo aire decidido que solía tener en la obra cuando mandaba a hombres grandes en maquinaria pesada, entró al vestíbulo—. Madre de Dios.

Miranda caminó por las intrincadas baldosas de mármol y se detuvo frente a una urna griega encima de la cómoda de palisandro con incrustaciones de oro. —No sabía que eras católica.

Con la boca abierta, Fanuzzi dio un giro completo, mirando la centelleante araña, las enormes pinturas en las altas paredes, la gran escalera de caoba con su barandilla tallada. —Siento que debo persignarme. Esto es tan elegante como Notre Dame.

Miranda extendió las manos. —Hogar dulce hogar.

Los ojos oscuros de Fanuzzi brillaron con envidia. —Qué suerte tienes, maldita sea.

Miranda señaló hacia una puerta. —Vamos. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Estás bromeando? Primero tienes que darme el gran recorrido.

Con un gruñido, Miranda agarró a Fanuzzi del brazo y la llevó por la ventilada sala con su televisor de pantalla grande, el comedor decorado con cupidos, la sala de entretenimiento con paneles oscuros y la alfombra de piel de cebra, que miró con sospecha como si pudiera imaginar lo que Miranda y Parker habían hecho allí, y algunas otras habitaciones en las que Miranda nunca había estado antes.

Fanuzzi exclamó maravillada durante todo el recorrido.

Todavía tenía la boca abierta cuando finalmente llegaron a la cocina. Esta era la última parada. Ni loca le iba a mostrar las habitaciones de arriba. Especialmente no la habitación del Taj Mahal.

Mirando boquiabierta los relucientes electrodomésticos de acero inoxidable y las encimeras de granito negro, Fanuzzi colocó su canasta y su libro en la isla de piedra en medio de la enorme habitación. —Caramba, Murray, ¿es aquí donde cocinas?

Miranda abrió la bolsa de papas fritas que había abandonado antes y le ofreció una a Fanuzzi. —Qué va, yo no cocino. —Desde que dejó a Leon, excepto por el microondas y el refrigerador, nunca había usado ningún electrodoméstico de cocina.

Fanuzzi ignoró la bolsa, sus ojos abriéndose aún más. —Tienes sirvientes, ¿verdad? Santo cielo.

—Parker tiene sirvientes —corrigió Miranda.

Fanuzzi se subió a uno de los taburetes con bordes de hierro de la isla y metió la mano en la bolsa, con avidez. Pero su avidez no era por las papas fritas. —Cuéntame sobre tú y Parker.

Miranda evaluó sus opciones. Fanuzzi quería ser amiga. Era confiable. Incluso se parecía a Miranda en algunos aspectos. Tal vez no sería tan malo confiarle un poco. Podría incluso ser terapéutico.

Agarró la salsa, un rollo de toallas de papel, los colocó en la isla y apoyó un pie en el travesaño de una silla. —Parker y yo tenemos... supongo que lo llamarías una relación.

Conteniendo la respiración, Fanuzzi la miró como si su piel se estuviera volviendo verde. —¿Qué *tipo* de relación?

Miranda sintió que su piel se volvía no verde, sino varios tonos de púrpura. —Una relación *laboral*.

Fanuzzi frunció el ceño ante la evasiva.

Miranda fue al refrigerador y sacó un par de botellas. —¿Segura que no quieres una de estas Stone Imperial Russian Stout?

La mujer se relamió los labios. —En realidad, nunca he probado una.

Las destapó y le entregó una. —Pruébala.

—Gracias. —Tomó un sorbo—. Vaya. Esa es una cerveza de primera. Sabe tan rica como Parker.

Miranda miró el reloj. —No tenemos mucho tiempo. ¿Podemos pasar a lo de la fiesta?

—Claro, claro. —Fanuzzi frunció el ceño y abrió su libro—. ¿Qué tipo de fiesta es?

—Una inauguración de casa.

Su ceja se levantó. —¿Inauguración de casa? —preguntó, en un tono sugestivo.

—Claro. Acabo de mudarme.

—Ajá. Te acabas de mudar con Wade Parker, el soltero más rico, más codiciado, más deseable de Atlanta. Está bien. ¿Quieres la fiesta al final de la tarde o por la noche?

Miranda se tocó los labios con los dedos. Más tarde sería mejor. —Por la noche. Tal vez a las siete u ocho.

Fanuzzi hizo una nota en su libro. —¿Y dijiste unas doce personas?

—Más o menos.

Otra nota. —Estoy pensando en aperitivos elegantes y bebidas.

—Suena bien.

—¿Presupuesto? Supongo que el cielo es el límite.

Miranda soltó una risita incómoda. —Eh, no exactamente.

Fanuzzi dejó de escribir y levantó la mirada, sus ojos exigiendo una explicación.

—Parker no está pagando por esto. Lo estoy pagando yo.

Dejó su pluma. —¿Entonces con cuánto cuentas?

Miranda pasó la mano arriba y abajo por su botella de cerveza. —No mucho. ¿Puedes hacerlo? ¿Y aun así hacer que se vea, ya sabes... elegante?

La inhalación de Fanuzzi fue como un gruñido bajo. —Sí, he obrado algunos milagros en mi tiempo. ¿Cómo es que Parker te deja pagar por esto? ¿Es realmente un tacaño bajo todo ese encanto?

Miranda tomó una papa de la bolsa. En vez de comerla, la rompió en pedacitos sobre la toalla de papel. Esto se estaba complicando. Mejor aclarar las cosas. De todas formas, Fanuzzi lo descubriría tarde o temprano. Se limpió las manos y lo soltó. —Parker no estará allí. Está fuera de la ciudad.

Fanuzzi parecía una niña cuyo cachorro acababa de escaparse. —¿Así que estás haciendo una inauguración de casa en su casa sin el anfitrión?

—Exacto.

Su aire se volvió rígido, exquisitamente profesional. —¿Tienes una lista de invitados?

—Más o menos. —Miranda caminó hacia la encimera y tomó el bloc donde había garabateado algunos nombres.

—Déjame verlo. —Fanuzzi extendió su mano como una maestra de primaria.

Miranda le entregó el bloc.

Lo miró y frunció el ceño. —Estos son los principales del funeral de Langford. No viven en este vecindario.

Miranda se cruzó de brazos. ¿Por qué Fanuzzi tenía que ser tan entrometida? Todo lo que quería era que alguien organizara una fiesta. Pero si no le contaba a su antigua compañera de trabajo sobre el verdadero plan, su curiosidad podría arruinar la noche.

Miranda tomó un trago de cerveza para darse valor. —Mira, Fanuzzi. —Se acercó a ella en la isla—. Sea lo que sea Wade Parker,

también es mi jefe. Estoy trabajando en un caso para él. —No era una gran exageración.

Las espesas cejas oscuras de Fanuzzi se elevaron hasta el alto techo. —¿*Eso* es de lo que se trata esta fiesta?

Asintió. No había necesidad de decirle que Parker no sabía al respecto. —Estoy investigando la muerte de Desirée Langford y necesito ver a algunas de estas personas, bueno, en acción.

Su boca se abrió aún más que cuando había entrado a la mansión. Miró fijamente a Miranda por un momento, luego lentamente sacudió la cabeza. —Realmente eres algo especial, Murray.

Miranda forzó una sonrisa. —Así soy yo. Llena de sorpresas.

—¿Cómo vas a hacer eso y ser la anfitriona al mismo tiempo? —Sintiéndose más cómoda, alcanzó su cerveza.

—Voy a poner micrófonos en las habitaciones y grabar conversaciones.

Fanuzzi casi escupió su trago de Stone Imperial Russian Stout. —¡Santo cielo! Esto es trabajo detectivesco de verdad.

Miranda asintió. —Ni una palabra a nadie. —Mejor no decirle que uno de los invitados podría traer drogas. O incluso llevar una pistola. Tal vez debería hacer que Judd registrara a todos en la puerta.

Ay, caramba. Se había olvidado de Judd. No importaba. Para cuando le contara a Parker, la fiesta ya habría terminado.

Y el caso estaría resuelto.

De repente, Fanuzzi le agarró la mano como si fuera su mejor amiga perdida hace tiempo. —Oh, puedes confiar en mí. Te juro por la tumba de mi abuela, que en paz descanse, que no diré ni una palabra. Me encargaré de todo. Será perfecto. Absolutamente perfecto. Y no te preocupes por el costo. Lo haré gratis.

—No tienes que—

Levantó una mano. —No todos los días tengo la oportunidad de participar en una investigación de asesinato real. —Rió con deleite y miró la lista—. ¿A quién más vas a invitar?

—Eh, tendré que trabajar en eso. —Miranda observó cómo los ojos de Fanuzzi recorrían rápidamente la escasa lista, tan ansiosa como un sabueso tras una pista. El alivio la invadió. La mujer era

una verdadera amiga, después de todo. Debería haberla puesto al tanto del plan desde el principio. Este era exactamente el tipo de ayuda que necesitaba.

Ella podría concentrarse en la lista de invitados y la vigilancia mientras Fanuzzi se encargaba de los detalles de la fiesta. Pediría prestado algo de equipo a la Agencia, pero sería una molestia instalarlo e imposible revisarlo ella sola. Pensó un momento.

Conseguiría que Holloway y Becker la ayudaran. Tendría que contarles algo sobre el caso y hacerles jurar secreto. ¿Podría confiar en ellos? Tendría que arriesgarse. No podía permitirse que el equipo no funcionara. Al menos Becker estaría entusiasmado con algo por fin.

Un momento.

Estudió la pequeña estatura de su nueva amiga, sus ojos y cabello oscuros. No estaba mal. Inteligente, trabajadora. —¿Estás saliendo con alguien últimamente, Fanuzzi?

—¿Yo? —dijo con su acento de Brooklyn—. ¿Quién tiene tiempo? ¿Por qué? ¿Parker tiene un hermano?

—Solo me preguntaba. —Fanuzzi incluso venía de la misma parte del país que Becker. Esta fiesta sería la oportunidad perfecta para presentarlos. Sí, Joan Fanuzzi podría ser justo la persona para hacer que Becker olvidara a su antiguo amor.

Miró el recipiente en el mostrador. —¿Qué hay en la canasta?

—Casi lo olvidaba. Muestras. —Fanuzzi abrió la tapa tejida y sacó un pequeño frasco y un rollo de galletas. Abrió el frasco y untó un poco del contenido en una galleta con un cuchillo de plástico—. Prueba esto y dime qué te parece.

Miranda dio un mordisco. Un sabor salado estalló en su boca. —Está bien. ¿Qué es?

—Caviar Beluga. Pero probablemente no entrará en tu presupuesto. Quiero decir, en *mi* presupuesto. Tendré que pensar en algunas ideas.

—Genial. Realmente aprecio esto.

Miró su reloj. —Esto es suficiente para que pueda empezar. Mejor me voy a casa. Mañana hay que madrugar.

—Claro.

Miranda la ayudó a recoger sus cosas y la acompañó por el pasillo y a través del majestuoso vestíbulo.

—Sabes, este hall de entrada sería un buen lugar para centralizar las festividades.

Miranda miró alrededor. Un espacio agradable y abierto para que sus víctimas se enfrentaran. —Me parece bien. —Abrió la puerta principal—. Gracias por todo, Fanuzzi. Has sido de gran ayuda.

—No hay de qué. ¿Para qué están las amigas? No puedo creer que vaya a participar en una operación encubierta de verdad.

—No puedes contárselo a nadie, ¿sabes?

—Por supuesto que no. No soy estúpida, Murray. Además, ¿a quién se lo contaría?

—Está bien. Ah, y asegúrate de usar algo bonito.

—Siempre me visto bien cuando hago catering.

—Hazlo especialmente bonito.

Entrecerró un ojo hacia ella. —¿Qué me estás ocultando?

—Lo sabrás pronto.

Rindiéndose, Fanuzzi sacudió la cabeza y salió por la puerta con un paso animado. —Una investigación de asesinato real bajo la apariencia de una fiesta de inauguración. Bueno, Murray, siempre dije que tenías agallas.

* * *

¿Era agallas lo que tenía, o simplemente estaba loca? No sabía por qué quería resolver este caso tan desesperadamente, a menos que fuera la visión del rostro de Desirée Langford que había comenzado a acechar sus pesadillas, junto con el hombre sin rostro que siempre la perseguía.

Parker no llamó esa noche. Ni la siguiente. Ni ninguna noche de esa semana. Excepto aquella vez que llamó durante el día, cuando sabía que ella estaría en el trabajo, y dejó un mensaje en la contestadora confirmando que no estaría en casa hasta el lunes.

Debería haberse alegrado de no tener que escucharlo dándole órdenes, pero en cambio sintió un vacío inquietante en la boca del estómago. ¿No quería hablar con ella? ¿Judd habría descubierto lo que tramaba y se lo había contado? ¿Era esta su forma de castigarla? ¿Y qué? Él no podía detenerla. Parker ciertamente no

tomaría un avión y volaría a través del país solo para regañarla. ¿Por qué debía permitir que esto la enojara tanto? No importaba.

Parker se sentiría orgulloso cuando viera que había metido a Ferraro Usher tras las rejas. Incluso si lo hacía sin él.

Decidió no preocuparse por Judd o Parker. Estaba demasiado ocupada con los planes de la fiesta.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Velas aromáticas en colores de acento titilaban sobre pedestales dorados, estratégicamente colocadas por todo el imponente vestíbulo. Flores silvestres recién cortadas adornaban floreros de cristal, mezclando su aroma con el olor de la buena comida que se disponía sobre una mesa larga cerca de la majestuosa escalera. Contra una pared que conducía al pasillo, había un bar improvisado. Desde altavoces ocultos, Barry Manilow cantaba suavemente.

Esta noche, Miranda atraparía a Ferraro Usher.

Descendió por la escalera de caoba tallada con un vestido rojo intenso, con los hombros descubiertos, falda entallada y puños enjoyados. Por una vez, se alegró de que Parker hubiera insistido en comprarle más de un vestido el día que fueron de compras. No había tenido ni un minuto libre para conseguir un nuevo atuendo.

Se había equivocado al pensar que podría dejar que Fanuzzi se encargara de los detalles de la fiesta. La mujer había insistido en su opinión para todo.

Para organizar la pequeña reunión de esta noche, Miranda había pasado todas las tardes de esta semana con la mujer que trabajaba como catering y en cuadrillas de construcción, ya fuera en la mansión o, cuando no conseguía niñera, en el pequeño bungalow de Fanuzzi en Avondale Estates con sus tres hijos. Habían repasado las decoraciones, las invitaciones, qué servir, el protocolo. Hasta que Miranda estuvo exhausta.

Comieron comida chatarra con los niños, rieron, contaron historias sobre la cuadrilla de construcción. Era el mayor tiempo que Miranda había pasado jamás con otra mujer. Fanuzzi se estaba convirtiendo en... una amiga.

El tiempo invertido había valido la pena, pensó, contemplando desde la barandilla el hermoso vestíbulo y sonriendo con orgullo. Fanuzzi era única. Exactamente la elección correcta para gestionar esta velada. Observó al personal vestido de negro que se afanaba por todas partes, y luego vislumbró a su talentosa proveedora de catering dando los últimos toques a los canapés.

Llevaba el pelo en un moño francés, recogido con un brillante peine plateado. Su vestido era de lentejuelas y tafetán azul medianoche. Sin tirantes, con la parte superior ajustada y una abertura en un costado.

Sexy, pensó Miranda, mientras avanzaba por el suelo. Becker se volvería loco cuando la viera. —Todo se ve fantástico.

Fanuzzi se volvió y le dirigió una sonrisa satisfecha. —Te dije que soy una magnífica organizadora de catering.

Le tocó el brazo. —Claro que sí. Te daré una excelente referencia después de esta noche. Y tú también te ves genial.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

Miranda se había dejado el pelo suelto, principalmente para ocultar el auricular inalámbrico en su oreja. Se había vestido rápidamente, después de pasar toda la tarde con Holloway y Becker, colocando y probando cámaras y dispositivos de escucha por toda la planta baja, antes de enviarlos a vestirse.

Habían actuado como dos perros hambrientos que acaban de divisar un filete cuando les contó sobre este caso. Solo les había revelado los detalles más básicos y les había hecho jurar secreto varias veces. Eso tendría que bastar.

La trampa estaba preparada.

—¿Cuál es la gran sorpresa?

—¿Sorpresa?

—La razón por la que me pediste que me arreglara.

—Ah, eso. —Quizás debería darle alguna advertencia—. Bueno, hay este ti...

Sonó el timbre.

Oh no. Miranda inspiró una bocanada de nervios. —Nuestro primer invitado. —Esperaba poder llevar a cabo esta estratagema.

Fanuzzi le dio un apretón maternal en la mano. —Lo harás bien.

Enderezó los hombros. —Por supuesto que sí. —Se giró y caminó hacia la puerta principal. Cuando la abrió, el aire se le escapó como a un globo. Era el Sr. P.

Vestido con un esmoquin negro, sin un pelo fuera de lugar, entró en el vestíbulo con su nueva prometida del brazo. —Srta. Steele —exclamó, como si ella fuera una estrella de cine—. Qué maravilloso verla.

Como de costumbre, el carismático caballero rezumaba el mismo atractivo y magnetismo sensual que había transmitido a su hijo. Con un floreo, tomó su mano y le dio un beso en la mejilla. Desplegando su encanto, igual que su hijo.

A su lado, Tatiana esbozó una cálida sonrisa de labios gruesos. —Buenas noches, Srta. Steele —dijo con su marcado acento ucraniano.

—Buenas noches. —Miranda le estrechó la mano—. Me alegro de que haya podido venir, Tatiana.

—Qué amable de su parte invitarnos a ambos a esta festiva celebración. —Los ojos del Sr. P brillaron con expectación.

Miranda se inclinó y susurró: —Puede dejar la actuación social, Sr. P. Ustedes son los primeros en llegar.

Él asintió y le guiñó un ojo.

—Pasen. —Los condujo al vestíbulo de entrada.

El Sr. P avanzó por el suelo de mármol, admirando el trabajo de Fanuzzi. Su melena de pelo blanco puro le daba el aspecto de un león anciano inspeccionando un territorio que alguna vez perteneció a su manada. —Este lugar se ve incluso mejor que cuando yo vivía aquí. —La nota de nostalgia en su voz hizo que Miranda se preguntara si estaría cambiando de opinión respecto a la casa.

Se volvió hacia Tatiana con una mirada hambrienta. —Mi querida, ¿recuerdas la habitación de la que te hablé?

Sus ojos se agrandaron y asintió.

El Sr. P señaló hacia la escalera. —Está subiendo las escaleras y por el pasillo a la izquierda. Cuarta habitación —estaba hablando del dormitorio Taj Mahal—. ¿Por qué no vas a echarle un vistazo?

Ella se volvió hacia Miranda, con emoción en los ojos. —¿Te importa?

Miranda asintió en la misma dirección. —Adelante, diviértete.

Con una risita, subió corriendo las escaleras.

Miranda sacudió la cabeza mirando al Sr. P. Sin duda se uniría a ella allá arriba en un momento, pero ahora mismo, había enviado a su prometida lejos para que pudieran tener un momento a solas.

Este martes pasado por la noche, Miranda estaba compartiendo un tazón de palomitas en el sofá con Fanuzzi y sus hijos, Charlie, Tommy y Callie, mientras la mujer insistía en terminar la lista de invitados, cuando el Sr. P apareció en su mente. Había soltado un grito que despertó al golden retriever de la familia.

No había sido su culpa no poder elaborar una lista de personas para invitar a su inauguración. Era Parker quien conocía a los poderosos de Buckhead, no ella. Excepto por los Van Aarle, que estaban en París, los Todd, que estaban en Roma, y los Oglethorpe, a quienes no había conocido, ni siquiera sabía quiénes eran sus vecinos.

Pero el Sr. P resultó ser un verdadero registro social. Después de regañarla por no mantenerlo informado sobre el caso Langford, le dio una lista tan larga como su brazo, incluyendo a varios conocedores de arte que admiraban el trabajo de Usher.

Balanceándose sobre sus talones, se rio para sí mismo. —Muy impresionante, Srta. Steele. Si tan solo Russell pudiera ver su obra esta noche.

Ella tragó saliva. —Pero usted prometió no decírselo.

Le guiñó un ojo y se llevó un dedo a los labios. —No diré ni una palabra.

Por supuesto que no lo haría. Estaba disfrutando demasiado de su pequeño secreto. Ahora se alegraba de que él le hubiera sacado con encanto el verdadero propósito de la velada de esta noche.

Su rostro se suavizó con sinceridad. —¿Cómo se siente?

—Un poco nerviosa —admitió.

Él le tomó la mano y se la palmeó, de manera paternal. —Lo hará muy bien. Fue entrenada por mi hijo —miró alrededor de la habitación otra vez—. Y el vestíbulo de entrada está absolutamente perfecto.

—Eso es obra de mi catering.

Para algunos, podría considerarse *trés gauche* presentar al personal contratado, pero a Miranda no le importaba. —¡Fanuzzi! —llamó—. Ven a conocer al Sr. P.

Fanuzzi dejó lo que estaba haciendo y atravesó rápidamente el suelo, con la mano extendida. —Encantada de conocerlo, Sr. Parker, Senior. He leído tanto sobre usted, es decir, sobre sus negocios inmobiliarios, en el periódico.

Él rió encantado, tomó su mano y depositó un ligero beso sobre ella. —Siempre me alegra conocer a una admiradora. Especialmente una tan encantadora y talentosa.

Fanuzzi contuvo la respiración. Por un minuto Miranda pensó que podría desmayarse.

—No dejes que te maree, Fanuzzi. Él coquetea con todas las mujeres.

—Srta. Steele. Estoy asombrado —se llevó una mano al pecho—. Simplemente tengo buena educación.

Y sus genes incluían la abundancia de encanto y testosterona de la familia Parker.

Entrecerró los ojos. —¿Ella está...?

—Sí —susurró Miranda—. Está al tanto.

—Muy bien —miró alrededor una vez más—. ¿Todo el equipo está listo?

—Revisado y comprobado dos veces.

—Espero que obtenga la información que necesita.

—La obtendré —si Delta Langford interpretaba bien su papel, para el final de la noche, Miranda tendría la confesión de Ferraro Usher del asesinato de su hermana grabada en un DVR de última generación.

El timbre sonó de nuevo.

Miranda respiró profundo. —Hora del espectáculo —prácticamente se deslizó hacia la puerta principal.

* * *

A las nueve en punto, el vestíbulo de la mansión Parker resplandecía con el brillo de solapas de satén, joyas plateadas, estampados de leopardo y hombros descubiertos. Y resonaba con la

risa coqueta de extraños cuyos nombres Miranda no podía recordar. Y olía a eau de dinero.

Pero los protagonistas aún no habían aparecido.

El Dr. Kennicot, el veterinario de caballos, el primer amor de Desirée. Usher, el famoso artista, el primer esposo de Desirée —y su asesino. Delta Langford, la única hermana de Desirée, que era la clave del plan de esta noche. ¿Y si todos hubieran decidido dejar plantada a Miranda?

Después de enviar las invitaciones, Miranda había llamado personalmente a cada uno de ellos. Menos mal que lo hizo. Convencerlos para que vinieran esta noche había requerido más persuasión que un infomercial de medianoche.

Delta se había negado rotundamente hasta que Miranda le contó el verdadero motivo del evento y que no podría atrapar a Usher sin ella. Cuando añadió que Parker estaría fuera de la ciudad, Delta aceptó.

Conseguir que Kennicot dijera que estaría allí fue un poco más fácil. Solo había tenido que insinuar que tal vez podría presionar a Usher.

El artista mismo fue el más difícil de convencer. Había tenido que humillarse. Con una sensación nauseabunda en el estómago, le había dicho a Usher que estaba avergonzada de cómo lo había tratado en su galería de arte. Que solo había estado tratando de impresionar a Parker, y que él le había regañado severamente por su lamentable comportamiento. Usher había disfrutado de su adulación, así como de la oportunidad de decirle que no.

Así que había sacado todas sus armas. Había hecho sonidos de puchero y le había dicho que si no podía tener al famoso artista en su fiesta, sería un completo fracaso. El juego al ego funcionó. Con la condescendencia de un monarca medieval, aceptó aparecer.

Cuando colgó el teléfono, había necesitado una bolsa para vomitar.

Diablos, tal vez los tres eran mentirosos, pensó Miranda, observando a los desconocidos vestidos de seda y satén que devoraban los aperitivos de Fanuzzi y tragaban el falso champán. Si

se había tomado todas estas molestias para nada, realmente se enfadaría.

Una vez más, sonó el timbre.

Fanuzzi, quien la había regañado antes por abrir su propia puerta, cruzó la habitación y la abrió.

Miranda dejó escapar un suspiro de alivio cuando el alto y robusto veterinario entró en la habitación con un andar lento.

Se pasó una mano por su ondulado cabello gris y recorrió con la mirada el vestíbulo, su rostro marcado parecía más desgastado que el día en que Miranda lo había interrogado en Aquitaine Farms. Asintió a algunas personas que reconoció, luego se dirigió hacia Miranda.

Ella le ofreció una mano, y él la tomó con un gesto casi cálido.

—Buenas noches, señorita Steele —. Todavía llevaba esa expresión desconcertada que le daba un aire intelectual.

—Hola, Dr. Kennicot. Gracias por venir.

Él inclinó la cabeza educadamente—. Solo espero que esta velada resulte como me prometió.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Sus ojos muy separados recorrieron la habitación—. ¿Está él aquí?

—Todavía no.

Las mismas dudas que ella había estado teniendo parecieron deslizarse por su rostro cansado.

—Hasta que llegue, ¿por qué no se relaja y se pone cómodo?

—Probablemente sería lo mejor.

—Coma algo —. Tomó su brazo y lo llevó a la mesa que sostenía grandes bandejas de aperitivos.

Fanuzzi se había superado a sí misma con comida más bonita que la de uno de los elegantes restaurantes de Parker. Había trozos de perejil y cangrejo falso sobre rodajas de pepino que Fanuzzi había rayado, dátiles envueltos en tocino, queso crema sazonado en pequeñas galletas crujientes que llamaba fricos, y pequeños pasteles coloridos que parecían estar envueltos para regalo.

—Lo siento, señorita Steele. No tengo mucha hambre —. Asintió cortésmente y cruzó con paso tranquilo el piso de mármol para

hablar con uno de los desconocidos. La forma en que se estrecharon las manos y cayeron en una conversación fácil hizo creer a Miranda que el hombre era un colega. El Sr. P probablemente había invitado a otro veterinario o dos para que Kennicot pudiera socializar. Buen pensamiento, Sr. P.

El timbre sonó de nuevo. Esta vez, uno del personal de Fanuzzi lo atendió.

Miranda se metió un vasito de pepino en la boca y se volvió hacia la puerta. Apenas podía tragar. Su corazón comenzó a latir con fuerza al ver los rizos rojizos y ojos felinos cuando Delta Langford entró en el vestíbulo.

La mujer se quedó un momento, examinando la habitación. Con un vestido negro corto y entallado con drapeado horizontal, mangas abullonadas y largos guantes de satén, parecía tanto una seductora como una niña pequeña. El mismo contraste que Miranda había notado en las pinturas que Usher había hecho de su hermana.

Parecía tensa, nerviosa. ¿Estaba lista para interpretar su papel? Entonces vio a Miranda y cerró los ojos aliviada. Empezó a dirigirse hacia ella, estaba a mitad de camino por el vestíbulo, cuando la puerta principal se abrió nuevamente y apareció la figura larguirucha de Usher.

Delta se detuvo, se volvió hacia él, al igual que la mitad de los invitados. El hombre tenía presencia.

Llevaba un traje color lila con un chaleco a juego, camisa negra y polainas en sus zapatos. Su cabello rubio decolorado con mechas, que parecía recién lavado, se extendía sobre sus hombros, como algún guerrero medieval, como si estuviera tratando de mezclar un estilo de los años veinte con el siglo XIV.

Tan pronto como entró en la habitación, vio a la mujer y la miró fijamente como si fuera una cobra escupidora—. Delta.

Ella le devolvió la mirada—. Ferraro.

Él miró más allá de ella, vio a Miranda. Su labio se curvó con odioso disgusto. Mejor que no se diera la vuelta y se fuera.

Rápidamente, Miranda pasó por un lado de Delta y se dirigió directamente hacia su invitado secreto de honor.

—Señor Usher —dijo efusivamente, poniendo en su voz un tono de adolescente que se derrite por Justin Bieber—. Estoy tan emocionada de que haya decidido venir. Esta fiesta sería un desastre sin usted.

Él levantó la nariz en un gesto más rígido que el fondant de los pasteles de Fanuzzi y abrió la boca.

Ella lo interrumpió—. Hay tantos amantes del arte aquí esta noche —. Tiró de su brazo como si fuera un viejo amigo, alejándolo de la puerta—. Habrían estado tan decepcionados si no hubieran podido conocer a una celebridad como usted.

Como si fuera una señal, dos jóvenes mujeres se acercaron rápidamente. Una era morena y llevaba un vestido negro sin tirantes con una falda plisada, junto con un collar de perlas que parecía un banco de ostras alrededor de su cuello. La otra tenía el cabello con mechas que iban del castaño al rubio y al rojo. Estaba ataviada con diamantes y satén rojo. Ambas tenían piernas de jirafa.

—Señor Usher —chilló la del pelo multicolor, entregándole al artista un folleto de su exposición—. ¿Puedo tener su autógrafo?

Miranda sonrió. Menos mal que había pasado por la galería esta semana y había recogido algunas copias de ese folleto para repartir por la sala.

La morena era más atrevida. Alcanzó su brazo y comenzó a derramar elogios—. Adoro tanto su trabajo.

Unas cuantas mujeres más se acercaron apresuradamente y, pronto, Usher se vio rodeado por un pequeño grupo de admiradoras.

Una vez más, el ego le ganó la partida—. Normalmente no hago esto, pero haré una excepción esta noche —firmó el primer folleto, luego otro y otro más.

¿Dónde encontraba el Sr. P a esta gente? Miranda le debía una grande. Se escabulló, estaba a punto de dirigirse a la cocina, cuando Delta la detuvo.

Le apretó el brazo con fuerza con su mano enguantada—. Señorita Steele, no estoy segura de que esto fuera una buena idea. No soporto estar en la misma habitación que ese hombre.

Miranda le dio unas palmaditas en la mano—. Relájese, señorita Langford. Acaba de llegar.

Sacudió sus rizos rojos—. No debería haber venido. No debería haber dejado que me convenciera de esto.

—Sí, debería. Estará bien.

Delta miró alrededor y vio a Kennicot, todavía hablando con su colega. Se puso tensa—. No me dijo que él estaría aquí.

—Solo un poco de presión adicional.

—Hay tanta gente aquí. Todavía estoy de luto. Realmente, debería irme a casa.

Una punzada de pánico la atravesó. Delta no podía irse. Se obligó a hablar con suavidad—. Necesito que interprete su papel. Recuerda nuestro plan, ¿verdad?

La miró con expresión vacía.

Miranda bajó la voz—. Tiene que hacer que confiese. Si lo acusa cara a cara de haber matado a Desirée, se quebrará —Al menos, estaba apostando todo a que lo haría—. Tengo equipos de vigilancia ocultos instalados en todas las habitaciones de este piso. Todo lo que diga será grabado. Una vez que obtengamos su confesión, podremos entregarlo a la policía.

Se frotó los brazos—. No estoy segura de poder hacerlo, señorita Steele. No estoy segura de poder enfrentarlo —Entrecerró sus ojos gatunos hacia Usher y sus nuevas admiradoras, y Miranda vio un fuego feroz en ellos. Realmente despreciaba a ese hombre, ¿no?

—Sí puede. Confíe en mí. Recuerde, esto es por Desirée.

Cerró los ojos dramáticamente—. Muy bien. Haré lo mejor que pueda. ¿Podemos hacerlo pronto? —Sonaba como una niña suplicando quedarse despierta cinco minutos más.

—No demasiado pronto, o no parecerá natural. No puede sospechar que es una trampa.

Delta solo la miró fijamente.

—Tal vez en una hora más o menos. Dele a Usher la oportunidad de relajarse. Tómelo desprevenido.

No le gustó la respuesta, pero asintió—. Sea tan rápida como pueda —Se alejó y se sentó en una silla cerca de la escalera.

Exhalando sus nervios, Miranda se apostó cerca de un pedestal decorado con claveles para vigilar a sus inquietos invitados.

Usher estaba ahora en el bar, tratando de conseguir una bebida mientras fingía defenderse de la devoción de sus admiradoras. Cuando finalmente tuvo un martini en sus manos, se volvió y vio a Kennicot, quien estaba probando uno de los sándwiches. Kennicot captó su mirada.

Los puñales volaron entre ellos.

Con unas cuantas zancadas largas, Usher dejó a su grupo de admiradoras y se dirigió hacia el veterinario.

No. Miranda se encaminó hacia el artista. Se encontraron en medio de la sala.

—¿Qué significa esto, señorita Steele?

Ella inclinó la cabeza—. ¿Algo mal con su martini?

Apartó su largo cabello de la bebida con un gesto arrogante—. Sabe de lo que estoy hablando. ¿Qué hacen aquí Kennicot y Delta Langford?

—¿No son sus amigos? Pensé que estaría más cómodo con gente que conoce. Aunque parece que todos quieren ser su amigo.

El tono meloso no funcionó esta vez—. ¿Cómodo? Esto es un ultraje. Tengo ganas de...

Ella deslizó su brazo alrededor del suyo—. Por favor, Ferraro. No haga una escena. No querrá que sus admiradoras lo vean de mal humor.

Él captó su mensaje. Si actuaba como un imbécil, no endulzaría a sus seguidoras. Y con Delta aquí, algunas de ellas podrían comenzar a chismear sobre sus conexiones con la familia Langford. Algunas incluso podrían atar cabos sobre la trágica muerte de Desirée.

—Está bien, señorita Steele, usted gana —habló entre dientes apretados, como un oso gruñendo—. Me comportaré por ahora. Pero a la primera oportunidad, me marcho —Con un resoplido, apartó su brazo del agarre de Miranda, se bebió su trago de un solo golpe y volvió al bar por otro.

Vaya. Eso arrugaba sus planes. Había querido que el artista narcisista estuviera relajado y con una actitud abierta cuando llegara el momento de la escena de Delta. Y ahora tenía que asegurarse de que llegara a ese estado antes de que decidiera marcharse.

Miró al otro lado de la habitación. Quizás el señor P podría ayudar.

* * *

A través del tráfico del sábado por la noche, Parker conducía por la I-75 desde el aeropuerto de Hartsfield, sintiéndose agotado hasta los huesos y amargamente decepcionado.

Recordó la primera noche que conoció a Miranda Steele. La visión de aquella mujer furiosa caminando de un lado a otro en una celda de detención del condado de Fulton, con su cabello negro mojado por la lluvia, su ropa rasgada y manchada de barro por su forcejeo con un policía. Había tenido que persuadirla para que le contara sobre Amy. Se había conmovido con su historia, con su tenacidad. Tenía tanto espíritu, tanta fortaleza, a pesar de los años de frustración que había soportado.

Recordaba la noche en que ella confesó lo que Leon Groth le había hecho, derritiéndose en sus brazos con lágrimas que pensó nunca terminarían. Y luego había enfrentado al bastardo que le había causado tanto dolor, y casi lo mata. Para proteger a otros.

Si tan solo pudiera encontrar a Amy para ella. Pero quizás no estaba destinado a ser.

Había tenido grandes esperanzas cuando conoció a la hija de la cliente de Bill Malone. Tenía el cabello oscuro y rizado, como Miranda. Ojos azules brillantes y claros, una sonrisa contagiosa. Había tardado más de lo esperado en convencer a los padres para que ayudaran. Cuando Parker les reveló detalles seleccionados del pasado de Miranda, accedieron a permitirle tomar una muestra de ADN. Para la comparación, había robado otra muestra del cepillo de dientes de Miranda antes de salir de la ciudad. No queriendo esperar semanas por los resultados, Parker había llamado al laboratorio y los había persuadido para que le dieran una cita el próximo lunes. Ayer lo llamaron con un espacio disponible. La reunión fue breve.

Negativo. La joven no era Amy.

Tomó la salida hacia Northside Drive. Casi en casa. La mansión que siempre había considerado como la casa de su padre. ¿Podría ser ahora un hogar para Miranda y él? Pensó en su tensa conversación telefónica de hace una semana, sus respuestas

cortantes. Ella pensaba que él era demasiado autoritario con sus reglas, pero tenía que protegerla. En cuanto a su relación, había decidido que estaba presionando demasiado y se obligó a dejar de llamar, dejar de hacer arreglos para ella. Necesitaba su independencia. Su espacio, como dicen.

Incluso le había dicho a Judd que no informara a menos que fuera una emergencia. Eso le había costado toda la fuerza que tenía.

Ella sabía cuál había sido el propósito de su viaje. Lo había descifrado. Era perspicaz. Intuitiva. Ambos habían percibido que el otro lo sabía, pero ninguno había dicho nada.

La posibilidad de fracaso era demasiado grande. Parker no podía soportar la idea de decepcionar a Miranda otra vez. De volver con las manos vacías. Deseaba con todo su corazón poder devolverle a Amy. Pero no podía. Todo lo que podía ofrecerle era a sí mismo.

¿Lo quería a él?

Podía sentir que los sentimientos de ella hacia él crecían más fuertes cuanto más tiempo estaban juntos. Confiaba más en él. Trabajaban bien juntos. Pero ella seguía siendo huidiza, inquieta, reacia a establecerse, a entregarse por completo.

Quizás su anhelo por su hija perdida era la clave. No había pensado en la posibilidad de tener más hijos antes de conocer a Miranda, pero si eso la haría feliz, lo consideraría.

¿Sería suficiente? No lo sabía. Solo sabía que esta noche, cuando entrara a la casa, si veía ese brillo en sus ojos que le dijera que lo había extrañado, llevaría las cosas al siguiente nivel. Le ofrecería algo que no había imaginado ofrecer a nadie desde que Sylvia falleció.

Solo rezaba para que ella lo aceptara.

Giró hacia Sweet Hollow Lane, contento de estar en casa después de la larga semana. Anhelaba estar a solas con Miranda. Sentir su calidez y vitalidad en sus brazos una vez más.

Entonces notó una fila de autos de lujo a lo largo de la acera. Dio la vuelta a la esquina. Toda la casa estaba iluminada. La música provenía del interior.

¿Qué demonios?

Miranda Steele era la persona menos sociable que jamás había conocido. No era propio de ella organizar una fiesta mientras él estaba fuera. Especialmente no con este grupo.

¿Dónde estaba Judd? Encontró un lugar para su Mazda calle abajo. Buscó a su empleado, en cambio divisó el Bentley de su padre y varios vehículos que reconocía. Luego vio un Porsche plateado con una matrícula personalizada que simplemente decía "Usher".

Ahora tenía sentido.

Salió del auto, se quedó frotándose la barbilla mientras la irritación retumbaba en su pecho. Ella había roto sus reglas. Otra vez. ¿Nunca aprendería? ¿Por qué había atraído a un hombre que podría ser un asesino a su casa? Obviamente, pensaba que había preparado algún tipo de trampa. Al menos había otras personas alrededor. Judd mejor estar adentro vigilándola o estaría buscando un nuevo trabajo.

Decidió entrar por la parte trasera.

CAPÍTULO TREINTA

Los invitados iban por su cuarta ronda de aperitivos y estaban aprovechando bien la barra libre. Todos se estaban relajando y haciendo más ruido. La música había pasado de Barry Manilow a Bon Jovi y algunos de los asistentes habían comenzado a bailar.

Miranda se acercó a la mesa donde Fanuzzi se ocupaba de asegurarse que todos tuvieran comida y bebida, y se metió a la boca lo que su nueva amiga llamaba una galleta de Pera Suiza. Podría usar algo de especias, pero aun así sabía tan bien como en un restaurante de cinco estrellas. Fanuzzi era extraordinaria con la alta cocina improvisada.

Miranda examinó a la multitud. Era casi hora de que Delta hiciera su movimiento.

El Sr. P y Tatiana estaban coqueteando entre sí y mantenían a Usher ocupado en la barra, tal como ella les había pedido. Aunque el artista todavía parecía bastante malhumorado.

Los otros dos personajes principales estaban enfurruñados en sus respectivas esquinas, tratando de ignorarse mutuamente. Tres invitados de mal humor en una sala llena de desconocidos. Estaban arruinando el ambiente.

Las habitaciones del piso inferior de la mansión estaban abiertas al público, pero Fanuzzi había colocado una cuerda de terciopelo rojo en la entrada de la escalera para evitar que los visitantes subieran. Mientras la gente deambulaba por los elegantes salones y salas de estar, Miranda podía escuchar fragmentos de conversación a través de su auricular.

—Oh, mira este jarrón precioso —dijo una voz femenina.

Otra mujer soltó una risa baja y cínica—. Wade Parker siempre fue un bastardo ostentoso.

—Solo estás celosa.

—Soy directa. ¿Y quién es esta tipa dando la fiesta? ¿Por qué está comprando una casa a los Parker? —Miranda había mencionado ese pequeño detalle en sus invitaciones para hacer más plausible la fiesta.

Debían ser un par de ex novias despechadas de Parker. Concéntrate, se dijo severamente, sintiendo un destello de ira recorrer su columna vertebral.

La ira rápidamente se convirtió en nervios. Debería darle la señal a Delta y seguir adelante. Pero algo le decía que esperara un poco más. Ahora se guiaba por puro instinto.

¿Y dónde estaban Holloway y Becker? Se suponía que ayudarían a monitorear el equipo de vigilancia y deberían haber regresado hace una hora. Iba a presentar a Becker a Fanuzzi para que su amigo olvidara a su antiguo amor. Eso, al menos, debería salir bien. Tenían mucho en común.

La única otra persona ausente era Parker. Estaría furioso como el demonio si pudiera ver esto.

Miró al otro lado de la habitación hacia Usher. El Sr. P casi había logrado hacerlo sonreír. Delta entró desde el pasillo. Era hora, decidió Miranda.

Sosteniendo un cóctel, tratando de parecer sofisticada, estaba a punto de hacerle un gesto a Delta, cuando un movimiento en lo alto llamó su atención. Miró hacia las escaleras y casi dejó caer su copa.

Hablando del diablo...

Recién duchado y vestido con un elegante traje negro, su espeso cabello sal y pimienta perfectamente peinado, Parker descendía por la escalera.

¿De dónde diablos había salido? ¿Cómo había llegado al piso superior? Se suponía que no volvería hasta el lunes. ¿Qué pensaría todo el mundo que estaba haciendo allí arriba en *su* casa?

Levantó un extremo de la cuerda de terciopelo rojo, pisó el piso principal y la volvió a colocar con destreza. Suave como la seda, comenzó a abrirse paso por la habitación, saludando a varios invitados mientras avanzaba. Todo clase, sofisticación y buena apariencia, era el hombre más guapo de la habitación.

Y sin embargo, había cansancio detrás de su sonrisa, decepción en sus ojos. No había encontrado a Amy. Ella luchó contra una repentina oleada de desconsuelo.

Tras un momento, llegó a su lado—. Buenas noches, Miranda —su voz deliciosamente baja y sureña reverberó con un ronroneo demasiado familiar.

¿Qué estás haciendo aquí?, quería decir. Pero todo lo que salió fue un débil—: Hola.

—Por si te lo preguntas, hay una escalera trasera que evidentemente no has descubierto —su mano rodeó sus hombros, bajó hasta su cintura y luego hasta su trasero. Le dio un fuerte pellizco.

—Oye, cuidado —le lanzó una mirada fulminante, pero su corazón saltó ante su contacto, a pesar de su atrevido movimiento.

Él bajó la voz—. Parece que olvidaste mis instrucciones.

Se erizó—. ¿De qué estás hablando? ¿No puedo tener una fiesta en mi propia casa?

Una sexy ceja se arqueó—. ¿Una fiesta con el Dr. Kennicot y Delta Langford? —miró hacia el bar húmedo—. ¿Y Ferraro Usher como el invitado de honor?

—Él no es el invitado de honor.

—No ostensiblemente.

Entrecerró los ojos, furiosa porque él pudiera ver a través de ella tan fácilmente.

—¿Por qué está mi padre aquí? ¿Y qué está haciendo el detective Judd en la esquina?

—El Sr. P es mi invitado, y Judd está vigilando las cosas, como tú le dijiste —espetó, furiosa con el hombre. ¿Por qué había aparecido ahora? ¿Y por qué su corazón estaba dando volteretas en su pecho al verlo? No lo había extrañado tanto, ¿verdad?

Él la estudió con una mirada oscura y penetrante, luego habló en un susurro—. ¿Has encontrado satisfactorio el equipo de vigilancia de la Agencia?

Ella levantó la barbilla—. No sé a qué te refieres.

Él rozó su mejilla con los labios—. Es un lindo audífono el que tienes en la oreja.

Escalofríos eróticos se deslizaron por sus hombros, bajando por su espalda hasta terminar en el coxis. La conocía demasiado bien.

Ella dio un pequeño paso alejándose de él. —Estás arruinando mi concentración.

Parker inhaló lentamente, reprimiendo su enojo. Se negó a avergonzarla con un regaño frente a sus invitados. Además, verla haciendo de anfitriona en ese hermoso vestido rojo que resaltaba el azul de sus ojos y lo negro de su cabello, había derretido su corazón en el instante en que entró en la habitación.

Su ingenio le impresionaba. Era una buena trampa. Miró de reojo al repugnante artista bebiendo su whisky. Y ya que la trampa estaba montada, bien podían usarla.

Cediendo a sus sentimientos, puso una mano bajo su cabello y la acercó. —Dios, te he extrañado. Y a tu espíritu rebelde.

La besó. Justo frente a todos, aunque no fue un beso largo.

Parece que no está tan molesto, pensó Miranda, deleitándose en su abrazo seductor. —¿Qué pasó? No se suponía que volverías hasta el lunes.

Él la soltó, su rostro repentinamente sombrío. —El caso se cerró. Tomé un vuelo más temprano.

—Ajá. —Ella reprimió una nueva ola de dolor, no queriendo que él lo notara.

Pero él lo percibió. Toda su irritación con ella se evaporó cuando vio esa mirada triste en sus ojos. Con todo su corazón, quería darle a Amy, el mundo y cualquier cosa que ella deseara.

Con suavidad, tomó su mano y la besó. —Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué?

—Aunque fuiste contra las órdenes, esta fiesta es un plan inteligente. No podría haber pensado en uno mejor.

¿En serio? ¿O estaba tratando de compensar su falta de éxito en Washington? El cumplido aún se sentía bien. La fiesta era una buena idea, incluso si fue de ella.

—¿Cuál es el plan?

Ella abrió la boca, pero entonces vio a Delta mirándola fijamente como un pasajero del Titanic que había perdido el último bote salvavidas. Su mirada iba y venía entre Miranda y Parker. Oh no.

—Disculpa. Tengo que ir a trabajar ahora.

Miró hacia Usher, todavía acurrucado en el bar, con un pulgar enganchado en el bolsillo de su chaleco lila. Estaba riendo, aparentemente por una broma que el Sr. P acababa de contarle. Buen momento para tomarlo desprevenido. Captó la mirada de Delta Langford. *Ahora*. Articuló la palabra a través de la habitación sin emitir sonido.

La mujer asintió. Después de otra mirada abrasadora a Parker, Delta cruzó la habitación hacia el bar.

Miranda observó mientras Delta hablaba rígidamente con el artista por un momento. Luego tomaron sus bebidas y desaparecieron por el pasillo.

¿Qué estaba haciendo? Se suponía que debía confrontarlo aquí mismo frente a todos. Debió haber perdido el valor. Más le valía interpretar bien su papel, o esto podría explotar en la cara de todos.

Con toda la naturalidad posible, Miranda deambuló hacia el pasillo y los vio entrar en la biblioteca.

—Ya veo lo que tienes en mente —dijo Parker lentamente, con aprobación en su voz—. ¿Usaste las cámaras con zoom? —preguntó tan suavemente que solo ella podía oírlo.

Ella asintió. —Color de alta definición. —Como había *solamente* una docena de habitaciones en la planta baja de la mansión, había podido esconder varias de las treinta y dos cámaras en cada una. Había puesto tres en la biblioteca—. Una en la planta de la esquina, otra en un libro en el estante, y otra en la alarma de humo.

—Minuciosa.

Miranda no tuvo tiempo de saborear el elogio de Parker. La voz de Usher llegaba a través de su auricular.

—¿Qué quieres, Delta?

Tras una larga pausa, Delta dijo algo sobre estar sorprendida de verlo allí. Su voz sonaba áspera.

Usher respondió, pero su respuesta se escuchó amortiguada.

—Lo siento —dijo Miranda a Parker—. Tengo que, eh, ir a ver qué se está cocinando en la cocina. —Giró sobre sus talones y se apresuró por el pasillo.

* * *

Las encimeras de granito en la enorme cocina estaban repletas de bandejas con aperitivos frescos. Contenedores de reciclaje llenos de botellas vacías de licor y cerveza estaban apilados en el suelo.

Miranda se dirigió a zancadas hacia la despensa donde había escondido el DVR. Abrió la puerta de un tirón y miró fijamente el monitor. Delta y Usher estaban uno frente al otro como dos vaqueros en un duelo.

Giró una perilla. *Di algo, maldita sea*. Había una voz. Todavía amortiguada. *Muévete hacia la planta, Delta*. Ajustó la perilla nuevamente y observó la señal.

—Ferraro. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que tú. Me invitaron.

Eso estaba mejor. Claro y nítido. Un escalofrío le recorrió la piel.

—Pero no tenías que venir. ¿Por qué lo hiciste?

Pausa. Ruido nuevamente, pero solo era Delta colocando un jarrón demasiado cerca del micrófono.

—Quería ver qué tramaba la Srta. Steele.

Casi podía sentir el jadeo en la garganta de Delta. —¿Por qué crees que está tramando algo?

Hubo un golpe seco. Miranda saltó, luego se dio cuenta de que alguien estaba en la puerta que daba a la terraza.

—¿Qué demonios? —Con un gruñido, se arrancó el auricular de la oreja, cerró la despensa, fue a la ventana y miró fuera. Eran sus dos compañeros de trabajo. Buen momento para aparecer.

Abrió la puerta de un tirón y puso las manos en sus caderas. —Llegan tarde.

Holloway entró en la cocina con una expresión avergonzada. —Lo siento, Steele. Me tomó una hora convencer a Becker de regresar.

Becker entró detrás de Holloway arrastrando los pies, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Pero al menos se había peinado su espeso cabello negro y vestía un traje. Incluso parecía haberse recortado las cejas. No se veía tan mal. —Simplemente no tengo ánimos para una fiesta esta noche.

—No has tenido ánimos para fiestas en semanas —le regañó Holloway—. Te lo he dicho una y otra vez, necesitas salir. Steele fue

lo suficientemente amable como para invitarnos a los dos a esta pachanga y mira cómo te comportas.

Miranda levantó una mano. Ahora que estaban aquí, tenía que deshacerse de ellos y volver con Delta. —A los dos les encantará esto. Parker está aquí.

—¿Parker? —dijeron al unísono, con los ojos brillantes. Becker parecía más animado de inmediato. Pero ese no había sido el plan.

Tomó del brazo al hombre bajito. —Ven al vestíbulo, Becker. Hay alguien a quien quiero que conozcas. —Haría una presentación rápida y luego regresaría a la vigilancia.

—¿Parker, verdad?

—Ya conoces a Parker. Lo ves todo el tiempo en la oficina. Da clases de artes marciales de vez en cuando.

—No es lo mismo que poder hablar con él cara a cara.

Esto no iba a ser tan fácil como pensaba. —Espera a ver quién...

Antes de que pudiera dar otro paso, Fanuzzi apareció por la puerta, con una bandeja vacía en una mano y una botella de vino vacía en la otra.

—Bueno, aquí está.

La catering se quedó paralizada. Mirando fijamente a Becker, estiró el cuello, parpadeó con fuerza y frunció el ceño como si estuviera tratando de recordar algo.

—Dave, me gustaría presentarte a...

Becker se puso tenso, ladeó la cabeza. —No —murmuró—. No puede ser.

—¿Qué? —Miranda miró a Fanuzzi. Tenía la boca abierta. Estaba tan rígida como una tabla. ¿Qué pasaba?

Becker se limpió los labios con el dorso de la mano. —¿Joan?

Fanuzzi no se movió. —¿Eres tú, Dave?

—¿Ustedes... se conocen? —Eso era bueno, ¿no?

Becker dio un paso adelante. —No puedo creerlo. Te he estado buscando por todas partes.

Fanuzzi retrocedió. —¿Qué quieres decir?

—Yo, eh, quiero decir que he estado revisando esos sitios web de 'encuentra-a-tus-compañeros-de-clase-perdidos', tratando de encontrarte.

El rostro de Fanuzzi se puso blanco, luego rojo. —Oh, ¿con que sí, eh?

—Sí. Quería encontrarte.

Los ojos de Fanuzzi lanzaban dardos. —¿Después de todos estos años?

¿Eh? *¿Joan Fanuzzi era la vieja llama de Becker?* Caramba.

Becker parpadeó, aturdido por su tono áspero. —Sí. ¿Todavía estás molesta por lo que pasó entre nosotros? ¿Qué se suponía que hiciera después de que terminaste conmigo?

—¿Yo terminé contigo? Al revés, amigo. —Se dirigió hacia el fregadero, farfullando como un grifo con fuga—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí, de todos modos, Dave?

Él señaló con la cabeza hacia Miranda. —Trabajo con Steele. Ella me invitó.

—¿Qué? —Lentamente, Fanuzzi giró la cabeza y miró fijamente a Miranda—. *¿Tú* lo invitaste?

Miranda cambió de postura. —Sí. Pensé en presentarlos. Parece que no hace falta.

—Fuimos juntos al Brooklyn High —dijo Becker—. Quizás podríamos reunirnos alguna vez, Joan. Diablos, como tal vez ahora.

—Cuando el infierno se congele. Estoy trabajando, aquí. —Miró a Miranda, sus ojos ardientes decían *me las pagarás por esto*. Con un fuerte estruendo, dejó sus cosas en el mostrador, tomó otra bandeja y salió de la habitación.

Miranda corrió tras ella, la agarró del brazo. —Fanuzzi, espera. ¿Qué está pasando?

Ella se dio la vuelta. —Dímelo tú, Murray. No aprecio que la gente meta sus narices en mis asuntos personales. Pensé que eras mi amiga. —Se sacudió y regresó pisando fuerte a la mesa de los aperitivos.

Miranda se volvió y vio a Becker y Holloway parados al otro extremo del pasillo. Becker parecía desconcertado.

Se acercó a él. —Lo siento, Becker. Solo estaba tratando de sacarte de tu depresión.

—Yo... creo que debería irme a casa.

—Al menos quédate y toma una copa. Invita la casa. —Su patética broma cayó en oídos sordos.

En ese momento, se oyó un estruendo desde el pasillo. El corazón de Miranda saltó hasta el techo. ¿Era un disparo? No.

Hubo un grito. Todos se volvieron en dirección al sonido.

Miranda corrió para mirar por el pasillo justo cuando la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y Delta salió. Con una mirada salvaje en los ojos, corrió por el pasillo, sosteniendo una mano contra su mejilla.

—¿Qué pasó? —exigió Miranda cuando la mujer llegó hasta ella.

—Me golpeó. Ese monstruo me golpeó. Señorita Steele, no puedo quedarme aquí ni un segundo más. —Corrió a través del vestíbulo y salió por la puerta.

Parker estaba a su lado mientras corrían de vuelta a la biblioteca. Miró a través de la puerta abierta y vio a Usher parado ahí solo.

—¿Qué sucedió?

—¿A qué viene la idea de invitar a Delta Langford aquí esta noche? Nunca he estado tan humillado. Tengo toda la intención de presentar cargos contra la Agencia Parker.

Con un feroz gruñido, pasó junto a ellos y se fue.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

A su lado, todavía con su traje, Parker se estiró. —Es pasada la medianoche, Miranda. ¿Cuántas veces vas a revivir esta fiesta?

Estaban en la habitación con la alfombra de piel de cebra, revisando la grabación digital en el televisor de pantalla grande. Los invitados se habían ido. Nadie se había quedado mucho tiempo después de la pelea entre Delta y Usher.

Fanuzzi había limpiado y se había marchado sin decir otra palabra.

Miranda ya había tenido suficiente de falsa fiesta para toda una vida, pero obstinadamente, rebobinó la grabación, tratando de encontrar una pista. Presionó el botón de Pausa y capturó el rostro de Usher, sus ojos inyectados en sangre, desbordantes de emoción.

Parker señaló la pantalla. —Esa mirada es bastante interesante.

Ella se inclinó hacia adelante en el sofá de cuero, deseando que la imagen revelara algo. Parker pasó una mano por su espalda, masajeando los músculos tensos entre sus omóplatos. —Oh, qué bien se siente eso. —Había extrañado ese glorioso toque suyo. Era casi suficiente para distraerla.

—Hiciste un buen trabajo esta noche.

—Excepto que no logré obtener la confesión de Usher. El objetivo principal de todo esto.

—El esfuerzo sigue siendo admirable.

Ella resopló con disgusto hacia sí misma y se recostó.

Él la estudió un momento, absorbiendo las facciones que había añorado durante toda una semana. —Necesito encontrar una manera de recompensarte.

Ella le dio una mirada cómplice. —Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

Él la sostuvo con una mirada profunda e íntima, no muy diferente a la que usaba cuando hacían el amor. Su corazón se agitó.

—Estaba pensando en algo inusual —dijo con voz seductora.

Ella desvió la mirada y alcanzó el refresco que había dejado sobre la mesa de café. —¿Esto es parte del plan de bonificación de la Agencia?

—Podrías verlo así. —Estiró el brazo por el respaldo del sofá con esa naturalidad tan suya—. Si pudieras tener cualquier cosa en el mundo, Miranda, ¿qué sería?

Dejó su bebida, tomó el control remoto y se acomodó contra su hombro. —Sabes lo que quiero. Encontrar a Amy. —Lamentó haberlo dicho tan pronto como las palabras salieron de su boca, pero era lo que sentía.

Él levantó su mano y besó tiernamente sus dedos. Ella sintió cómo su compasión fluía a través de ella. Y su frustración por no poder darle lo que más deseaba. —Algo más —murmuró después de un momento.

Ella se encogió de hombros. —Resolver este caso.

Él negó con la cabeza. —Eso está en tus manos. Algo material.

¿Realmente quería hacerle un regalo? Pensó por un minuto. La primera imagen que le vino a la mente fue la de ella recorriendo la Ruta Estatal 51 con un viejo compañero de trabajo que se hacía llamar Yosemite Sam, con su pelo ondeando al viento. Eso era.

—Una motocicleta —dijo con una sonrisa.

Parker se rio a carcajadas, saboreando el repentino brillo en sus profundos ojos azules. Era tan distinta a cualquiera que hubiera conocido. Otras mujeres querían diamantes o perlas. Sylvia siempre había pedido viajes exóticos. Pero Miranda Steele quería una motocicleta. Cómo la adoraba. —¿Es eso realmente lo que quieres?

—Tenía un amigo en Phoenix que me enseñó a conducir hace unos años. Salíamos juntos los fines de semana. Me dejaba conducir casi siempre. Me encantaba. —La había deseado desde entonces, pero nunca pudo permitírsela.

Su mirada era pensativa. Miranda no podía imaginar a Parker en una motocicleta.

—Me lo podría haber imaginado que pedirías algo así. ¿De qué color?

—Rojo.

Él observó el escote de su vestido. —Te ves muy bien de rojo. Veré qué puedo hacer. —Le quitó el control remoto de la mano y lo colocó junto a su refresco. Besando su mejilla, murmuró suavemente contra su piel—. Deberías ir a la cama. Tendrás una mejor perspectiva del caso por la mañana.

Mmm. Cama. Anhelaba tener a Parker en su cama de nuevo. Se giró y vio otra vez el profundo cansancio en sus ojos. Había tenido un largo vuelo. Una semana larga y decepcionante. Su corazón se derritió por él. Y por ella misma.

—Sube tú —le dijo suavemente—. Iré en un minuto. —Tomó el control remoto.

—Muy bien. —Se levantó, la besó tiernamente en la frente y se fue.

Contenta de que estuviera en casa, presionó el botón de reproducción y la escena en la biblioteca de la mansión comenzó a moverse de nuevo.

La cámara captó a Delta, rígida, tensa, llena de ira hacia el hombre frente a ella. —Vine aquí por Desirée.

—¿Por Desirée?

—Recuerda, Ferraro, fui *yo* quien te presentó a mi hermana.

—¿Necesitas recordármelo? —Usher se echó su pelo teñido de rubio sobre el hombro y caminó junto a una estantería. Metió las manos en los bolsillos de su traje lila y se detuvo para estudiar uno de los paisajes en la pared, como si lo estuviera criticando.

Miranda no sabía que Delta los había presentado. Pero podía imaginar lo culpable que debía sentirse la mujer al respecto.

—¿Por qué no debería hacerlo? Desde que ella se fue, me recuerdo todos los días las cosas que le hiciste.

Usher sacó los puños de sus bolsillos y comenzó a abrir y cerrar las manos. —¿Qué cosas?

—¿Qué cosas? Le hiciste la vida miserable, insoportable.

El labio de Usher tembló mientras se curvaba en un gruñido. —Fue su familia quien le hizo la vida miserable e insoportable. Tú y su

padre.

—Admito que Eli Langford es una pobre excusa de padre, pero Desirée y yo nos amábamos. Éramos todo lo que teníamos.

Usher se volvió y miró a Delta como si no pudiera creer lo que escuchaba. —Ja —fue todo lo que pudo decir.

—Fuiste tú quien le dio drogas a mi hermana hasta que se volvió adicta. Tú quien bebía con ella noche tras noche hasta que enfermaba.

Él dio un paso hacia ella. —¿Cómo lo sabrías? Nunca le prestaste atención.

—Fuiste tú, Ferraro, quien le dio esa dosis fatal de PCP.

Sus ojos ardieron, y luego un destello de comprensión apareció en ellos. —¿Quién te hizo venir aquí esta noche, Delta? —exigió con desdén.

—Miranda Steele me invitó. Ella trabaja para la Agencia Parker.

—Sé que trabaja para la Agencia Parker.

—Entonces debes saber por qué te invitó.

Se llevó una mano a la cabeza, como si estuviera sufriendo una migraña terrible. —¿De qué estás hablando?

—Pusiste esa dosis fatal de PCP en la bebida de Desirée aquel día en el Steeplechase. —Había un brillo malicioso en los ojos de Delta que Miranda no había visto antes.

—Cállate —gruñó él.

—Lo sé. La prensa lo sabe. La policía está por saberlo. No te saldrás con la tuya por lo que le hiciste a mi hermana por mucho más tiempo.

—Basta, Delta. —Hizo un sonido como el de un animal herido.

—Todos saben que mataste a mi hermana, Ferraro. Miranda Steele va a probarlo.

Se puso ambas manos en la cabeza, como si estuviera a punto de estallar. —Por Dios, Delta. Déjame en paz.

—Vas a ir a la cárcel, Ferraro.

Sus ojos se voltearon como si estuviera enloqueciendo. —¡Cállate! —gritó de nuevo—. ¿Cómo puedes hacerme esto?

—Te pudrirás allí. Y luego te pudrirás en el infierno.

—¡Cállate! ¡Cállate! —La empujó con fuerza.

Ella se sostuvo del escritorio, derribando un portalápices decorativo. —No puedo decirte cuánto te odio. —Se irguió y se puso frente a él—. ¡Asesino!

—Maldita perra. —Se acercó a ella y le dio una fuerte bofetada.

—¿Cómo te atreves a golpearme? —Se alejó de él. Sus dedos encontraron un jarrón verde redondo en el estante. Lo tomó y se lo arrojó.

Él se agachó. El jarrón se estrelló contra la pared. Ella salió corriendo de la habitación, llorando.

Miranda detuvo la grabación y respiró profundo. Su pulso estaba acelerado, su mente nublada por la necesidad de dormir.

Pero no podía dejarlo pasar. Algo no encajaba. ¿Por qué Delta parecía ser la agresora y Usher un perrito asustado?

Una vez más. Rebobinó hasta el momento en que Delta entró a la biblioteca.

—¿Qué quieres, Delta? —dijo Usher mientras entraba a la habitación.

Esta vez, Miranda cambió a la otra cámara y se enfocó en Delta.

Como si no lo hubiera escuchado, Delta se acercó a la estantería. Pasó su mano enguantada sobre un juego de libros, con una mirada tierna en los ojos. Sacó uno del estante, lo abrió y, sonriendo, se llevó una mano a la boca. Era una sonrisa sentimental, llena de emoción tierna. Cerró el libro y lo volvió a colocar, luego se volvió hacia Usher.

Miranda presionó el botón de Pausa. ¿De qué se trataba todo eso?

Se levantó y fue por el pasillo hasta la biblioteca. No le tomó mucho encontrar el lugar donde Delta había estado parada. Allí en el estante, justo a la altura de los ojos, estaban los anuarios de Parker de la Secundaria Westminster. Uno de ellos sobresalía más que los otros. Delta no los había alineado uniformemente.

Miranda lo sacó y buscó en la sección de las "P". Su corazón dio un vuelco. Ahí estaba Parker a los dieciocho años. Joven, lleno de vida y vigor. Tan apuesto que cada chica de la escuela debió haber caminado por los pasillos con la lengua afuera. El mismo galán que se había convertido en un hombre maduro.

Al otro lado de la página estaban las "L". En la esquina superior izquierda había una foto de Delta. Ella tampoco era cualquier cosa. Rostro hermoso. Rizos gruesos color oro rojizo, grandes y brillantes ojos verdes felinos. Había una mirada de anhelo en ellos.

Había firmado el libro en la parte inferior de su foto. Lentamente, Miranda pasó su mano sobre las palabras escritas décadas atrás.

Para Wade, Tú eres para mí un tormento delicioso.

¿Tormento delicioso? Un escalofrío la recorrió. Dios mío. Delta Langford había estado enamorada de Parker. Realmente enamorada. "Historia desagradable", y un cuerno.

Puso el anuario bajo su brazo y se dirigió al dormitorio principal.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—Muy bien, Parker. ¿Qué demonios es eso de "delicioso tormento"? —Miranda empujó la puerta del piso de arriba para abrirla.

La habitación estaba oscura. Caminó pesadamente hasta el lado de la cama. Parker ya estaba bajo las sábanas, con los ojos cerrados y su pecho desnudo subiendo y bajando bajo las sábanas de satén.

Su aroma masculino le provocó cosquillas en la nariz y su corazón se derritió. Él estaba exhausto. Bueno, hablaría sobre el anuario mañana. Se dio la vuelta para dirigirse al armario, cuando sintió un tirón en su falda. Volteó. El puño de Parker se aferraba al dobladillo que había agarrado.

—No te vayas —dijo suavemente.

Su corazón le latía en la garganta. —Estabas dormido.

—No realmente. —La atrajo hacia él, y mientras ella se apoyaba contra su cuerpo firme, tomó su boca en un beso feroz y sensual.

Bienvenido a casa, pensó alegremente.

Él estiró el brazo a su alrededor, apuntando a su pecho y encontró el libro bajo su brazo. —¿Qué es esto?

Ella se echó hacia atrás para recuperar el equilibrio y se puso de pie. Los celos la inundaron cuando pensó en esa foto escolar de Delta Langford. Era una reacción tonta. Infantil. Pero no podía evitarlo.

Bueno. Él había preguntado. Encendió la luz de la mesita de noche y hojeó el libro hasta encontrar la página correcta. —¿Qué significa esto?

Levantándose sobre un codo, Parker miró el libro entornando los ojos, con un mechón de cabello cayendo sexymente sobre su frente.

Ella observó las líneas en su rostro mientras los recuerdos afloraban. —*Delicioso Tormento*. Es una cita de un ensayo de Emerson.

Ella hizo una mueca. —No estaba verificando si era plagio.

Él la miró. —¿Qué quieres saber, Miranda?

—Quiero saber qué es exactamente esa "historia desagradable" entre tú y Delta Langford.

Él exhaló pesadamente. Esto no era lo que esperaba después de estar fuera una semana. Los recuerdos del pasado desgarraban su corazón. Delta. Su padre. Laura.

Impaciente, Miranda le arrebató el libro de la mano y lo puso en la mesita de noche. —No tienes que contarme si no quieres. De todos modos, no es asunto mío. —Se alejó y comenzó a quitarse su vestido de fiesta.

Con un gruñido, Parker se incorporó y se pasó las manos por el cabello. La observó colgar el vestido, moverse hacia la cómoda y ponerse con esfuerzo la camiseta gris y las bragas de algodón tipo bikini que le gustaba usar para dormir. Ya no se inmutaba al cambiarse frente a él, ahora que llevaban más de una semana viviendo juntos, pero eso no significaba que no estuviera irritada. Aunque ella ignoraba ingenuamente el poder que su cuerpo ejercía sobre él.

Quería ignorar su pregunta y simplemente tomarla en sus brazos y hacerle el amor. Pero eso no sería justo. Miró hacia los sillones que estaban en la esquina de la habitación.

No hacía mucho tiempo que ella le había abierto su alma en ese mismo rincón. ¿Cómo podría ella pertenecerle verdaderamente si él no estaba dispuesto a compartir sus propios secretos con ella?

Dio una palmadita en el colchón a su lado. —Siéntate.

Miranda se dio la vuelta. Parker estaba sentado al borde de la cama, vistiendo solo su ropa interior y su clásica expresión de paciencia. Su cuerpo clamaba de deseo por él, pero si él estaba listo para hablar, ella quería escucharlo. Conteniendo la respiración, cruzó la habitación y se sentó con cautela junto a él.

Esperó.

Él estudió la alfombra. —Tenía dieciséis años cuando mi madre murió. Tuve neumonía ese invierno. Ella se contagió de mí. Tenía

una constitución débil.

—Eso es terrible. Lo siento mucho —dijo en un susurro, preguntándose si él se culpaba por su muerte.

Él miró a lo lejos, consumido por el doloroso recuerdo. —Mi padre y yo nunca nos habíamos llevado bien, pero su fallecimiento empeoró las cosas entre nosotros. A menudo me preguntaba si él me culpaba por su pérdida.

¿El Sr. P? Eso era incluso peor que culparte a ti mismo. Así que ese era el núcleo de la ruptura entre ellos. Nunca lo habría adivinado. —Qué horrible —murmuró, sin saber qué más decir.

—Mi hermana mayor ya estaba en primer año de universidad. Mi padre dijo que no sabía cómo criar a un hijo adolescente.

Ella parpadeó. —¿Tienes una hermana? —Nunca la había mencionado.

Él asintió. —Evelyn. Terminó ayudando a mi padre a dirigir su negocio inmobiliario, ya que yo nunca quise hacerlo. No nos vemos mucho. Mi renuencia a seguir los pasos de mi padre solía estar en el centro de nuestras discusiones.

No era la familia feliz que ella había imaginado. —Continúa.

Dejó escapar un suspiro medido. —Dos años después, en mi último año en Westminster, conocí a una chica llamada Laura Turner. Ella tenía diecisiete años. Yo tenía dieciocho. Iba a una escuela diferente.

Sus ojos se tornaron nostálgicos. —Había una Feria de Ciencias del distrito a la que ambos asistimos. Ella tenía un proyecto que comparaba el contenido de vitaminas de varias marcas de jugo de uva. —Sonrió con ternura—. Quería ser nutricionista. La invité a un baile escolar. Comenzamos a salir.

El estómago de Miranda se contrajo.

—Laura era joven, dulce, bonita. Cabello oscuro cortado hasta los hombros, ojos marrones embriagadores. Era la mayor de su familia. Sus padres trabajaban, y ella cuidaba de sus dos hermanos menores. Su padre era pintor. Trabajaba de manera irregular, tenía problemas con el alcohol. Era un hombre violento y lleno de ira.

—¿Él...? —su voz se apagó.

Parker se volvió hacia ella. —¿La golpeaba? —Su rostro se tornó sombrío—. Lo sospechaba, pero Laura nunca lo admitió.

Miranda apretó los dientes. —¿Él le hizo... algo más?

—No lo creo. Pienso que me lo habría contado. —Los recuerdos de los ojos brillantes de Laura y su sonrisa contagiosa invadieron su mente. Siempre estaba feliz, a pesar de sus problemas familiares. Hace tanto tiempo.

Miranda apretó la mano de Parker, sabiendo que lo que había dicho hasta ahora no era lo peor. —Continúa.

—Le di mi anillo de la clase. Le llamábamos "ir en serio", pero era mucho más importante. Empecé a llevar a Laura a casa todos los días después de la escuela. Pero no fue fácil para nosotros.

—¿Por qué?

—Mi padre, para empezar.

—¿El señor P?

Asintió. —No le gustaba nada que estuviera saliendo con una chica "del otro lado de las vías del tren", como él decía. Peleábamos amargamente por eso. Siempre pensé que si mi madre hubiera estado viva, habría podido hacerle entender. Pero ella no estaba. Cuando le dije a mi padre que estaba enamorado de Laura y quería casarme con ella, me dijo que no podía volver a verla.

—No. —Era difícil imaginar al señor P siendo tan cruel. Realmente debió haber cambiado con los años. Sonaba como una persona diferente de la que Miranda conocía.

—Así que empecé a escaparme para verla. Mi padre no me vigilaba de cerca, así que no era muy difícil. Estaba absorto en su negocio y comenzaba a salir con alguien por esa época. Laura y yo nos veíamos tanto como podíamos. Nuestro plan era casarnos justo después de que yo terminara la preparatoria. Quería sacarla de su casa. —Hizo una pausa al recordar la pequeña casa amarilla de madera en Millege Road.

El corazón de Miranda dolía. La necesidad de proteger de Parker había surgido temprano. Esperó, miró de reojo el anuario sobre la mesita de noche. —¿Qué tiene que ver todo esto con Delta Langford?

—Delta y yo asistíamos a Westminster. Los Langford tenían una casa en Buckhead antes de que Eli se mudara a Aquitaine Farms. Ambos éramos estudiantes de último año y compartíamos varias clases.

Era difícil imaginar las versiones más jóvenes de Parker y Delta sentados en pupitres en un salón de clases. —¿Y?

Se recostó contra las almohadas y levantó las palmas. —Delta me "reclamó", por falta de una mejor palabra.

Miranda se giró para mirarlo a los ojos. —¿Te "reclamó"?

—Incluso entonces, tenía problemas emocionales. Era obsesiva. —Desvió la mirada nuevamente con un gesto de disgusto—. De alguna manera, se le metió en la cabeza que estábamos destinados a estar juntos. Nuestros padres estaban en el mismo negocio. Era casi como si fuéramos parientes, decía ella. Decidió que yo le pertenecía.

—¿Y tú sabías esto porque...?

—Se lo contó a sus amigas más cercanas, que se lo contaron a sus novios, que me lo contaron a mí. —Suspiró con casi disgusto—. Y luego estuvo esa vez que me encontró solo en un aula vacía y me besó y me arrancó la ropa hasta que la obligué a parar.

¿Ah sí? —Se enamoró intensamente de ti.

Él asintió lentamente.

—Pero tú no estabas enamorado de ella.

—No. Nunca me atrajo.

Una repentina ola de alivio la golpeó al escuchar esa noticia. —Entonces...¿qué?

—Se volvió... obsesionada.

—¿Obsesionada?

—Me dijo que no podía vivir sin mí. Que me amaba desesperadamente. Me seguía. Dejaba notas de amor en mi casillero. Me llamaba a casa.

—Te acosaba.

—Podría llamarse así.

Miranda intentó imaginar a la joven Delta suspirando por Parker. De alguna manera, parecía encajar con lo poco que sabía de la mujer. Siempre había parecido emocionalmente perturbada, pero

Miranda había asumido que era por lo que le había pasado a su hermana. —¿Qué hiciste?

—No quería lastimar a Delta, pero tenía que decirle la verdad. Arreglé para verla. Le dije que estaba enamorado de otra persona que iba a otra escuela. Insistió en saber quién era. Nunca debí habérselo dicho.

Casi no se atrevía a preguntar. —¿Por qué no?

Tomó aire como si le doliera inhalar. —Había un roble alto fuera del edificio de la escuela de Laura. Tenía un pequeño hueco donde nos dejábamos notas. Cuando podía escaparme, le dejaba una nota diciéndole cuándo y dónde encontrarnos. Laura ya conducía entonces y yo elegía varios lugares donde nadie pensaría en buscarnos. Donde podíamos escaparnos y estar juntos, hablar sobre el futuro. Una vez, Delta me siguió y descubrió lo de las notas y nuestros encuentros secretos.

—¿Se lo contó a tu padre?

—No, ojalá lo hubiera hecho.

De nuevo Miranda esperó, casi sin querer escuchar el resto.

—Era la última semana de clases. Estaba estudiando duro para los exámenes, y le dije a Laura que no podía verla hasta que terminaran. Delta lo sabía. Escribió una nota a Laura fingiendo que era de mi parte y la escondió en el árbol. Le dijo a Laura que se reuniera conmigo en el Parque Wisteria a las diez de la noche. Incluso en aquel entonces, no era un lugar seguro para ir de noche —puso la cabeza entre sus manos.

—¿Fue ella? ¿No se dio cuenta de que la nota no era tuya?

—Tal vez sí. Debería haber sabido que yo nunca le pediría que se encontrara conmigo en un lugar tan solitario. Pero fue de todos modos. Era confiada. No sabía de la obsesión de Delta. Nunca se lo dije. Ese fue otro error.

El silencio se cernió en el aire como un tañido fúnebre. Miranda contuvo la respiración.

Parker levantó la cabeza y continuó: —Al día siguiente mi padre vino a verme y me dijo que Laura había desaparecido. Lo había escuchado en las noticias. La busqué. La policía la buscó. Pero no había ni rastro de ella en ninguna parte —pasó la mano por sus ojos

—. Una semana después, encontraron su cuerpo en Peachtree Creek. Había sido violada y apuñalada hasta morir.

Porque había ido sola a un parque por la noche. Como Miranda había ido a una mala zona de la ciudad años atrás. Su mano tembló y se la llevó a la boca. —¿Alguien la violó y la mató? ¿Quién?

—Nadie lo sabía. Fui a la policía y exigí respuestas. Me dijeron que estaban trabajando en ello y que si realmente quería ayudar, debería unirme a la fuerza. Había un intenso programa de reclutamiento en ese momento. Tan pronto como me gradué, lo hice.

Miranda parpadeó, recordando que él le había contado sobre este incidente en términos velados antes. Este fue su primer caso. El que comenzó su carrera. —Y encontraste al asesino.

Asintió. —Algunos años después, después de que me ascendieran a detective y me asignaran a Homicidios, resucité el caso. El perpetrador resultó ser un delincuente sexual que había estado merodeando por la zona en busca de presas vulnerables. También mató a otras jóvenes por la misma época.

Miranda se estremeció, con el corazón dolorido por la tragedia que él había vivido. —¿Y Delta?

—Después del funeral de Laura, me confesó lo que había hecho y dijo que lo sentía. Nunca quiso que Laura sufriera daño. Solo quería separarnos —sonrió amargamente.

—Dios mío.

—Luego sugirió que ahora que Laura ya no estaba, había esperanza para nosotros. Le dije que nunca quería volver a verla.

Miranda lo miró fijamente, frotándose los brazos. Qué cosa tan horrible para un joven de dieciocho años tener que pasar. —No es de extrañar que no te agrade Delta Langford.

—Eso —dijo con una sonrisa torcida que no era una sonrisa— es quedarse corto. Durante mucho tiempo, culpé a Delta por lo que le pasó a Laura. Culpé a mi padre. Me culpé a mí mismo. Pero los años pasaron, y el dolor disminuyó.

A menos que alguien se lo recordara. —Desearía no haberte pedido nunca que tomaras el caso de Desirée Langford.

—Un profesional deja a un lado sus propios sentimientos.

Lo había hecho por ella, solo para que pudiera iniciarse siendo la líder en un caso. ¿Por qué era tan bueno con ella? Miró el anuario que estaba sobre la mesita de noche donde lo había empujado. —Siento haber reaccionado de manera tan... ridícula.

Él sonrió, pero todavía había tristeza en sus ojos. —Si el pasado no fuera tan doloroso, habría disfrutado bastante de esa parte.

Suponía que había admitido con sus acciones que se preocupaba por él.

Con ternura, él alcanzó su cabello, tomó un mechón entre sus dedos y lo estudió. —Viejos recuerdos. Viejos amores. Prefiero vivir en el presente. Tú eres por quien me preocupo ahora, Miranda.

Sus dedos se deslizaron por su cabello, se movieron hacia la parte posterior de su cabeza para acercarla. Presionó su boca contra la de ella, recostándola en la cama. Sus labios se apoderaron de los suyos, ávidamente, amorosamente, salvajemente, como si pudiera alejar el pasado por la fuerza. Le levantó la camiseta, acunó sus pechos, se detuvo un momento y luego se deslizó hacia abajo para tomar sus bragas hasta que desaparecieron.

No esperó. Se sumergió en ella, frenético, furioso, como si estuviera tratando de expulsar los demonios de ambos con la fuerza de su cuerpo.

Las manos de ella se deslizaron sobre el vello en medio de su pecho, sintiendo la piel lisa y musculosa justo encima. Rodeándolo con los brazos, trazó la impresión de la cicatriz en su hombro y se encontró con él con sus caderas, tan llena de necesidad como él, de feroz deseo de pensar solo en este instante. De sentir solo este momento. Solo ellos dos. Solo ahora.

Llegaron al clímax, rápido y fuerte y juntos.

Parker enterró su rostro en el cabello de ella mientras las pulsaciones disminuían, su respiración pesada golpeando contra su oreja, su cuello. Se quedaron allí juntos, con brazos y piernas entrelazados, y de repente ella deseó poder aferrarse a ese momento para siempre.

La respiración de Parker se calmó. Besándola, murmuró contra su cuello. —Sé mía, Miranda.

Se le cerró la garganta. ¿Suya? ¿Qué quería decir con eso? Escapó de sus brazos, se deslizó en la cama, dirigiéndose hacia su almohada.

Pasó su mano por la mejilla de él en un gesto conciliador. —Es tarde, Parker. Estoy agotada y sé que tú también. Hablemos mañana —alisó la almohada y apoyó la cabeza. Había algo duro debajo. Frunció el ceño—. ¿Qué hay aquí abajo?

—No me lo puedo imaginar —Parker se levantó sobre un codo y la estudió con una extraña mirada.

Sentándose, ella metió la mano debajo de la almohada y sacó una pequeña caja. Parecía sospechosamente una caja de joyería. Del tamaño de un anillo. Se le secó la boca. —¿Parker?

Él se acercó a ella y sonrió, con rastros de tristeza reapareciendo alrededor de sus ojos. —Quizás el Hada de los Dientes la dejó.

Ella apretó los labios. —No he estado en ninguna pelea ni he perdido un diente últimamente.

—Ábrela.

¿Se atrevería? ¿Tenía otra opción? Conteniendo la respiración, lenta y cuidadosamente, levantó la tapa. Su corazón dio un vuelco. No un fuerte pulso de emoción romántica. Este vuelco era miedo. Puro pavor.

Efectivamente, dentro de la caja había un anillo. Un anillo precioso con un diseño antiguo. Un diamante central, rodeado por bandas alternadas de piedras más pequeñas y piedras azules. Probablemente zafiros.

Forzó una débil risa. —Parece que el Hada de los Dientes está loca por mí.

—Perteneció a mi madre —dijo él en voz baja, observándola con esa manera intensa suya.

Oh, no. Tragó saliva. ¿Este anillo perteneció a la madre que Parker había perdido a los dieciséis años? ¿Quería decir...? ¿Era esto...? No, ahora no. Ambos estaban agotados. —¿Por qué quieres que lo tenga? —El tono inocente en su voz tembló con engaño.

Su mirada dura vagó hacia las altas ventanas por un momento, luego volvió a ella con la fuerza de una pistola. Se acercó más a ella en la cama. —¿Por qué crees que quiero que lo tengas?

Ella retrocedió con los codos, sus talones resbalando contra las sábanas satinadas mientras se alejaba de él. Volvió a reír. —¿Por hacer un buen trabajo en el caso de Desirée Langford?

Parker se echó hacia atrás. Inhaló. Exhaló. Miró fijamente el edredón arrugado que formaba una pequeña pared entre ellos. —Si prefieres algo más ostentoso...

Apretó los dientes mientras luchaba con las oleadas de emoción que ahora eran principalmente ira. Más ostentoso, un cuerno. —Demonios, Parker. ¿Qué se supone que significa este anillo?

—¿Qué quieres que signifique? —Su voz reverberó con ese tono bajo y penetrante.

—Maldita sea, deja de ser detective por un segundo y contesta la pregunta —espetó.

Su mirada recorrió la pared sobre la cabeza de ella. Tenía la misma expresión que ella había visto cuando trataba de descifrar una pista de un asesinato. Después de un momento, con ese aire casual, se acomodó hacia su almohada. —La interpretación convencional implica una promesa de cohabitación permanente. Votos y esas cosas. Pero, siendo los rebeldes que son tú y, eh, el Hada de los Dientes, pueden darle su propia interpretación. —Su tierno sarcasmo quedó suspendido en la habitación como la niebla de un pantano.

Cerró los ojos, luchando contra el impulso de golpearlo. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Realmente le estaba pidiendo que se casara con él? No podía casarse con él. Ella no era del tipo que se casa. Nunca funcionaría. Pero ¿cómo podía decirle que no podía aceptar este anillo después de las cosas que él le había revelado esta noche? Le había abierto su alma. ¿Cómo podía herirlo después de eso?

—¿Y si... —Agitó el aire con una mano—, y si no llegamos a la misma interpretación?

Su boca se torció en una sombría media sonrisa. —Toda la vida es negociación.

¿Negociación, eh? Miranda cerró la caja con un chasquido seco y la puso en la mesita de noche. Se acostó y se cubrió con el edredón hasta la barbilla. —Creo que necesito dormir sobre esto.

Él la observó durante un largo momento antes de hablar. Cuando lo hizo, su voz era aún más triste que antes. —Pensé que dirías eso. Tómate todo el tiempo que necesites. —Alcanzó la luz, la apagó y se dio vuelta de costado.

Alejándose de ella. No estaba contento.

Con un resoplido, Miranda se dio la vuelta, miró hacia las ventanas y contempló la oscuridad. ¿Todo el tiempo que necesitara? ¿Y cuánto tiempo pensaba Parker que sería eso? ¿Cuánto tardaba en reunir el valor para decir que no... otra vez?

En la oscuridad, miró hacia la mesita de noche donde estaba la caja del anillo. No podía verla, pero no lo necesitaba. Cerró los ojos con fuerza. Dios mío, no podía casarse de nuevo. Aunque quisiera. Aunque pensara que podrían tener una mínima oportunidad. Porque no tenían ninguna oportunidad de ganar. No tenían ninguna oportunidad en absoluto. Ella era un desastre cuando se trataba de matrimonio. Un matrimonio entre ella y Parker sería un desastre. Una catástrofe. Un verdadero tsunami. ¿Por qué no podía verlo él? Terquedad masculina. Eso era.

Pero había otra pregunta molestando su corazón. Una pregunta que había estado escondida en los recovecos de su mente desde que hicieron el amor por primera vez. Una pregunta que apenas se atrevía a pensar.

¿Quería casarse con Parker... a pesar de todo? Se le cortó la respiración. ¿Quería lanzar la precaución al viento, dar el salto, simplemente hacerlo y cualquier otro cliché que se le ocurriera? ¿Quería casarse con él, a pesar del fracaso que seguramente vendría? ¿A pesar del dolor, la amargura, la angustia para ambos? ¿Lo quería? Esa era la pregunta del millón.

Tómate todo el tiempo que necesites. Claro.

Mientras cerraba los ojos y escuchaba su respiración constante, Miranda se preguntó cuánta paciencia tendría realmente Wade Russell Parker.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El lunes por la mañana, Judd estaba de vuelta en su puesto de instructor en la Agencia, con su característico estilo—completamente inexpresivo. El tema actual de estudio eran las armas de fuego. Solo el alto, desgarbado e imponente investigador senior con la monótona voz retumbante podía hacer que disparar un arma sonara aburrido.

Por supuesto, no estaban realmente disparando. Estaban revisando evidencias para la escena de un crimen con armas y todas las reglas de seguridad para usar un arma. Cada regla. Palabra por palabra.

En unas semanas, aquellos que hubieran pasado todas las pruebas podrían ir al campo de tiro. La Agencia determinaría qué empleados estarían autorizados a portar armas según cada caso después de graduarse. Así que solo era un ejercicio.

Miranda se sentó en su silla, resistiendo el impulso de tamborilear los dedos sobre el escritorio. Ni siquiera tenía a nadie a quien hacer comentarios sarcásticos. Holloway y Becker se habían colocado tan lejos de ella como pudieron, en el lado opuesto del aula. Ninguno de los dos le había dicho siquiera hola.

Debería contarle a Parker sobre el fiasco con Fanuzzi. Eso le demostraría lo buena que era con las relaciones.

Parker.

Pensó en el anillo que seguía en su mesa de noche.

—Tómate todo el tiempo que necesites —le había dicho. Pero ella sabía que él quería una respuesta. Y cuanto más esperaba, cuanto más tiempo permanecía en la misma cama con él y seguía como si

todo estuviera perfecto, más daba a entender que la respuesta era sí. No podía seguir engañándolo.

Tan pronto como había llegado esta mañana, había llamado al consultorio de la Dra. Valerie Wingate. Había un espacio disponible esa tarde a las tres. Lo había tomado.

Iba a aclarar este lío en su corazón de una forma u otra.

Pensó en los secretos que Parker le había contado y la imagen del joven afligido por el asesinato de su prometida reverberó en su corazón. El hombre que se entrenó para perseguir a su asesino con la tenacidad que solo un amante con el corazón roto podría tener. Se sentía... asombrada por él.

Más que eso, sintió que algo en lo profundo de su ser resonaba con él. No quería sentirse tan cercana a Parker. Deseaba con todas sus fuerzas nunca haberle preguntado sobre Delta Langford y su frase sobre el "delicioso tormento". Deseaba nunca haberse involucrado en el caso.

Pero el rostro maltratado de Desirée Langford seguía atormentándola. Tenía que resolver este asesinato.

Ayer había vuelto a ver la grabación en la biblioteca y no había encontrado nada. Delta había atacado duramente a Usher con sus acusaciones. Mucho más fuerte de lo que Miranda pensaba que era capaz. Pero él no se había quebrado.

¿Por qué? Si era tan sensible, ¿cómo podía soportar las cosas que ella le había dicho? ¿Realmente podría ser inocente después de todo? ¿Y dónde la dejaba eso a ella?

Tendría que pensar en eso. Entonces se le ocurrió.

Las drogas. Si pudiera vincular el PCP con Usher, eso probaría que él mató a Desirée.

Pero, ¿cómo iba a hacer eso?

Judd terminó su conferencia y despidió a la clase para el almuerzo. Miranda miró a Becker. Él desvió la mirada.

Bien, sé así. Había planeado invitarlo al Horseradish Grille en Powers Ferry Road para hacer las paces. Pero como estaba comportándose como un idiota, iría sola. Si la comida era buena, se lo restregaría en la cara cuando regresara.

* * *

Miranda encontró un lugar para estacionarse y caminó por la acera hacia el exterior rústico del restaurante. Su techo de hojalata blanco y alegres ventanas parecían darle la bienvenida, al igual que los setos, árboles y flores que bordeaban el camino de piedra hacia la entrada. Había un patio al aire libre donde los comensales charlaban y comían en sillas de hierro forjado bajo mesas con sombrillas verdes.

El diseño acogedor se repetía en el interior con paredes blancas, pisos de madera y cabinas con manteles blancos que daban al jardín. A esta hora, el lugar estaba lleno de gente de negocios en su hora de almuerzo.

Mientras Miranda seguía a una anfitriona por una alfombra roja a lo largo de la fila de cabinas, divisó un rostro familiar. Una mujer delgada de aspecto profesional con cabello castaño oscuro recogido en un sencillo y elegante moño. Estaba sentada sola. Vestida con un traje gris sencillo, absorta en papeles que había esparcido sobre la mesa.

Wilhelmina Todd. La abogada defensora criminal que trabajaba en el bufete de Antonio Estavez. Cuando Parker las presentó en una fiesta hace unas semanas, Miranda había sentido una conexión instantánea con la mujer.

—¿Te gustaría algo de compañía? —preguntó, deteniéndose en la mesa de la abogada.

Wilhelmina levantó la mirada y sus ojos se iluminaron. —Miranda Steele. Me alegra verte. Sí, por supuesto. Almuerza conmigo. —Movió sus papeles para hacerle espacio.

—Me sentaré aquí —le dijo Miranda a la anfitriona, quien asintió y le entregó un menú. Se volvió hacia Wilhelmina mientras lo abría —. Pensé que estabas en Europa.

Con un suspiro triste, terminó de guardar sus papeles en su maletín Gucci. —Felicia y yo regresamos la semana pasada. Soy demasiado adicta al trabajo para estar lejos del bufete por mucho tiempo. Y ella extrañaba a sus amigos.

Miranda asintió.

Wilhelmina la había pasado mal últimamente. Poco después de que mataran a su hija menor, descubrió que su esposo tenía una

aventura. Su respuesta fue divorciarse de él e irse a Italia con su hija mayor, Felicia.

Una mesera se acercó y tomó sus órdenes. Miranda revisó rápidamente el menú. Lo único que parecía apetitoso y lo suficientemente barato eran los dedos de bagre con ensalada de col y mostaza picante. Los pidió. Wilhelmina ordenó una ensalada de campo verde.

—Te ves bien —dijo Miranda después de que la mesera dejó su mesa.

—Gracias. —Sonrió, pero Miranda podía ver el dolor persistente detrás de sus ojos.

Dudó un momento antes de hablar. —Sé que el último mes debe haber sido un infierno para ti.

La última vez que había visto a la mujer, estaba histérica por la muerte de su hija.

Wilhelmina extendió la mano y le dio un cálido apretón en el brazo. —Nunca pude agradecerte por... todo. Por encontrar al asesino de Tiffany.

Miranda se encogió de hombros. —Todo parte del trabajo.

—Supongo, pero significa mucho para Felicia y para mí.

Miranda asintió, deseando poder devolverle la hija a la mujer.

La mesera les trajo sus órdenes. Ambas comenzaron a picar su comida. La conversación no era propicia para un buen apetito.

Wilhelmina levantó la barbilla e intentó sonar despreocupada. —¿Qué te tiene haciendo estos días ese sexy esclavista que tienes por jefe?

Si ella supiera. Pero no veía razón para ocultar la verdad, al menos sobre su trabajo. —La muerte de Desirée Langford.

Wilhelmina frunció el ceño. —Leí sobre eso en el periódico. Fue en el hipódromo de Northwinds, ¿verdad?

Miranda tomó un bocado de bagre y asintió. La comida estaba buena.

—¿No dijeron los periódicos que su muerte fue un suicidio?

—Algunas personas no lo creen así. —Miranda se limpió la boca con una servilleta.

—Hmm. Fue una sobredosis de PCP, ¿no es cierto?

Asintió. —Esa fue la causa oficial de muerte.

—¿Pero tú crees que hay algo más?

—Aún no lo sé.

Wilhelmina levantó una mano. —No quise entrometerme. Yo, más que nadie, debería conocer las reglas de confidencialidad.

Confidencialidad. Una buena excusa para usar cuando no podías probar ni un comino. Cambió de tema. —¿Cómo van las cosas en el bufete?

—Con mucho trabajo, pero es mi culpa. Pedí una carga pesada de casos cuando regresé. Simplemente necesito trabajo para mantener mi mente alejada de... las cosas.

—Claro. —Nuevamente, Miranda se compadeció de ella. La observó un momento—. No quiero sonar prejuiciosa, pero siempre me he preguntado cómo alguien hace un trabajo como el tuyo.

Wilhelmina le dio una sonrisa astuta. —Debes haber trabajado con algunos abogados defensores en tu carrera.

—Algunos. —Un par de veces le habían asignado un defensor público cuando fue encarcelada por una pelea en un bar. Y luego estaba Antonio, quien la sacó de una acusación de asesinato. Wilhelmina no sabía eso. Miranda tenía la intención de mantenerlo así.

—Sé que podemos ser molestos. La respuesta estándar es que todos merecen un juicio justo. Pero la verdad es que todo se trata de horas facturables y clientes de alto nivel que pueden pagarlas. No muy diferente del negocio de los investigadores privados. —Tomó un sorbo de té helado.

—Touché. —Cuanto más conocía Miranda a Wilhelmina Todd, más le agradaba. Se reclinó—. ¿Alguna vez tuviste un cliente que no pudiste defender?

—¿Te refieres a si sabía que el cliente era culpable como el pecado y mi conciencia no me dejaba torcer los hechos?

Miranda asintió.

Dejó el tenedor y pensó un momento. —No muchos, pero puedo pensar en dos casos recientes.

—¿Y tuviste que defenderlos de todas formas?

—Oh, no. Chatham, Grayson y McFee tiene sus escrúpulos. La firma me permitió excusarme. Por supuesto, a los clientes no les gustó, pero encontraron otra firma que aceptó sus casos.

—¿De qué eran culpables?

—Uno era un depredador de niños —dijo, entrecerrando los ojos mientras miraba por la ventana.

Estaba pensando en Leon Groth, Miranda lo sabía.

—Y el otro era un joven y ambicioso narcotraficante.

—¿Narcotraficante? —ahora eso era interesante—. ¿Aquí en Atlanta?

Ella asintió. —Un líder de pandilla local. Probablemente sepas que desde hace aproximadamente una década, los altos mandos de los cárteles colombianos han fragmentado sus organizaciones en unidades más pequeñas.

No lo sabía, pero fingió que sí. —Pandillas callejeras.

—A veces. Los líderes de esas pandillas a menudo tienen tanto poder como los antiguos narcotraficantes, en sus propias zonas. Este lo tiene. Es joven, atractivo y ambicioso. Su grupo es grande y sigue creciendo.

—Un líder carismático, ¿eh?

—Mucho —Wilhelmina se inclinó hacia adelante, su rostro de repente iluminado con interés—. Pero este tipo es selectivo. Le gusta aprovecharse de los ricos. También le gustan sus juguetes: autos, motocicletas, alcohol, fiestas, mujeres.

No en ese orden, apostaba Miranda. —¿Y trafica drogas?

—El mejor negocio de la ciudad —Wilhelmina atacó su ensalada como a un testigo en el estrado.

Los nervios y la emoción recorrieron la columna de Miranda. Hizo la pregunta obvia. —¿Quieres decir que podría tener clientes como artistas emergentes y ricos criadores de caballos?

Wilhelmina dejó de masticar y levantó la barbilla. —Te refieres a Desirée Langford, ¿no?

Miranda sonrió. —Y a Ferraro Usher, su ex esposo.

Sus ojos brillaron. —Lejos de mí preguntarte por tus sospechosos, pero ahora que lo pienso, ese es exactamente el tipo de cliente que este tipo preferiría.

Miranda jugó con su servilleta. —Los cien miligramos de PCP que mataron a Desirée Langford tuvieron que venir de alguna parte. Si puedo averiguar quién los vendió, podría descubrir quién los compró. La propia Desirée o su asesino.

Wilhelmina le apuntó con el tenedor en señal de aprobación. —Puedo ver por qué Wade Parker te contrató, Miranda. Eres buena.

Aún no lo suficiente.

—Si este tipo no hizo el trato personalmente, sabría quién lo hizo.

—¿Tiene tanto poder?

Wilhelmina asintió. —Desafortunadamente.

Dave Becker le había hecho un gran favor. Al rechazarla para el almuerzo, había dejado caer en su regazo la pista que había estado buscando durante semanas. Con el corazón latiendo fuerte, tratando de no sonreír demasiado, Miranda se acercó a su compañera de almuerzo y susurró: —¿Entonces cómo se llama este tipo?

Wilhelmina le dio una mirada satisfecha que decía que acababa de leer la mente de Miranda. —Carlos Santiago.

* * *

Cuando Miranda regresó a la oficina, apenas tuvo tiempo antes de su clase de artes marciales para hacer algo de investigación en su computadora. Buscó a Carlos Santiago y encontró varios artículos sobre él que describían sus arrestos en diversas redadas de drogas y tiroteos relacionados con pandillas. Un tipo escurridizo. Aunque Wilhelmina Todd se había negado a ser su abogada, él había encontrado un defensor capaz de ayudarlo a salir ileso de todas las acusaciones.

Su compañera de almuerzo tenía razón. Este era un tipo muy malo.

Pasó por otro conjunto de enlaces y finalmente encontró una foto del narcotraficante después de su liberación.

Rizos negros cargados de gel para peinar. Una pronunciada entrada en pico. Ojos afilados como navajas. Bigote y barba negros, recortados en punta. Con los brazos y las manos cruzados en un gesto de pandilla, vestía completamente de negro con pesadas

cadenas de oro alrededor del cuello, una de ellas una gruesa cruz. Debe ser muy devoto.

Se recostó en su silla, jadeando como si le hubieran quitado el aire. *Era él*. El tipo que había visto en la galería de arte de Usher la noche de su exhibición.

La emoción pulsaba por sus venas. Estaba cerca. Lo sabía. Su mente daba vueltas con los detalles que acababa de leer. Luego su corazón se hundió hasta el asiento de su silla.

¿Qué diablos podría hacer con esa información?

Un recordatorio apareció en su computadora. Hora de la clase. Cerró el navegador y se puso de pie. Todavía no tenía una respuesta, pero ya se le ocurriría algo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Miranda se removía inquieta en la silla semicómoda de la oficina de la Dra. Valerie Wingate. La terapeuta se sentaba frente a ella en el obligatorio ángulo de cuarenta y cinco grados, esperando con la paciencia de Job a que se abriera.

La Dra. Wingate era una mujer menuda con un fino cabello rubio que llevaba recogido hacia atrás y unos intensos y perspicaces ojos marrones. Ojos que ahora estudiaban a Miranda detrás de unas gafas de forma cuadrada. Vestía un traje pantalón gris carbón, una blusa blanca sencilla y muy pocas joyas.

Obviamente, del tipo serio.

Miranda tomó aire, buscando las palabras. No sabía cómo actuar con una psiquiatra a quien medio respetaba.

Por fin, la Dra. Wingate rompió el silencio. —Si no tiene algo específico de lo que quiera hablar, podemos tratar esta sesión como una consulta, Sra. Steele. Solo un tiempo para conocernos y ver si queremos continuar con visitas adicionales —. Su voz era cálida, reconfortante. Sin presiones.

Miranda recordó el sonido de esa voz cuando la doctora había ido a verla a San Benedictino después de que Leon le cortara el pecho. Esa voz le había dado esperanza entonces. Esperanza de qué, no estaba segura.

Miró fijamente sus manos, que tenía entrelazadas sobre su regazo. —Sí quiero hablar de algo específico.

—Continúe entonces. Cuando esté lista.

Miranda examinó la oficina. Era luminosa y alegre, con una ventana alta, un escritorio de roble muy ordenado y sencillo,

estanterías con textos médicos y fotografías de lo que debía ser la familia de la doctora, un bonito conjunto de diplomas enmarcados en la pared.

Respiró profundamente. Si no lo hacía de una vez, se le acabaría el tiempo. No podía esperar otra semana. —Tengo una especie de... relación. Con este... tipo —exhaló. Caramba, ¿por qué era tan difícil?

—¿Qué tipo de relación? —La voz de la doctora era tan suave que casi parecía salir de la propia cabeza de Miranda. Un buen truco de psiquiatra.

—Eso es lo que vine a averiguar.

—Ya veo —se inclinó hacia adelante.

Miranda sonrió con ironía. ¿Por qué hablar en términos velados? —Supongo que sabe de quién estoy hablando.

Ella sonrió compasivamente. —Wade Parker.

Bastante directa para ser terapeuta. Se frotó la frente.

—Nada de lo que diga saldrá de esta habitación, Sra. Steele —dijo en un tono dulce y tranquilizador—. La confidencialidad del paciente es algo que valoro muchísimo.

Miranda juntó las manos y las separó de nuevo. —No me preocupaba eso.

—Bien —se reclinó—. ¿Cuáles son sus sentimientos sobre esta relación que mencionó?

—¿Mis sentimientos? —Su boca se abrió y luego se cerró.

La doctora esperó.

Se frotó la nariz. —El sexo es bastante bueno.

—Eso es alentador.

—Supongo —. O lo sería, si fuera una relación seria. No podían seguir siendo solo compañeros de cama.

—¿Ha considerado por qué el sexo es tan bueno?

Ella se rio. —Es Wade Parker.

La doctora sonrió. —Sí.

El hombre más deseable de la ciudad. Pero eso no lo explicaba realmente. A Miranda no le importaba su dinero ni su estatus. ¿Era su habilidad, su esencial y fundamental sensualidad? Eso tampoco lo explicaba todo. Debía ser su ternura, el cuidado que podía sentir en

cada una de sus caricias, ya fueran suaves o intensas. Y lo mucho que la deseaba. Y los sentimientos que él despertaba en ella. Por él.

La Dra. Wingate extendió sus manos. —¿Lo ama?

Miranda parpadeó sorprendida. Esta psiquiatra disparaba directo al blanco, ¿no? Pasó la lengua por sus dientes.

¿Eran esos sentimientos... amor? ¿Era el amor lo que hacía que el sexo fuera tan fantástico? Si eso fuera cierto, entonces lo había amado desde hacía semanas. Eso no podía ser correcto. Sacudió la cabeza. —No puedo decirlo.

—¿Él la ama?

Por supuesto que sí. Se lo demostraba de mil maneras, aunque nunca lo había dicho. No desde aquella vez que ella se puso como loca al escuchar esas tres pequeñas palabras y lo abandonó. Él era demasiado inteligente para cometer el mismo error otra vez.

Se encogió de hombros. —Parece que sí.

—¿Y?

—¿Y? —repitió Miranda. Exhaló profundamente.

Amor. Ese era el problema. Entendía el miedo, la desesperación, la decepción y el dolor. No sabía qué hacer con el amor. —Me dio el anillo de su madre.

—Oh —la Dra. Wingate se enderezó—. ¿Qué cree que quiso decir con ese gesto?

Miranda sonrió con sarcasmo. —¿Qué más? Compromiso. Permanencia. Por siempre jamás.

—¿Y?

—Y me quedé paralizada. No tengo idea de qué hacer. Qué decirle.

El rostro de la Dra. Wingate se tornó serio y pensativo mientras asentía. Inclinándose hacia adelante, habló nuevamente con esa voz suave. —Es difícil confiar después de lo que has vivido.

Por su visita al hospital, los periódicos y la breve conversación que habían tenido al inicio de esta sesión, la Dra. Wingate tenía una idea general de su pasado.

Miranda no sabía qué la había poseído para mencionar aquella vez que León la persiguió con un gancho de ropa cuando olvidó plancharle su camisa favorita, en los formularios preliminares que

había llenado en la sala de recepción. O la vez que León la llamó puta asquerosa y la echó de la casa. Eso fue después de que un desconocido la violara.

Miró sin expresión la pared donde colgaban los diplomas de la Dra. Wingate. —Tengo tanta ira acumulada dentro de mí que no hay espacio para el amor.

La doctora guardó silencio por un largo momento, asimilando sus palabras. —Y sin embargo, sientes algo por Wade.

Miranda hizo una mueca. Wade. Vivía en su casa, trabajaba en su empresa, comía las comidas que él preparaba para ella, dormía en su cama. Y aún así ni siquiera podía llamarlo por su nombre.

—Ese es el problema. Creo que siento algo, pero no puedo conectarme con eso. Es como si algo estuviera muerto dentro de mí.

—Hablamos de eso cuando fui a verte al hospital.

Miranda asintió. Esa frialdad que sintió después de su pelea con León. La Dra. Wingate había dicho que pasaría.

—¿Ha mejorado?

Miranda pensó un momento. —He estado trabajando en un caso. Me siento normal cuando hago eso. Emocionada. Viva.

—Parece una buena elección de carrera para ti.

Miranda la miró fijamente. Lo era, ¿verdad?

—¿Pero no puedes permitirte sentirte 'normal' con Wade Parker?

Se removió en su silla. —Parker es un buen hombre. Incluso un gran hombre. Pero no es perfecto.

—¿Qué quieres decir?

—Para empezar, es exigente. Y sobreprotector.

La doctora asintió.

—Y me mima demasiado. No quiero depender de un hombre.

La doctora permaneció callada.

No, no era eso. Esas eran cosas que podrían solucionar. Parker la escucharía si le dijera cómo se sentía. Él entendería. Era tan condenadamente comprensivo.

Miranda se puso de pie. No podía permanecer sentada en esa silla ni un minuto más. —Y es mandón —dijo, pasándose una mano por el pelo. Pensó en esas estúpidas condiciones suyas—. No me

trata como a una igual. Como trataría a mis compañeros. —Se sentía como una niñita quejumbrosa.

De nuevo, la doctora asintió.

Miranda se dirigió a zancadas hacia la alta ventana. Abrazándose a sí misma, miró por ella. Abajo, un sauce inclinaba sus ramas hasta casi tocar el suelo. Un rosal trepaba por una cerca blanca cercana.

Eso no era cierto. Parker la había colmado con tanto trato especial que Becker y Holloway estaban morados de envidia. Sabía que las "condiciones" de Parker eran solo su manera de protegerla después de lo que había pasado. Después de lo que él había vivido con su primer amor, Laura.

Desde el otro lado de la habitación, la voz tranquila habló de nuevo. —¿Tienes miedo de que te haga daño? ¿Físicamente?

Tomó una respiración superficial. ¿Era eso lo que realmente temía? —No puedo imaginar a Parker haciendo eso —se oyó decir.

Otra pausa. —Así que hay cierto nivel de confianza. —Sonaba bastante segura de ello.

Era cierto, la Dra. Wingate conocía a Parker íntimamente. También había sido su terapeuta. La doctora sabía que no podía argumentar que él se volvería violento en una relación.

Hubo otra pausa, luego la doctora habló, sonando de nuevo como la voz en su cabeza. —Entonces, ¿a qué le tienes miedo *realmente*, Miranda?

Ella siguió mirando por la ventana. Estaba tan cerca que su aliento formaba una película en el cristal. Trazó el contorno del sauce en el vidrio mientras su mente lentamente se aclaraba y la dolorosa realidad emergía de la niebla. —Tarde o temprano, Parker se cansará de mis problemas.

Eso era. La verdad. Cerró los ojos mientras oleadas de dolor la atravesaban. —Tengo tanta rabia dentro de mí. Tanto dolor. Lo atacaré. Encontraré la manera de castigarlo por lo que otros me han hecho. No podré detenerme. Tarde o temprano —contuvo un jadeo, se golpeó el pecho—. Tarde o temprano, me convertiré en la abusadora. Y Parker no soportará eso. Se hartará.

La Dra. Wingate la observó durante varios momentos prolongados. —¿Y te dejará?

—O me dirá que me vaya. —¿Y si Parker la echaba de su casa como León había hecho años atrás?—. No creo que pudiera soportarlo. —Su voz se quebró.

Se apartó de la ventana, regresó a la silla y sostuvo la cabeza entre sus manos. Le palpitaba. Quería llorar. Quería gritar. Quería sacarlo todo. Todo. Pero tenía los ojos secos. Levantó la cabeza y miró fijamente a la Dra. Wingate. —Entonces es mejor no empezar, ¿verdad? —Pero ya había pasado ese punto.

La doctora la estudió cuidadosamente por un momento. —Su pasado la atormenta, ¿no es así?

Miranda miró hacia el suelo y asintió. La mujer podía leerle el alma.

—Ha progresado, pero no creo que pueda tener una relación saludable hasta que sane más.

—Ese es mi problema, doctora —Parpadeó sorprendida cuando finalmente las lágrimas se formaron en sus ojos—. Han pasado trece años. He ido a terapeutas, he intentado todo tipo de cosas, pero no puedo superar...

—¿Qué?

—Esta rabia. Esta ira interior. Me carcome. Me aleja...

—¿De las personas?

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Se cubrió la cara con las manos y sorbió.

La Dra. Wingate se levantó y se acercó a su lado, le entregó un pañuelo. Suavemente le tocó la espalda. —Su problema es que permite que lo que pasó hace mucho tiempo la aleje del presente. Tiene que aprender a distinguir el pasado del presente. Tiene que mantenerse firme. Enfrentar sus miedos. Vencerlos en lugar de dejar que la venzan a usted.

Miró ese rostro sabio y bonito. —¿Cómo?

—Un paso a la vez —La Dra. Wingate miró el reloj—. Ya pasó nuestra hora. ¿Le gustaría hacer otra cita para la próxima semana?

Miranda se secó los ojos con el pañuelo. —Sí —dijo distraídamente—. La próxima semana está bien.

Pero por ahora, tenía algo más inmediato en mente.

* * *

Golpeteando con el pie sobre la alfombra gastada y esterilizada, Miranda subió en el crujiente ascensor hasta el tercer piso del Hospital Memorial Brandywine-Summit. Había ido directamente a la mansión después de su sesión con la Dra. Wingate esa tarde, deteniéndose solo lo suficiente para llamar a la oficina y darle a la recepcionista una excusa sobre problemas con el auto por no regresar al trabajo.

Al no encontrar nada en su armario, había hecho una compra rápida e impulsiva. Ahora se rascaba la elástica y molesta cintura del drapeado vestido azul verdoso que había seleccionado en Belk's para esta misión. Se había recogido el cabello oscuro bajo un sombrero de paja de ala ancha con una cinta a juego, y se había puesto un par de aretes plateados y tacones de leopardo que estaban en la mesa de ofertas.

Un par de gafas oscuras completaban el conjunto. A primera vista, ni el mismo Parker la habría reconocido.

En la recepción, se hizo pasar por Emily, la hermana del paciente, que venía de fuera de la ciudad. Él había tenido una hermana llamada Emily que murió al nacer. Estaba apostando a que el personal sobrecargado de trabajo desconocía ese hecho. Así fue, y consiguió el número de habitación.

Doscientos sesenta y uno.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron al Centro de Trauma, se deslizó más allá de la estación de enfermeras, esperando que nadie la viera. Afortunadamente, los trabajadores estaban demasiado ocupados atendiendo a los pacientes heridos.

Siguió un letrero que indicaba la habitación doscientos sesenta y uno doblando una esquina y vio a un policía apostado en la puerta aproximadamente a mitad del pasillo.

Se detuvo y se escondió detrás de una pared. Esperó, luego atisbó desde su posición. El guardia no la vio. Después de un momento, él se acomodó en una silla metálica junto a la puerta y cruzó los brazos. Ella esperó más.

Cinco minutos después, él tenía la barbilla sobre el pecho, y Miranda podía escuchar bocanadas constantes de aire saliendo de entre sus labios.

Vigilar a un casi cadáver durante días enteros debe ser bastante aburrido.

Sin hacer ruido, salió de su escondite, se deslizó por el pasillo, giró silenciosamente el pomo de la puerta del doscientos sesenta y uno y entró.

* * *

La habitación estaba en silencio excepto por el rítmico pitido del monitor cardíaco y el bombeo constante del respirador. El aire seco y viciado tenía ese olor inconsistente de hospital, mezcla de medicamentos y olores corporales.

Lentamente, se movió hacia el lado de la cama. *Enfrenta tus miedos*, había dicho la Dra. Wingate. No había otra razón para estar aquí.

Con un estremecimiento, se obligó a mirar al paciente.

Leon yacía inmóvil, excepto por el forzado y regular movimiento de su pecho subiendo y bajando. Su cara estaba pálida, fría. Sus manos descansaban inmóviles sobre su pecho. Durante un largo rato, simplemente se quedó allí, escuchando el ritmo de las máquinas, como si estuviera en trance.

Él estaba aquí por su culpa. Ella lo había puesto en esta cama, en esta condición, y no lo lamentaba. Miró fijamente sus grandes manos nudosas.

Se sintió enferma.

Él había estado en coma durante más de un mes. Y sin embargo, estando allí, le tenía miedo. Terror. Como si pudiera abrir los ojos en cualquier momento y alcanzarla con una de esas gruesas manos para agarrarle la garganta.

Recordaba la noche en que él había hecho exactamente eso después de que llevaban unos meses casados. Fue la primera vez que la había atacado. Pensó que iba a matarla entonces. Y varias veces después de eso.

Se había casado con él para escapar de su madre. El extraño oscuro y delgado con chaqueta de cuero negro y jeans que rondaba la preparatoria era del tipo James Dean. Peligroso. Emocionante. Su madre lo había odiado. A Miranda no le importó. Él era su salida de la vida monótona y deprimente que tenía en casa. Una vida sin

promesa de nada. Sin futuro, excepto fregar pisos y baños, como hacía su madre.

No pasó mucho tiempo después de casarse con Leon cuando comenzó a pensar que los pisos y los baños podrían haber sido la mejor alternativa.

Recordó aquella vez que a él no le gustó la cazuela de atún que había preparado para la cena. Había levantado el recipiente con una de esas grandes y nudosas manos y lo había lanzado contra la pared del comedor. Fideos, sopa de champiñones y vidrios rotos por todas partes. Luego la obligó a limpiarlo.

Se había disculpado después. Siempre se disculpaba. Pero siempre lo volvía a hacer. Cada vez un poco peor.

Y entonces la violaron cuando él la mandó a una zona peligrosa de la ciudad tarde en la noche. Y quedó embarazada. Y después de eso, todo lo que él sentía por ella era odio. Un odio asesino que la había perseguido durante trece años. La había atormentado. La había llevado de un lugar a otro, como si la estuviera acechando. No fue hasta hace un mes que descubrió que efectivamente la había estado acechando.

Enfrenta tus miedos.

—Ya no puedes lastimarme, Leon —susurró al cuerpo en coma—. No puedes controlar mi vida —pero sus palabras sonaban huecas.

¿Controlar su vida? Leon Groth la había arruinado, la había dominado, incluso cuando no estaba presente. No importaba cuánto hubiera intentado escapar de él.

Acarició el anillo de Parker en su bolsillo. Antes de ir a comprar para su disfraz, lo había recogido de la mesita de noche donde había estado desde la noche en que Parker se lo dio. Cerró los ojos con fuerza mientras el arrepentimiento la inundaba.

Había encontrado a un hombre que realmente la amaba. Un hombre que la trataba con ternura, amabilidad y respeto. Wade Parker era lo mejor que le había pasado. Pero Leon arruinaría eso también.

Lo detestaba por ello.

Lo detestaba por todo. Le había quitado a su hija. Le había quitado el alma. Le había quitado todo.

¿Por qué no se moría?

Miró fijamente el respirador, los gruesos tubos azules que salían de él. Había un conector blanco redondo que unía el tubo principal a la máquina. Podría aflojarlo. Solo una o dos vueltas y la máquina fallaría. Podría quedarse justo ahí y ver cómo la vida se le escapaba, tal como él había hecho que cualquier esperanza de felicidad se le escapara a ella. ¿Valdría la pena ir a prisión por el resto de sus días? Por un instante, pensó que podría valer la pena.

Vacilando, miró fijamente la máquina. Su corazón latía en sus oídos. Por el rabillo del ojo, observaba esas manos suyas. De repente, una de ellas se movió.

¡Ay, Dios! Su mano fue a su boca, su corazón martilleando. ¿Se estaba volviendo loca?

Al otro lado de la habitación, la puerta se abrió. Lentamente, una enfermera entró. —Disculpe —miró a Miranda con el ceño fruncido en señal de desaprobación.

—¿Cómo está? —preguntó, tratando de sonar preocupada.

La enfermera se acercó a la cama, revisando eficientemente los tubos y el suero. —No está bien —su voz era un susurro cortante.

—¿Cuánto... le queda? —Ayudaría saber eso.

—Los médicos no lo saben. El coma podría ser indefinido.

—Indefinido —repitió Miranda en un murmullo hueco.

La enfermera terminó con el suero y le lanzó a Miranda otra mirada de desaprobación. —No sabía que este paciente podía recibir visitas. ¿Cómo entró aquí?

—Soy su hermana —tal vez podría despertar algo de compasión.

Su mirada seguía siendo fría. —Deje sus datos personales en la recepción.

—Claro. Ya me iba de todos modos —Miranda pasó junto a ella y salió por la puerta.

No había funcionado. La Dra. Wingate tenía buenas intenciones, pero enfrentar sus miedos no había servido de nada. ¿Cómo podría? Nunca superaría los horrores de su pasado.

Pero su visita a la terapeuta le había hecho ver la verdad por fin. La historia de abuso corría por sus venas tan fuerte y segura como el venerado linaje de Parker corría por las suyas. Tarde o temprano,

lo traicionaría. Tarde o temprano, se volvería contra él como un perro rabioso. Ningún hombre, ni siquiera un santo como Parker, soportaría eso. Había tenido razón desde el principio.

Nunca tuvieron un futuro.

Mientras empujaba las puertas giratorias del hospital y se dirigía a su auto, solo podía pensar en que quería emborracharse. Tal vez podría convencer a Fanuzzi de ir a algún antro de mala muerte.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Fanuzzi estaba espinosa como un puercoespín rabioso en celo cuando Miranda llamó. Pero después de media hora de empatía sobre las agonías de la vida de soltera y el trabajo en la cuadrilla de carretera, Miranda la tenía comiendo de su mano. O al menos lo suficientemente ablandada para tomarse una copa en la zona de Buckhead.

Eran cerca de las nueve cuando se sentaron a una mesa en un ruidoso bar de moda para yuppies en Peachtree Road. Miranda se alegró cuando Fanuzzi pidió una Bud de un dólar. Nada de esa porquería cara de cerveza rusa.

—Nada ahoga mejor las penas que una cerveza barata —dijo.

Fanuzzi asintió. —Tienes toda la razón.

Después de un par de botellas más, decidieron hacer la ronda de bares.

Dirigiéndose hacia el sur por Peachtree, pasaron por Bliss, Uranus, Tongue and Groove y el World Bar. Las llamativas luces de neón brillaban alegremente a lo largo de los edificios de colores vibrantes, y con cada parada, la vida parecía un poco más luminosa.

Para cuando se deslizaron en una mesa de Locos, ambas estaban bastante ebrias. Miranda golpeaba con las manos la gruesa mesa de madera, al ritmo de la música estridente de los setenta que ponía un DJ. Llevaba un enorme afro rubio, una camiseta teñida y una sonrisa como la de una calabaza de Halloween. En un soporte, había colgado una de esas antiguas bolas de discoteca con espejos, y con las manos alzadas en el aire, proyectaba extrañas sombras en las paredes mientras bailaba al ritmo de su propia música.

—Ahí tienes a un tipo que sabe cómo divertirse —se burló Fanuzzi.

—Sí, claro. Creo que es hora de pedir algo de comer y despejarnos un poco —dijo Miranda. Si ese tipo empezaba a verse atractivo, necesitaban frenar. Además, ninguna de las dos podía permitirse una multa por conducir ebria.

Fanuzzi estuvo de acuerdo y pidió una hamburguesa con papas fritas. Miranda se decidió por el Looney Bird, que era pavo ahumado con queso suizo. Un poco soso, pero las alitas de pollo sonaban anémicas. También pidieron un par de cervezas más. Tenían que tener algo para pasar la comida.

—Los hombres —dijo Fanuzzi, dando un trago a su botella después de que la mesera las dejara y se fuera—. No puedes matarlos. Y no puedes matarlos.

Miranda le señaló con el dedo. —Totalmente cierto. —Tomó un trago de su propia botella. Estaba bien fría, pero comenzaba a resultar un poco aburrida. Quería cambiar a algo más fuerte, pero era mejor dejarlo.

Después de una o dos canciones más del DJ, la mesera trajo dos grandes platos de comida. Ambas se quedaron mirándolos un rato.

Miranda levantó la vista hacia el rostro demacrado de Fanuzzi. Parecía agotada. Era duro trabajar en dos empleos y cuidar de tres niños. —Lamento lo del desastre en mi fiesta.

—¿Fiesta? —Fanuzzi frunció el ceño un minuto, como si no lo recordara. Luego hizo un gesto con la mano—. Siento haberme puesto tan irritable. Solo intentabas hacer algo lindo.

Miranda tomó su sándwich y le dio un mordisco. Bastante bueno. Se limpió la boca y tomó otro trago de cerveza. —¿Y por qué te pusiste así? Tan irritable, quiero decir. —Mejor averiguarlo, ya que empezaban a llevarse bien de nuevo y sus lenguas estaban soltándose.

Las cejas de Fanuzzi se dispararon hacia arriba, luego se encogió de hombros. —No sé. Es que fue...

—¿Qué?

Agarró la botella de kétchup y apretó un pequeño charco en su plato. —Cuando entré en tu cocina y vi a Dave Becker parado allí,

simplemente me volví loca. Vaya recuerdo del pasado.

—Supongo que debería haberte avisado.

—No habría ayudado.

Ahora sentía curiosidad. Después de todo, Becker era su amigo. —¿Por qué te volviste loca? ¿No te caía bien? En la preparatoria, quiero decir.

Fanuzzi masticó su hamburguesa y miró soñadoramente las luces danzantes de la bola de discoteca, como si estuviera reviviendo una escena de su juventud. —¿Caerme bien? Demonios, estábamos locamente enamorados. Queríamos casarnos.

Un trozo de sándwich se quedó atascado en la garganta de Miranda. Lo forzó a bajar y parpadeó hacia su amiga. —¿Casarse?

—Éramos novios formales. Me dio su anillo de graduación. Lo llevaba colgado al cuello con una cadena. Siempre hablábamos de casarnos después de graduarnos.

—Cielos, Fanuzzi. ¿Qué pasó?

Tomó un sorbo de cerveza, luego agarró una papa frita y la arrastró por el kétchup en su plato. —Mis padres estaban en contra. También los suyos. Solo teníamos dieciséis años.

—¿Así que no se fugaron ni nada?

Hizo círculos con la papa frita en el kétchup. —Estábamos planeándolo, pero antes de que pudiéramos, mi papá consiguió un trabajo diferente. Nos mudamos a Yonkers y me transferí a otra escuela. Dave estaba tan enojado que me hizo devolverle su anillo.

—¿Y eso fue todo?

Levantó la papa frita y mordió la punta. —Te escribí, traté de disculparme. Mantuvimos contacto por un tiempo, pero no puedes mantener una relación así cuando eres joven.

Miranda tomó su sándwich nuevamente. —Supongo que no.

—Para cuando me gradué, ya había conocido a Daryl.

—¿Daryl?

—Mi ex. Él me hizo olvidar a Dave. Así que le escribí una carta de "Querido Dave" y le dije que todo había terminado.

—Auch. —Pero el nuevo amor no duró—. ¿Qué los separó? A ti y a Daryl. —Examinó su botella. Debía ser la cerveza lo que la estaba volviendo tan entrometida esta noche.

Fanuzzi se inclinó sobre la mesa y apoyó la barbilla en su mano. —Era policía. Uno bueno. Demasiado bueno. Casado con su trabajo. Mientras más tiempo estuvimos casados, menos lo veía.

—Difícil, ¿eh?

Ella asintió. —Lo aguanté por mucho tiempo. Me decía a mí misma que solo estaba cumpliendo con su deber y que no debía quejarme. No sé cómo logramos concebir tres hijos, con lo ausente que estaba.

Volvió a tener esa mirada soñadora. Esta vez era amarga. —No pretendía descuidarnos. Realmente ni siquiera sabía que lo estaba haciendo. Se ausentaba, trabajando en un caso, dormía en la estación. Ser madre soltera no es tan diferente.

—Suena terrible.

—Un día, ya no pude más. Era nuestro aniversario. Daryl había prometido llevarme a salir. No apareció. No vino a casa por tres días seguidos. Tomé a los niños y me fui a casa de mi madre.

Miranda dejó su cerveza. —¿Y luego qué?

—Llega a casa tan agotado que ni siquiera se da cuenta de que nos habíamos ido. Al día siguiente, se levanta y regresa al trabajo otra vez. Unos días después, llama a mi madre y pregunta si estoy allí. Madre de Dios. —Sacudió la cabeza con amargura—. Ya había pasado una semana para entonces. Una maldita semana le tomó darse cuenta de que lo había dejado. Fue entonces cuando supe con certeza que nunca funcionaría.

Miranda frunció el ceño con simpatía. —Qué mal, Fanuzzi. Mi ex también era policía.

—Entonces sabes cómo es.

Miranda sonrió con ironía. —Para mí habría sido mejor si mi ex se hubiera mantenido alejado como Daryl.

Los ojos de Fanuzzi se abrieron de par en par. —Lo siento, Murray. Olvidé con qué psicópata estuviste casada.

Miranda tomó otro sorbo de su botella. —Está bien. Ojalá pudiera olvidarlo. —Dejó escapar una risa—. Somos un par de casos perdidos, ¿no?

—Supongo que sí.

Miranda miró alrededor a los otros clientes. Había estado buscando pelea, pero no había nadie lo suficientemente desagradable como para darle una excusa para golpear. Qué lástima.

Fanuzzi hizo un gesto con la mano. —No quiero hablar más de mí. Oye, ¿cómo va tu investigación? ¿Esa por la que fue la fiesta?

—Algo estancada. Pero recibí una especie de pista el otro día.

—¿Qué? ¿Puedes contarme?

—Claro. Era sobre el tipo que podría haberle vendido PCP a Usher. Podría haber sido un narcotraficante.

La mandíbula de Fanuzzi cayó. —¿Dijiste *narcotraficante*?

Miranda terminó su cerveza, la colocó en la mesa con un asentimiento. —Sí.

—Carajo, Murray. Daryl solía trabajar encubierto. Conocía a algunos criminales de pandillas y me contaba historias que me ponían la piel de gallina. ¿Qué vas a hacer?

No tenía idea. Todavía. —Estoy trabajando en ello. —Algo terminaría por encajar en su cabeza tarde o temprano. Con un bostezo, apartó su plato—. ¿Y ahora adónde?

Fanuzzi miró su reloj. —Será mejor que me vaya a casa, Murray. Charlie tiene práctica de fútbol por la mañana.

Riendo, Miranda le entregó algo de efectivo a la mesera. —Nunca te imaginé como una mamá futbolera.

—Oye, a él le gusta. Y le ayuda a liberar algo de su agresión, para que no golpee tanto a su hermanito.

Las alegrías de la paternidad. Había algunas ventajas en no tener hijos, se dijo Miranda, mientras se dirigían a la puerta. Pero podría haber sido la cerveza hablando.

* * *

Habían tenido que estacionarse a una buena distancia de la calle principal, debido a la cantidad de juerguistas del viernes por la noche en la zona de Buckhead. Caminaron juntas por Peachtree, pasando frente a tiendas y grupos que salían a divertirse. Las luces eran casi tan brillantes como las del día.

En un semáforo, giraron a la derecha hacia una calle lateral y caminaron otra cuadra más. Había autos estacionados en ambas aceras, pero no había nadie alrededor. Las farolas eran cada vez

menos, la acera más oscura a medida que avanzaban. Acababan de llegar al estacionamiento de un centro comercial cuando un motor rugió en la calle junto a ellas.

Miranda escuchó voces masculinas. Un poco de español.

—Cien dólares a que mi moto puede vencer a tu streetfighter, amigo.

—Acepto.

Ella giró la cabeza. Dos hombres en motocicletas se metieron en la entrada frente a ellas, obligándolas a detenerse. Con los motores rugiendo, dieron un par de vueltas y se detuvieron justo en medio del estacionamiento.

Uno de ellos se bajó de su moto, se apoyó contra ella como el villano de un videojuego. Levantó su mentón, junto con su perilla negra, directamente hacia ellas. —*Buena tarde, señoras.*

El pulso de Miranda se disparó. Sintió que cada vello de su cuerpo se ponía en alerta mientras observaba los ojos afilados, los rizos negros brillantes, la entrada en pico de su cabello. Botas negras y jeans, cinturón de cadena metálica colgando bajo en su cintura, una camiseta negra sin mangas que revelaba los tatuajes retorcidos y con púas que trepaban por sus musculosos bíceps. Alrededor de su cuello colgaba una única cadena de oro con una pesada cruz al final. Igual que en la foto que había encontrado en Internet.

Carlos Santiago.

Debía estar vistiendo informal esta noche. Recordaba que Wilhelmina Todd había dicho que estaba expandiendo su operación. ¿Sus seguidores se estaban convirtiendo en una pandilla de motociclistas? ¿O simplemente había estado recorriendo bares? Buckhead sería su estilo.

A su lado, Fanuzzi tembló. —¿Qué demonios está pasando, Murray? —susurró.

—Aún no estoy segura. Pero parece una carrera callejera.

—¿Estás segura de que es solo eso?

Santiago se rio. —¿Qué hacen ustedes señoras fuera tan tarde?

—Ocupándonos de nuestros asuntos —dijo Fanuzzi—. Ya nos íbamos. Vamos, Murray.

—Espera un momento. —Miranda no se movió. Miró fijamente las motos. La de Santiago era negra y plateada, de perfil bajo. Motor V-Twin, escape cromado brillante.

La de Francisco era una imponente moto de aspecto agresivo con una llanta trasera ancha y manubrios de estilo drag de acero inoxidable. Era rojo sangre. Los radios brillantes y guardabarros resplandecían bajo las farolas. Miranda anhelaba sentir el poder de uno de esos motores. Además, si esto no era una oportunidad, no sabía qué lo era.

Asintió hacia la moto de la que Santiago acababa de bajarse. —Es una chopper con muy buena pinta.

Él cruzó los brazos y sonrió. —Tienes buen gusto, *señora*.

—Me llamo Miranda.

—Miranda —repitió, haciendo rodar la r de esa manera latina tan sexy.

—No escuché tu nombre.

Él levantó una ceja afilada. —Carlos.

Bingo. Sabía que era él. —Gusto en conocerte, Carlos.

Él parecía muy divertido. —¿Te gustan las motocicletas, Miranda?

—Y cómo —dijo ella.

—Francisco y yo estábamos debatiendo cuál de estas bellezas era superior. Estábamos a punto de resolverlo con un pequeño Mat Rempit.

Sam el Bigotón, el amigo que le había enseñado a conducir, le había hablado del Mat Rempit. Era un término malasio para carreras callejeras ilegales. Su presentimiento había sido correcto. Señaló hacia la roja. —Mi apuesta va por la Harley.

—¿Eso crees?

Esperó un momento. —Estaría más segura si yo la estuviera conduciendo.

A su lado, Fanuzzi reprimió un chillido.

Santiago se rio. El hombre siniestro dio un paso hacia ellas. —¿Me estás desafiando a una carrera, Miranda?

Un escalofrío gélido la recorrió, mezcla de emoción y temor. Luchó por mantener su respiración estable. No había estado en una

moto en años, pero volvería a recordarlo. Puso las manos en sus caderas. —¿Qué pasa, Carlos, no puedes soportar la presión?

Fanuzzi siseó al oído de Miranda. —¿Qué diablos estás haciendo, Murray?

—Mi trabajo —murmuró Miranda en respuesta.

—¿Te has vuelto completamente loca?

Tenía razón. El tipo que le había enseñado a conducir también le había advertido que se mantuviera alejada de las pandillas de motociclistas. La forma en que trataban a las mujeres hacía que Leon Groth pareciera un maestro de escuela dominical. Pero esto no era Hell's Angels, era la pandilla de Carlos Santiago. Tal vez eso era peor.

Pero una mujer estaba muerta, y su asesino se estaba saliendo con la suya. Se suponía que Miranda era una investigadora profesional. Si este tipo era el que había vendido la dosis letal de PCP que mató a Desirée Langford, era su trabajo averiguarlo. Pero primero, tenía que ocuparse de Fanuzzi.

Se volvió hacia Santiago. —Eh, mi amiga ha bebido demasiado. Necesita ir a casa.

Los ojos negros de Santiago brillaron bajo las farolas. —¿Te estás acobardando, Miranda?

—Yo no. Ella. —Se volvió hacia Fanuzzi y puso su boca en su oído —. Sal de aquí ahora. Los mantendré distraídos.

—¿Estás loca? No puedo dejarte aquí.

—Puedo cuidarme sola.

—No.

—Prometo que estaré bien. Tienes a tus hijos de qué preocuparte, Fanuzzi. Ahora vete, o tal vez no pueda ayudarte después.

Lo de los niños la convenció. Lentamente, Fanuzzi asintió. No había oportunidad para discutir. Con los ojos casi brillando rojos por la conmoción, retrocedió unos pasos, luego dio media vuelta y caminó rápidamente por la acera.

Miranda se volvió hacia Santiago y su gran escolta, y deseó tener una de esas armas ocultas sobre las que Judd había estado dando conferencias en clase.

Extendió las manos, tratando de parecer indiferente. —Estoy lista si tú lo estás, Carlos. Y si Francisco aquí me presta su Harley.

El secuaz no se movió.

—¿Francisco? —le dijo Santiago con una sonrisa aceitosa, su voz tan serena como una canción de cuna.

Francisco sabía lo que pasaba. Sacudió la cabeza en señal de sumisión, soltó una risa de toro y se bajó de su moto. —Está bien, si tú lo dices, jefe. Esto tengo que verlo. Vale la pena dejar mi chopper un rato para tal entretenimiento. —Hizo una reverencia y señaló hacia el asiento—. Aquí tienes, pequeña dama.

—Gracias. —Se acercó a la chopper, agarró el manubrio y pasó una pierna sobre el asiento. Era grande y duro. Esperaba poder orientarse rápido.

—Solo recuerda, si la estrellas —dijo Francisco—, pagas por ella.

Tenía la sensación de que no se refería con dinero.

Santiago la miró fijamente con su mirada negra. —Vamos hacia el sur por Peachtree, tomamos a la izquierda en Pharr Road. Luego a la derecha en North Fulton. Terminamos en el estacionamiento detrás de la estación Marta. Es media milla. *Exactamente*.

—*Exactamente* —repitió ella con una sonrisa y giró el acelerador para hacer rugir el motor.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Me gusta una mujer con agallas. ¿Estás lista, Miranda?

—Lista, dispuesta y capaz.

Él sonrió lascivamente. Quizás no había sido la mejor elección de palabras.

Francisco dio la señal y arrancaron.

Cruzaron por la calle lateral entre los autos estacionados, cada uno tomando un carril. Miranda rezó para que ningún otro vehículo viniera en sentido contrario.

Santiago iba despacio al principio, para dejarla acostumbrarse a la moto. Bastante justo para un líder de pandilla, pero debía querer un verdadero desafío.

Luego giraron hacia Peachtree, y él arrancó. Ella contuvo la respiración y apretó el acelerador con fuerza.

Apenas podía mantenerse a la par. Pasaron zumbando alrededor de un Toyota, junto a la barandilla de hierro del Cheesecake Factory, y alrededor de un autobús detenido en la acera.

Ahora Santiago iba varios metros adelante. Ella apretó los dientes, cambió a alta velocidad y aceleró a fondo. Sus palmas estaban húmedas sobre las empuñaduras de cuero. Miró hacia abajo al velocímetro. Setenta y cinco. Santo cielo.

El viento disparó su cabello hacia atrás. Las piernas de sus jeans se agitaban alrededor de sus piernas. Los carteles de neón de los bares se difuminaban mientras pasaban zumbando. Vislumbres de peatones en la acera aparecían por el rabillo del ojo. Uno les hizo una señal obscena y gritó groserías. Otros les animaban. Pero no había tiempo para responder.

Cuando giraron en Pharr Road, debían ir a noventa. El corazón de Miranda latía fuertemente en su pecho. Luchaba por mantenerse al día. Si pudiera ganar, ganaría el respeto de Santiago. Era un paso hacia la obtención de la información que quería de él.

Entonces justo detrás de ellos, sonó una sirena. No. Lo último que necesitaba ahora era un policía.

El coche patrulla giró en la curva. Miró por el espejo y lo vio acercarse.

Acelerador. Le dio más gas. Giraron en North Fulton. Su rueda delantera alcanzó la trasera de Santiago. Finalmente, le estaba ganando terreno. Lo oyó maldecir cuando lo rebasó. Pero su gloria duró poco.

Adelante, otro coche patrulla entró en la carretera desde una calle lateral. Con luces y sirenas encendidas, dio un giro y bloqueó el camino. Un oficial saltó fuera, con su arma desenfundada.

¡Freno! pensó frenéticamente, tirando de la palanca, tratando de detenerse sin derrapar y salir disparada de cabeza.

—*Hijueputa* —gruñó Santiago a su lado.

Jadeando por aire, ella se detuvo chirriando a no más de dos pies frente al oficial.

Santiago llevó su moto a un alto total y apagó el motor. Los policías y los motociclistas se miraron fijamente. Todo quedó en silencio, excepto por el sonido de los pechos agitados.

Miranda parpadeó ante el oficial que le apuntaba con su pistola. Cabello corto y rizado de un color poco destacable, ojos muy separados y una expresión permanente de interrogación en su rostro. Lo reconocería en cualquier parte.

El oficial Chambers.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Miranda contemplaba las paredes de concreto verde lima de su celda. Esta era su tercera visita a la cárcel del condado de Fulton desde que había llegado a Atlanta, las tres por cortesía del mismo policía. El lugar comenzaba a sentirse como un segundo hogar.

Se frotó los ojos y miró con fastidio el colchón sobre el que estaba sentada, deseando poder recostarse y tomar una siesta. Recuperarse de una descarga de adrenalina como la que había experimentado esta noche era agotador. Especialmente después de toda la cerveza que había bebido.

Pero su misión aún no estaba cumplida.

Levantó la mirada y vio a su gran amigo, el Oficial Chambers, caminando hacia su celda.

Se detuvo y negó con la cabeza. —Vaya, vaya. Si es la pequeña Miranda Steele, que viene a visitarnos otra vez —. En North Fulton, había estado tan callado y arrogante cuando esposó a los dos infractores y los empujó a la parte trasera de su patrulla, que ella pensó que no la había reconocido. No tuvo tanta suerte.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Extrañabas a los muchachos de la estación?

Ella torció el labio. —Solo pensé que tu gancho izquierdo necesitaba práctica.

Los ojos separados del oficial se volvieron hoscos. La primera vez que Chambers la arrestó, Miranda casi le había pateado las pelotas. Logró que lo degradaran a patrullar Peachtree en el turno de medianoche. Parece que todavía guardaba rencor.

Chasqueó la lengua. —¿Qué hace una chica linda como tú andando con tipos como Carlos Santiago? —Hizo un gesto hacia una de las celdas adyacentes. Santiago debía estar al alcance del oído.

—No es asunto tuyo, Chambers —. Deseaba que simplemente se callara y se fuera—. ¿Dónde está Erskine esta noche?

—Atendiendo una llamada. Por más que lo intento, no entiendo por qué alguien con un trabajo como el tuyo quiere...

—Cierra la boca, Chambers —. Maldición, estaba arruinando su tapadera.

Sus ojos echaron chispas. —No me digas que cierre la boca, señorita. Recuerda que eres tú la que está encarcelada.

Ella hizo una mueca y asintió con la cabeza en la misma dirección que él había indicado antes.

—¿Por qué me haces caras? Qué mujer más insoportable. Dios mío, no sé por qué el Sr. Park...

Ella se puso de pie de un salto. Antes de que Chambers pudiera parpadear, ella extendió el brazo entre los barrotes y lo agarró por el cuello de su uniforme. —Estoy trabajando encubierta —siseó en voz baja—, y lo estás arruinando todo.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa. Luego frunció el ceño, como si no le creyera. —Mira...

Lo acercó más hacia ella. —Si quieres discutirlo, llévame a una sala de interrogatorios.

Él se zafó de su agarre. —Con mucho gusto.

* * *

Tardó más de lo necesario en convencer al testarudo novato de que decía la verdad. Tuvo que repetir su historia varias veces, explicando que se había topado con Santiago esa noche por casualidad.

Se reclinó en la pobre excusa de silla de la sala de interrogatorios. —Sabes, Chambers, si no hubiera estado compitiendo con él, habrías tenido que lidiar también con su socio.

Él le dirigió una mirada de ¿crees-que-no-podría-manejarlo? —¿Ah, sí? ¿Y quién sería ese?

—Un tipo grande llamado Francisco.

Observó cómo su nuez de Adán subía y bajaba. —¿Francisco Sánchez?

—No dijo su apellido.

—Es el ejecutor de Santiago.

Ella levantó la palma. —Bueno, ahí lo tienes.

El rostro de Chambers se tornó sombrío. Quizás estaba molesto porque no había podido arrestar a Francisco también. O tal vez estaba reconsiderando su actitud arrogante. —Eso sigue sin explicar por qué estabas compitiendo con el narcotraficante.

Ella exhaló. Tendría que contarlo todo. —Está bien, Chambers. Pero esto es estrictamente confidencial.

Una ceja le tembló. —Soy policía, ¿sabes?

Cierto. —Es sobre el caso de Desirée Langford.

—¿Desirée Langford, la heredera? Pensé que había sido un suicidio.

—No lo creo. Pienso que su ex-esposo le puso PCP en la bebida durante el Steeplechase de Northwinds. Drogas que obtuvo de Carlos Santiago.

Chambers la miró fijamente con esa expresión suya de niño grande durante varios minutos, cambiando su peso de un pie a otro. —Supongo que pasar tiempo con Wade Parker te ha hecho bien.

No estaba segura si eso era un cumplido o un insulto. Lo dejó pasar. —He aprendido una cosa o dos en la Agencia. —Se puso de pie—. ¿Vas a ayudarme o no? —Si él podía ayudar a probar que la muerte de la acaudalada criadora de caballos había sido un asesinato, lo sacaría de la lista negra con sus superiores.

Su rostro indicaba que acababa de ocurrírsele esa idea. Él también había aprendido una cosa o dos desde que se conocieron. —¿Qué tienes en mente?

—Aquí está el plan.

* * *

Cuando Chambers la acompañó de regreso a la celda, tuvo que disimular el entusiasmo en sus pasos. Había convertido a un adversario en un aliado, justo como Parker había hecho con Erskine años atrás. Chambers incluso le había dado su número de celular, en caso de que lo necesitara. Y ahora tenía un contacto con el bajo mundo en Santiago. Dos buenos contactos en una misma noche. No estaba mal para una IIT.

Pero después de que el policía la empujó a la celda de Santiago y las rejas se cerraron tras ella, casi perdió el valor.

Le habían quitado todas sus cadenas, incluida la de la cruz. Con sus musculosos brazos tatuados cruzados sobre su camiseta negra sin mangas, el narcotraficante tenía una expresión que podría provocar otra era glacial. —Qué amable de tu parte acompañarme, Miranda.

La *r* rodante estaba perdiendo su encanto. —Qué amable de tu parte invitarme. —Entró con paso despreocupado y se dejó caer en el catre.

Se rascó la barba. —No recuerdo haber hecho eso.

—Lo siento, Santiago —dijo Chambers con un gruñido—. Es una noche ocupada y nos falta espacio en las celdas. —Giró la llave para cerrar la puerta.

—Pensé que era contra las reglas que hombres y mujeres estuvieran juntos.

Chambers se rio. —Lo es. Solo quería darle una lección a esta. —Le guiñó un ojo—. Pórtense bien, ¿eh? —Se dio la vuelta y se alejó silbando.

—Maldito policía. —Le hizo una seña obscena a sus espaldas. Tenía que hacer que esto pareciera real.

Santiago la estudió.

Sus entrañas se retorcieron como una soga de verdugo. Esperando que él no notara su temblor, se reclinó y puso los pies sobre el mugriento colchón con aire despreocupado. —Debo decir que pensé que un hombre de tus medios tendría un lugar más agradable.

—Mi residencia del centro es bastante elegante. Quizás te gustaría verla alguna vez. —Sonrió y sus dientes blancos brillaron mientras su mirada recorría el cuerpo de ella.

Un pequeño glaciar se deslizó por su columna. No era la mejor postura. Había intentado parecer intrépida. Se incorporó.

—Claro. —Se le ocurrió una idea y le lanzó una sonrisa—. Quizás cuando lo haga, puedas ayudar*me* tú a mí.

—¿Ayudarte? ¿Con qué?

—Oh, no sé. —Lo miró cuidadosamente—. ¿Cómo es que un hombre como tú no ha sido liberado todavía?

—¿Un hombre como yo?

—Sabes, dijeron algunas cosas locas sobre ti allá dentro. —Señaló hacia el pasillo.

—¿Ah sí? ¿Como qué?

—Que eres el jefe de una organización grande y lucrativa.

Asintió. —Es cierto. Soy un hombre de negocios.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Sonrió con esa sonrisa aceitosa. —Mi abogado viene en camino. —Dio un paso más cerca del catre—. Ahora, ¿con qué te gustaría que te ayudara?

Miranda se levantó y cruzó hacia la pared. —Oh, no sé. Quizás... con un poco de hierba de vez en cuando. Un poco de coca. Por lo que dijeron de ti, eres justo el tipo que sabría dónde puedo conseguir algo. —Esnifó y se frotó la nariz como lo haría una adicta a la cocaína.

Él se rio y se acercó más a ella. —No eres tan buena actriz como crees, Miranda.

Contuvo la respiración. —¿Qué quieres decir?

—Para empezar, la policía no pone a mujeres en celdas con hombres. Y no ponen a nadie en una celda conmigo —apoyó una mano en la pared junto a su cara. Ella intentó no estremecerse—. ¿Realmente sabes quién soy?

Era hora de poner las cartas sobre la mesa. —Sí, sé quién eres. O al menos, he oído hablar de ti.

Sus ojos negros recorrieron su cuerpo, esta vez con cautela. —¿Y qué es lo que realmente quieres? ¿Para quién trabajas?

Oh no. Debió haber escuchado al bocazas de Chambers cuando vino a su celda. Tragó saliva. —No estoy segura de a qué te refieres.

Sus ojos se estrecharon como rendijas duras. —¿Eres investigadora?

Cobertura. Descubierta. —Algo así.

Estaba tan cerca que su aliento le acariciaba la cara mientras hablaba. Podía oler la pomada en sus rizos negro azabache. —¿Y exactamente qué estás investigando?

Ella no respondió.

Él se acercó más. Ella observó cómo las líneas irregulares de un tatuaje de pandilla alrededor de su cuello se movían cuando tragó.

—Han encontrado presos muertos en estas celdas de vez en cuando.

Genial. La mente de Miranda trabajaba a toda velocidad. Tal vez él pensaba que era del FBI, alguna investigadora de RICO tratando de derribarlo. La muerte de Desirée Langford sería poca cosa comparada con eso.

Tenía que arriesgarse.

Levantó la barbilla. —Estoy investigando un asesinato. Una criadora de caballos adinerada fue encontrada muerta en el Steeplechase de Northwinds el mes pasado.

Su rostro se relajó. Se echó hacia atrás. Miranda exhaló lentamente.

—Leí sobre eso en los periódicos. Una tragedia terrible. ¿Y por qué crees que yo sabría algo al respecto?

Lo estudió un momento, decidió dar otro salto de fe. —Te vi en la exposición de arte de Ferraro Usher. Él tiene motivos para quererla muerta. Ella murió por una sobredosis de PCP.

Asintió lentamente, pensativo, pasó una mano por su cabello engominado mientras se hacía a un lado. Luego se rio. —Tienes muchas agallas para ser mujer. Me caes bien, Miranda.

Qué bueno caerle bien. Todavía podía sentir su corazón latiendo en sus oídos.

Se alejó, caminó hacia el lavabo. Abrió el agua y se salpicó la cara. —Sí, Miranda. Estás en lo cierto. Tengo una relación con Ferraro Usher. Hacemos negocios.

Lo sabía. —¿Hicieron negocios justo antes del Steeplechase de Northwinds? ¿Tal vez algo de coca? ¿Quizás algo de polvo de ángel?

—Oh, no recuerdo esos detalles.

Mentira. —¿PCP en forma líquida? ¿Cien miligramos? ¿Te suena?

Sonrió. —Así que supones que Ferraro Usher hizo tal compra. Exactamente la dosis que mató a su ex esposa, según recuerdo de los periódicos.

Ella se quedó de pie esperando.

Él se llevó una mano al pecho. —¿Piensas que *yo* le vendí esa dosis?

—Eso es lo que estoy preguntando.

Riendo, se movió hacia ella otra vez. Una vez más puso una mano en la pared junto a ella. Habló suavemente, como a una niña. —Si pensaras eso, Miranda —sonrió—, entonces estarías en lo correcto.

Caramba. Una pista. Una pista real.

Santiago levantó su mano, enrolló un mechón de su pelo alrededor de un dedo. —Ahora que he compartido ese secreto contigo, Miranda, ¿qué puedes hacer por mí a cambio?

Oh no. No había planeado devolverle el favor.

Abrió la boca, pero antes de que pudiera responder, la puerta al final del pasillo resonó y se oyeron pasos.

Santiago se alejó de ella con una mirada que le decía que no había terminado con este asunto.

Un oficial apareció en la puerta de barrotes. No era Chambers. —¿Miranda Steele?

—Soy yo —dijo.

Abrió la puerta. —Ven conmigo.

Primera vez en su vida que estaba feliz de obedecer las órdenes de un policía. Le dio un encogimiento de hombros a Santiago y se fue con el agente.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

—¿Qué está pasando? —preguntó Miranda al oficial mientras la guiaba por el pasillo hacia Procesamiento.

—Te han liberado.

¿Liberado? Pero cuando vio quién la esperaba en el mostrador, no necesitó más explicaciones.

Parker estaba de pie junto a otro oficial, vestido con uno de sus elegantes trajes, con los brazos cruzados y el rostro como una máscara de hierro.

—Hola —dijo ella al llegar a su lado—. Lamento todo esto.

—No quiero disculpas —espetó él.

Vaya, qué humor de perros tenía. Terminó el papeleo, recogió sus cosas y se apresuró por el pasillo con él. Tuvo que trotar para mantener su ritmo.

—Gracias, Parker. Sé que estás pensando: '¿Cómo se las arregló para terminar en la cárcel otra vez?', pero esta vez fue diferente.

Él le abrió la puerta sin decir palabra. No habló hasta que llegaron a su Mazda.

Abrió la puerta del pasajero. —Mandé a alguien a buscar tu auto y llevarlo a casa.

Ella entró y él cerró la puerta de un golpe.

¿Qué le pasaba? Lo observó deslizarse en el asiento del conductor, con cada músculo tenso.

Intentó aliviar el ambiente. —Oye, ¿cómo supiste que estaba aquí?

Él tomó aire con furia, encendió el auto y salió del espacio de estacionamiento. —Joan Fanuzzi me llamó poco antes de la una de

la mañana. —En la salida del estacionamiento, frenó antes de girar hacia la calle y la miró furioso—. ¿Sabes lo preocupado que estuve toda la noche cuando no llegaste a casa?

Ella se mordió el labio. ¿Cómo podía una sola mirada suya hacerla sentir tan culpable? —Lo siento, Parker. Debí haber llamado. Pero déjame contarte lo que estaba haciendo. Creo que tengo una pista. Una verdadera evidencia para probar que Usher mató a Desirée Langford.

—¿Ah, sí? —Pisó el acelerador y giró bruscamente para entrar en Ponce de Leon, haciendo chillar los neumáticos.

Ella se sintió abatida. No la estaba tomando en serio para nada. —Mira, dije que lo sentía. No quise preocuparte, pero no hay necesidad de actuar como un idiota.

Su mandíbula se tensó. —¿Crees que tienes una pista? Déjame mostrarte algo.

Viajaron en silencio por la I-85. Había poco tráfico. Era, después de todo, las tres de la mañana, según el reloj del tablero de Parker. Cuando giró hacia Peachtree y se dirigió hacia el sur, ella supo que algo andaba muy mal. La mansión quedaba en dirección opuesta.

Su corazón comenzó a acelerarse. —¿Adónde vamos?

—A un lugar que visitaste recientemente.

* * *

Mientras se detenían junto a la acera en la calle lateral de la Galería Brentwood, Miranda sintió náuseas. Había patrullas con luces intermitentes por todas partes. La cinta amarilla de la escena del crimen acordonaba el área.

Salió del auto y siguió a Parker por el sendero de piedra.

—Dime qué está pasando —exigió.

—Lo verás por ti misma en un momento. Erskine me llamó hace media hora. Nos espera arriba.

La condujo por las escaleras hasta el loft de Usher. Estaba lleno de oficiales de policía.

Erskine estaba con la cabeza baja cerca de la pared del fondo, junto a una fila de lienzos, hablando con un asistente. Miranda siguió a Parker mientras se abría paso hacia el detective.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella nuevamente. Pero esta vez, no necesitaba que le respondiera.

Al pasar junto a la mesa de café y mirar hacia abajo, se llevó la mano a la boca.

Usher yacía de espaldas en un charco de sangre, su cabello largo extendido, su cuerpo alto y delgado estirado sobre el suelo pulido. Tenía los ojos muy abiertos. Lo que parecía su último gesto de sorpresa estaba cincelado en su rostro.

¿Usher? ¿Muerto? —Santo cielo —jadeó Miranda—. ¿Qué sucedió?

—Fue a corta distancia. Pistola —respondió Erskine secamente.

Ella miró más de cerca y vio la herida de entrada en su pecho. ¿No le debía Usher dinero a Santiago? Desconcertada, miró a Erskine.

Él la miró con dureza, y luego a Parker. —Ustedes dos no tienen nada que hacer aquí. A menos que tengan algo que agregar, les sugiero que se vayan.

Miranda miró a Parker.

Él cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Por qué la había traído aquí? Se volvió hacia Erskine. —Interrogamos a Usher aquí hace aproximadamente una semana. Cuando estuvimos aquí, vimos un arma en su escritorio. —Se volvió y señaló—. En ese cajón superior izquierdo.

Erskine hizo un gesto a una oficial. Usando guantes, ella abrió suavemente el cajón y sacó la pistola. —No parece que haya sido disparada, señor.

—Embólsala de todos modos.

Mientras la técnica se ocupaba de ello, Miranda examinó la habitación y divisó la pintura de Medea. La mujer vengativa con un vestido rojo ardiente. Con la boca abierta, se acercó a ella.

Alguien la había subido al loft y le había hecho... algo.

Unos chorros corrían por el rostro de la figura, manchando la pintura, distorsionando las facciones, aunque los ojos seguían ardiendo con el mismo odio. Fragmentos de vidrio estaban esparcidos en el suelo debajo. Como si alguien hubiera arrojado una bebida contra ella.

El ladrido de Erskine resonó sobre su hombro. —Balística está analizando las evidencias, Parker. Si encontramos algo más, te lo haremos saber.

—Gracias, Hosea. Por esta noche, la Srta. Steele y yo nos quitaremos de su camino.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Debió haberse quedado dormida durante el viaje de regreso. No recordaba que Parker la hubiera cargado hasta adentro ni que le hubiera quitado la ropa, pero cuando despertó en el gran colchón de la habitación principal, Miranda se dio cuenta de que él debió haberlo hecho. Era de mañana.

Se dio la vuelta y buscó a tientas a su lado, luego se sentó. Él no había dormido ahí. Caramba, debía estar furioso.

Mientras recordaba los acontecimientos de la noche anterior, un vacío se instaló en la boca de su estómago. Ferraro Usher estaba muerto. Definitivamente asesinado. ¿Quién podría haberlo matado? ¿Y por qué?

Se levantó y se puso unos jeans y una camiseta limpia. Está bien. Debería haber llamado a Parker anoche. No había querido preocuparlo. Pero seguramente no podía seguir molesto por eso. Ahora tenían cosas más importantes de qué preocuparse. Usher estaba muerto.

En la cocina, encontró bagels y café sobre la encimera, pero Parker no estaba a la vista. Un desayuno escaso para él, pensó, tomando un plato y untando un poco de queso crema sobre el pan. Siempre le había encantado mimarla con desayunos exóticos. Algo estaba pasando.

Tomó el plato y una taza de café y salió a la terraza. Allí lo encontró.

De espaldas a ella, Parker estaba de pie bajo el enrejado de secuoya, con las enredaderas trepando sobre su cabeza como un dosel real. Vestía lo que él consideraba informal: una camisa de

vestir azul pálido y pantalones negros. Su cabello estaba húmedo por la ducha. Mientras dejaba su comida sobre la mesa de azulejos, captó el leve aroma de su colonia.

Él no se movió, aunque un ligero respingo le indicó que había notado su presencia.

Con naturalidad, ella se acomodó en una silla Adirondack y dio un mordisco a su bagel. —Buenos días —dijo después de tragar.

Él no respondió.

Dejó el bagel y respiró hondo. —Parker, de verdad lamento no haber llamado anoche. He tenido muchas cosas en la cabeza y...

Él no se inmutó. Para entonces ella ya había notado la tensión rígida en sus hombros, en su cuello. La creciente presión que era casi audible. El fuego de un volcán a punto de estallar.

Lo ignoró y levantó su taza. —Bueno, si no quieres hablar de eso, hablemos de Usher. ¿Tienes alguna idea sobre quién podría haberlo matado? Porque yo creo...

Su voz grave retumbó desde la esquina. —Te dije en la comisaría que no quería disculpas.

Ella dejó la taza con un golpe, cruzó los brazos sobre el estómago y apretó involuntariamente los dientes. —¿Qué es lo que quieres?

Él se volvió lentamente. Su rostro estaba sombrío y agotado, como si no hubiera dormido. Pero sus ojos grises estaban tan fríos como el cañón de la pistola de Usher. —Obediencia.

Ella lo miró fijamente, intentando igualar la frialdad de su mirada, pero había demasiado fuego en ella. —¿Obediencia?

Parker observó cómo los ojos de ella ardían con ese espíritu salvaje y rebelde que ahora sabía que nunca podría domar. Con esfuerzo, reprimió la adrenalina hirviente que corría por sus venas. En toda su vida, nunca había estado tan enojado con una mujer que amaba. ¿Cómo pudo haber sido tan imprudente? ¿Cómo pudo haberse puesto en tanto peligro, después de lo que había pasado con Groth?

—¿Pensaste que estaba bromeando cuando te di las condiciones para tomar este caso?

Miranda gruñó en voz alta. Parker y sus condiciones. —Pensé que estabas siendo sobreprotector.

—Es mi prerrogativa como tu empleador proteger mi inversión en ti —escupió las palabras mientras daba un paso hacia la mesa.

—¡Ja! —replicó ella—. No me estabas protegiendo como empleador. Era personal.

Él entrecerró los ojos. —Era profesional.

—Patrañas.

Él hizo un gesto con la mano, descartando su comentario. —Eso difícilmente justifica lo de anoche.

Ella cerró los ojos, luchando contra la creciente frustración. —Ya dije que lo sentía.

Él sacudió la cabeza con exasperación. —Esto no se trata de una llamada telefónica. ¿Esperas que me alegre de que hayas salido a correr en la calle en medio de la noche con un notorio líder de pandilla?

Así que era eso. Golpeó la taza con una uña.

—¿Tenías idea de la clase de asesino despiadado con el que estabas tratando?

Ella enfrentó su mirada penetrante. —Sí. Tenía una idea. Wilhelmina Todd me habló de él.

—¿Wilhelmina? —Ahora era su turno de mirarla fijamente.

Diablos, no era como si ella hubiera ido tras Santiago. Extendió las manos. —No estaba buscando al tipo. Apareció de casualidad. Fue una oportunidad. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Darme la vuelta e irme?

Su mandíbula se tensó. —Eso es exactamente lo que deberías haber hecho.

No podía estar hablando en serio. —¿Ah sí? ¿Es eso lo que tú habrías hecho?

Él ignoró su pregunta. —¿Carlos Santiago? ¿Un narcotraficante notorio que tortura y mata a cualquiera que se le oponga? ¿Que violaría a una mujer tan fácil como mirarla? ¿Estás loca?

—Bueno, fue un poco arriesgado.

—¿Un poco arriesgado?

—¿Acaso el trabajo de investigación no es peligroso a veces? ¿No toma un buen investigador riesgos calculados de vez en cuando?

—Calculados, no imprudentes.

—No fue imprudente. No estaba poniendo en peligro la investigación, Parker. Solo me ponía en riesgo a mí misma. —Y ahí estaba el problema.

Sus labios formaron una línea dura. —Eres indomable, Miranda.

—¿Qué?

—Difícil de controlar. Imposible de manejar.

Ella se rio. —¿Yo? ¿Indomable? —Vaya, si eso no era como el sartén llamando negra a la freidora.

Sus ojos ardían. —Por Dios santo, Miranda, eres una IIT. Una aprendiz.

Ella apretó los puños, conteniendo una oleada de ira. —Se te olvidó decir "simple" aprendiz —se burló y se puso de pie—. ¿Pero sabes qué? Fue en tus clases donde aprendí que un buen investigador privado toma riesgos calculados. Es Judd quien siempre dice que un buen investigador usa sus instintos. Anoche, mis instintos me dijeron "hazlo".

Con todo su cuerpo encendido de rabia, Parker se apartó de ella. Se apoyó contra la barandilla, mirando furioso los rosales que bordeaban el jardín. ¿Y si esos instintos hubieran estado equivocados? ¿Y si hubiera recibido una llamada diciéndole que estaba muerta?

Lentamente, obligó a su voz a recuperar el control. —El hecho es que rompiste las reglas.

Los ojos de Miranda ardían de incredulidad. ¿Cómo podía ser tan ciegamente terco? —¿Así es como te convertiste en un investigador privado de primera? ¿Siguiendo reglas? ¿Jugando a lo seguro y nunca tomando riesgos?

Su agarre en la barandilla se apretó.

Ella puso una mano en la cadera y dio un paso hacia él. —¿No es por eso que dejaste el trabajo policial? ¿Porque estabas frustrado con la burocracia y tener que seguir las reglas mientras los culpables escapaban?

Él se volvió para mirarla con furia, abrió la boca y luego la cerró.

Lo tenía.

Se cruzó de brazos fuertemente, luchando por no temblar con la ira que le recorría los nervios. —Deberías estar orgulloso de lo que hice anoche. Conseguí una pista real. Carlos Santiago me dijo que le vendió a Usher el PCP que mató a Desirée Langford. Puede que haya ordenado un ataque contra Usher.

Parker gruñó, levantando las manos al aire. —Ese es exactamente mi punto.

Ella torció el labio. —¿Crees que no puedo cuidarme sola? Oye, estuve peleando con hombres más grandes que yo mucho antes de conocerte, amigo.

Él la miró con furia. —¿Pero te enfrentaste a un narcotraficante sediento de sangre?

Ella parpadeó, incapaz de responder. Uno a uno.

—¿Esperas que me alegre de que hayas coqueteado con un hombre así? ¿De que convencieras a un oficial para que te dejara compartir su celda?

Simplemente no lo entendía, ¿verdad? —Sí, lo espero. Conseguí una pista. Deberías estar contento. —Las lágrimas le picaban en los ojos. Había arriesgado su trasero. ¿Cómo podía menospreciarlo? Lo miró furiosa—. ¿Soy una detective de verdad, Parker? ¿O solo soy alguien con quien estás jugando a los detectives?

Dio un paso hacia ella, con el rostro encendido. —No juego cuando se trata de mi profesión.

—Y una mierda.

Él cerró los ojos, respiró profundamente mientras se volvía para mirar el jardín nuevamente. Pasaron varios momentos en silencio. —Estás equivocada, Miranda —dijo suavemente—. No estoy jugando. La insubordinación es insubordinación. —Su tono era intensamente tranquilo. El ojo del huracán. Le cortó la respiración.

—¿Qué estás diciendo?

Parker se pasó una mano por el pelo, lamentando este momento con todo su ser. Odiaba tener que cortarle las alas, pero ella no le dejaba opción. Había pensado que florecería bajo su cuidadosa vigilancia. Que maduraría. Pero era demasiado testaruda. Demasiado

incontrolable. Había perdido a dos mujeres que amaba por la muerte. No iba a perder a otra.

Se volvió hacia ella, más calmado. Después de todo, ahora estaba a salvo. Haría todo lo posible para asegurarse de que siguiera así. —Te estoy sacando del caso.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el pecho. —¿Qué?

—Terminarás tu entrenamiento con el resto de los IIT. No más asignaciones especiales.

Más bien un golpe doble. —Quieres decir que ya no trabajaré contigo.

—Correcto. Cuando el entrenamiento se complete, tendrás la opción de hacer verificaciones de antecedentes o trabajar con el personal administrativo.

Se le secó la garganta. ¿Era este el mismo hombre con el que había estado haciendo el amor durante todas estas semanas? ¿El mismo hombre que la había colmado de elogios? —¿Esperas que sea una secretaria?

—No una secretaria. Transcribirías testimonios, examinarías evidencias recolectadas, revisarías notas de campo para reclamos de compensación laboral y fraude de seguros.

—Papeleo. Qué emoción —Sus rodillas de repente se sintieron como gelatina. Quería vomitar.

—Sin casos externos —continuó él—. Sin trabajo de campo.

—Sin investigaciones de asesinatos, quieres decir.

Él adoptó un aire elevado y autoritario. —Quizás, después de varios años. Después de que hayas desarrollado algo de disciplina.

—*¿Años?*

La expresión de dolor en su rostro le desgarró el corazón, casi haciéndole cambiar de opinión. Pero la decisión estaba tomada. Era por su propio bien. Si no la detenía, ella terminaría muerta.

—¿Años? —repitió ella.

—Eso es lo que dije.

Ella se irguió. —¿Y si me niego?

La frialdad gris regresó a sus ojos. —Siempre existe la opción de renunciar.

Se clavó los dedos en el cabello, tambaleándose por el impacto de sus palabras. ¿Cómo podía quitarle este caso? Pensó que él la amaba. Pensó que la entendía. Creyó haber encontrado lo imposible: un hombre que la respetaba. ¿Para qué habían sido todos esos cumplidos? ¿Había sido solo una farsa para llevarla a su cama? ¿Había estado alimentando su propio ego porque la había entrenado? ¿O era un controlador tan grande como—

Se acercó a la mesa y tomó su plato. Lo volvió a dejar. Que lo recogiera el sirviente. O Parker. Se volvió hacia él nuevamente. —¿Sabes qué? Estoy harta de estas tonterías.

—Te aseguro, Miranda, que esto no son tonterías.

—Sí, lo son. Todo esto. Ambos hemos estado jugando, ¿no es así? Fingiendo que realmente trabajamos juntos. Fingiendo que soy una verdadera investigadora. Supongo que también hemos estado fingiendo que tenemos una relación. —Se dio vuelta y se dirigió a la cocina.

Él corrió hacia ella, la agarró del brazo. Su repentino agarre casi le dolió. —¿Qué tenemos, Miranda? He esperado una respuesta tuya, y no me has dado nada.

Ella lo miró fijamente a la cara. ¿Cómo se atrevía a mencionar eso? Todo lo que sentía era rabia e insulto. Quería herirlo de vuelta, tal como sabía que lo haría. —Eso es porque no tenemos nada —escupió—. Nunca lo tuvimos.

Él la soltó, se alejó de ella.

—¿Sabes? Creo que tomaré esa última opción que mencionaste. Considera esto mi renuncia a la Agencia Parker. —Alcanzó el pomo de la puerta, luego se detuvo—. ¿Y sabes qué más? Me voy a mudar. Esta casa te pertenece. Siempre ha sido así. Yo seguro que no la quiero. Llamaré a tu padre y cancelaré mi contrato de arrendamiento.

—Miranda —dijo él con brusquedad.

Ella giró. —¿Qué?

Nunca había visto una mirada tan oscura en su rostro. —Si te vas de nuevo, esta vez no te aceptaré de vuelta.

La ira martilleaba en su pecho. Apenas podía respirar. *¿Aceptarla de vuelta?* No te preocupes, amigo. No volveré. Entrecerró los ojos

mirándolo, deseando que su mirada pudiera perforar agujeros a través de su terco corazón. —Vete al infierno, Parker.

* * *

Luchando contra lágrimas de rabia frenética, Miranda subió corriendo los escalones de la majestuosa escalera de caoba tan rápido como pudo.

Cuando llegó al dormitorio principal, se dirigió al armario y sacó las cajas que había guardado allí.

Su corazón se sentía como si lo hubieran apaleado con un ablandador de carne. Jadeando de dolor, se detuvo y miró alrededor. Era demasiado. No iba a hacer veinte viajes hasta su auto mientras Parker observaba.

Agarró un bolso deportivo y metió toda la ropa interior, prendas y artículos de tocador que pudo. Luego tomó la laptop que no había usado desde que se mudó.

Volvería por el resto de sus cosas después. Cuando Parker no estuviera en casa.

Echándose el bolso al hombro, bajó las escaleras corriendo y salió por la puerta principal, azotándola con toda la fuerza que pudo.

Corrió hasta la entrada, arrojó sus cosas en el asiento del pasajero de su viejo Lumina azul. Sabía que había una buena razón por la que nunca había estacionado su auto en el garaje.

Hacía que su salida final fuera más fácil.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Desconcertada, condujo sin rumbo durante más de una hora. Con la cabeza palpitando y el corazón en agonía, alternaba entre un dolor punzante y una gélida insensibilidad.

¿Cómo podía Parker hacerle esto? Bueno, entendía que él había estado preocupado. Y furioso con ella. Podía aceptar eso. Pero ¿cómo podía de repente mostrarse tan distante e indiferente? ¿Cómo podía sacarla del caso de Desirée Langford? Había estado haciendo progresos. Le había sacado información importante a Santiago. Pero Parker ni siquiera le había pedido una explicación sobre lo de anoche. Simplemente lo había descartado como si no significara nada.

¿Y quería que esperara años antes de permitirle trabajar en otro caso de homicidio? *¿Años?* ¿Cómo podía ser tan cruel?

Miró de reojo las brillantes flores rojas que llenaban el camellón, parpadeó ante los rascacielos de cristal y acero que bordeaban ambos lados de la calle. Estaba en Peachtree otra vez, dirigiéndose hacia el sur. Había estado conduciendo en círculos. De manera impulsiva, tomó un carril lateral y se encontró en un camino junto a un parque de la ciudad.

Se detuvo junto a la acera y apagó el motor. Se quedó sentada un rato, sintiéndose mareada por el impacto, enferma por la sensación de pérdida. Finalmente, apoyó la cabeza en el volante y se permitió llorar. Más que llorar. Se desahogó por completo.

Sus hombros se agitaban mientras sollozaba como una niña. No era solo este caso. No era solo su futuro en la Agencia.

Era Parker. Se daba cuenta ahora.

Se había dejado atrapar por su encanto. Atraída por ese suave carisma. Hipnotizada por su magnetismo. Engañada. Embaucada. Se había permitido preocuparse por Parker. Se había permitido enamorarse de él. Profundamente. Ese había sido su primer error.

Ya ni siquiera sabía quién era él.

Siempre se había dicho a sí misma que estar con Parker era demasiado bueno para ser verdad. Que todo se vendría abajo sobre su cabeza. Y ahora había ocurrido. Simplemente no pensó que sería tan pronto. Bueno, mejor antes que después.

Levantando la cabeza, se secó las lágrimas de las mejillas con ambas manos. Un corredor pasó junto a su auto por el sendero al lado de la carretera, avanzando pesadamente. Las fuentes alegremente lanzaban agua al aire. El corredor giró en una extraña estatua. Circular y de color óxido, le recordó a una escultura que había visto en la Galería Brentwood.

La ira se despertó en su interior. Ferraro Usher estaba muerto. Deberían estar averiguando quién lo había matado. En cambio, Parker la sacaba del caso. No podía creer que su trabajo significara tan poco para él. Eso dolía tanto como perderlo a él.

Se llevó una mano a la cabeza adolorida. Se había malacostumbrado con sus cumplidos. Acostumbrada a la emoción cuando decía que tenía potencial. Adicta a ese resplandor cuando le decía que se estaba convirtiendo en una "excelente investigadora".

¿Había significado algo de eso?

Una vez más vio en su mente el rostro golpeado de Desirée Langford. La mujer había sido asesinada, y a nadie le importaba lo suficiente como para averiguar quién lo había hecho. Excepto a ella.

Hace dos meses, no le habría importado un comino. Oh, habría sido comprensiva, pero no habría sentido esta necesidad imperiosa de resolver el caso. ¿Por qué le importaba tanto ahora? No podía responder a eso. Solo sabía que así era. Que quería resolver este caso con todo su ser.

Y ahora nunca lo haría.

Parker una vez dijo que ella había nacido para este trabajo. Lo hubiera dicho en serio o no, era verdad. Lo sabía ahora. Lo sabía en sus huesos. La necesidad de arreglar las cosas, de descubrir la

verdad sin importar el costo, estaba en su sangre. Ella *había* nacido para este trabajo.

Se enderezó, parpadeó, aturdida por la revelación. Y su mente comenzó a aclararse.

Podía resolver este caso. Tenía todos los datos. Todo lo que tenía que hacer era unir las piezas. No necesitaba a Wade Parker. Podía hacerlo ella misma. Podía ser una investigadora, y una muy buena, sin él. No necesitaba el permiso ni la aprobación de nadie. ¿No había resuelto ya el caso Taggart?

Estaba el pequeño asunto de la licencia. No había necesitado una mientras trabajaba para la Agencia. Pero técnicamente, todavía trabajaba para ellos hasta que procesaran sus papeles de salida. Eso tomaría unos días, al menos. Tal vez más si Parker lo demoraba, esperando que ella cambiara de opinión sobre su oferta.

¡Ja! Resolvería el asesinato de Desirée Langford antes de que terminaran.

¿Y después de eso? Tamborileó con los dedos en el volante. En Georgia, era la propia Agencia la que tenía licencia. Para abrir su propia oficina, necesitaría aprobar exámenes, esperar los resultados.

Diablos, no necesitaba quedarse en Georgia. Se iría a algún estado donde no requirieran que los investigadores privados tuvieran licencia. Wyoming, tal vez. Entonces podría tomar sus propios casos y manejarlos exactamente como ella considerara adecuado. No más terapeutas. No más reglas sobre no trabajar por su cuenta. No más "estipulaciones".

No más Parker. Su garganta se contrajo mientras la urgencia de llorar de nuevo se apoderaba de ella. Se la sacudió.

León siempre le decía que no era nada. Su madre pensaba que era estúpida. No era de extrañar que le llevara tanto tiempo ver su vocación en la vida. Pero ahí estaba, justo frente a ella. Y no necesitaba a Wade Parker para verla.

Él podría haberla iniciado en este camino, pero no lo necesitaba para continuarlo. Era su propia identidad, no la de él. Se sentía correcto. Se sentía bien.

Buscó en su bolso un pañuelo y se sonó la nariz.

Ahora mismo, necesitaba un lugar donde quedarse. Y trabajar. Podría volver a su antiguo apartamento, pero su casero insistiría en un contrato de seis meses.

Todavía tenía el contrato de arrendamiento con el Sr. P. Podría volver a la mansión y echar a Parker. Sonrió ante la idea, pero solo por un momento. No podía enfrentarse a él de nuevo. Y con su arrogancia, Parker asumiría que ella estaba arrastrándose de vuelta a él. O que no podía vivir en ningún otro lugar que no fuera una mansión ahora, como el tipo de mujeres a las que él estaba acostumbrado. Jamás le daría esa satisfacción.

Quizás buscaría un hotel de mala muerte, aunque debería ahorrar su dinero si iba a abrir su propio negocio.

Giró la llave y salió del estacionamiento.

Había vivido en su auto antes, y lo haría de nuevo si fuera necesario. Solo necesitaría un lugar cerca de una conexión wi-fi. No necesitaba lujos. No necesitaba a Parker. No necesitaba a nadie.

Hombres. ¿De qué servían? Tal como dijo Fanuzzi anoche.

Giró hacia Peachtree y sonrió. Ahí es donde podría ir.

* * *

Cuando llegó al bungalow de una planta en Avondale Estates y vio la camioneta familiar de Fanuzzi llena de juguetes, se sintió un poco culpable. La madre soltera ya tenía suficientes problemas.

Pero no era solo un lugar para quedarse lo que necesitaba. Quería alguien con quien hablar. Y un lugar para trabajar. Solo hasta que resolviera el caso.

Entonces se marcharía.

Agarró su portátil y su bolsa de lona y caminó por el sendero hasta la puerta principal. Tocó el timbre.

No hubo respuesta. Luego escuchó pasos dentro.

Cielos, Fanuzzi trabajaba en el turno de tarde. Probablemente había estado durmiendo. Miranda estaba a punto de darse la vuelta cuando la puerta se abrió y Fanuzzi apareció en bata.

—Murray —sonó sorprendida.

—Perdón por molestarte. No quería despertarte.

—No lo hiciste.

Miranda miró la bata. —¿Estás enferma?

Fanuzzi se pasó una mano por el pelo despeinado. —No, no estoy enferma. Me alegra ver que estás bien. Llamé a Parker anoche.

—Lo sé. Él me lo dijo. De hecho, tuvimos una gran pelea.

—¿Una pelea? Santo cielo, Murray.

—Yo, eh, necesito un lugar donde quedarme.

—¿Tan mala fue la pelea?

—Sí. ¿Puedo pasar?

Ella miró hacia el interior de la casa, nerviosa. —Eh, claro. —Abrió la puerta.

Miranda entró en la pequeña cocina y dejó su bolsa de lona. Había platos del desayuno en el fregadero y dos tazas de café en la mesa del comedor. ¿Fanuzzi tenía "compañía"?

—Si soy una molestia, puedo ir a otro lugar.

Fanuzzi recogió las tazas y las llevó al fregadero. —Está bien, Murray.

—Lo siento. No pretendo quedarme mucho tiempo...

—¿Joan? —Una voz masculina familiar resonó desde el pasillo.

Miranda giró hacia el extremo opuesto de la cocina justo a tiempo para ver a un hombre emerger sin nada más que una toalla alrededor de la cintura.

Se detuvo en seco y parpadeó al verla. —¿Steele?

—¿Becker? —Se volvió hacia su amiga—. Vaya, Fanuzzi. No quise interrumpir, eh... nada.

El rostro rubicundo de Fanuzzi se sonrojó. Se rascó el pelo. —¿Nos disculpas un minuto, Dave?

La cara de Becker estaba más roja que la salsa de espagueti de Fanuzzi. —Claro. —Avergonzado, asintió y volvió a bajar por el pasillo.

—Cielos, lo siento.

—Deja de disculparte. —Fanuzzi tomó a Miranda por el brazo y la arrastró a la sala de estar. Mientras se hundía en el acogedor sofá, su amiga miró por la ventana—. Los niños están jugando afuera en el patio, gracias a Dios. Les encanta ese tobogán acuático que Dave les compró.

Miranda podía oír sus gritos. —¿Dave Becker les compró un tobogán acuático a tus hijos? —Parecía que se había perdido uno o

dos episodios de esta telenovela.

Fanuzzi cruzó la habitación y se sentó junto a ella. —Cuando llegué a casa anoche, había un mensaje suyo en mi contestador. Dijo que lamentaba haber arruinado las cosas y que quería hablar. Dijo que no podía dormir y que lo llamara a cualquier hora. Yo tampoco podía dormir. Así que lo llamé y vino. —Se encogió de hombros señalando el patio trasero y puso los ojos en blanco—. Después de parar en un Walmart abierto toda la noche. ¿Cómo podía negarme a eso? De alguna manera decidimos retomar donde lo dejamos hace tantos años y ver qué pasa.

—¿En serio? —Miranda sintió una cálida sensación.

—No habría sucedido sin ti. Gracias, Murray.

Estaba realmente avergonzada, pero no pudo contener una sonrisa. —No sabía que era tan casamentera. —Miró hacia el pasillo. Si las cosas se estaban calentando entre ellos...—. Si estoy estorbando, solo dímelo.

Fanuzzi negó con la cabeza. —Él no se quedará aquí. Quiero que los niños se acostumbren a él primero. Si es que llega tan lejos.

—¿Crees que lo hará?

—Tal vez. Y yo... —Se sonrojó como una adolescente—. De cierta manera espero que sí. —Luego apretó la mano de Miranda—. ¿Qué pasó entre tú y Parker?

Miranda se removió incómoda. No quería contarle a Fanuzzi las cosas que Parker le había dicho. Sería demasiado humillante. —Tuvimos un desacuerdo profesional.

El rostro de Fanuzzi se arrugó con sospecha. —¿Profesional?

—No estábamos de acuerdo sobre este caso.

—¿El que estás investigando? Parece una razón extraña para terminar con alguien tan atractivo como Wade Parker.

Miranda suspiró. —Como dije, tenemos una relación extraña. —O la teníamos. Dio una palmada en la rodilla de Fanuzzi—. Pero he decidido trabajar por mi cuenta.

Los ojos de Fanuzzi se abrieron como platos. —¿Como investigadora privada?

Miranda asintió.

—¿Aquí en Atlanta?

—Probablemente no aquí.

Se veía abatida. —¿Te vas?

Miranda negó con la cabeza. —No hasta que descubra quién mató a Desirée Langford. Por eso necesito un lugar temporal donde quedarme. Y trabajar.

—Claro —dijo Fanuzzi con entusiasmo—. *Mi casa es su casa.*

—Pagaré por el alojamiento y la comida.

—No, no lo harás.

Miranda se puso de pie. Dejaría algo de dinero en un sobre. —¿Supiste que Ferraro Usher fue asesinado a tiros anoche?

Fanuzzi jadeó. —¿Ese artista que vino a tu fiesta?

Miranda asintió. —Sí. En su loft.

—Santo cielo, Murray. ¿Crees que Santiago tuvo algo que ver?

—Aún no lo sé.

—Bueno —dijo levantándose y dirigiéndose hacia el pasillo—. Entonces será mejor que te pongas a trabajar, señorita investigadora privada.

* * *

Fanuzzi le dio la habitación de Tommy, y ella se instaló entre dragones y figuras de magos, muñecos GI-Joe, balones de fútbol y videojuegos.

Se sentó en la pequeña silla del escritorio, abrió su laptop e introdujo la memoria USB que había usado para respaldar los informes y las fotos que había escaneado del expediente de Desirée Langford en las computadoras de Parker. Realmente no los necesitaba. Tenía la mayoría de los detalles memorizados.

¿Y ahora qué? Escribiría un informe. Su propio informe. Parker había estado encargándose de ese detalle hasta ahora, haciendo que un empleado transcribiera notas dictadas. Ahora dependía de ella llevar el caso.

Mientras miraba el esqueleto humano de plástico en la estantería, sus pensamientos comenzaron a tomar forma. Sus dedos se movieron sobre el teclado. Empezó desde el principio, resumiendo sus hallazgos. Las entrevistas policiales, el informe del forense. Su conversación con Kennicot. El PCP encontrado en el torrente sanguíneo de Desirée. La fusta con las huellas digitales de Usher. Su

violenta reacción cuando lo interrogó en su loft. Su repentina muerte.

Para cuando terminó, habían pasado horas. El agotamiento comenzaba a vencerla, pero siguió adelante. Se levantó y se estiró, conectó su laptop a la impresora de Tommy e hizo una copia impresa.

Quince páginas a doble espacio. Cuando la última hoja salió, la agarró y se acostó sobre la colorida colcha del sistema solar en la pequeña cama. Repasó página por página.

¿Qué se le escapaba? Tenía que haber algo ahí. Justo bajo su nariz. Podía sentirlo. Pero no lograba descubrir qué era.

Un bostezo salió de su boca. Se frotó los ojos ardientes, luego volvió al principio y leyó de nuevo. Antes de llegar a la página cinco, se quedó dormida.

CAPÍTULO CUARENTA

Parker estaba sentado en la terraza de secoya, observando cómo las sombras de la tarde crecían en el jardín, con un whiskey sour que no había tocado en su mano. No había hecho mucho más que sentarse aquí desde esta mañana.

¿Cómo pudo haber dejado que Miranda Steele lo abandonara por segunda vez?

Mujer impetuosa e impulsiva. Precipitada, incontrolable. Todas las cosas que amaba de ella. Todas las cosas que detestaba de ella. Lo frustraba más allá de su resistencia. ¿Cómo pudo haberse enamorado tan profundamente de ella?

¿Cuántas veces le había dicho que nunca funcionaría para ellos? Él se había negado a escuchar, pero ella tenía razón. Cerró los ojos, intentando alejar el dolor de esa realidad.

Adónde iría, qué haría, no podía saberlo. No podía permitirse preocuparse. Solo podía intentar sanar de alguna manera y volver a la vida tal como la conocía antes de que ella llegara.

El pensamiento hizo que su estómago se tensara.

Se reclinó en la silla y recordó cómo había llorado por Madison Taggart la primera noche que la vio en una celda. Con qué tenacidad había perseguido el caso de la niña. Cómo había llorado en sus brazos cuando le contó sobre Leon.

Si tan solo le hubiera permitido ayudarla. Pero a ella no le gustaba que la ayudaran. Era tan condenadamente independiente. Quería hacerlo todo ella misma.

Si era porque eran demasiado diferentes o demasiado parecidos, nunca lo sabría. Lo único que sabía con certeza era que todo había terminado. Incluso si ella quisiera reconciliarse, cosa que no quería,

él no podría exponerse a este tipo de dolor nuevamente. Se acabó. Él estaba acabado.

Un teléfono sonó dentro de la casa. Abrió los ojos. *¿Era ella?* No, sería demasiado orgullosa, demasiado obstinada para llamarlo. Quizás quería las cosas que había dejado. Él no quería hablar con ella ahora. Dejaría que la contestadora lo recibiera.

El timbre se detuvo. Un momento después, volvió a sonar. ¿Había entrado en razón? ¿Había visto su punto de vista sobre su comportamiento imprudente?

Se levantó y caminó pesadamente hacia la cocina. Levantó el receptor en el último timbre.

—¿Hola?

—¿Wade? Me alegro tanto de que estés en casa.

Dejó escapar un suspiro de sorpresa. Era Delta Langford. —Hola, Delta. ¿Cómo... estás?

—Tan bien como puedo estar, supongo.

—Por supuesto —forzó simpatía en su voz mientras buscaba una manera de terminar la llamada rápidamente.

—Quiero disculparme por la escena que causé en tu fiesta la semana pasada.

No era su fiesta. Era de Miranda. Pensó en el anuario que ella había encontrado. Las cosas que le había dicho esa noche. El anillo de su madre. Cada músculo de su cuerpo dolía. —No pienses en ello —murmuró en el receptor.

—Oh, pero sí pienso en ello. Me ha molestado terriblemente desde esa noche. Quiero hacer algo para compensarte.

¿Compensarlo? Delta Langford era una mujer que solo pensaba en sí misma. Nunca había intentado compensar nada en su vida. —¿A qué te refieres, Delta?

Hubo una pausa. —Me preguntaba si podría convencerte de venir a la granja esta noche y tener una conversación conmigo.

—No hemos hablado en años.

Ella soltó una risa incómoda. —Eso es justo, Wade. Ha pasado tanto tiempo y hay tantas cosas que necesito decirte.

—Puedes decirlas ahora.

Ella vaciló. —Oh, no. Necesito hacerlo en persona. Y necesito hacerlo esta noche. Tengo el valor suficiente ahora. No sé si podré más tarde, si me rechazas.

La sospecha erizó la parte posterior del cuello de Parker. La última persona en quien podía confiar era Delta Langford. Ella nunca podría compensar lo que había hecho años atrás. Pero lo que tenía que decir podría darle una pista sobre el asesinato de su hermana. Bien podría continuar el caso donde Miranda lo había dejado.

Miró el reloj en la pared de la cocina. —Puedo estar allí cerca de las ocho.

Ella exhaló audiblemente. —Oh, gracias, Wade. Esto significa mucho para mí. Te estaré esperando.

Colgó el teléfono y se dirigió arriba para ducharse y vestirse. Pero primero, revisó su celular en la mesa del pasillo. Completamente cargado. Eso era bueno. Lo necesitaría para grabar todo lo que Delta le dijera.

* * *

Cuando Miranda despertó en la cama de Tommy, era tarde en la tarde. Las páginas de su informe estaban esparcidas por el suelo. Las recogió y entrecerró los ojos mientras encendía la luz.

Podía oír voces fuera de la puerta. Dejó su informe en el escritorio y abrió la puerta.

Fanuzzi y sus niños estaban en la cocina. Callie y Tommy jugaban un juego de mesa en la mesa, mientras Charlie les hacía muecas. Fanuzzi estaba en el fregadero, vaciando fideos en un colador.

—Llegas justo a tiempo para espaguetis caseros —anunció.

—Suena delicioso —Acababa de darse cuenta de que no había comido desde la mañana.

—Ve a lavarte las manos y únete a nosotros.

—Sí, mami —Miranda sonrió y se dirigió al baño.

Se lavó la cara y las manos, se miró en el espejo. Se veía demacrada, cansada. Había pasado por un infierno hoy. Un corazón roto, una carrera rota, una vida rota. No, los arreglaría. Todos ellos. Pero todavía tenía poco sobre el caso de Desirée Langford.

Se sentó entre Tommy y Callie, escuchándolos bombardear a Mami con preguntas sobre el nuevo hombre en su vida, y viendo a

Mami retorcerse. No, Fanuzzi les dijo, el señor Dave no se quedaría a dormir. Todavía no estaba segura sobre la relación. Lo tomaría un día a la vez. Pero debajo de la severidad paternal, Fanuzzi resplandecía.

Y también el "Señor Dave". Con un tenedor lleno de pasta en la mano, cruzó miradas con Miranda y articuló sin voz: "Gracias".

Su corazón se hinchó. "No hay problema", respondió también sin voz. Estaba genuinamente feliz por sus dos amigos.

Comió dos platos de espaguetis, luego se disculpó y regresó a la habitación de Tommy.

Tomó el informe nuevamente y caminó por el piso mientras lo repasaba.

A pesar de sus esfuerzos, todavía le faltaban hechos concretos. Todo lo que sabía con certeza era que Carlos Santiago le había vendido a Usher esa dosis fatal de PCP. Usher debió haber comprado la droga para matar a su ex esposa, ¿verdad? Y Santiago lo había mandado matar porque le debía dinero. ¿Era eso?

No, faltaba algo. Piensa, maldita sea. Se sentó en el escritorio, cerró los ojos y dejó vagar su mente. ¿Cuáles eran los hechos?

Desirée Langford y Ferraro Usher. Dos personas narcisistas, absortas en sus carreras. Ella se casa con él como rebote de Kennicot. Tienen una relación tumultuosa. Ella se pone física a veces. Es propensa a la depresión. Él también. Consumen drogas juntos. Van a terapia. La carrera de él florece. La de ella también.

Ella lo deja por su viejo amor. Él le ruega que vuelva. Ella dice que no, pero sigue viéndolo como modelo, juega con los dos hombres. Ella ingiere una dosis fatal de PCP en el Steeplechase. Su caballo favorito le destroza la cara a patadas.

Miranda exhaló. Tuvo que haber sido Usher quien provocó al caballo con su fusta, ¿no? Pero ¿por qué parecía tan genuinamente impactado cuando vio por primera vez el cuerpo de Desirée en el establo?

Una y otra vez, Usher había dicho que él no la mató. Había insistido en que la amaba. Luego termina muerto. ¿Se había suicidado por remordimiento? Esa escena no parecía un suicidio.

Entonces, ¿quién mató a Usher?

Pensó en las pinturas de Desirée en la galería de Usher. Las angelicales en su loft. La pintura de Medea que había estado expuesta abajo. Que alguien había llevado al loft de Usher.

Apoyó un codo en el escritorio y se quedó mirando el informe.

Medea. La bruja vengativa, llena de celos y odio, con esos ojos misteriosos, felinos. Los de Desirée, había supuesto.

Levantó la cabeza de golpe. La grabación de Usher y Delta en la biblioteca durante su fiesta. Delta había provocado al artista, se había burlado de él, casi como si disfrutara atormentándolo. Cuando llamó asesino a Usher, el brillo en sus ojos era malicioso... igual que los ojos en esa pintura.

Miranda dejó caer el informe en su regazo. Esa pintura de Medea no era un retrato de Desirée.

Era Delta.

Su boca se abrió mientras el aliento abandonaba su cuerpo. Eso era. La pieza faltante. Ahora todo tenía sentido. ¿Cómo no lo había visto antes?

Se levantó de un salto de la silla, agarró su bolso deportivo y comenzó a arrojar cosas sobre la cama. Estaba aquí. Lo había guardado después de la fiesta, pensando que sería divertido grabar secretamente a Parker haciéndole el amor y luego molestarlo con eso.

Se estremeció ante ese pensamiento, pero siguió buscando. Había estado en un cajón con su ropa, y lo había recogido junto con ella. Ahí estaba. En el fondo de la bolsa. Lo sacó. Una pequeña grabadora digital plateada, aproximadamente del tamaño de un encendedor de cigarrillos. Extremadamente discreta. Con un micrófono potente que funcionaba hasta a nueve metros de distancia.

Rápidamente, se quitó la camiseta y los jeans, se puso una blusa bonita y un par de pantalones con bolsillos profundos. Deslizó la grabadora en el derecho. Luego agarró su cartera y se dirigió al pasillo. Le dijo a Fanuzzi que iba a salir y que no sabía cuándo volvería a casa.

—¿Adónde vas? —gritó Fanuzzi mientras ella se apresuraba hacia su Lumina.

—A Aquitaine Farms. Voy a hacerle una visita a Delta Langford. Y quizás atrape a un asesino.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—Oh, Wade. Estoy tan contenta de que estés aquí. Tenía tanto miedo de que no vinieras.

Parker se tensó cuando Delta Langford lo tomó firmemente del brazo y lo condujo a través del vestíbulo de la finca Aquitaine Farms. Esa noche ella vestía toda de rojo satinado y perlas. Un intento de parecer seductora, supuso él. Sus tácticas nunca habían funcionado con él. Y no estaban funcionando ahora.

Pero siempre la había compadecido, a pesar de la aversión que sentía por ella. Y estaba avergonzado del nudo enfermizo que tenía en el estómago mientras caminaban por el pasillo y entraban a una pequeña sala privada.

Había una mesa preparada para dos. Flores. Velas. Muy íntimo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con cautela.

—Recuerdo cuánto te gustaba el Chateaubriand. ¿Todavía te gusta?

Él se puso rígido. —No tengo hambre realmente, Delta.

—Oh, por favor no me rechaces, Wade. Estoy esforzándome tanto para compensar por... —Su voz se apagó mientras se llevaba una delicada mano a la mejilla. Sus dedos temblaban—. Supongo que nunca podré hacerlo.

Él se ablandó. Después de todo, siempre había sentido lástima por la mujer. Desde que era una joven, con más belleza y dinero del que sabía qué hacer, hasta ahora como una mujer atractiva que apenas comenzaba a mostrar con gracia los signos de la edad.

—Muy bien, Delta —dijo con un suspiro—. Cenaré contigo —Si todo lo que necesitaba para hacerla hablar era comer un bistec,

cumpliría.

La acomodó en un extremo de la pequeña mesa, luego tomó la silla frente a ella.

Sus sirvientes aparecieron, sirviendo silenciosamente la elaborada comida sin ceremonias. Él comió lo que pudo, mientras observaba cómo los ojos verdes de ella brillaban a la luz de las velas y escuchaba su charla sobre la preparatoria y lo que había sido la familia Langford en ese entonces. Se detuvo en los años que habían pasado juntos en Westminster.

—¿Recuerdas a ese chico gracioso con el que siempre andabas? Era todo un intelectual.

—Jackson Taggart. Ahora es un hombre adulto —dijo Parker, intentando llevarla de vuelta al presente.

Ella se rio de esa manera medio coqueta que siempre le había molestado. —Es extraño en lo que nos convertimos como adultos. ¿Quién hubiera pensado que ese muchacho desgarbado crecería para convertirse en Jefe de Personal del Hospital St. Benedictine?

Parker picoteó los restos de su comida con el tenedor. —No me parece nada extraño. Llevamos las semillas de lo que llegaremos a ser desde la infancia. Jackson era una excelente persona entonces, tal como lo es ahora —A diferencia de otros.

Ella hizo un gesto con la mano. —Oh, no lo digo de esa manera, Wade. Es solo que se necesitan habilidades sociales para llegar a una posición así. Nunca pensé que Jackson las tuviera.

Si ella estaba tratando de ganarse su afecto, debería saber que insultar a su mejor amigo no ayudaría.

Levantó una copa de vino hasta sus labios. —Por otro lado, tú siempre tuviste maravillosas habilidades sociales. Y las has usado bien. No era difícil ver entonces que crecerías para ser enormemente exitoso.

Él decidió que un poco de adulación podría soltarle la lengua. —Podría decir lo mismo de ti.

—¿De mí? —se burló—. He tenido dos matrimonios fallidos. Tengo más de cuarenta años y vivo con mi padre, por Dios santo. No llamaría a eso tener éxito.

—No, supongo que no —Había querido decirle que era exitosa en formas que no podían medirse con valores externos. Pero hubiera sido una mentira descarada.

Observó al sirviente retirar su plato de Chateaubriand medio comido.

—¿No te gustó el bistec, Wade? Quizás estaba un poco duro. Siempre has sido tan exigente cuando se trata de comida —Su tono tenía esa mezcla de súplica y desaprobación que siempre le había enfermado.

Se limpió la boca con la servilleta. —Estaba bien, Delta.

—Quizás disfrutes más el postre. Es pastel de queso con arándanos. Recién horneado.

Él forzó una sonrisa. Siempre había odiado el pastel de queso. Delta no lo conocía tan bien como le gustaba pretender. No obstante, permitió que el sirviente colocara una rebanada frente a él.

Levantó el tenedor y lo picoteó. —¿Entonces qué era lo que querías decirme, Delta?

—¿Decirte? —Sus ojos brillaron con una falsa inocencia que le molestaba.

—Dijiste que querías hablar. Dijiste que habías reunido el valor.

Su rostro se tornó melancólico. Asintió. —Sí —Esperó un momento a que los sirvientes salieran de la habitación, luego se inclinó hacia él—. Wade, ha pasado mucho tiempo —Miró sus manos —. Me preguntaba. Después de todo lo que ha pasado... Laura, Sylvia, mis dos esposos, mi hermana, y ahora Ferraro. Todos se han ido de nuestras vidas.

Levantó la barbilla, sus ojos llorosos con emoción a la luz de las velas. —¿Hay alguna posibilidad para nosotros? ¿Alguna esperanza de recuperar lo que una vez tuvimos?

Él tragó saliva pero no respondió de inmediato. No había esperado esto. ¿Seguiría enamorada de él después de todos estos años? Por su parte, sentía lo mismo que siempre por ella. Nada más que lástima mezclada con un toque de repulsión.

—Delta, yo...

—No lo digas —Levantó una mano, luego se la llevó a la boca. Sus labios temblaron mientras sacudía la cabeza—. Realmente no pensé que fuera posible. Solo tenía que preguntarlo.

Con un movimiento elegante, se levantó y se dirigió a la mesa con las bebidas. En silencio, sirvió dos jerez. Se volvió y le entregó uno.

Se sentó y miró por la ventana con la expresión más triste que él jamás había visto. —Delta, lo siento.

Ella negó ligeramente con la cabeza. —No importa.

Con un profundo suspiro, llevó el jerez a sus labios. Tenía que salir de aquí. Había estado equivocado. Delta no sería de ayuda en la investigación de la muerte de Desirée. Estaba demasiado perturbada, demasiado absorta en sus propios problemas. Bebió la mitad del jerez, esperando que eso fuera suficiente para aplacar a la mujer.

Dejó la copa y miró a Delta, con la intención de despedirse.

—Yo quería... esperaba... —Sus labios se movían, pero de repente, no podía distinguir sus palabras.

Intentó ponerse de pie. La habitación se balanceó. Se sostuvo de la mesa antes de caer.

Demasiado tarde, sintió el líquido tibio en su lengua y supo que el sabor no era el correcto. ¿Qué podría actuar tan rápido? ¿Tener semejante efecto? —¿Qué le pusiste a la bebida, Delta?

Ella sonrió con amargura y agitó una mano. —Oh, un analgésico recetado que los médicos le dieron a mi padre después de su cirugía de rodilla el año pasado. Oxicodona, creo.

La oxicodona molida actuaría rápido. Y podría ser fatal si había suficiente cantidad. La irritación le pinchó en la nuca, pero era una sensación onírica.

Parpadeando con fuerza, levantó la cabeza y vio a Delta a través de una nube borrosa. Ella le apuntaba con algo. Una pistola. Con pura fuerza de voluntad, dirigió su atención. Miró fijamente el cañón, hizo una deducción. —El arma que mató a Ferraro Usher.

—¿Por qué, qué quieres decir, Wade? —Su voz hacía eco como si estuviera parada en un túnel, pero podía escuchar la maldad reverberando en su tono.

Lentamente forzó su mano dentro del bolsillo y encendió la grabadora de su teléfono celular. —¿Vas a dispararme también, Delta?

—Me lastimaste tanto, Wade. Me rompiste el corazón.

—Tú también rompiste el mío. Me quitaste mi primer amor.

—Ella me quitó el mío. —Puso ambas manos en la pistola—. No podemos hacer esto aquí. Además, hay algo que quiero mostrarte. Levanta tus manos, date la vuelta lentamente y dirígete hacia la puerta.

Hizo lo que ella le ordenó, aliviado de que parecía no tener prisa. Con tiempo, podría tomarla desprevenida. Si lograba mantenerse consciente. —¿Adónde vamos? —preguntó.

—A los establos.

* * *

Miranda aceleró por la I-20 hacia Conyers, maldiciendo su viejo cacharro y deseando la velocidad del Lamborghini de Parker. Después de una eternidad, tomó la salida y siguió el camino rural hasta el cartel blanco de madera que decía "Aquitaine Farms". Pisando el acelerador del Lumina, subió velozmente por el largo camino de tierra bajo las hileras de árboles, esperando que su carcacha no reventara.

Al llegar a la casa, se dio cuenta de que temblaba de rabia. Lo tenía todo planeado. Le diría a Delta que tenía una pista sobre el caso de su hermana. Le contaría lo que sabía. Delta vería que las pruebas apuntaban hacia ella. Si no lo hacía, Miranda le señalaría ese hecho.

Oh, pero ella sabía que era inocente. Todo lo que necesitaba era que Delta explicara los detalles que la incriminaban. Con un poco de suerte, obtendría una franca confesión o una coartada con suficientes contradicciones para hundirla. Y grabaría cada palabra. ¿Qué tal eso para la objetividad? Lástima que Parker tendría que leerlo en los periódicos.

Estacionó su auto bajo la misma hilera de arbustos de azaleas donde Parker había escondido su Mazda el día que fueron al lugar. Salió y miró el edificio. ¿Delta los había estado observando ese día?

¿Había visto la punta del Mazda? ¿Había deducido que Parker estaba con ella?

Miranda no lo sabía, pero algo la hizo dudar.

Y entonces lo vio doblando la esquina.

El Mazda de Parker. *¿Qué estaba haciendo aquí?*

Con el olor a madreselva y heno en la nariz, siguiendo su instinto, caminó hacia un costado de la casa y se paró en la elevación que daba al granero donde había interrogado a Kennicot.

El sol casi se había puesto y en la penumbra, no podía ver mucho. Se cubrió los ojos y entrecerró la mirada. Finalmente, dos figuras entraron en foco, avanzando pesadamente por un sendero de tierra, dirigiéndose al granero. Entraron en la luz de una de las lámparas superiores y por fin pudo distinguirlos.

La conmoción la atravesó. No. Tenía que estar imaginando cosas.

¿Parker? ¿Yendo al granero con Delta? ¿Por qué?

Entonces vio que Delta parecía estar forzándolo a avanzar. Él tenía las manos en alto. ¿Era eso una pistola que le apuntaba?

No. Por favor, no.

Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración mientras ellos se arrastraban hacia el granero y entraban. Con el corazón martillándole en el pecho, tomó su celular y marcó el número que Chambers le había dado. Sonó. Gracias a Dios, tenía servicio aquí.

Él contestó inmediatamente. —¿Sí?

—Chambers —susurró, amortiguando su voz con la mano.

—¿Qué? No te escucho.

Ella se dio vuelta y se atrevió a hablar un poco más alto. —Chambers, soy yo. Miranda Steele.

—Mi vieja amiga. Escuché que te soltaron anoche. ¿Cómo estás disfrutando tu libertad?

—Cállate y escucha.

—Mira, tú...

—Chambers, esto es una emergencia. Estoy en Aquitaine Farms.

—¿Aquitaine Farms? ¿La propiedad de los Langford cerca de Conyers?

—Sí. Tengo un problema. Alguien con un arma. Si no recibo ayuda rápido, podría haber otro asesinato.

Eso captó la atención de Chambers. Evitar un asesinato sería una pluma en su sombrero. Sin mencionar su promesa de servir y proteger. —Conyers está fuera de mi jurisdicción, cariño.

—¿Qué puedes hacer?

—Me pondré en contacto con la policía local y les diré que traigan refuerzos. ¿Cuántos necesitas?

—Todos los que puedas conseguir. Envía también paramédicos. Tenía la sensación de que esto no iba a ser agradable.

—Me ocuparé de ello.

—Mueve el trasero. De lo contrario, la próxima víctima podría ser Wade Parker.

—¿Wade Parker? —jadeó—. ¿Por qué no lo dijiste antes? Me pondré en ello ahora mismo. —Colgó.

Miranda guardó el teléfono en su bolsillo y corrió cuesta arriba hacia el granero. Para cuando llegó a la estructura y se deslizó a través de la gran puerta abierta, todo su cuerpo estaba temblando.

Sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la oscuridad del lugar. Había luz a lo lejos, pero no vio a nadie. Se quedó quieta un momento, escuchando atentamente, recuperando el aliento.

Entonces oyó voces que provenían de uno de los establos.

—Lamento tanto que las cosas tuvieran que terminar así —la voz de Delta.

Rápidamente, Miranda examinó el área. Detrás de un poste, había una escalera de madera que conducía a una plataforma que pasaba por encima de los establos. Una especie de pajar o área de almacenamiento.

—Si solo hubieran sido diferentes. —Delta de nuevo.

Se acercó silenciosamente a las escaleras de madera y comenzó a subir.

—¿Por qué no pudiste hacer que las cosas resultaran de otra manera, Wade? ¿Por qué? —La mujer sonaba como si estuviera a punto de llorar.

Parker no decía nada.

Por fin Miranda llegó a la cima. Había pacas de heno y cajas apiladas en la plataforma. Una barandilla estrecha de madera corría a lo largo del borde. Se aferró a la barandilla y se deslizó por la

cornisa. Lentamente, se escabulló tan silenciosamente como pudo, rezando para que los tablones no crujieran.

—Delta —escuchó decir a Parker—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás salirte con la tuya?

El heno crujió abajo mientras Delta arrastraba los pies. —No me importa salirme con la mía. Ya no. Si no puedo tenerte, mi vida se acabó.

Miranda se detuvo en seco, mareada por las palabras. ¿Su vida se acabó? ¿Delta Langford seguía enamorada de Parker? ¿Como en la preparatoria?

Más heno crujió. —Dime qué pasó. —La voz de Parker carecía de la fuerza fuerte y confiada que solía tener. *¿Qué le había hecho Delta?*

Mordiéndose el labio, avanzó unos pasos más hasta que por fin pudo ver la parte superior de sus cabezas. Asomándose por la barandilla, vio los rizos rojo fuego de Delta, la sofisticada melena sal y pimienta de Parker.

Ambos iban bien vestidos, Parker con su habitual traje elegante, Delta con un vestido de satén rojo hasta las rodillas. Un collar de perlas, tacones. Definitivamente no estaba vestida para trabajar con heno.

Estaban uno frente al otro dentro de un establo grande y abierto, cerca del lugar donde Kennicot le había abierto su alma. Un caballo castaño estaba en la esquina opuesta, parpadeando a los intrusos.

¿Calypso? Igual que Desirée. No.

Delta se dio la vuelta. Tenía una pistola en la mano.

Miranda se tapó la boca con la mano para evitar gritar.

—¿Qué le pasó a Ferraro, Delta? ¿Qué importa si me lo dices? —Parker estaba tratando de sacarle la verdad.

Con cuidado, Miranda metió la mano en su bolsillo y sacó su grabadora. Con el corazón latiendo salvajemente, se agachó y la deslizó en el suelo cerca del borde. Presionó el botón de grabar, luego se agarró a la barandilla para observar la escena de abajo.

Delta se limpió la frente con su mano libre. Dio un paso hacia adelante, un paso hacia atrás, haciendo crujir el heno nuevamente.

Luego sus hombros se hundieron, y lo soltó. —Me enamoré de Ferraro Usher en el momento en que lo conocí.

¿Delta? ¿Enamorada de Usher? Dios mío. El corazón de Miranda latía como una ametralladora. Todo tenía sentido ahora.

—Luego cometí el horrible error de presentárselo a mi hermana. —Delta dijo la palabra *hermana* con tanto odio que Miranda sintió como si la hubieran electrocutado con un cable vivo.

—Por supuesto, él inmediatamente se enamoró de Desirée. Todos se enamoraban de Desirée. Se obsesionó con ella. Se casaron, pero yo sabía que Desirée no lo amaba. —La voz de Delta adoptó un tono agudo y suplicante—. ¿Cómo pudo hacerme eso? Ella era la favorita de todos. Mi padre la prefería a ella. Era más popular en la escuela que yo. Podría haber tenido a cualquiera. ¿Por qué tenía que llevarse al hombre que yo amaba?

—Delta —Parker intentó calmarla.

—Y tú —espetó—. Te enamoraste de esa criatura engreída que ni siquiera era lo suficientemente buena para ti.

—Cálmate, Delta —Parker dio un paso hacia ella.

—Aléjate. —Agitó la pistola.

El caballo relinchó.

Delta apartó la pistola y le acarició el cuello. —Tranquilo, Calypso. Todavía no.

Ahora, Parker. Está distraída. Ahora es tu oportunidad de conseguir la pistola. No hizo el intento. ¿Qué pasaba con sus reflejos?

Delta miró furiosa a Parker. —Los observé juntos durante todos esos años que estuvieron casados. Peleaban. Consumían drogas juntos. Ferraro era miserable. ¿Por qué no podía ver que *yo* era quien podía hacerlo feliz?

Se alejó del caballo, acercándose a Parker. El heno crujió mientras él retrocedía tambaleándose, con las manos en alto. —Ferraro era un tonto —dijo, con la voz un poco más firme.

Delta pareció no escucharlo. —Y luego ella lo dejó por Kennicot la Navidad pasada. Por supuesto, estaba eufórica. Fui a verlo a su loft. Le dije que lo amaba. Que merecía algo mejor que la forma en que Desirée lo trataba. Él debería haberse casado conmigo, no con ella.

—Sorbió, como si estuviera a punto de llorar—. Hicimos el amor. Durante los siguientes meses, tuvimos una aventura. Estaba tan feliz, tan locamente enamorada de él. Y entonces, me di cuenta de que solo fingía amarme. Todo el tiempo había estado fingiendo que yo era Desirée. Incluso lo pintó. Dijo que yo era como Medea y Desirée también. Su lienzo nos captó a ambas en un solo retrato. Era un imbécil tan arrogante.

Tenía razón en eso. Las relaciones de Usher se volvían más enfermizas a cada minuto.

—Delta, qué terrible para ti —Parker se arriesgó a dar otro paso hacia ella.

Delta estaba demasiado absorta en el pasado para responder.

—Él la quería de vuelta —gimió—. Habría hecho cualquier cosa por recuperarla. Ella se negó. Pero lo usaba para conseguir las drogas que necesitaba. Me dijo que eso era lo único para lo que servía.

Se llevó una mano a la sien, tratando de estabilizarse.

—Y entonces una noche vi ese frasco en su mostrador. Le pregunté qué era. Me dijo que era una dosis fuerte de PCP. Le pregunté para qué era. No me quiso decir, pero yo sabía que iba a suicidarse con eso. Así que lo tomé cuando no estaba mirando. No podía dejar que Ferraro se destruyera por mi inútil hermana. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. ¿Por qué no usarlo para destruirla a *ella* en su lugar?

Miranda miró hacia las tablas del suelo. La grabadora seguía funcionando.

—El Steeplechase era el fin de semana siguiente —continuó Delta —. Sería la oportunidad perfecta. Así que escribí una nota de suicidio para mi hermana, imitando su letra. Nuestra escritura siempre fue similar. Era buena imitándola.

Como había imitado la letra de Parker en la preparatoria cuando puso aquella nota en el roble para Laura Turner.

—La mañana del Steeplechase, tuve dudas y decidí que no podía seguir adelante. Pero Desirée fue tan cruel conmigo cuando la vi. Me hizo a un lado. Se burló de nuestra tradición de vestirnos igual para el Steeplechase. Ridiculizó el conjunto que había mandado hacer

para ella. Dijo que odiaba que la identificaran conmigo. Pensé en la nota de suicidio que había metido bajo el lazo de su sombrero.

Delta cerró los ojos, sacudió la cabeza. Una segunda oportunidad. Despierta, Parker. Él se balanceó, como si estuviera a punto de caer sobre el heno. ¿Qué le había hecho esa perra?

Delta giró hacia el caballo. Él resopló, escarbó el suelo con sus patas. Con Parker en ese estado, el animal podría despedazarlo con sus cascos si la mujer enloquecida lo provocaba.

—Estaba tan herida, tan enojada esa mañana. Cuando Desirée se dio la vuelta, deslicé el frasco que había tomado del loft de Ferraro en su bebida. Se la tomó toda. Ni siquiera lo notó.

Miranda echó otro vistazo a la grabadora para asegurarse de que su luz seguía en verde. Así era. Por fin tenía la confesión que tanto había deseado.

—Al principio parecía que la droga no tenía efecto. Desirée le dijo a Ferraro que iba a revisar a Calypso y se dirigió a los establos. Parecía estar bien. Ferraro se levantó y se fue, pero dejó su fusta. La recogí y seguí a Desirée hasta el compartimento de Calypso.

—Llevabas guantes —dijo Parker. Miranda sintió una oleada de alivio al escuchar su voz nuevamente.

—Sí, ambas los llevábamos. Eran parte de nuestros atuendos.

Por eso solo aparecieron las huellas de Usher en esa fusta.

—Vi a Desirée entrar al compartimento. Los entrenadores estaban en un descanso. Nadie me notó. Para entonces, ella tambaleaba. La droga estaba haciendo efecto, pero no podía estar segura de que fuera suficiente. Y quería castigarla por su crueldad hacia mí. La vi tropezar hasta el fondo del compartimento. Ya ni siquiera sabía dónde estaba. Levanté la fusta y golpeé la cabeza de Calypso, de la manera en que quería golpearla a ella.

Tomó al caballo por el cabestro, lo acarició de nuevo.

—Siempre fuiste excitable, ¿verdad, muchacho? —chasqueó la lengua.

Luego su voz adquirió un tono soñador, distante.

—Calypso se encabritó, entró en frenesí. Recuerdo el sonido de sus cascos contra la pared. El golpe sordo llegó de inmediato. Sus cascos golpearon el cuerpo de Desirée, su cara. Una, dos veces. Ella

cayó. Miré su rostro aplastado. Ese rostro que había usado para quitarme a Ferraro. Ya nunca más lo haría.

Movió la cabeza, como reviviendo la escena.

—Calypso se volvió incontrolable. La gente empezaría a notar algo. Antes de que alguien me viera, corrí del compartimento y escondí la fusta en los arbustos. Me di cuenta de que las huellas dactilares de Ferraro estaban en ella. Que podría culparlo por el asesinato de Desirée. Por eso le pedí a tu asistente que tomara el caso. Leí sobre su historia en los periódicos. Sabía que simpatizaría con mi situación.

Miranda apretó los dientes. Ser una presa fácil, quería decir. Perra.

—Le dije a Ferraro que si se casaba conmigo, cancelaría la investigación. Pero se negó.

Con razón había actuado tan violentamente cuando Miranda lo interrogó. Sabía quién era la asesina todo el tiempo pero tenía miedo de decir la verdad. Estaba aterrorizado de Delta.

—Después de esa horrible fiesta, me dijo que iría a la policía y les contaría la verdad.

—¿Y? —dijo Parker en voz baja. ¿Acaso escuchó que la fuerza volvía a su voz?

—Y entonces lo maté. Con esta misma pistola. Fui al loft para suplicarle que me llevara lejos. No quiso hacerlo. Dijo que yo pertenecía a la cárcel. Sus palabras me volvieron loca de dolor. Tenía esta pistola en mi bolso. Siempre la llevo para protegerme cuando voy al pueblo. Fingí buscar mis llaves. Mis dedos se deslizaron alrededor de la empuñadura como si tuvieran mente propia. No pude detenerme. Saqué la pistola y le disparé —comenzó a sollozar como una niña pequeña que había perdido su muñeca favorita.

Parker no se movió. ¿Dónde estaban esos paletos locales que Chambers había prometido?

—Sucedió tan rápido. Mi corazón se rompió en el momento en que lo vi desplomarse en el suelo. ¿Qué había hecho? —jadeó mientras se llevaba una mano a la boca—. Salí del loft y conduje a casa en pánico. Pero en el camino, pensé en la fiesta que diste el fin de semana pasado. Estabas tan impresionante, tan apuesto. Justo

como habías sido en la preparatoria. Y entonces me di cuenta de la verdad. No era Ferraro a quien realmente amaba. Eras tú, Wade. Siempre te he amado.

—Delta.

—Pero tú también me rechazaste. Igual que Ferraro.

La mujer estaba loca. Una lunática delirante. Miranda se asomó por la barandilla. Parker parecía querer estrangularla ahí mismo. Pero mantuvo la calma.

—Delta —dijo él—. Nunca supe que tenías tanto valor. —Dio otro paso hacia ella.

Ella levantó el arma. —Aléjate.

—Si hubiera sabido cómo eras realmente...

—¿Estás diciendo que estás cambiando de opinión sobre mí? ¿Sobre nosotros?

—Nunca te había visto así.

Vaya, esa era una buena actuación. ¿Podría Parker mantener el engaño? Demasiado fácil.

—¿De verdad crees que soy tan estúpida como para creerte, Wade? Ya tuviste tu oportunidad.

—Dame otra.

—Oh, no. Ahora me toca a mí rechazarte.

—No puedes rechazarme, Delta. Baja esa arma.

Buen intento, Parker, pero esta perra estaba demasiado loca para dejarse encantar.

—Mantente alejado, te dije. Lo he pensado todo. Diré que viniste aquí buscando evidencia. Pensé que eras un merodeador. Intentaste quitarme el arma antes de que pudiera reconocerte. —Sin quitar los ojos de Parker, se movió hacia la pared y agarró una fusta. La agitó de forma amenazante—. Y entonces el caballo se asustó. Fue un accidente. Un terrible y horrible accidente.

—¿Tres accidentes seguidos? La policía verá a través de eso, Delta.

Con el estómago hecho un nudo, Miranda se agachó para apagar la grabadora. Los policías que Chambers estaba enviando la encontrarían aquí. Lentamente, se levantó, agarró la barandilla con ambas manos y pasó una pierna por encima.

—Conoces las conexiones que tiene mi padre. Además, no importa lo que me pase. Lo que importa es que quienes me lastimaron sean castigados. —Delta dio un latigazo.

Calypso relinchó, comenzó a danzar sobre sus patas delanteras.

Medea, pensó Miranda. Usher había dado en el clavo. Observó a Delta maniobrar hasta quedar a distancia de tiro. Solo había una forma de detenerla.

Pasó la otra pierna por encima y se aferró a las ásperas tablas. Tembló un poco mientras estabilizaba sus talones en el borde.

—Delta, piensa en lo que estás haciendo.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo.

A Miranda se le cortó la respiración. No pierdas el valor ahora. Vamos. Había trabajado en rascacielos en Nueva York. Pero entonces tenía un arnés para protegerla de las caídas.

Miró hacia abajo.

El altillo era bajo, solo unos ocho o nueve pies de altura. Había mucho heno suave en el suelo para aterrizar. Varios fardos estaban apilados justo al lado de Delta. Caería justo sobre ellos,

Si calculaba bien el ángulo.

—Te extrañaré, Wade. Podría haber sido tan hermoso para nosotros. Siempre te amaré. Siempre serás mi delicioso tormento. Pero esto es un adiós. —Levantó la pistola.

—Ni lo sueñes —gritó Miranda.

Delta miró hacia arriba justo cuando ella soltó la barandilla. Voló por el aire como Superman sin capa. Hacia abajo. Rápido.

Su puntería fue buena. Aterrizó justo encima de la perra. Agarró su brazo, intentando alcanzar el arma. Cayeron al suelo. Miranda escuchó a Calypso relinchando nervioso. Delta se retorció. Su brazo se dobló bajo ella.

—No. —El disparo explotó en la cabeza de Miranda mientras el dolor atravesaba sus piernas, sus brazos. Debajo de ella, la mujer yacía inmóvil.

Se quedó aturdida por un segundo, luego escuchó el grito frenético del caballo. Miró hacia arriba y vio los cascos viniendo directo hacia su cabeza.

Rueda. Se balanceó, se giró justo antes de que los mortales cascos de Calypso cayeran. Aterrizaron con un golpe nauseabundo sobre el cuerpo de Delta. Una, dos, tres veces, golpeándolo como a un muñeco de trapo flácido. Luego el semental se levantó de nuevo, cayó sobre el heno y salió disparado por la puerta abierta.

Con la cabeza dándole vueltas, Miranda se agarró el brazo. Sentía como si estuviera en llamas. La bala debió haber atravesado el cuerpo de Delta y entrado en el suyo. Con todas las fuerzas que tenía, temblorosa, se puso de pie.

Miró hacia abajo. Su antebrazo estaba empapado en sangre. Giró la cabeza hacia un lado, a pesar del dolor. Había un agujero en el costado del establo.

Dio media vuelta. Parker. ¿Dónde estaba Parker?

Lo vio caer de rodillas en la esquina. No. No podía ser. ¿Qué le había dado esa perra?

Con todo el cuerpo adolorido, el brazo ardiendo, corrió hacia él. Lo alcanzó justo cuando se desplomaba.

—Parker —gritó. Las sirenas sonaban a lo lejos. Por fin, Chambers había cumplido. Gracias a Dios.

Pasó sus manos por su rostro. ¿Estaba respirando? Frenéticamente, se arrodilló junto a él, le abrió la boca, le pellizcó la nariz con los dedos y sopló dentro de él.

Despacio, se dijo a sí misma. Era difícil controlar su propia respiración temblorosa, pero tenía que hacerlo. No podía perderlo. No podía dejarlo morir.

En la tercera respiración, él aspiró aire, se apartó. Abrió los ojos aturdido. ¿Acaso la reconocía?

Entonces sonrió con esa hermosa y sexy sonrisa suya. —Mi ángel guardián —dijo. Y la atrajo hacia él en un beso fuerte y audaz.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Miranda estacionó su viejo Lumina azul en la larga entrada de la mansión de Parker y apagó el motor. Permaneció sentada un momento, observando a dos arrendajos azules que saltaban por el césped, graznando y picoteando el suelo juntos.

Habían pasado cuatro días desde el tiroteo. Su antebrazo tenía un vendaje y aún le dolía por la bala que le había rozado la parte interna. La habían mantenido en urgencias en observación durante veinticuatro horas, pero el disparo no había causado daño nervioso. Quedaría una cicatriz, por supuesto. Pero combinaba bien con las de su pecho. Heridas de batalla.

La ambulancia y la policía local habían llegado justo después de que Parker recuperara la conciencia. Chambers había estado con ellos y tomó el control. Los paramédicos se llevaron a Parker, le hicieron un lavado de estómago y lo trataron por una sobredosis de oxicodona. A ella la pusieron en una ambulancia diferente.

También habían declarado muerta a Delta Langford.

Hubo el habitual y largo interrogatorio policial. Ella explicó lo ocurrido y les dijo dónde había dejado su grabadora. Encontraron la de Parker en su bolsillo, aún grabando. Cuando reprodujeron ambas, no quedó mucho más por hacer excepto redactar el papeleo.

Y enterrar a los muertos.

Delta Langford había sido un caso lamentable. Descuidada por su padre, despreciada por los hombres de los que se enamoraba, estaba desesperada por que alguien la amara. Miranda habría sentido lástima por ella... si no hubiera matado a su hermana. O

intentado asesinar a Parker. O sido responsable de lo que le pasó a Laura Turner.

No había llamado a Parker en el hospital, pero se enteró de que lo habían dado de alta ayer. Ahora que estaba en casa, se había despedido de Fanuzzi y había venido aquí para recoger el resto de sus cosas. Era hora de marcharse.

Nada había cambiado entre ellos. Sabía que no debía confiar en ese gran y jugoso beso que le había plantado en el suelo del granero de Aquitaine Farms. El hombre había estado delirando.

Pero esperaba contarle sus planes de convertirse en investigadora privada. Después de todo, él había hecho tanto por ella. Le había dado un comienzo en el negocio.

Contempló la casa grande y hermosa. Buenos recuerdos aquí. Se los llevaría consigo.

Mejor terminar con esto de una vez. Respirando profundamente, abrió la puerta del coche.

* * *

Cuando no hubo respuesta en la gran puerta principal, usó su llave y entró.

—¿Parker? —llamó Miranda, entrando al gran vestíbulo resonante.

No hubo respuesta.

Bueno, no iba a buscarlo por todos lados. Simplemente empacaria y se iría. Comenzó a subir la escalera de caoba tallada, dirigiéndose al dormitorio principal. Si no lo veía de nuevo, las cosas serían mucho más fáciles.

Aún así, la idea de estar en el dormitorio donde habían dormido juntos hacía bailar nervios en su estómago. Pero tenía que hacerlo. Esperando que él no estuviera durmiendo allí, se apresuró por el pasillo.

—¿Parker? —dijo de nuevo, entrando por la puerta abierta.

Seguía sin haber respuesta.

Él no estaba en ninguno de los sillones, ni en el bar, ni en el vestidor, ni en el baño o la cama.

Al diablo con esto. Marchó hacia el armario y comenzó a sacar las cajas que había guardado allí. Primera carga. Levantó dos y las llevó

a su auto.

Cuando volvió a subir, agarró su bolsa de viaje de repuesto y la puso en la cama. Abrió un cajón de la cómoda. Había dejado muchas cosas aquí cuando se fue antes. Estaba demasiado enojada para ser metódica. Y había acumulado más de lo que solía llevar desde que comenzó a trabajar para Parker. Tal vez dejaría algo.

Dobló algo de ropa interior y camisetas y las colocó en la bolsa. Se dio la vuelta, lista para abordar el siguiente cajón... y vio a Parker parado en la puerta.

—Hola, Miranda.

Ella lo miró fijamente. Estaba tan guapo como siempre. Tan vivo como siempre. Fuerte, bien arreglado, sin un pelo fuera de lugar.

Pero algo no estaba bien. Vestía jeans y una camisa de punto azul claro de manga corta que resaltaba el acero de sus ojos. Estaba abierta en el cuello, mostrando el comienzo de su delicioso pecho. Nunca lo había visto vestido informalmente antes. Siempre había estado o en traje o desnudo. Por alguna razón, su ropa la hacía sentir incómoda.

—No quise asustarte.

—No lo hiciste —mintió ella y señaló hacia la bolsa—. Solo vine a buscar el resto de mis cosas.

—Ya veo.

—Espero que no sea mal momento. Quizás debí haber llamado — su corazón estaba lleno, derritiéndose con el calor que él irradiaba con solo estar ahí parado.

—No es necesario. Creo que tu nombre sigue en el contrato de arrendamiento.

Ella sonrió con tristeza. Pasaría por la oficina del Sr. P después de empacar y cancelaría su acuerdo.

Él cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta. —¿Piensas irte de la ciudad?

Abriendo otro cajón, ella asintió. —Estoy mejor ahora. Es tiempo de que empiece a buscar a Amy otra vez —lo miró mientras recogía sus calcetines y levantó la barbilla—. Me voy a un lugar donde pueda convertirme en una verdadera detective —se volvió hacia la bolsa.

Su voz sonó baja y fuerte. —Pero ya eres una verdadera detective.

Su corazón dio un brinco con sus palabras, pero no podía imaginar a qué se refería después de las cosas que le había dicho. —Voy a un estado donde los requisitos para obtener licencia no sean tan estrictos. Un lugar como Idaho o Wyoming.

Él se acercó al extremo de la cama y miró fijamente su bolsa. —¿Hay muchos casos de asesinato de alto perfil en Wyoming?

Irritada, puso una mano en la cadera. —Si los hay, los encontraré y los resolveré.

Él asintió, se rascó su atractivo mentón. —Tal vez tengas que hacer algunas verificaciones de antecedentes para llegar a fin de mes.

Ella pasó junto a él mientras iba por sus jeans en el siguiente cajón. —Ajá.

—Y también está el trabajo administrativo de dirigir tu propia oficina.

Se puso de pie y exhaló ruidosamente. —Haré lo que tenga que hacer. Al menos yo tomaré las decisiones.

—Algo en lo que eres buena.

Ahora comenzaba a molestarla. Se dirigió a la cama y metió la pila de jeans en la bolsa de lona. En lugar de responder con sarcasmo, decidió ser civilizada. Después de todo, pronto sería dueña de un negocio.

—Parker, quiero agradecerte por ayudarme a iniciar en esta carrera —había querido sonar cálida y sincera, pero las palabras salieron rígidas. Tomó una de las camisas que había puesto sobre la cama y la dobló—. Me he dado cuenta de que está en mi sangre. Algo para lo que nací. Nunca me había sentido así antes.

—Me alegra escuchar eso.

—¿En serio?

Él se quedó callado.

Ella puso la camisa en la bolsa y se dio la vuelta.

Él la miró fijamente por un largo momento, estudiándola. Ella no podía descifrar su expresión.

—Oh. Casi lo olvidaba —metió la mano en su bolsillo y sacó el anillo de la madre de él—. Necesito devolverte esto.

El dolor coloreó su expresión, punzándola con culpa. —Quédatelo —dijo casi en un susurro.

Ella bufó. —No puedo hacer eso —se lo ofreció.

Él se negó a abrir la mano. Ella lo dejó sobre la cómoda. —Aquí.

Alcanzó el siguiente cajón. La mano de él la detuvo. —No lo hagas.

Ella lo miró. —¿Qué?

Parker apretó la mandíbula mientras la estudiaba. Esos ojos azules penetrantes, ese cabello oscuro y salvaje que hacía juego con su espíritu indómito. Casi la había perdido dos veces, tres, dependiendo de cómo lo contaras. No iba a permitir que se fuera de su vida ahora. Pero no sería fácil cambiar su obstinada mente. —No necesitas empacar el resto de tus cosas —dijo con voz grave—. Haré que te las envíen.

Miranda lo miró fijamente. ¿Era esta una forma de conseguir su dirección? Pero podría obtenerla de todos modos. Tal vez solo quería que se fuera de allí. —No tienes que...

—Si vas a reanudar la búsqueda de Amy, tengo algo que podría ayudarte.

Ella lo miró confundida.

—Ven abajo. Te lo mostraré —señaló hacia la cama—. Ah, y trae esa bolsa. La necesitarás.

¿Qué clase de juego era este? Se acercó a la cama, cerró la cremallera de la bolsa y se la colgó al hombro. Tenía mucha prisa por deshacerse de ella, ¿no? Su corazón se hundió mientras lo seguía por el pasillo y bajaba la escalera. Quizás no debió haber perdido los estribos el otro día, pero caramba, él podía ser tan inflexible.

De todos modos, no importaba. Obviamente él había llegado a la misma conclusión que ella. Que nunca funcionaría entre ellos, sin importar cuánto lo desearan. No tenía caso discutir sobre ello. Era hora de decir adiós.

Ella lo siguió hasta la cocina. Él le abrió la puerta del garaje cuando llegaron al extremo opuesto.

—¿Entonces con qué me vas a mandar, Parker? —No podía imaginar a qué se refería cuando hablaba arriba. O qué podría tener que la ayudaría a encontrar a Amy.

Entonces él encendió la luz. Ella se quedó paralizada y contuvo la respiración.

Dos relucientes motocicletas Touring nuevas estaban junto al Mazda de Parker. Una azul. Una roja. Los cascos a juego colgaban de los manubrios. Atónita, observó el carenado estilo ala de murciélago, el elegante parabrisas para protección contra el viento y la lluvia, las ruedas de aluminio fundido, los brillantes tubos de escape. Eran absolutamente hermosas.

—Las compré al día siguiente de tu fiesta. Han estado aquí esperando a que abrieras la puerta del garaje.

Ella se volvió hacia él, desconcertada. —¿Estás diciendo que puedo usar una de estas para buscar a Amy?

—La movilidad siempre es una ventaja, cuando el clima es bueno. Por supuesto, tendrías que conseguir un remolque para tu Lumina.

Se rascó la cabeza. Parecía algo rebuscado. ¿Cómo le ayudaría una moto a buscar a Amy? Podría atraer a algunos chicos.

Él señaló hacia la moto roja. —Hay espacio para algunas de tus cosas en la alforja. —Señaló el compartimiento bajo el asiento mientras caminaba hacia la azul, pasó una pierna sobre ella y la encendió.

El ronroneo del motor le puso la piel de gallina. Él alcanzó el control remoto y abrió la puerta del garaje. Con un rugido del motor, arrancó y dio una vuelta por la entrada.

Caramba, si Parker no sabía montar una moto.

Cuando regresó, metió la moto de nuevo en el garaje y la estudió mientras apagaba el motor. —He estado reconsiderando nuestra última conversación.

¿Conversación? ¿La que tuvieron el día que ella salió furiosa? Cruzó los brazos. —¿Ah, sí?

Él inhaló lentamente. —He decidido que tenías razón. Mi postura en ese momento era más personal que profesional.

Su boca se abrió. ¿Qué estaba diciendo?

—Este negocio nuestro puede ser peligroso. El riesgo viene con el territorio. Si no te doy libertad en algunas situaciones, nunca estarás completa. Nunca alcanzarás todo tu potencial. Nunca te convertirás en una detective 'de verdad', como tú lo llamas. Con tu fuerza, tu intuición, tu deseo, eso sería un terrible desperdicio.

Sus rodillas flaquearon. ¿Lo decía en serio?

—Además, dado que ese espíritu audaz y atrevido tuyo me salvó la vida el otro día —por segunda vez, debo añadir— he llegado a la conclusión de que podría no ser sabio reprimirlo.

Ella rio suavemente, su corazón llenándose de calidez. —Supongo que estamos dos a uno.

—Así es —concedió él. Entonces ella vio un destello de esa sonrisa irónica—. Así que lo veo de esta manera. Si realmente quieres abrir tu propia oficina, puedes tomar esa moto e irte a Wyoming. O, una vez que termines tu formación en la Agencia, puedes estudiar para los exámenes de licencia. La Agencia tiene muchos recursos para ayudarte.

Su boca se abrió de nuevo. ¿Quedarse en la Agencia y también obtener la licencia? Si él iba a ser razonable, tal vez podría quedarse hasta la graduación. La capacitación de la Agencia Parker era de primera categoría.

—¿Y después de eso? —preguntó con cautela. ¿Todavía pretendía mantenerla encadenada a un escritorio haciendo verificaciones de antecedentes?

Sus ojos brillaron con esa familiar admiración. —Veremos qué surge. Has demostrado que el caso Taggart no fue casualidad. Y que eres demasiado buena para estar sentada en una oficina. De hecho, Erskine dijo que lo que hiciste en Aquitaine Farms fue asombroso.

Tragó saliva. —¿'Asombroso'? ¿Erskine dijo eso de mí?

—Lo hizo. —Las cejas de Parker se fruncieron en una expresión apuesta, deliciosamente divertida—. También dijo que tengo mucha suerte de tener a alguien como tú en mi equipo para salvarme el trasero. —Su risa sincera la reconfortó.

Ella rio a carcajadas al pensar en el brusco Teniente diciéndole eso a Parker. —Bueno, es un trasero muy bonito.

—Gracias. Y preferiría conservarlo. Ah, y tu nuevo amigo, el Oficial Chambers, ha sido ascendido a detective asistente.

—¿En serio? Genial.

—Fue muy inteligente de tu parte solicitar su ayuda.

Ella giró la cabeza, tratando de ocultar el sonrojo ante su avalancha de cumplidos. Si se suponía que debía ser tan audaz, ¿por qué estaba temblando? —¿Qué hay de buscar a Amy?

Él suspiró mientras su expresión se volvía sobria. —¿Sabes que he estado tratando de encontrarla desde que me hablaste de ella, verdad?

Ella asintió. —Me di cuenta de eso. —Aunque había sido tan secretivo al respecto como un espía ruso con herpes.

—Lamento decir que no he tenido ni un poco de éxito.

Ella contuvo un resoplido de decepción. —¿Entonces crees que no hay esperanza?

Él hizo una pausa, con expresión pensativa. —Tengo una idea más.

—¿En serio?

Asintió mientras su amable sonrisa regresaba. —Me gustaría discutirla contigo esta noche durante la cena. —Hizo un gesto hacia las motocicletas—. ¿Entonces, qué será, Miranda? ¿Wyoming o las montañas del norte de Georgia para el fin de semana conmigo?

Ella lo miró fijamente.

—¿Preferirías Myrtle Beach?

No sabía qué decir.

Su mirada gris Magnum la atravesó con tal emoción que le rompió el corazón. —Te amo, Miranda.

Se le cortó la respiración. Lo había dicho. Dijo que la amaba, y ella no explotó ni quiso huir. Esto era progreso.

Miró ese rostro maravilloso y vio sabiduría, valentía, compasión. Cerró los ojos, tratando de no llorar, sin saber qué decirle. Sí, quería irse con él.

Un nudo se formó en su garganta y de repente lo supo con certeza. También lo amaba. Lo amaba de verdad.

Pero no podía decirlo. No todavía. ¿Cómo podría hacérselo saber antes de que fuera demasiado tarde?

Entonces también supo eso.

Abrió los ojos. —No podemos irnos todavía. Dejé tu anillo arriba.

Sus ojos brillaron con una sonrisa cómplice. —No, no lo hiciste. —Metió la mano en su bolsillo y se lo mostró.

El astuto detective debió haberlo recogido cuando salieron del dormitorio.

Lo tomó de su mano, observó cómo sus brillantes zafiros azules y diamantes resplandecían con fuego. Era un hermoso y sincero símbolo de amor. De confianza. —No estoy segura de poder usar esto todavía.

Él ladeó la cabeza. —¿Y si te compro una cadena para que puedas llevarlo al cuello?

—¿Como cuando se empieza a salir en serio?

Se encogió de hombros. —Algo así.

Ella se mordió el labio y arrugó la nariz. —Eso sería demasiado de secundaria.

—¿Entonces?

Enfrenta tus miedos, decía el Dr. Wingate. Era ahora o nunca. Conteniendo la respiración, se deslizó el anillo en el dedo. Parecía brillar aún más intensamente.

Parker sonrió encantado. —Más fácil que saltar desde un borde en un granero o recibir una bala en el brazo, ¿verdad?

—Solo un poco. —Miró asombrada las deslumbrantes joyas que adornaban su mano. Luego le agitó un dedo—. Pero esto no significa que seas mi dueño.

Él rió abiertamente. —Nadie podría ser jamás tu dueño, Miranda. —Giró la llave de la moto, aceleró el motor, tentándola más allá de la resistencia.

Recogió su bolsa de lona, abrió el compartimento bajo el asiento de la moto roja y la metió dentro. Luego saltó encima, se puso el casco y encendió el motor. Ronroneaba como un tigre, emocionándola casi tanto como la idea de una noche con Parker en las montañas del norte de Georgia.

Giró el acelerador y se acomodó junto a él. —Vamos, Parker. Te reto a una carrera hasta Peachtree.

—Nada de carreras —rió. Después de que Parker se puso su propio casco y bajó la puerta del garaje con el control remoto, se dirigieron hacia la salida—. Ambos necesitamos mantenernos intactos para lo que tengo en mente esta noche.

Mmm. Hasta que llegaran a la carretera abierta, pensó astutamente.

Mientras giraban hacia Sweet Hollow Lane, Miranda se preguntó, con emoción, qué tendría exactamente en mente. Su estómago tembló con anticipación. Y mientras se deslizaban bajo los grandes robles verdes que susurraban en la brisa de verano, tampoco pudo evitar preguntarse qué aventuras podría traerle una vida con Parker.

La única forma de averiguarlo era intentarlo.

Dando un poco de gas al acelerador, aumentó la velocidad y lo adelantó por solo un momento. Luego, disfrutando de la sensación del viento contra su rostro, se acomodó a su lado.

###

Estimado lector o lectora,

Gracias por leer Payasos y vaqueros. Las aventuras de Miranda y Parker continúan en el siguiente libro de la serie, que se publicará próximamente.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.

FIN